



Pearl S. Buck

Ven, amado mío

Lectulandia

Ven, amado mío (traducción de *Come, my loved* por Enrique de Juan), extraña e inquietante novela sobre la India, narra una bella historia de amor. Sus páginas reflejan las pasiones y miserias del alma humana, las inquietudes espirituales de las distintas religiones, los infortunios de ese inmenso país sacudido por el destino que es la India... Su intensidad dramática y psicológica convierte a su autora en una de las principales novelistas norteamericanas contemporáneas.

Lectulandia

Pearl S. Buck

Ven, amado mío

ePub r1.3

Titivillus 30.12.14

Título original: *Come, my beloved*

Pearl S. Buck, 1953

Traducción: Enrique de Juan

Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

AL LECTOR

Aunque la perspicacia del lector lo deducirá fácilmente del texto, es conveniente advertir que el ambiente en que se desarrolla la novela no tiene relación alguna con la Religión Católica.

Ven, amado mío, salgamos al campo,
moremos en las aldeas.

El cantar de los cantares

PRIMERA PARTE

I

En la oficina de recepción del «Grand Hotel» se amontonaban los huéspedes recién llegados. Un barco había anclado en el puerto aquella misma mañana, y en el gran vestíbulo del hotel se alzaba el rumor de infinitas lenguas, entre las que predominaba la inglesa. No hacía falta gran perspicacia para observar que los ingleses eran atendidos en primer lugar. Incluso un maharajá esperaba sentado en uno de los rojos sillones, rodeado por su séquito y mostrando evidentes signos de impaciencia. Su deslumbrador turbante, sus centelleantes ropas, los multicolores trajes de los que le rodeaban, hacían que el grupo pareciera extraño en aquel ambiente, a pesar de encontrarse en la India. Los ingleses, tranquilos y pacientes, no parecían darse cuenta de la envidia que despertaban en los demás, y miraban fijamente hacia delante mientras guardaban turno en la cola.

Entre ellos se encontraba un norteamericano, un hombre alto y corpulento de mediana edad, vestido con un traje gris oscuro y un sombrero de fieltro negro. El norteamericano miraba alrededor con interés y curiosidad, tan sereno como los ingleses, aunque no tenía el menor reparo en demostrar lo mucho que le regocijaba la escena. Sólo Norteamérica produce hombres tan seguros de sí mismos, tan ingenuos y tan rebosantes de buen humor. Observaba con mirada divertida y tolerante incluso a los mismos ingleses, pero el hombre no dudó en mantenerse firme en su puesto, a despecho de la presión que ejercían sobre él los ingleses, una presión disimulada, pero inequívoca, con la que trataban de apartarle. Mientras avanzaban lentamente hacia la oficina, sus anchos y fornidos hombros impedían que nadie le pasara delante. Una de las veces se volvió para hablar al alto y esbelto muchacho que se encontraba detrás de él y que evidentemente era su hijo. Ambos mostraban el mismo atrevido perfil, aunque los ojos del hijo eran negros en vez de grises, y su suave cabello era negro en lugar de rojizo y gris. El joven tenía un rostro de suaves líneas y piel olivácea, pero el padre lucía una bien cuidada barba y bigote, ambos de tono rojizo canoso, y sus ojos aparecían muy hundidos bajo las fieras cejas, del mismo tono que la barba y el cabello.

—Mantente firme, hijo —dijo el padre.

—Descuida, papá —repuso el hijo.

El empleado les dirigió una aguda mirada cuando el padre escribió su nombre en el registro de viajeros: David Hardworth MacArd e hijo.

—¿Es usted norteamericano, señor?

—Sí —contestó MacArd—. De Nueva York.

El viajero contempló con expresión pensativa su nombre y luego, con firme trazo, tachó las palabras «e hijo» y volviéndose de nuevo hacia su acompañante, dijo con cierta ironía:

—Creo que ya es tiempo de que dejes de ser «e hijo».

—A mí no me importa, papá —contestó con suave acento el hijo.

—No, no —replicó MacArd con insistencia—. Recuerdo muy bien que a tu madre no le gustaba ser «y esposa».

El hijo sonrió y, sin decir nada, escribió su nombre bajo el de su padre: David MacArd. Su letra era aún de trazo juvenil e inseguro, y ofrecía un marcado contraste con los angulosos y fuertes rasgos de la de su padre.

—Tenemos reservadas sus habitaciones, señor —dijo el empleado—. Según tengo entendido, desean ustedes ocuparlas una semana. Y también les hemos reservado los billetes de ferrocarril para Poona. Es un viaje muy corto. Me alegra que hayan venido ustedes en la mejor estación del año. No hay correo para ustedes. ¿Son ésas sus maletas? Las llevarán inmediatamente a sus habitaciones.

—No esperaba correo y, en efecto, esas maletas son las nuestras.

El montón no era demasiado grande. Las maletas inglesas de cuero, las del padre, estaban bastante usadas. Pero el señor MacArd había comprado a su hijo maletas de piel de cerdo. Las de Leila, que eran de piel de cocodrilo con cantoneras de plata, no resultaban apropiadas para el equipaje de un joven. Además, las había hecho guardar, junto con todos los objetos que le pertenecieron, cuando ella murió, hacía tres meses.

¡Sólo tres meses! MacArd se volvió hacia su hijo con una ligera tensión en los músculos de su rostro, lo cual quería decir que no conducía a nada pensar en ella.

—¿Vamos arriba o comemos antes? Una merienda. Supongo que tendremos que pedirla en nuestras habitaciones.

—Me gustaría cambiarme de ropa —repuso David—. Hace más calor del que me figuraba.

El empleado, que estaba atendiendo a otro nuevo huésped, le oyó.

—Tenga un abrigo a mano, señor —advirtió—, Bombay es muy caluroso a mediodía, pero en la actual estación refresca mucho al llegar la noche. Resulta delicioso, si se acostumbra uno a tener el abrigo a mano.

—Gracias —repuso David.

Padre e hijo echaron a andar hacia la amplia escalera de mármol, empezándola a subir uno al lado del otro. Sus habitaciones estaban en el primer piso, al final de un corredor de mármol todavía más ancho que la escalera. Delante de ellos, los dos botones indios que llevaban sus maletas se detuvieron ante una puerta abierta que revelaba otra segunda puerta interior cerrada. Sentado en el suelo y recostado contra la pared, se encontraba un musulmán medio dormido, con la cabeza apoyada sobre sus brazos, cruzados sobre las rodillas, y el fez torcido. Uno de los botones le dio un suave puntapié.

—¡Despierta! ¡Tu amo está aquí ya!

El musulmán se puso en pie, despierto del todo, mientras su delgado cuerpo empezaba a temblar de ansiedad.

—¡*Sahib*, señor! —gritó—. Le conozco, señor. Le he estado esperando todo este tiempo. Tengo mis tarjetas, señor, y mis cartas, y estoy esperando servir al *sahib* y al hijo. Haga el favor de mirar. El «Grand Hotel» me recomienda.

Los muchachos de las maletas habían entrado ya en las habitaciones, pero el musulmán se interpuso hábilmente ante la puerta, de forma que los dos norteamericanos no pudieron pasar. Las manos del musulmán estaban llenas de tarjetas y de sucios sobres que había sacado de entre sus blancas prendas de algodón.

—Déjeme pasar —dijo un tanto bruscamente MacArd. Y empujó a un lado al hombre, o más bien el hombre pareció fundirse al contacto de la mano del norteamericano, y éste pudo entrar al fin en sus habitaciones. David dirigió al musulmán una breve sonrisa de disculpa y siguió a su padre, y casi inmediatamente, con renovado celo, el musulmán solicitó de nuevo la atención de los dos norteamericanos. Permanecía en el umbral, manteniendo abierta, con la mano izquierda, la puerta, provista de celosía, a la vez que extendía la derecha, llena de sobres y tarjetas.

—Por favor, señor e hijo —gritó con aguda y apremiante voz—. Sin un guía no podrán dar un paso. Serán engañados en todas partes por los hindúes. Pero yo los conozco muy bien. Estando yo al lado de los señores, nadie se atreverá a acercarse. Me llamo Wahdi.

—La guía dice que tenemos que llevar un acompañante, papá —dijo David.

—No me obligues a pensar en dos cosas a la vez —replicó su padre—. Primero he de pagar a estos muchachos.

—Ha de ser al jefe. La guía lo dice así.

—Soy yo, *sahib* —exclamó uno de los botones—. Yo daré lo que sea necesario a mi compañero.

MacArd sacó de su cartera un billete.

—Hazlo así.

El muchacho hizo el ademán hindú que significa gracias.

—Los norteamericanos siempre se muestran generosos —murmuró—. Y yo, *sahib*, le voy a decir a usted algo. Este hombre, Wahdi, es bueno a pesar de ser musulmán. Puede el señor confiar en él. Nunca le traicionará si es también generoso con él.

El hindú unió de nuevo sus manos, con el billete temblando entre el tercero y cuarto dedos de la derecha, y de esta manera salió seguido por el otro muchacho.

—Bien —exclamó MacArd manoseándose la barba—. Supongo que hemos de servirnos de alguien y ese alguien puede muy bien ser este individuo. Siempre estaremos a tiempo de despedirle si no nos sirve a nuestro gusto.

—A mí me agrada su aspecto —murmuró David.

Wahdi, todavía temblando de ansiedad, se dirigió directamente a David.

—Yo soy muy bueno, pequeño *sahib*. Es verdad que algunos criados roban, pero yo no.

—Hablas el inglés bastante bien —observó David.

—Estudié en la escuela cristiana durante muchos años.

MacArd, que estaba abriendo una de sus maletas, se volvió al oír las anteriores

palabras.

—¿Eres cristiano? —preguntó con súbito interés.

Wahdi pareció perplejo. Miró un rostro después del otro y de pronto rompió a reír.

—¡Es tan difícil para mí, *sahib*! —exclamó—. El cristianismo es bueno, pero yo no tengo tiempo. Tengo que mantener a mis padres, a mi esposa y a once hijos. Cuando sea viejo y ya no pueda trabajar, me haré cristiano.

David prorrumpió en una carcajada.

—Es un hombre honrado, papá —afirmó.

MacArd dejó escapar un gruñido y volvió a su equipaje.

—Entonces... ¿me toman como criado, *sahib*? —preguntó Wahdi.

—Sospecho que sí —masculló MacArd sin levantar la cabeza de su tarea.

—Gracias, gracias, *sahib* e hijo —masculló Wahdi, poseído por un éxtasis de gratitud—. Yo lo haré todo, ya lo verá, *sahib*. Yo desharé las maletas. Yo lo haré todo. Tomen ahora la merienda. Yo acabaré esto.

Sin saber cómo ocurrió, padre e hijo se encontraron fuera de la habitación, de nuevo en el pasillo de mármol, camino del comedor. Wahdi quedaba en las habitaciones, abriendo los amplios armarios de madera de teca uno tras otro y resolviendo dónde colgaría las prendas de sus amos.

—Así, así y así —murmuraba cual una atareada abeja.

—Veo que tenemos un apoderado —dijo David—. Ni siquiera me he cambiado de traje.

—Sí —exclamó MacArd. MacArd se había olvidado ya de Wahdi y, con la guía de bolsillo en la mano, empezó a estudiar un plano mientras andaba. Pero entre él y el plano se interpuso el súbito recuerdo del rostro de su difunta esposa, tal como era durante el último viaje que realizaron juntos. Se encontraban en Londres y él llevaba un plano lo mismo que ahora. Iba proyectando la distribución de las horas que tenían ante sí, aunque lo hacía en voz alta y en compañía de ella.

«¡Oh, querido! —había suspirado la esposa haciendo un gracioso mohín con su linda boca—. Ha de quedarnos algún tiempo para no hacer nada, monstruo». MacArd sonrió divertido.

«¿Cómo puede uno no hacer nada? —preguntó—. Siempre tiene uno que hacer algo. No existe la nada».

«Claro que existe», insistió Leila mientras él contemplaba su bello y preocupado rostro, en el que los ojos, intensamente oscuros, brillaban bajo el oscuro y suave cabello.

Sí, Leila tenía razón. Existía la nada, y ésta era la muerte, su propia muerte. MacArd se veía torturado día y noche por la necesidad de creer que en algún lugar y de algún modo ella continuaba viviendo. Mientras su esposa vivió, él no había necesitado la fe tal y como una vez la había encontrado en la rectoría de su padre. Su padre era un predicador de pueblo, un firme y sencillo hombre que se tornó evangelizador después que regresó de la guerra. En la niñez de MacArd la fe era tan

sencilla como la pobreza, tan simple como el pan, tan inevitable como el nacimiento y la muerte. En su adolescencia, se volvió impaciente porque su padre era un hombre severo, marchándose de casa tras de una pelea que tuvo con él, hasta que muy pronto, en la lucha por lo que a su juicio constituía el triunfo, perdió lo que su padre llamaba religión. Era ya un joven hombre de negocios a quien acompañaba el éxito cuando contrajo matrimonio con Leila Gilchrist, la hija de su socio, y entonces empezó a ir a la iglesia los domingos, una iglesia muy distinta de la iglesia de pueblo donde su padre predicaba sobre el cielo, el infierno y la inmortalidad del alma.

La noche siguiente al entierro de Leila, no pudiendo dormir e impelido por la necesidad de saber que ella seguía viviendo, no obstante haber visto cómo era enterrado su querido cuerpo, había llamado a Paul Barton, el rector.

—Barton —masculló por teléfono con voz ronca —aquí MacArd.

—Sí, señor MacArd. ¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Barton.

—¿Puede usted asegurarme que mi esposa sigue viviendo en algún lugar?

—Así lo creo, señor.

—¿Tiene usted pruebas?

—Tengo fe.

—¿Y por qué no la tengo yo? Soy miembro de su iglesia.

—Un miembro muy generoso —repuso Barton con su bella voz, acostumbrada al púlpito.

—Entonces, ¿por qué no puedo creer yo que ella sigue viviendo aún?

—Afirmé simplemente que cree —repuso el pastor—. Afírmelo, y la fe seguirá a sus palabras.

MacArd lo afirmó una y otra vez. Tal vez Leila no estuviera muerta. Sin embargo, él era un hombre práctico y quedaba la cuestión del cuerpo. Nadie podía negar la descomposición de la materia. Por lo tanto, ¿adoptaría su espíritu la forma del cuerpo que le había albergado? Deseaba que su esposa siguiera teniendo el mismo aspecto. Pero si ella existía o no existía, lo mismo que su deseo de que ella continuase viviendo, no tenía nada que ver con los hechos. MacArd no había pensado en su padre y en su madre durante años enteros, pues éstos murieron antes que él se casara con Leila, pero ahora hubiera casi deseado que su severo y viejo padre viviera aún. Su padre parecía saber siempre lo que creía y por qué lo creía.

MacArd guardó el mapa y bajó la escalera. Tanto él como su hijo permanecieron silenciosos. El muchacho mantenía un profundo silencio aquellos días. Sin duda echaba de menos a su madre, aunque nunca la mencionaba.

—Saldremos después que hayamos comido —dijo el padre de pronto.

—Bien, papá —repuso David.

El vestíbulo del hotel se encontraba ahora casi desierto. Sólo quedaban allí el maharajá y su brillante séquito, mientras el administrador, un euroasiático, discutía con el empleado del hotel. Padre e hijo entraron en el espacioso comedor y se sentaron ante una mesa colocada junto a la ventana, y un camarero hindú, vestido con

un blanco uniforme y un cinturón rojo, apareció en el acto. Sobre sus cabezas un inmenso *punkah*^[1] se movía de un lado a otro refrescando el ambiente.

Cuando salieron del hotel, el sol ardía en un inmenso cielo azul pálido. MacArd había comprado en Londres cascos para el sol y David subió la escalera de nuevo, cuando terminaron de comer, para ir a buscarlos. Pero nada protegía sus rostros contra el brillo de las calles, rebosantes de gentes de todos los colores, ataviadas con los más diversos trajes. No se veían blancos, excepto los ocupantes de algún que otro coche. Las damas inglesas salían a hacer sus visitas de las doce, una extraña costumbre que tenía clara explicación, como la guía indicaba, pues más tarde todo el mundo se iba a los parques y a los clubs para gozar del fresco antes que la noche cayera sobre la ciudad.

—¿Puedes distinguir a un indígena de otro? —preguntó MacArd a su hijo por decir algo. Una de las obligaciones más difíciles de cumplir en aquellos instantes para MacArd era la de tener que conversar. Mientras Leila vivió, ni él ni David se habían dado cuenta de que era ella la que mantenía una comunicación constante entre los tres. Ahora, sin ella, cuando MacArd se veía obligado a traducir sus pensamientos en palabras, tenía la sensación de que su hijo era poco menos que un extraño para él, aunque David, intentando mostrarse cordial, se apresurase a responder a todas sus palabras.

—Supongo que sabes a qué raza pertenece cada uno de ellos —contestó David.

El concienzudo estudio que de la India había hecho su padre gracias a la pequeña biblioteca formada con los libros comprados durante el viaje, hacía que el muchacho sintiera a veces una secreta vergüenza y también un ligero fastidio. Pero el joven no podía fijar su atención en la lectura. La muerte de su madre le había sumido en una especie de apatía.

—Me parece que ése es un *pathan* —dijo MacArd señalando con la cabeza un hermoso ejemplar masculino de piel oscura, la cual formaba un acusado contraste con sus ropas de blanco algodón, y que llevaba la cabeza envuelta en un pequeño turbante—. Y ese otro —continuó— es un márata.

El márata vestía unos pantalones blancos muy anchos y una túnica parecida a un abrigo, y su turbante, sujeto con un cordón de oro, era enorme y parecía arrollado en una especie de escondido molde.

—Sólo encontramos hombres —dijo David sorprendido—. Supongo que las mujeres están en *purdah* o algo por el estilo.

Sin embargo, en aquel momento vieron un grupo de mujeres márata que salían de un zaguán envueltas en *saris* de colores vivos. Todas llevaban colgantes en el lado izquierdo de su nariz. El espectáculo resultaba a la vez extraño y bello. El márata las escudó y las acompañó hasta un carruaje que inmediatamente empezó a rodar hacia la populosa ciudad indígena.

Hacia esa parte de la ciudad echó a andar también MacArd, apartándose del mar y de los bellos parques ingleses. Hacía calor y MacArd alquiló un pequeño *gherry*

tirado por un brioso buey blanco.

—Podemos dejar para más tarde Malabar Point —dijo a su hijo—. Me gustaría ver los lugares donde vive la gente.

Padre e hijo se sentaron en silencio en el balanceante y poco cómodo vehículo. Iban uno enfrente del otro sobre los duros e incómodos asientos de madera, y los parques y las anchas calles se trocaron pronto en estrechas callejuelas, y los hermosos edificios ingleses en pequeñas casas de dos pisos construidas de ladrillo o piedra, y cuyas esculpidas y pintadas fachadas los hacían parecer de juguete. El ardiente aire, impregnado de distintos perfumes y de humo, de pimienta y ácidos, se mezclaba con la suave fragancia de las flores y de los frutos de los árboles. La multitud llenaba las calles, andando, quietos, incluso tumbados en el suelo durmiendo. Todos eran de piel oscura, sin embargo, diferían unos de otros. Un niño tenía las mejillas cremosas, mientras que las de un muchacho eran casi blancas. Los rostros se volvían para mirar a los dos norteamericanos con ojos enormes, acuosos y suaves, excepto los hundidos en alguna cabeza parecida a la de un halcón y que pertenecía a un pathan o a un *silk*. No descubrieron a ningún hombre blanco entre aquella apretada masa humana compuesta por hindúes, musulmanes, malayos, parsis tocados con altos sombreros de pelo de caballo, afganos, chinos, japoneses, tibetanos e incluso negros procedentes de las costas del Sur. Los colores de los trajes eran vivos y formaban un profundo contraste entre sí. Un turbante rosa y una faja verde; un traje de púrpura y una túnica granate y oro; naranja y escarlata mezclado con azul, amarillo y rosa. En la ciudad vieja, las mujeres pobres iban envueltas en brillantes y graciosos *saris*. Sus morenos rostros aparecían adornados con collares, pendientes y pequeñas joyas colocadas en las narices, y en sus desnudos brazos, y piernas tintineaban brazaletes y ajorcas. A los norteamericanos todo aquello les parecía fantástico, sorprendente, inesperado.

Las calles eran estrechas incluso para el *gherry*. Pero el cochero, tras de murmurar algunas palabras por encima de su hombro, guió al buey hacia una hilera de tiendas: joyerías y traficantes en piedras preciosas, y una vez allí, como si aquél fuera el lugar a donde se dirigían, detuvo el coche e hizo signos a MacArd y a su hijo para que se apearan.

—Bien —exclamó MacArd con una ligera sonrisa que se perdió entre su barba—. Al parecer, sabe muy bien lo que quiere que hagamos.

—Podemos obedecerle —replicó David.

Padre e hijo saltaron del coche y el conductor escondió la cabeza en su oscura ropa de algodón, preparándose a dormir.

Las tiendas o bazares, según como quiera uno llamarlos, estaban atestadas de personas que examinaban joyas y adornos, discutían, lanzaban exclamaciones y comparaban unos objetos con otros. Algunas mujeres se volvieron de espalda al ver a los dos hombres blancos pero los mendigos empezaron a agitarse alrededor. Había una soberbia exposición de joyas: rubíes y perlas hindúes de color rosa, amatistas y brillantes, turquesas y jade chino montado sobre labrado oro, adornos para los

cuellos, las muñecas y los tobillos de las mujeres, o bien para ser prendidos en el turbante de un hombre.

Al ver a los norteamericanos, los tenderos empezaron a llamarlos. MacArd titubeó un instante, sintiendo una repentina punzada en su corazón. Ya no tenía a quien comprar joyas. Si Leila hubiese estado en el mundo, le hubiera acompañado, pues ella sentía siempre una gran curiosidad por todo lo oriental, especialmente por la India, interés fomentado sin duda por los misioneros que visitaban su iglesia. En este caso, MacArd se hubiera sentido encantado de comprar a su esposa un collar de perlas y el juego de esmeraldas montado en un pesado brazalete de oro. Las esmeraldas hindúes son las más bellas del mundo y los ojos y el cabello negro de su esposa hubieran hecho resaltar el vivo verde de las piedras preciosas. ¡Cómo le hubiera gustado que se las pusiera cuando tenía que sentarse a la cabecera de la larga mesa del comedor! Entonces, al hablar de las esmeraldas, hubiese dicho a sus invitados: «Sí, compré a Leila esas esmeraldas en la India, en la calle de las joyas. Hay centenares de tiendas. Seiscientas, según nos dijeron. Creíamos que éstas eran las piedras más bellas de todas las que vimos».

Pero Leila había muerto. Esto era lo que él debía repetirse a sí mismo una y otra vez. MacArd miró a David, que permanecía junto a él contemplando no las joyas, sino a la gente.

—¿Nos vamos? —preguntó.

—Como quieras, papá —contestó David.

Los dos volvieron a subir al vehículo, contrariando tanto a los comerciantes como a los mendigos, y después de despertar con su bastón al cochero, MacArd le ordenó que los condujera de nuevo a la ciudad inglesa, a las calles anchas, a las grandes casas de piedra verde y gris. Una vez en ellas, MacArd despidió al *gherry* y tomaron el tranvía de caballos que llevaba a Malabar Point.

—Un norteamericano llamado Kittredge fue el que estableció en Bombay este sistema de tranvías —informó a su hijo, hilvanando de nuevo la conversación.

—¿De veras? —murmuró David.

A poco pasaron ante la Catedral. Cerca de ella se alzaba la estatua de Lord Cornwallis, el gobernador general de la India después que Inglaterra perdió las colonias americanas. La estatua había sido levantada, según decía la guía, con fondos donados por los comerciantes de Bombay.

—Cornwallis —dijo escuetamente MacArd señalando con la cabeza la alta figura de piedra.

David posó en ella la mirada, pero no despegó sus labios.

Al norte de la bahía se alzaban las Torres del Silencio. En el hotel les habían indicado que, sobre todo, no dejaran de visitar las Torres.

—Una visita muy interesante —les había dicho el empleado con expresión de condescendencia.

—¿Estás cansado? —preguntó MacArd a su hijo con súbita ansiedad, al observar

la palidez de sus mejillas.

—Siento algo extraño —repuso David con cierto esfuerzo en la voz—. Como si me asfixiara. Pero creo que se debe únicamente al calor.

—Bajaremos del tranvía y regresaremos al hotel —dijo MacArd.

Se apearon y, llamando un coche, regresaron de Malabar Point; media hora más tarde se encontraban en sus habitaciones. Wahdi, dormido ante la puerta, se puso en pie de un salto. Pero MacArd fingió no verle.

—¿No estás enfermo? —insistió el padre mirando con atención a su hijo.

—¡Oh, no! —contestó David—. Quizá sea efecto del barco. Aún me parece sentir el balanceo del mar. Me echaré en la cama.

—Te traeré té, *sahib* —dijo Wahdi, que se afanaba a su alrededor, aumentando el efecto opresivo de la atmósfera.

—Tráeselo —le ordenó MacArd, y luego, dirigiéndose a David, añadió—: Y tú toma una ducha fría. Eso te refrescará.

—Gracias, papá —contestó David—. Pero no te preocupes. Cuando tome el té me sentiré mejor.

El joven sentía deseos de cerrar la puerta que separaba las dos habitaciones, pero no quería molestar a su padre. Jamás hasta entonces había estado a solas con su padre. Siempre había estado entre ellos su madre. Pero ella ya no lo estaría más, y él debía aprender a vivir sin sentirse oprimido por la poderosa personalidad de su padre. David sonrió al autor de sus días, y luego, procurando hacer acopio de valor, cerró la puerta que mediaba entre ellos.

En el cuarto de baño, MacArd se echó él agua en la forma que la guía aconsejaba. De pie sobre el inclinado y enlosado suelo, con un cazo de metal fue sacando agua de una ancha palangana de porcelana y echándosela sobre la cabeza y los hombros. Era refrescante, tenía que reconocerlo así, sentir las gotas de agua resbalar por su blanco cuerpo, el muerto color blanco de los pelirrojos, mucho menos agradable que el bello color cremoso de Leila. Pero el encanto que emanaba de su esposa ya no le pertenecía a él. Tendría que ser duro consigo mismo. Tendría que dominar la vitalidad de su poderoso temperamento. Debía orientar todas sus energías en otro sentido, entregarse a nuevos quehaceres, procurar vivir siempre atareado. Pero ¿a qué tarea podía dedicarse? Mientras ella vivió, su vida había estado llena de ella cada hora del día y de la noche. Mas, súbitamente, todo había terminado, y de una manera tan repentina que le costaba creer que fuera cierto. El corazón de su mujer cesó de latir una noche, cuando nadie lo sospechaba, una noche semejante a cualquiera otra noche. Simplemente cesó de latir, sin razón alguna, por obra y gracia de un misterio, si bien era cierto que ella se había negado siempre con graciosa tozudez a que la reconociera ningún médico. Dejó de acudir a los médicos después del nacimiento de David y de la penosa operación que le siguió, la cual hizo evidente que no podría tener más hijos.

Nunca más, después de aquellas semanas pasadas en un hospital, había querido que la viera un médico. Se medicaba en secreto, y el marido se enteraba de ello cuando encontraba frascos de medicina sobre la mesilla de noche. Entonces, horrorizado, él se empeñaba en saber si sentía dolores o se notaba enferma, pero ella siempre se negaba a contestar a tales preguntas. Se echaba a reír y enseñaba a MacArd sus redondos y hermosos brazos, o hacía que se fijara en el color de sus mejillas.

—¿Tengo yo aspecto de estar enferma? —preguntaba sonriente.

¿Qué podía él contestar sino la verdad, es decir, que parecía la estampa de la salud? Después, el médico dijo que los brillantes ojos y las mejillas encendidas no eran más que los signos anunciadores de la muerte.

MacArd dejó escapar un quejumbroso suspiro ante tales recuerdos y se envolvió en su bata de baño, sentándose luego en un profundo sillón que había en su dormitorio. Inmediatamente, el peso de su soledad y la lejanía de la patria, el pensamiento de que, aunque regresara a su hogar, lo encontraría vacío, le abrumó como una losa, y echando la cabeza hacia atrás cerró los ojos. Desde hacía años no rogaba a Dios realmente, aunque durante años había constituido un hábito diario de su vida arrodillarse ante el lecho todas las noches durante breves minutos, pues también lo hacía Leila. A veces rezaba en tales instantes, pero, por lo general, la cosa no había pasado de constituir un simple simulacro realizado con el fin de no ofender a su esposa, que tenía el hábito de la devoción. Después de la muerte de Leila dejó de fingir. Pero de súbito, en aquella lejana habitación de la India, la plegaria ascendió, perfectamente articulada, desde el fondo de su atribulado corazón.

—¡Oh, Dios! Muéstrame lo que he de hacer con mi vida y con mi dinero, para que al fin pueda reunirme con mi bien amada esposa en el cielo...

No dudaba ni por un momento que Leila se encontraba en el cielo, pues había sido una mujer tierna, de tal bondad y pureza, que casi fue un ángel en la tierra. Que a veces se hubiera mostrado trivial o que a veces le hubiese hecho impacientarse, le parecía ahora imposible, y pensaba que la culpa era por entero de él, aunque no lo había reconocido siempre así cuando ella vivía. Leila se había lamentado algunas veces de que a él sólo le interesaba hacer dinero. Nada más cierto. Su vida había estado dedicada por completo a establecer la vasta red de sus intereses. Su fortuna estaba cimentada sobre el negocio de ferrocarriles, y continuaba siendo el presidente de la compañía, su más vieja empresa. Pero los ferrocarriles, como media docena de personas de su país sabían muy bien, eran meras arterias comerciales, y, con el siglo XIX en su última década, aquel joven y ávido país en que él había nacido y crecido, pedía más ferrocarriles y más negocios. Proseguir aquel camino de oro había constituido su tarea, pero también fue una fuente de excitantes proezas. Había gozado de alegrías y padecido dolores, y no le importaba cuánto de aquel dinero pudiera gastar Leila. Le llenaba de orgullo ver el nombre de su esposa encabezando las suscripciones benéficas. «Señora de David Hardworth MacArd, cinco mil dólares».

¿Qué querría Leila que él hiciera ahora?

Mantuvo los ojos fuertemente cerrados, sorprendido por el llanto de su interior e incluso un poco asustado. ¿Existirían secretos que él ignoraba? Era un hombre práctico y no tenía tiempo para leer libros, aunque acostumbraba a divertirse escuchando lo que Leila le contaba sobre los libros que leía, y después de ella muerta había abierto alguno, esperando recordar así la voz de su esposa y su tierno rostro. Pero, sin la presencia de Leila, las páginas parecían como muertas. ¿Dónde podría encontrarla ahora?

«¡Oh, querida Leila! —murmuró con los dientes apretados—. ¿No podrías venir hasta mí alguna vez?».

Permaneció rígido, escuchando, y oyó sonidos irreconocibles procedentes de las calles, voces agudas y titubeantes que hablaban lenguas desconocidas, voces lastimeras, como un canto fúnebre, mezcladas al penetrante grito de los mendigos. Su soledad llegó a ser para él una verdadera agonía y algo tan próximo al terror que sentía que prestaba energías a su alma para buscar el perdido amor. Ciertas palabras que le habían impresionado siendo niño, en la iglesia del pueblo, se alzaron ahora vivas y vibrantes en su memoria, y oyó la fuerte voz de su padre, que declamaba en el púlpito: «Más fácil es que un camello pase a través del ojo de una aguja que el entrar un hombre rico en el reino de los cielos».

Era monstruoso recordárselo ahora, pues él era un hombre inmensamente rico, y no era propio de Leila despertar aquel recuerdo, pero quizás ocurriera así porque ésta era la única manera que ella tenía de hacerlo: a través de sus recuerdos. Solía escuchar aquellas palabras cuando era un niño amargamente pobre como toda su familia. Ninguno de los que le rodeaban habían visto jamás a un hombre rico, y él acostumbraba a preguntarse lo que hacía un hombre rico, y lo que tenía para comer y cómo se vestía. Al llegar a la adolescencia se convirtió en un rebelde y deseó ser rico, porque ésta era precisamente la clase de hombres que su padre más odiaba: un hombre que jamás entraría en el cielo. Tal vez fuera aquélla la manera de decirle Leila que las viejas palabras eran verdaderas y que, si él deseaba entrar en el cielo y reunirse con ella, tenía que hacer una buena obra con su dinero.

Le distrajo el rumor de una puerta que se abría lentamente, pulgada tras pulgada, y vio que Wahdi le sonreía. El criado entró en la habitación andando de puntillas, sosteniendo una bandeja de té en una mano y en la otra una inmensa cesta de flores blancas.

—De Govmint, *sahib* —dijo el musulmán dejando adivinar un acento de orgullo—. Están recién cortadas, *sahib*.

El musulmán colocó la bandeja sobre la mesa, dejó la cesta y sacó de su pecho un largo sobre cuadrado, el cual entregó a MacArd. Luego dio un paso atrás y esperó con la mayor inmovilidad.

MacArd rasgó el grueso sobre y sacó de su interior la única hoja que contenía. En ella estaba grabado el escudo de la corona inglesa. La carta, escrita a mano, no tenía, sin embargo, nada de oficial, y estaba firmada por el mismo gobernador general.

Apreciado señor MacArd:

Nos sentiremos encantados si quiere usted merendar con nosotros, sin otros invitados, él martes o el jueves. Pero comprenderé perfectamente sus excusas si no desea hacerlo. He dado instrucciones para que pueda ver usted todo lo de la ciudad, para que se le reserven los billetes si quiere hacer algunos viajes. Comprendemos las dramáticas circunstancias de su visita y esperamos sus órdenes.

Suyo atento, etc.

MacArd se sintió satisfecho. No era fatuo, pero tenía su orgullo. Le invitaban al palacio del gobernador porque era rico y la riqueza era su pedestal.

El incidente hizo que MacArd volviera en sí. Había sido sacudido, pero debía esperar. Debía confiar en que las cosas pasaran, se dijo a sí mismo. Mientras tanto, allí tenía la invitación del gobernador.

Reflexionó sobre ella mientras Wahdi esperaba majestuosamente, compartiendo el honor de su amo, que recibía flores procedentes de Malabar Point. La sangre escocesa de MacArd, llevada a los Estados Unidos por sus antepasados que no quisieron ser vasallos de los ingleses, le tentó con la idea de no aceptar la invitación. Ésta podía ser todo lo cortés que se quisiera, pero en el fondo se trataba de una orden. Sin embargo, su sentido de la prudencia venció al fin. Alguna vez podría convenirle algún negocio en la India. Era poco probable, pero tenía la idea de que los ferrocarriles podían constituir algún día una red que se extendiera alrededor del mundo, en conexión con grandes compañías navieras. Vivían en la edad de la expansión. Fue hasta el escritorio de madera de teca y escribió una breve nota aceptando la invitación, Wahdi la recibió como si fuera un gran honor y se la entregó al mensajero que esperaba en la puerta del pasillo con el aire de una persona que otorga una merced.

—Hemos dado al pueblo de la India una extraordinaria libertad —afirmó el gobernador—. Antiguamente nunca hubieran pensado en criticar al Gobierno. Ahora, sin embargo, la tradición británica ha tomado por asalto a los jóvenes intelectuales hindúes. Les hemos enseñado inglés, han leído nuestros periódicos y se han asimilado nuestras costumbres. Leen nuestros vigorosos e independientes editoriales, sin comprender que en Inglaterra la crítica no significa nunca deslealtad. Esto empezó en los tiempos de mi predecesor, pero cristalizó en el Primer Congreso Nacional indio, celebrado hace algunos años. Confío que no conduzca a una rebelión final. Lord Lytton creyó que la crítica era muy poco conveniente y dictó una ley para fiscalizar la prensa indígena. Pero la ley fue abolida cuatro años más tarde. Los ingleses somos incurablemente escrupulosos y los hindúes no están acostumbrados a ello.

Un criado tocado con turbante y una brillante túnica roja, pantalones blancos y

cinturón de oro, esperaba junto al codo del gobernador, y éste se sirvió arroz con *curry*, un *curry* de faisán delicadamente sazonado para los paladares ingleses.

—¿Quiénes son los jefes? —preguntó MacArd.

Se hallaban sentados alrededor de la larga mesa y, aunque tenía enfrente de él a David, sus anfitriones estaban tan distantes que MacArd reprimió el súbito deseo que sintió de alzar la voz.

—Los intelectuales jóvenes, los izquierdistas, que viven tan apartados de los campesinos y de la gente de las pequeñas poblaciones como lo estamos usted y yo — declaró el gobernador general.

—¿Y serán capaces de persuadir a los campesinos de que sigan a su jefe? — preguntó MacArd.

No le gustaba el *curry* y sólo se sirvió una pequeña ración del plato que el indio tan fastuosamente ataviado mantenía a su izquierda.

—Si continuamos educando a los hindúes en las escuelas inglesas es posible prever lo que será del Imperio —dijo francamente el gobernador general.

Éste siguió hablando; su suave sonrisa formaba un marcado contraste con sus palabras y el alto cuello que sobresalía de su traje de hilo.

—Los ingleses nos destruimos a nosotros mismos. No sabemos ejercer debidamente la tiranía. Nos empeñamos en tener conciencia, y esto hace imposible la tiranía.

David escuchaba atentamente con sus oscuros ojos muy tranquilos. MacArd se sintió orgulloso de su hijo. El muchacho permanecía sentado ante la vasta mesa con absoluta naturalidad, aunque demostrando una señalada deferencia ante sus mayores en saber y gobierno. La marquesa también le miraba de vez en cuando, y el padre observó que la fría mirada de la dama se suavizaba.

—Mis dos hijos se hallan en Inglaterra —dijo de súbito la dama dirigiéndose a David—. El mayor tiene sólo dieciséis años. Dejaron la India cuando tenían cinco y ocho años respectivamente. Conservamos en casa a Ronald más tiempo de lo usual para que Bertie pudiera acompañarle. Hace tres años que no les veo.

—Irás a Inglaterra de nuevo en mayo, querida —recordó su marido.

—Sólo me mantiene la esperanza de que todavía me recuerden. Tal como soy, no como una especie de figura maternal —afirmó la dama.

—Éste es uno de los muchos precios que se han de pagar por el Imperio — murmuró el gobernador general.

—¡Ah! Pero son las mujeres las que los pagan —se apresuró a responder su esposa.

MacArd se volvió hacia el gobernador.

—Sospecho que también usted habrá echado de menos a sus hijos.

—Desde luego —contestó el gobernador—. Sin embargo, estoy de acuerdo con mi mujer. Es cierto que ella los echa más de menos que yo y también que yo tengo compensaciones que ella no tiene. Temo que a las mujeres inglesas les resulte la India

muy difícil de soportar.

La larga y complicada comida tocó a su fin, y todos se pusieron en pie, pues el gobernador general dijo que, puesto que su esposa era la única dama presente, no debían permanecer más tiempo en la mesa y dejarla a ella sola en el salón, así que los cuatro salieron del comedor juntos.

El palacio de Malabar Point estaba formado por una serie de bungalows, y sus muchas habitaciones eran grandes y frescas. Las puertas se abrían a anchas verandas sombreadas por grandes árboles y floridas enredaderas, MacArd había visitado la Casa Blanca llamado por el presidente, antes de salir para la India. Pero el palacio en el que ahora se encontraba era mucho más suntuoso y nada igualaba en suntuosidad al cuerpo de guardia del gobernador general. Los altos *sikhs*, con sus oscuros rostros bajo enormes y complicados turbantes, resultaban de una gran belleza vestidos con sus uniformes escarlata. MacArd les había visto ante la verja, apoyados en sus largas lanzas, alertas e impasibles. No tenían nada de la servil humildad de las multitudes que poblaban las calles. Eran soldados del Imperio y se sentían muy orgullosos de serlo.

Cuando entraron en el salón, decorado en azul y oro, MacArd tuvo que reconocer que el inglés y su esposa sabían mostrarse dignos de su elevada posición. Poseídos de su derecho, ambos altos e igualmente rubios, tenían un talante sencillo, rebosante de dignidad que no podía por menos de admirar, reconociendo al propio tiempo que no acostumbraba a encontrar tales cualidades en su propio país. Sólo hombres y mujeres que han vivido durante varias generaciones por encima de toda competición podían conservar aquella serena confianza en lo que eran. En la patria de MacArd todo era materia de competición y lucha. Él mismo había luchado y luchado para alcanzar su presente situación y le era imposible aparentar aquella serenidad y dignidad. La sola dignidad que poseía era el resultado de sus seis pies y pico de estatura, ahora más imponente que antes debido a que ya no era el delgado muchacho de su juventud, aunque conservaba bastante bien la figura. Llevaba su traje londinense de esponja tropical con bastante soltura, en tanto que David resultaba realmente guapo vestido con un traje de hilo blanco. MacArd vio que la marquesa miraba: a su hijo una y otra vez, hasta que al cabo la dama se olvidó de su alta jerarquía e hizo un signo con su larga y enjoyada mano, para que el joven se sentara en el sofá junto a ella, cosa que David se apresuró a hacer sin dar muestras de la menor timidez. El sentido del humor de su madre y la brillante sonrisa que a MacArd le gustaba tanto ver en los ojos de su esposa, había evitado que su hijo se sintiera pagado de sí mismo o engreído.

—No olvides nunca que tu abuelo fue un predicador de pueblo —acostumbraba a decir Leila al muchacho—. Pero se trataba de un hombre muy bueno, pues era el padre de tu padre —concluía sonriendo, lo que hacía que aparecieran los hoyuelos de sus mejillas.

—Dígame la carrera que ha elegido usted —dijo la marquesa a David con acento ligeramente suplicante.

—Aún no sé cuál elegiré, señora —repuso David—. Acabo de salir del colegio.

—¿Colegio? —repitió la dama.

—Harvard.

—¿Equivale eso a Oxford y Cambridge?

—Creo que sí.

La marquesa sonrió al muchacho y le sonrió con suave ternura.

—Así, que de momento, no siente usted ninguna inclinación determinada.

—Todavía no, señora —contestó David—. Quizás este viaje que estoy haciendo con mi padre me revele algo de mi futuro.

—De todas formas, siempre puede ingresar en mis oficinas —se apresuró a decir MacArd.

—¡Oh! Pero usted no influirá en él, ¿verdad? —dijo la dama con expresión poco menos que suplicante, dirigiéndose a MacArd.

—Ciertamente que no —replicó MacArd—. Él no necesita hacer nada por lo que a mí respecta. Aunque creo que deseará labrarse un porvenir por sí mismo.

—¿No siente usted afición por nada? —preguntó la marquesa mirando de nuevo a David.

—Demasiadas —repuso el joven con toda sinceridad.

La dama se abstuvo de hacer más preguntas, y su delicada reserva pareció envolverla de nuevo. Pero se puso en pie y se acercó al piano de palo de rosa, regresando con dos grandes fotografías con marco de oro.

—Son mis hijos —murmuró.

David tomó los retratos y vio dos serios y delgados rostros. Las fotografías estaban finamente coloreadas. Ambos muchachos eran rubios, con los ojos azules y las mejillas sonrosadas.

—Observe sus mejillas —murmuró la madre—. No las hubieran tenido así si vivieran en la India.

—¡Oh! Es casi imposible mantener a los niños ingleses aquí —exclamó el gobernador.

Su acento, más bien duro, sonó como una especie de advertencia dirigida a su esposa, y ésta no volvió a decir nada más. La marquesa colocó las fotografías de sus hijos sobre el sofá, junto a ella, e hizo un gesto a un resplandeciente criado para que llenara otra vez de café su pequeña taza dorada.

El gobernador continuó hablando, explicándole a MacArd las dificultades de su posición y también la de todos los ingleses que vivían en la India.

—Los hindúes educados en las escuelas inglesas no conocen la historia de su propio país —declaró—. Se imaginan que aquí era todo paz y alegría antes de que vinieran los británicos. Pero, en realidad, todo el país era presa de la tiranía, estaba desunido, y la gente del pueblo vivía a merced de los caciques locales. Mas si algún inteligente y viejo hindú menciona tales hechos es acusado inmediatamente de adicto al Imperio. Están decididos a odiamos por encima de todo.

Al llegar aquí, David interrumpió inesperadamente.

—Mi madre hubiera dicho que tenían que ser cristianizados.

El gobernador se mostró francamente sorprendido.

—Por el contrario —repuso fríamente—. Un indio es infinitamente peor cuando se le cristianiza. Si abandona sus propios dioses, acaba, por lo general, siendo un sinvergüenza. No pongan ustedes jamás confianza en un hindú que afirma que es cristiano. Esto ha llegado a ser una especie de axioma entre nosotros. Además, sólo las castas más bajas cambian de religión.

MacArd interrumpió al gobernador general. Le parecía que, en cierto modo, Leila había sido desairada por las palabras del gobernador general.

—Mi esposa era una mujer verdaderamente religiosa. Sospecho que si en el mundo hubiera muchas como ella, todos seríamos mejores.

Nada se podía objetar a esto, y nada se dijo. El gobernador podía mantenerse silencioso con la mayor naturalidad, mientras que la marquesa parecía pensativa. Después de un momento dijo:

—¡Es tan distinto el cristianismo entre gente diferente!

MacArd se puso en pie. Sentía el cabello tenso y que su piel ardía. Pero dominó sus deseos de defender la religión de su esposa. No quería hablar de ella y le había sorprendido oír que David la mencionaba. Dirigiéndose a su anfitrión, masculló:

—Creo que debemos seguir nuestro camino. Mi hijo y yo deseamos visitar las Torres del Silencio. He oído decir que son una de las cosas más típicas de Bombay.

El gobernador se puso en pie en el acto.

—Sea lo que sea, deben ustedes verlas. ¿Tienen ya el permiso?

—¿Es necesario? —preguntó MacArd.

—Debe usted obtener autorización del secretario parsi, del Panchayat. Espere, enviaré un hombre para que se lo extiendan. El permiso esperará a ustedes en las Torres.

—Gracias —repuso MacArd.

Se despidieron. MacArd tocó ligeramente la mano de la marquesa, retirando la suya inmediatamente. Desde la muerte de Leila encontraba desagradable el contacto de una mano de mujer, aunque fuera una presión fría. Pero, con un súbito movimiento de ternura, la marquesa tomó la mano de David entre las suyas.

—Gracias. Gracias por haberme recordado a mis hijos.

Las Torres del Silencio se alzaban en la cumbre de una alta colina. Al aproximarse a ellas no se veía ni un tejado, pues el muro que las circundaba era alto. Pero cuando se acercaron más, la puerta del templo exterior se abrió y un sacerdote vestido con traje de ceremonia salió a recibirlos.

MacArd y David bajaron del coche que los había conducido hasta allí y el sacerdote se dirigió a ellos en inglés.

—Hemos recibido el mensaje de la Casa del Gobierno, señor MacArd, y nos sentimos muy contentos de recibir a usted y a su hijo en nuestros sagrados templos de los muertos. ¿Quieren ustedes descansar un poco antes de seguir?

—No, gracias —repuso MacArd—. Continuaremos, si le parece bien.

David contempló las altas palmeras que se erguían en el interior del recinto. Unas sombras oscuras y sombrías reposaban entre las frondosas copas de los árboles.

—¿Qué son? —preguntó el joven.

—Son los cuervos —repuso tranquilamente el parsi—. Están muy bien enseñados. No bajan hasta el momento preciso. Incluso cuando el cadáver está ya a punto, no descienden hasta que los portadores se han ido y ellos se han quedado solos: con el muerto. Algunos de los cuervos son muy viejos y enseñan a los jóvenes.

David conocía perfectamente todo el proceso. Lo había leído en un libro. Pero MacArd vio que su hijo palidecía.

—¿Quieres seguir adelante? —preguntó.

—Naturalmente —se apresuró a responder David.

El sacerdote fue describiendo los ritos mientras caminaba delante de ellos con singular gracia y sosiego.

—Los ritos del entierro son celebrados en el hogar del difunto. El cuerpo es colocado en un túmulo y no en un ataúd como hacen ustedes los occidentales. Se le coloca como si estuviera en una cama y se le cubre con bellos trajes y chales. Nuestros sacerdotes abren camino avanzando con gran solemnidad; detrás de ellos marchan los miembros masculinos de la familia y los amigos. El muerto es traído hasta el muro exterior, donde los sacerdotes se hacen cargo de él. Luego colocan al muerto en ese templo. En ese que ven ustedes ahí, señores, pero donde no les puedo permitir entrar, pues sólo está abierto para los miembros de nuestra fe. Únicamente puedo decirles que es muy sencillo, y el fuego sagrado arde en él eternamente.

—¿Y por qué no queman el cuerpo? —preguntó David en voz baja.

El sacerdote pareció extrañado de la pregunta.

—El fuego es puro —afirmó—, y no debe ser contaminado por los cuerpos de los muertos. El agua también es pura, y tampoco la tierra debe ser mancillada, pues es el manantial del sustento del hombre y de la fuerza.

Como si esto no pudiera ser contradicho, el sacerdote guardó silencio y siguió guiándolos a través de bellos parajes profundamente silenciosos, dónde ni un pájaro cantaba ni tampoco llegaba ningún sonido procedente de la ciudad que se extendía abajo.

Había cinco torres y el sacerdote los condujo en silencio a una de ellas, y una vez ante ella habló de nuevo.

—No es corriente que entre nadie en el interior de las torres, pero ustedes son invitados del gobernador y yo quiero hacer algo fuera de lo corriente.

La torre carecía de techumbre y sus paredes, de unos cuarenta pies de altura, estaban enjabelgadas y sin mácula. La puerta de la torre era alta, por lo que tuvieron

que subir varios escalones para llegar a ella. Los norteamericanos se quedaron en el umbral, pues el sacerdote les prohibió que entrasen.

—Pueden ustedes ver de lo que se trata —dijo—. Pero les suplico que no entren.

Vieron una serie de caminos que, como los radios de una rueda, se deslizaban hacia una hondonada que había al fondo. Entre los caminos, había hileras con pequeños compartimientos para los muertos.

—Para los hombres, para las mujeres y para los niños —murmuró el sacerdote.

—Hay más para los niños y las mujeres que para los hombres —dijo David.

—Mucho niños deben morir —repuso tranquilamente el sacerdote—. Y más mujeres que hombres; es su destino.

Padre e hijo examinaron atentamente el lugar como si su presencia allí fuera un portento, los cuervos se alzaron en los árboles y, moviendo sus pesadas alas, volaron lentamente sobre la torre.

—Dentro de esos compartimientos están colocados los muertos —añadió el sacerdote—. Primero son llevados a la antecámara, donde se les quitan los vestidos y las coberturas, que así son purificados y devueltos a la familia. Luego el cadáver, desnudo tal como nació, es conducido al interior de la celda sin techo, y los portadores se marchan. Entonces es cuando los cuervos realizan su sagrada misión. Descienden y se comen la carne, hasta dejar los huesos limpios. Ningún ser humano se acerca. Más tarde, los elementos completan el trabajo. El sol brilla y blanquea los huesos; la lluvia cae y los lava hasta que quedan puros y blancos. Cuando la celda se necesita para otro muerto, los sacerdotes que están de guardia, los *nasr salars*, se cubren sus manos con guantes y, cogiendo unas tenazas, llevan los huesos al hoyo central, donde vuelven al polvo. Toda el agua que cae dentro de esta torre y la que cae dentro de las otras torres es recogida mediante unos desagües y conducida al hoyo. Se hace así para que el agua se lleve el polvo de los muertos. Debajo hay filtros de carbón vegetal a través de los cuales pasa el agua, y entonces fluye hasta un gran conducto que la lleva hasta el eterno mar.

—¿Y no se llena nunca el hoyo? —preguntó David con expresión de horror.

—Nunca —contestó el sacerdote—. Durante centenares de años no se ha llenado jamás. Los elementos realizan su cometido a la perfección.

MacArd permanecía silencioso, sobrecogido y emocionado al mismo tiempo, sintiendo deseos de rebelarse contra aquello e impresionado a la vez. El sacerdote continuó hablando con la misma voz reverente y pausada de antes.

—Nuestra fe afirma que todos los hombres son iguales ante Dios y que no existe ninguna diferencia entre el rico y el pobre. Todas las celdas son lo mismo y todos los muertos son entregados de la misma manera al sol, a la lluvia y al mar. Todos encuentran el descanso de la misma forma.

—¡Pero no tener tumba de donde levantarse! —exclamó David.

—Sin embargo, creemos en la resurrección de la carne —declaró el sacerdote—. Nuestra fe afirma que nuestros cuerpos se levantarán de nuevo, purificados por una

nueva vida que todavía no podemos comprender.

La escena cambió de pronto para MacArd, la sensación de horror desapareció de su alma y se asió a aquella fe en la inmortalidad.

—¿También ustedes creen en eso? —preguntó.

—Todos los que profesan una religión, creen en la inmortalidad del alma —contestó el sacerdote.

—Eso es muy importante —exclamó MacArd profundamente conmovido.

David se sorprendió ante la súbita excitación de la voz de su padre, y todavía se sorprendió más cuando ya en la puerta su padre depositó en la mano del sacerdote un montón de rupias.

—Ha sido muy interesante —dijo MacArd—. Ha sido muy interesante. Jamás lo olvidaré.

El departamento del tren que les conducía a Poona era muy ancho. Wahdi les había procurado todas las comodidades posibles, alquilando en el hotel colchones y ropa de cama y llenando una gran cesta de mimbre con diversas latas de conservas, bastantes para un camino mucho más largo que el que llevaba a Poona. Las ventanillas permanecían cerradas para evitar el polvo, pero los ventiladores estaban abiertos en el techo, y él polvo, tan fino y seco como la pólvora, se filtraba por ellos. David dormía sobre una colchoneta extendida en uno de los anchos bancos. Sólo tenía puestos los calzoncillos. Sin embargo, su juvenil piel aparecía cubierta de sudor.

MacArd le miraba de vez en cuando, pues descubría en su hijo, con profunda ternura, la gracia de Leila. Su propia complexión no tenía nada de la esbeltez de David, de la delicadeza de sus tobillos y muñecas. Pese a ello, David distaba mucho de parecer femenino. Sus hombros eran anchos y sus caderas estrechas, e igualaba en estatura a su padre. El rostro del muchacho no se parecía en todo al de él; el color moreno de su piel chocaba bastante cuando eran vistos juntos, en incluso hacía que los extraños reparasen en ello. El padre se alegró de que su hijo pudiera dormir, pues había muy poco que ver a través de las polvorientas ventanillas. Planicies tan sombrías como el invierno, aunque apretaba tanto el calor que apenas se podía soportar el ardiente aire que soplaba. Sobre aquellas planicies, los pueblos, contruidos de barro, aparecían lastimosamente desnudos bajo el ardiente sol. Apenas eran más visibles que madrigueras de topos, y por ellos discurrían las más extrañas criaturas que pudieran imaginarse. Sin embargo, eran criaturas humanas, aunque parecían diferenciarse muy poco de los lastimosos y esqueléticos animales que se movían inquietos sobre la pelada tierra buscando una comida que no existía. Hombres, mujeres y ganado esperaban las lluvias desde hacía meses. Bastarían unos cuantos días de lluvia, pocos, según afirmó Wahdi, y aquellos resecos terrenos se cubrirían instantáneamente de una alfombra de verdor. La semilla estaba en el interior de la tierra, esperando el agua portadora de vida.

—Siempre resurge la vida —declaró Wahdi.

MacArd recordó estas palabras mientras miraba por la ventanilla. Wahdi era musulmán y, por lo visto, también los musulmanes creían en ello. No dejaba de ser extraño que él, un cristiano, al menos así lo suponía, pudiera encontrar en un país idólatra la fe necesaria para creer que Leila vivía aún. Sin embargo, aquél era un pueblo muy antiguo, dado a la religión durante un largo tiempo y quizá supiera más sobre aquellas cosas que los individuos como Barton. Reflexionó durante un tiempo y sentimientos de cordial piedad se derramaron por su corazón. Pero era terrible que un pueblo religioso y bueno tuviera que vivir medio hambriento, con la tierra tan desnuda como el desierto bajo un sol de verano, y todo por la necesidad de agua, de ferrocarriles y de comercio, que eran las cosas que permitían a los norteamericanos disfrutar de una vida cómoda y abundante.

De repente se dio un cachete en la mejilla para aplastar un mosquito. A despecho de todas las precauciones que Wahdi había tomado antes de salir de Bombay, en el cerrado coche revoloteaban muchas moscas. MacArd estaba dispuesto a jurar que las moscas se filtraban a través de la gruesa madera. Estaban hambrientas y rabiosas, y no dejaban en paz cualquier objeto en reposo, si es que en aquel viaje podía haber algo de reposo. Los ferrocarriles eran una verdadera calamidad. Algo había que hacer en beneficio de la India. El pueblo no tenía suerte ni oportunidad de nada. Los ingleses constituían un grupo muy curioso. Se mostraban orgullosos, cuando en realidad no tenían de qué sentirse orgullosos. Unos cuantos norteamericanos jóvenes y acostumbrados a hacer progresar al pueblo podían realizar mucho en pocos años, Pero ¿cómo llevarlos hasta allí? Los pocos norteamericanos que se encontraban en la India, eran todos misioneros. Bien, quizá los misioneros...

MacArd olvidó las moscas y el polvo, sumiéndose en uno de aquellos intensos sueños que Leila solía llamar su oscuridad antes del amanecer, su estado precreador. Luchaba para dar con la gran idea. Mas la idea no vendría así como así. Surgió como el torbellino surge de un tornado, moldeando las cosas con furioso frenesí hasta que llega el momento de la explosión. Y de súbito vio con toda claridad la gran idea.

¿Por qué no podía él formar sus propios misioneros y enviarlos a la India?

En Poona, Wahdi los instaló en un buen hotel. Pero MacArd se sentía inquieto y salió inmediatamente para visitar la ciudad, aunque era la hora crepuscular. David no le acompañó. El joven había encontrado en el «Claridge» de Londres a un joven hindú llamado Darya Sapru, y éste le había invitado a visitarle cuando fuera a Poona. Ahora David se proponía corresponder a la invitación. Mientras tanto, MacArd vagabundeaba por las calles con su acostumbrado y rápido paso, observando a la gente, que se echaba a un lado temerosa e impresionada por su gran estatura y sus magníficos trajes. La gran idea le perseguía día y noche, y todo cuanto veían sus ojos servía para alimentarla y redondearla. Allí, en Poona, encontró dos ríos que se

agitaban entre las casas como dos verdaderas serpientes. Detrás de la ciudad, las montañas se alzaban formando un ancho semicírculo, y en lo alto de una de ellas, de acuerdo con lo que afirmaba la guía, existía un antiguo acueducto construido hacía muchos años por una familia márata. El manantial que alimentaba el acueducto era un pozo. En Poona el agua estaba escondida bajo tierra. Hubiera sido muy fácil distribuirla por toda la región y entonces la tierra no hubiera tenido que permanecer improductiva hasta que los monzones trajeran la lluvia.

Volvió al hotel a la caída de la tarde, bajo la sensación de que su idea estaba empezando a crecer como un árbol. Sus raíces se hundían a la vez que echaba ramas. Prepararía a sus jóvenes y los enviaría allí, a la India, para que realizaran su tarea.

Tenía que disponer de un lugar para prepararlos, una gran escuela, una institución perfectamente dotada, y ¿por qué no crearla bajo el nombre de su bien amada esposa? En sí mismo, esto sería una especie de inmortalidad, algo realizado en memoria de Leila MacArd.

Abrió la puerta de sus habitaciones y encontró a su hijo muy excitado por la tarde que había pasado.

—¡Es una casa maravillosa, papá! —exclamó el joven—. Los jardines más extraordinarios que he visto en mi vida. Se extienden a lo largo del río. Nunca había visto un lugar así. Suelos de mármol en todas las habitaciones principales, y un enorme comedor separado de la casa y unido a ella por un largo pasillo, también de una gran belleza. Luego había otra enorme habitación, abierta asimismo, cuyas paredes eran de madera tallada, y donde la familia de Darya vive realmente. El salón posee el techo más bello que he visto jamás, todo hecho por artistas de Poona.

—Yo diría que todo eso que acabas de describir contrasta enormemente con el resto de la India —repuso MacArd distraídamente.

Su hijo lo miró con una peculiar ironía en sus oscuros ojos, pero MacArd no reparó en ello. La conversación murió y no fue reanudada al día siguiente mientras iban y venían.

Poona podía recorrerse con mucha mayor facilidad que Bombay, pues era una ancha ciudad dividida en partes como si fueran patios, salpicadas por los usuales monumentos y puentes erigidos por ricos hindúes. El quinto día de su estancia en Poona, MacArd sintió deseos de recorrer el campo que rodeaba la ciudad. Pensaba profundamente en el asunto del agua y en la forma en que ésta podría hacer cambiar la faz de la India. Se imaginaba un país surcado por infinitos canales de plata, una red de canales de irrigación, independientes de las lluvias e incluso de los ríos. Que se utilizaran los ríos Mutha y Muía allí en Poona, y el mismo Ganges en el norte para producir fuerza eléctrica. Pero los canales de riego debían ser alimentados por las entrañas de la tierra para que llevaran la vida a las llanuras.

¿Y quién podía realizar esto sino los mismos hindúes? La resignación del pobre y el egoísmo del rico debían ser dominados por una nueva fuerza. Los comerciantes, los príncipes poderosos, se mostraban siempre dispuestos a erigir grandes edificios y

monumentos públicos. En cambio, no hacían nada para remediar la miseria de los desesperanzados campesinos. Lo que ellos necesitaban era una auténtica religión, y al mismo tiempo que templos, un sistema de irrigación y ferrocarriles. A la India debían ser enviados cristianos, unos cristianos que laborasen al mismo tiempo que predicaban.

En aquel día de su estancia en Poona, MacArd tomó la decisión definitiva. Ésta le fue sugerida por un campesino, un hindú completamente desnudo a excepción del blanco turbante enrollado en torno a su cabeza y de la tira de algodón blanco colocada alrededor de su cintura; un hombre delgado y seco, que representaba unos cincuenta años, aunque en la India era imposible precisar nunca la edad de los hombres y mujeres, y probablemente sólo tendría veinte o veinticinco. El hombre era alfarero, ese alfarero que todos los pueblos hindúes tienen. Aquel día, MacArd paseaba en compañía de Wahdi, pues David se encontraba de nuevo con su amigo Darya. MacArd se acercó al hindú, que con él pie hacía girar la rueda de alfarero mientras sus estrechas y suaves manos, de dedos flexibles y hábiles, daban forma a una masa de arcilla. El hombre alzó la vista y sonrió con cierto temor al ver a MacArd, forastero y blanco, y entonces, dirigiéndose a Wahdi, se excusó de no poderse levantar en aquel momento para presentarles un saludo adecuado, pues esto haría que el cacharro que estaba haciendo se le estropeará.

—Dile que deseo ver lo que está haciendo dijo MacArd.

Wahdi hizo la traducción de las palabras con el desprecio que siempre mostraba cuando se dirigía a un hindú.

El cacharro, un vulgar tazón de arcilla, quedó terminado pocos instantes después, y el alfarero lo puso al ardiente sol para que se secase.

—Dile que se tome tiempo para enseñarme el pueblo y los campos —dijo MacArd dirigiéndose a Wahdi—. Añade que le pagaré lo que sea.

Esto fue también traducido, y el hombre hizo un signo de asentimiento con el rostro encendido por un brillante buen humor. A continuación, echando a andar delante de MacArd, le guió a través de la pequeña agrupación de chozas de barro de las que los hombres salían para verles y en las que se escondían las mujeres, mientras los chiquillos corrían por todas partes, desnudos y cubiertos de polvo gris.

Fue en el campo donde MacArd presenció la extraña escena que le llevó, como una visión, a tomar la decisión que desde entonces iba a moldear su vida. El alfarero se encontraba a unos veinte pasos delante de él, en el estrecho camino que se extendía entre los campos, cuando de súbito vieron una serpiente atravesada sobre el camino, una cobra, según le pareció a MacArd. No había visto ninguna hasta entonces, excepto en las ilustraciones de la guía, pero no podía engañarse en cuanto a la naturaleza del animal. La forma chata de su fea cabeza y el modo de erguirse, entre temerosa y colérica, eran inconfundibles. Wahdi dio un salto atrás, pero MacArd gritó:

—Déjemela a mí.

Y alzó su bastón de Malaca, un grueso bastón con puño de metal. Pero el alfarero movió la cabeza y no le dejó pasar. Se había detenido a escasos pasos de la cobra y permanecía inmóvil. Luego levantó sus manos y unió las palmas, tocándose la frente con la punta de los dedos. La cobra se balanceó entonces hacia atrás y hacia delante con pequeños movimientos, volviendo a bajar la cabeza, hasta que de pronto, mientras el alfarero esperaba en actitud de plegaría, el animal se desenroscó del todo y se alejó de allí.

El alfarero esperó hasta que la serpiente hubo desaparecido en una resquebrajadura del terreno. Entonces se volvió hacia MacArd. Wahdi avanzaba sintiéndose ya seguro, y el alfarero le habló.

—Dice, *Sahib* —afirmó el musulmán con cierto desprecio—, que la serpiente es un dios y que es pecado matar a un dios.

MacArd sintió una profunda repugnancia. He ahí la razón de que abundaran tanto allí las serpientes venenosas y por qué no podían ser destruidas.

El norteamericano se apartó súbitamente del alfarero.

—Regresemos a Poona. Dale a este hombre algún dinero —dijo MacArd.

Durante todo el camino de regreso a Poona, le pareció estar viendo la chata cabeza de la serpiente, y entre él y el animal la esbelta y graciosa figura del alfarero, un hombre sin duda, pero que no se atrevía a matar la serpiente, la maldición, la amenaza incluso para su propia vida, debido a su religión.

MacArd entró en su habitación del hotel y prohibió a Wahdi que le siguiera.

—Deseo descansar —dijo al criado—. Vete, diviértete, come. Haz todo lo que te plazca.

—Sí, *sahib* —repuso Wahdi.

El musulmán se había acostumbrado ya a aquel duro norteamericano que se mostraba tan liberal con su dinero, y se alejó contento y feliz de su propio y superior sentido común. MacArd tomó asiento en una mecedora. David no había regresado aún y se encontraba solo en la habitación.

¡Religión! ¿Qué significaba aquella religión que hacía que los hindúes esperasen tranquilamente el ataque de una serpiente, sin la menor protesta ni menor gesto para defenderse? No era de extrañar que la gente se sentara sobre la estéril tierra en espera de las lluvias.

MacArd dio un puñetazo en el brazo del sofá. Él pondría un fin a todo aquello.

La visión se alzó ante sus ojos. La reseca tierra se tornaría verde, el hambriento sería alimentado, el pobre sería rico, él podría ir al cielo.

II

Unas semanas más tarde entraba con firme paso en su propia casa y entregaba su sombrero, su bastón y sus guantes a Enderby, el mayordomo.

—Ya estoy aquí, Enderby —dijo con su acostumbrado y brusco tono de voz.

—Señor, espero que haya tenido un buen viaje —contestó Enderby haciendo una ligera reverencia.

—Excelente —masculló MacArd, y volviéndose a David, que se encontraba tras él, añadió—: Bien, hijo.

—¿Qué quieres, papá? —preguntó David. El muchacho conocía bien a su padre y sabía que la gris y erguida cabeza y los azules ojos, llenos de resolución, significaban sencillamente que no se debía mencionar para nada a la madre. La casa estaba vacía a despecho de la tibieza de su ambiente y de las muchas flores, magníficamente arregladas. El joven sintió una gran ternura hacia su padre.

—¿Cuáles son tus planes? —preguntó MacArd.

—No tengo ninguno por ahora, papá —repuso David con su tranquila manera de hablar—. Creo que me iré a mis habitaciones a descansar, a menos que quieras que haga algo.

—En este momento no —contestó su padre—. Si no opones ningún reparo, me iré a la oficina ahora mismo, aunque estaré en casa a la hora de cenar.

—Sí, papá —dijo de nuevo David.

Era aún temprano. Se habían desayunado en el barco y no existía nada que deseara tanto David, en aquel momento como permanecer solo para reflexionar. Necesitaba, por encima de todo, alejarse de su padre, de su dominante y opresora presencia, que David sabía era también profundo amor. Había compartido el peso de éste con su madre durante todos los años de su vida, y ella le enseñó a valorar a su padre y también a saber que era inmodificable. David había podido soportar este conocimiento mientras la tuvo a su lado con su alegría, su buen humor y su vitalidad. El talento que ella tenía para fundirse en él y en su padre, haciendo que vivieran por separado, pero, al mismo tiempo manteniéndolos unidos, había formado la atmósfera de aquella inmensa casa. Ahora que ella se había marchado para siempre, David estaba resuelto a seguir haciendo lo mismo que había hecho en vida de su madre. Pero, sin embargo, debía gozar de cierta independencia. Este deseo nacía de la herencia de su padre, que se había filtrado en él a través de la sangre de su madre. También estaba determinado a encontrar por sí solo la vida que anhelaba y a vivirla, por entero.

—¿Quiere el señor que le sirva el almuerzo en su salón? —preguntó Enderby en tono ligeramente elevado.

—Lo siento, Enderby. Sí, haga el favor. Pasaré el día en mis habitaciones hasta que venga mi padre. Deseo revelar yo mismo mis fotografías. Hice muchas en la India.

—Muy bien, señor —repuso Enderby, para quien no existía la India.

Enderby se marchó y David empezó a subir la amplia escalera de mármol. Había un ascensor en el extremo del vestíbulo, pero a él le gustaba subir los escalones. Su madre los había bajado a menudo cuando él se encontraba abajo, y había levantado la cabeza para verla descender, bella y elegantemente vestida, dispuesta a asistir al teatro o a una cena. De niño corría siempre para verla bajar, con la cola de su vestido arrastrando tras ella, con sus brazos desnudos, salvo las joyas que llevaba puestas.

Las habitaciones de David estaban en el segundo piso, en el ala este, y un ancho corredor alfombrado conducía hasta la puerta. Un profundo silencio reinaba en la casa, cosa que produjo una dolorosa impresión en el joven, pues cuando su madre vivía, la casa estaba siempre llena de agradables sonidos. Música por todas partes; el piano o la agradable voz de ella, una voz casi brillante, y si no había música, sonidos producidos por seres vivos: las amigas de su madre o los aullidos de sus perros favoritos.

Al fin entró en las habitaciones que conocía tan bien. Todas las puertas estaban abiertas. Su dormitorio, la habitación de vestirse, el cuarto de baño, el salón donde se encontraba, y más allá, su despacho y biblioteca. Los colores eran granate y crema. Su madre los había elegido cuando él todavía estaba en el colegio, y ahora las habitaciones parecían nuevas y, al mismo tiempo, familiares.

David se sentó en su sillón favorito e inclinándose hacia atrás cerró los ojos.

La India le había producido una honda impresión, o quizá no fuera la India, sino Darya. Se sintió atraído ya hacia el esbelto hindú cuando se encontraron en Londres. Pero entonces no tuvo tiempo ni ocasión de hablar con él. Darya se había mostrado muy reservado en aquella ocasión, incluso cínico o, por lo menos, peligrosamente irónico. Lo miraba todo con sus oscuros, vivos y misteriosos ojos, como si tuviera el don de verlo todo, pero guardaba silencio, David hubiera querido que Darya tomase el mismo barco que ellos rumbo a Bombay, pues entonces hubiera podido satisfacer su curiosidad sobre un hombre que le atraía de tal modo y que, sin embargo, parecía encontrarse más allá de toda posible comprensión. Pero Darya tenía reservado pasaje en un barco francés, que debía partir unos días más tarde, y no parecía dispuesto a cambiar de planes.

—Yo nunca viajo en barcos ingleses —se limitó a responder.

No obstante, allí en el «Claridge» donde ocupaba la mejor serie de habitaciones, no demostraba sentir aversión alguna hacia los ingleses.

Durante todos los días pasados en Bombay y cuando se quedó solo en Agrá, donde se detuvieron antes de llegar a Poona, David no había dejado de pensar en Darya. Le escribió antes de salir de Bombay, recordándole que habían convenido verse, y Darya contestó amablemente que estaba en su casa y que esperaba que pasase por lo menos una tarde con él.

Y aquella tarde David experimentó de una manera que le era imposible explicar el primer consuelo, la primera sensación de apaciguamiento desde la muerte de su

madre. Hasta entonces no había hecho otra cosa que seguir a su padre, intentando serle agradable, como su madre hubiera dicho. Pero le había sido imposible pensar, ni siquiera sobre lo que estaba viendo. Llegó a sospechar que su mutismo había puesto en cuidado a su padre o que quizá le considerara un engorro. Pero Darya había elevado su corazón y despejado su espíritu, aunque no sabría decir con qué medios, pues apenas si recordaba nada de lo dicho por Darya durante la entrevista. El joven hindú no le ofreció otro agasajo que algunas tortas y leche con miel, que trajeron los criados. Tampoco apareció nadie de la familia de Darya. Pasearon por la bella mansión y por los floridos jardines mientras Darya le mostraba una cosa tras otra: la talla de marfil colocada en una pared de piedra, las celosías de mármol trasladadas de un antiguo palacio. En las palabras del hindú no había el menor orgullo o vanidad, pues no mencionó nada más que unos cuantos de los muchos y bellos objetos que había en la casa. Enseñó a David sólo aquellas cosas que más apreciaba, compartiendo con él el placer que le procuraban. Los lotos que florecían en el gran estanque central del jardín, con sus pétalos de color de rosa abiertos hacia el sol, habían impulsado a Darya a sugerir que se sentaran en un banco para admirarlos.

—Cuando el sol empieza a hundirse —había dicho el joven hindú—, verá usted que los pétalos tiemblan, y si tiene usted paciencia verá también cerrarse la flor. Ahora no las ve usted moverse, pero pronto empezarán a cerrarse sobre sus doradas yemas.

Y mientras permanecían sentados en aquel bello jardín, donde parecían encontrarse solos, aunque Darya le había dicho que sus dos hermanos vivían también allí, con sus esposas e hijos, y que su hermana casada estaba visitando a sus padres acompañada de sus hijos, Darya formuló una pregunta que hubiera podido parecer extraña de no encontrarse en la India y no haberla formulado un hindú.

—David, ¿cuál es su religión?

Tal fue la pregunta de Darya, y el joven la formuló del mismo modo que podía preguntar sobre un antepasado, una nacionalidad, una raza o un destino.

David titubeó un instante.

—Soy cristiano —dijo al fin.

—No conozco nada del cristianismo —murmuró Darya casi con indiferencia.

El joven se agachó y arrancó una pequeña flor purpúrea que crecía entre las losas de mármol de la terraza que rodeaba el estanque. Vestía un traje hindú, y esto, según reflexionó David, le hacía parecer menos extranjero que cuando en el hotel londinense vestía como un inglés. Su túnica de seda blanca, que dejaba al descubierto sus brazos y piernas, producía un efecto de sencillez; calzaba sandalias en lugar de zapatos de cuero.

—Sé muy poco de mi religión —confesó honradamente David—. Pero mi madre creía en Dios y en la virtud de la oración, y supongo que me enseñó a mí a creer.

Darya le interrumpió. En Londres había hablado como un inglés, pero en su casa, aunque pronunciaba correctamente este idioma, hablaba como un hindú, apagando las

consonantes y redondeando las vocales.

—¿Su religión no constituye una parte de la vida de ustedes?

—En cierto sentido sí —repuso David.

Trataba de ser completamente sincero con Darya. Sentía un verdadero deseo de amistad, una peculiar amistad en la que pudieran hablarse el uno al otro con el corazón en la mano, precisamente porque eran extraños el uno al otro. No podía hablar de aquella forma a los que había conocido siempre, a los que conocían a su familia y, en especial, a su padre. Para Darya el apellido MacArd no parecía significar absolutamente nada, pues tomaba la riqueza como cosa natural. Era muy problemático que toda la fortuna del padre de David pudiera igualar a la riqueza que Darya heredaría.

—¿En qué sentido lo es? —inquirió Darya—. Cuénteme más, David. Porque yo deseo conocerle a usted, y conocer la religión de un hombre es el mejor modo de conocerle a él.

—Temo que eso no sea cierto conmigo... o con la mayoría de nosotros —repuso David un tanto sorprendido—. Quizás entendamos por religión cosas distintas.

—Explíquese —pidió Darya con acento imperioso.

Poseía una hermosa cabeza con cabello oscuro ondulado suavemente que llevaba bastante corto y un bello rostro de forma oval. Sus anchos ojos castaño oscuro permanecían fijos en el rostro de David, a quien le era imposible resistir la fuerza magnética que emanaba de ellos.

—En nosotros —murmuró David— la religión tiene que ser expresada mediante obras prácticas. Creo que nos sería imposible soportar o permitir la pobreza que existe en su país, Darya. Intentaríamos hacer algo para remediarlo, y eso sería una parte de nuestro espíritu religioso.

—¿Y qué más? —preguntó Darya sin pestañear.

—¿Qué más? Bien. Están las iglesias, su culto y todo lo demás.

—Pero ¿qué me dice usted sobre el alma? —inquirió ahora Darya con acento apremiante—. ¿Qué me dice sobre el espíritu, el corazón, sobre la comunión con Dios? Para usted ¿qué significa?

—He ido a la iglesia con mis padres. Tomo la comunión, ¿comprende usted? Y cuando era pequeño acostumbraba a rezar. Desde la muerte de mi madre he pensado en estas cosas más que antes. Creo en Dios. De no ser por la religión, no dispongo de ninguna explicación para el universo.

Era cierto que se podía ver cómo se cerraban los lotos. David observó que las grandes flores elevaban sus pétalos lentamente del agua con un movimiento imperceptible pero evidente, a medida que el sol desaparecía detrás de las tapias del jardín, y volviendo la cabeza contemplaba el maravilloso rostro de Darya, un rostro tan juvenil y que irradiaba tanta confianza y tranquilidad.

—¿Irá usted a Benarés? —preguntó Darya.

—No lo sé. Desde que murió mi madre es imposible predecir lo que hará mi

padre. Todavía no nos hemos acostumbrado a estar solos.

—Leí el caso en Londres y he aquí por qué sentí simpatía hacia usted en cuanto nos conocimos. Pero ella no está muerta, ella ha nacido de nuevo.

—También para nosotros los muertos viven —contestó David.

—Y no deben ustedes sentir pena por ella. Incluso pueden encontrarse y debían estar preparados.

—Hablaban usted de Benarés —recordó David.

No le atraía demasiado la idea de que su madre continuara viviendo antes de la resurrección, pues suponía que era esto lo que Darya insinuaba.

—¡Ah, sí! —exclamó Darya—. Lo decía porque allí podría usted darse perfecta cuenta de lo que es nuestra religión. ¡Oh! Es una ciudad infecta, ¿comprende? Pero debe usted tener presente que es tan vieja como Egipto, que ya era grande cuando Roma fue fundada, y que toda la India espera ir allí, tanto budistas como brahmanes, para morir junto al Ganges. Dudo que ninguna ciudad Occidental pudiera ser limpia si durante miles de años millones de personas hubieran ido a morir en ella. Es una ciudad repulsiva, lo reconozco, toda llena de mendigos y faquires. Pero también está atestada de peregrinos que buscan a Dios con anhelo, con todo su corazón y con todas sus ansias. Es un lugar donde los ricos construyen palacios, donde existen amplias calles y costosos trajes. Esta seda de mi túnica fue hecha allí. Benarés es famoso por sus tapices de plata y oro. En las viejas y estrechas calles hay mendigos, perros callejeros, niños desnudos, mujeres desgredadas, vendedores de baratijas, perezosas vacas, toros sagrados y leprosos. Las heces de la India, si quiere usted. Pero la gente sigue yendo allí, impulsada por la necesidad que siente de Dios. Prométame que no irá a Benarés hasta que no pueda usted comprender ciertas cosas, David. Deseo que comprenda usted a la ludia, y es allí donde usted lo conseguirá, o bien no lo conseguirá de ningún modo. Y siento que me es necesaria su comprensión.

—Prometo no ir sin usted —repuso David.

El aire de la noche, los grandes lotos que cerraban sus pétalos, la densa fragancia que fluía de ellos en la oscuridad y el mágico y silencioso jardín, formaban en torno a David una atmósfera no respirada antes. Jamás se había sentido tan próximo a un ser humano como ahora lo estaba de Darya, ni siquiera de su madre, pues Darya era hombre y joven, de su misma edad, y la vida estaba ante ambos, una vida distinta para cada uno en aquellos mundos distintos en que habían nacido, y, sin embargo, su necesidad era idéntica.

A David le hubiera gustado poder hablar a fondo del cristianismo, pero le fue imposible. No lo conocía bastante. Todo lo que sabía, había lo aprendido de otros, y no tenía nada suyo que dar. Darya tal vez sintiera lo mismo. Trataba de darle a él, a un norteamericano, toda la riqueza que, a su parecer, poseía la religión hindú.

—Nuestra religión —dijo de pronto Darya— no surge de ningún manantial. Sus ríos se han filtrado en otras muchas religiones y es lo bastante grande para comprenderlas a todas. No obstante, ha destilado algo único e individual. Algún día

podré explicárselo a usted; ahora me es imposible.

Ambos jóvenes se pusieron de pie al mismo tiempo, pues la oscuridad se tornó de pronto fresca.

—Las flores de loto se han cerrado, tal como había dicho usted. Es un espectáculo que yo nunca había visto —murmuró David.

—Lo verá usted a menudo —contestó Darya—. Vendrá usted una y otra vez a la India.

—Y usted irá a Norteamérica —replicó David con Juvenil cordialidad—, y cuando lo haga debe usted visitarme.

—Si voy, le visitaré, y mientras tanto nos cartearemos.

Era una promesa. Los dos jóvenes anduvieron uno al lado del otro, y David sintió que Darya le cogía la mano, no muy fuerte, ni siquiera cordialmente, sino con delicadeza, amablemente, como una prueba de amistad. En los Estados Unidos hubiera parecido un ademán extraño, incluso repulsivo. Pero allí no lo parecía así. A menudo había visto jóvenes hindúes cogidos de la mano. Parecía más bien un acto de hermandad. Aquel joven hindú le aceptaba como hermano y él no había tenido ningún hermano. Su corazón se estremeció, pero no supo qué responder, y cuando llegaron a la puerta exterior continuaba sin saber qué decir. Mientras el portero esperaba con la puerta abierta, se volvió hacia Darya y apoyó su mano libre sobre las manos cogidas.

—Nunca te olvidaré —dijo.

—Ni yo a ti —se apresuró a responder Darya.

Tenían proyectado volverse a ver, pero no ocurrió así ni tampoco realizó la visita a Benarés. En lugar de ello, su padre decidió de pronto dejar la India. Hacía mucho tiempo que su madre le había enseñado que no debía contradecir a su padre cuando se presentaban aquellos momentos.

—Tu padre es una especie de genio y tú no lo eres. Debemos ser humildes, Davie.

Tal era lo que su madre acostumbraba a decir y David había aprendido a permanecer tranquilo, a no formular preguntas, ni siquiera a insistir en dar las buenas noches cuando se iba a la cama, ni los buenos días cuando su padre se marchaba a su oficina. Por lo menos, durante una temporada, hasta que la tremenda energía de su padre no estallara en una nueva creación. De este modo, los ferrocarriles MacArd habían llegado a fusionarse con las grandes industrias del petróleo y del acero, minas de carbón y metales, barcos y puentes, dando origen a la construcción de inmensos talleres industriales y edificios destinados a oficinas.

Pero... ¿no había acabado todavía esto? El joven se preguntó dónde les llevaría ahora la poderosa imaginación de su padre. David suspiró, desamparado ante aquella poderosa dínamo, y luego colocó en el atril que tenía cerca de su sillón un pequeño libro forrado de cuero. Era el Nuevo Testamento, que su madre tenía siempre sobre la mesilla de noche. Cuando el joven vio por última vez a su madre, ésta yacía, muerta, en el lecho. Pero a él no le permitieron permanecer en la habitación. Gente extraña

andaba de puntillas de aquí para allá, esperando a que él saliera para empezar su trabajo. El joven se marchaba ya triste y desconsolado, cuando, viendo el librito, se apresuró a cogerlo, y ya en su habitación intentó leerlo, pero le fue imposible, y entonces lo colocó en un estante de su biblioteca.

Ahora lo tomó de nuevo, y aunque hacía tiempo que no lo habían tocado las manos de su madre, parecía conservar el recuerdo de ellas. David cogió el libro y sus ojos se posaron en un pasaje marcado por su madre, que tenía la costumbre de señalar los párrafos que le parecían interesantes, en especial, en el Nuevo Testamento. «Hasta que un hombre no nace de nuevo, no puede ver el Reino de Dios».

El joven leyó las palabras lentamente. Renacer: la palabra que Darya había empleado. Pero ¿qué significaban no sólo en la India, sino allí y en relación a él?

MacArd se encontraba de nuevo en su despacho. Allí estaba acostumbrado a vivir sin Leila, y se entregó al estudio de los asuntos acumulados durante su ausencia, los grandes asuntos que nadie más que él podía resolver. Había enseñado a sus subordinados que a él sólo le llevaran lo importante y fundamental, y los hombres de MacArd le conocían demasiado bien para atreverse a presentarle un problema de escasa monta sin resolver. Quería siempre que le presentaran los problemas con las soluciones, para que él pudiera aprobarlas o desaprobarlas.

—Pago a los hombres para que me resuelvan los problemas, no para que me los presenten —era su frase favorita.

En todas las oficinas del inmenso edificio de MacArd había placas en las que se podía leer en letras grandes la siguiente sentencia: *Todos los problemas tienen una solución. Encuéntrala usted.* Y los empleados eran admitidos a condición de que tomaran en serio aquel *slogan*. MacArd no permitía ironías, burlas, ni siquiera el más pequeño chiste sobre aquella sentencia. Un joven que una vez se permitió hacer una parodia de la misma fue despedido en el acto.

—«Hay un tiempo para reír y un tiempo para llorar» —dijo con voz tonante.

Conocía la Biblia y le gustaba hablar en lenguaje bíblico. Le gustaba pensar, y también decir algunas veces que había recibido la bendición del oro y de las posesiones; de miles de acres de terreno en el Oeste, donde existían minas de oro y plata; de redes de ferrocarriles; de barcos mercantes que surcaban todos los mares; de compartimientos abovedados en varios Bancos, donde esconder su tesoro de acciones y bonos pertenecientes a infinitas industrias. Los hombres que servían a MacArd eran millares, hombres a quienes nunca veía el rostro, hombres que pasaban su vida metidos en galerías abiertas bajo tierra, que conducían sus grandes locomotoras, que maniobraban las máquinas de sus fábricas, que gobernaban sus barcos, que realizaban los intrincados trabajos de contar y acumular las cifras que le presentaban diariamente para que supiera lo rico que era. Pasaba los días en su gran despacho, que daba al puerto y desde donde se veía la estatua de la Libertad, una habitación tan

grande como una casa, decorada con alfombras y colgaduras de terciopelo y amueblada con grandes sillones y mesas de caoba. Su mesa de despacho era su fortaleza.

Mientras vivió su esposa, ésta había constituido el único incentivo de su vida. Cuando él regresaba a su hogar al llegar la noche, ella le recibía con dulce alegría y su suave humor irónico. Era una mujer que le amaba y no le tenía miedo. Él no lo ignoraba, y le gustaba saber que ella era la única persona que no andaba pisando con miedo delante de él. Además, ante ella él no podía asumir su aire de conquistador, pues nunca la había conquistado del todo. Su esposa había conservado siempre cierta independencia, refugiándose en la obstinación y negándose a aceptar toda lógica cuando elegía la parte emotiva de la cuestión que se debatía entre ellos.

—Pero esto es por qué —empezaba a decir el marido.

Pero ella no le dejaba proseguir.

—¡Oh! Porque... porque... No me importan tus porqués —respondía ella.

Y al cabo de varios años de terca insistencia, MacArd había acabado por rendirse. Ella se dio cuenta, y entonces sus relaciones fueron más dulces y profundas que nunca y él se enamoró de nuevo de su esposa. MacArd era un hombre apasionado y fiel, un verdadero hombre secretamente romántico en el fondo de su corazón, y su mujer, que lo sabía, le tenía cogido por el corazón.

Hubo momentos, al regreso del viaje a la India, en que MacArd echó mucho de menos a su esposa, y en mitad de un intenso día de trabajo, olvidando la urgencia de todo lo que tenía que hacer aún, se detenía durante diez minutos o durante una hora para batallar desesperadamente contra su soledad. Mientras ella vivió, podía olvidarla durante todo el día, pero ahora que estaba muerta su espíritu parecía revolotear por aquella habitación que ella había visitado contadas veces.

—Me disgusta tu castillo —le decía—. Te sientas aquí como un rey en su trono. ¡El rey David, el rey David! Pero te participo que yo no soy súbdito tuyo.

Ahora casi podía oírla reír. Aquella mañana, ya cerca del mediodía, hubiera jurado que oía el eco de la risa de su mujer, y MacArd elevó vivamente la cabeza. Estaba solo, examinando una oferta para la compra de unas minas en América del Sur, y en el silencio de la gran habitación percibió la distante risa de su esposa. Leila no se encontraba allí, naturalmente, ni siquiera se hallaba su espíritu, aunque ¿quién podía asegurarlo? A MacArd le había repugnado siempre el afán que sienten los hombres por encontrar medios para hablar con los espíritus. Pese a ello, había acabado por creer que ella vivía de algún modo, si bien se hallaba separada de él por un muro impenetrable. ¿Quién podía decir cuál era el espesor de ese muro?

Desde aquel día, en el hotel de Bombay en que le hicieron recordar, o recordó él espontáneamente, la estrecha puerta judaica llamada «El Ojo de la Aguja», a través de la cual no podía pasar un camello, de la misma manera que un rico no podía entrar en el Reino de los Cielos, desde aquel día no se había sentido ni una sola vez cerca de Leila. Intentó imaginarse lo que ella desearía que él hiciera. Pero Leila estaba muy

distante de él, que había acabado por salir de la India sin dar fin a su viaje. Pero ahora, allí, en mitad de su jornada de trabajo, se sintió de nuevo próximo a ella.

MacArd permanecía tenso, con los puños crispados sobre la mesa, sugestionado por la idea de que ella podía estar más cerca de él de lo que imaginaba, y el sudor empezó a brotar por todos los poros de su piel. No la vio, pero sintió su presencia durante un instante. Claro que no pudo persuadirse de que fuera algo distinto del deseo que sentía en su corazón. Entonces su sudor se enfrió, se aflojaron sus músculos e inclinó la cabeza sobre sus cruzados brazos. Impulsado por la decepción, le vinieron deseos de rezar.

—Dios mío —murmuró en voz alta—, Dios mío, muéstrame lo que ella desea. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

Esperó en silencio, pero no oyó ninguna voz que le respondiera. En cambio, percibió la suya propia, que continuaba lo que parecía una plegaría.

—Ya sabes que todo lo que tengo es Tuyo.

Tales fueron las palabras que MacArd tartamudeó, las palabras que brotaron de sus labios por sí solas, como si alguien hablara a través de sus labios, alguien sin voz que utilizara la suya.

Fue una extraña experiencia que terminó muy pronto, y MacArd volvió a su ser antiguo casi en el acto. Sin embargo, se sintió profundamente cambiado. Estaba muy trastornado, pues tenía la plena seguridad de que en aquello había intervenido algo más que su imaginación, aunque se hubiera avergonzado de confesarlo. Si en aquel momento una puerta se hubiese abierto para dejar pasar a uno de sus empleados, MacArd le hubiese recibido con más brusquedad que de ordinario. ¿Se las habría arreglado Leila si no para romper el muro, por lo menos para hacerle pronunciar las palabras que habían brotado de sus labios? ¿Deseaba ella hacerle saber que si debían continuar unidos más allá del muro él tenía que hacer cosas que no había hecho aún, dar un buen empleo a sus riquezas? Allí estaba la oportunidad. Él era un hombre práctico, pero como todos los hombres increíblemente afortunados que acostumbran a realizar sus propios milagros, imaginaba cosas más allá de toda posibilidad, cosas producto de su poderosa imaginación que tal vez pudieran convertirse en realidades. Mucho de lo que antes sólo fueron simples fantasías, más tarde habíanse convertido en palpables realidades. ¿Por qué no iba a poder serlo todo lo demás?

—Todo lo que yo poseo es Tuyo.

El eco repitió las palabras y después de un instante MacArd tocó el timbre de la mesa. Instantes después apareció un hombre de mediana edad que era su secretario. Jamás había tenido una mujer en sus oficinas ni creía que las mujeres pudieran dar resultado en los negocios, y ahora, con mayor motivo, no deseaba ninguna mujer alrededor.

—Thomas, pregunte usted si el doctor Barton está en su casa y dígame si quiere almorzar conmigo a la una.

—Sí, señor —contestó el hombre.

El secretario desapareció, volviendo pocos minutos después, no notando ningún cambio en la canosa figura que había detrás de la mesa.

—El doctor Barton ha contestado que se sentirá encantado de almorzar con usted, señor MacArd. ¿Preparo el comedor pequeño?

—Sí —repuso MacArd.

Cuando estaba solo solían llevarle una bandeja procedente de la cocina que había en el piso superior, y si tenía una conferencia de negocios, ordenaba que le preparasen el almuerzo en el comedor, pero había también una pequeña habitación rodeada de cristales en lo alto de la casa, desde donde se podía contemplar el río y el mar, que se extendía más allá. Sólo sus asociados íntimos comían con él allí y algunas veces Leila le acompañaba a cenar en los días en que él no podía dejar de noche la oficina. Comían y bebían juntos, y luego, durante algunos minutos, antes de que él regresara a su despacho y ella se fuera a casa, MacArd apagaba las luces para que Leila pudiera admirar la centelleante ciudad que se extendía a sus pies.

—Todo es tuyo, mi encanto, mi reina —acostumbraba a decir—. Tuyo si lo quieres, para que juegues o para que te hagas un collar o un adorno de cabeza.

MacArd no había vuelto a utilizar aquella pequeña habitación desde la muerte de su esposa. Cuando Thomas salió, MacArd dejó la pluma e hizo girar su sillón para enfrentarse con el ancho ventanal que tenía delante. Allí, mirando por encima de los tejados que se recortaban contra el suave cielo azul, MacArd reflexionó sobre lo que podía costarle convertir en realidad todo el significado de las palabras que una hora antes habían proferido sus labios.

El doctor Barton escuchó con el mayor respeto a su feligrés más rico. Pero no era ningún cobarde y hubiera dicho la verdad con toda franqueza incluso al gran MacArd. Por suerte, no fue necesario cumplir semejante deber. MacArd era un hombre de una rígida respetabilidad, sin gracia quizá, pero bueno, y si corrían rumores de que en los negocios procedía sin la menor compasión, el doctor Barton suponía que los hombres tenían que ser así para triunfar. César poseía cualidades que nada tenían que ver con las de Cristo, pero que, sin embargo, eran por completo adecuadas a César.

—Es una soberbia idea, señor MacArd —dijo el doctor Barton con profunda emoción.

Al sacerdote le había satisfecho el almuerzo, pero tuvo que hacer un esfuerzo para dominar su apetito, pues todos los platos que le sirvieron estaban preparados con gran arte. MacArd comía con descuidada rapidez, ya que estaba acostumbrado a tal clase de manjares. Pero se trataba de un festín incluso para un sacerdote tan bien relacionado como el doctor Barton. Éste sabía bien que la glotonería es un vicio y luchaba de continuo para evitarlo. Un ministro del Señor, un sacerdote voluptuoso, era repulsivo aunque lo que hiciera no significara pecado. La glotonería era también

un vicio sensual.

—¿Le gusta a usted la idea? —preguntó MacArd—. ¿Comprende su necesidad?

—Es una idea digna de su genio —contestó el doctor Barton.

—Es el fruto de mi viaje a la India —murmuró MacArd—. Los hindúes necesitan nuestra religión, un credo que haga de ellos hombres en lugar de animales supinos, y la respuesta es el cristianismo, Barton, un credo vital y misionero que destruirá sus ídolos, limpiará sus nauseabundos templos y les proveerá de energía. He mencionado la India, pero debiera haber dicho el mundo entero, Quiero crear un centro cultural donde se proporcione una viril enseñanza y del que salgan hombres que puedan ir a todo el mundo con un evangelio de fe y de obras. Lo haré en memoria de mi amada esposa. Deseo que se llame «Escuela de Teología de Leila MacArd». Deseo que su nivel cultural sea el más elevado y los hombres los mejores. Deseo que usted me ayude a encontrar el lugar más adecuado para establecer esta fundación y que también me proporcione los mejores hombres del país para que cuiden de la enseñanza, para que cuando un hombre diga que está graduado en MacArd eso signifique que se trata de un hombre con técnica y habilidad completa, perfectamente preparado en el Evangelio de Cristo.

Un camarero entró sin hacer el menor ruido para retirar los platos, y el mayordomo sirvió los postres; un helado de crema, pastelillos y café caliente. MacArd apartó su plato.

—Tráigame tarta de manzana y queso —ordenó.

—Sí, señor —contestó el mayordomo.

El mayordomo se llevó el plato, regresando con un trozo de tarta de manzana mientras el camarero presentaba una bandeja donde había varias clases de queso.

MacArd eligió un fuerte queso noruego y siguió hablando con rapidez.

—Primero buscaremos el lugar, luego los arquitectos diseñarán los edificios, que serán los más bellos posibles.

El doctor Barton pareció perplejo.

—¿Ha pensado usted ya en alguna cifra, señor MacArd?

—No pienso en ninguna cifra —replicó MacArd—. Pienso sólo en los resultados.

—¡Admirable! —murmuró el doctor Barton—. Es muy posible que el mundo cambie como resultado de lo que usted se propone realizar.

El doctor Barton tomó con expresión pensativa su helado y luego se comió un pastelillo. No quería pensar en sí mismo e hizo todo lo posible para evitarlo. Pero era bastante probable que el señor MacArd le ofreciera la primera presidencia de la Escuela MacArd de Teología. Ésta sería erigida, naturalmente, en memoria de la señora MacArd, pero inevitablemente terminaría siendo la Escuela MacArd a secas. La señora MacArd hubiera sido la primera en reconocer esta necesidad. Recordaba a la esbelta y alta dama, siempre afable y cariñosa, pero que producía cierta perplejidad, pues a menudo parecía próxima a echarse a reír. A veces, cuando él se hallaba predicando con toda su sinceridad y entusiasmo, había mirado por casualidad

a la señora MacArd, que se encontraba en el banco de los MacArd, situado en el centro de la primera fila, y había sorprendido sus ojos fijos en él, unos ojos en los que parecía brillar la risa. Al fin el sacerdote acabó por no mirarla en la iglesia.

MacArd dio unos golpecitos en el mantel con sus largos dedos. Pequeños mechones de vello rojo brillaban entre sus nudillos.

—Bien —exclamó con acento vivo—. Creo que eso es todo, Barton. Ya tiene usted trabajo. Puede usted pedir toda la ayuda que quiera aquí en las oficinas, empleados o lo que necesite.

—Gracias —repuso el doctor Barton—. Prefiero hacer algunas investigaciones preliminares por mí mismo, si a usted no le importa. No debemos duplicar instituciones ya existentes.

—No existe ninguna institución como la que yo proyecto —repuso MacArd con ímpetu—. Se trata de algo único, de algo grande, de un centro de formación de vocaciones misioneras. Los hombres de MacArd sabrán que su deber es ir por todo el mundo y no quedarse en este país ocupando un confortable púlpito.

El doctor Barton trató de mostrarse humorista.

—Supongo que no lo dirá usted por mí.

—De ningún modo. Nuestras iglesias tienen que estar ocupadas. Además, usted no es un joven. Es a los jóvenes a quienes debemos empujar hacia lo que yo tengo en la imaginación.

El doctor Barton pareció aliviado. Consciente de la impaciencia que gravitaba en la atmósfera, se puso en pie.

—Sabrá usted de mí dentro de pocos días —dijo.

Resultaba una agradable y rotunda figura, y cambiando un cordial apretón de manos con su feligrés más importante, se marchó.

El verano extendía sobre la ciudad una nube de calor. Las grandes mansiones que se alzaban a lo largo de la Avenue estaban cerradas y sus habitantes se habían marchado a BarHarbor, a Newport y a las costas de Nueva Inglaterra. En años anteriores, David había ido en compañía de su madre a una tranquila playa de Maine orientada hacia el sur, debido a la curva que hacía la playa. Aquel año, el joven se quedó en la ciudad, desayunándose cada mañana en compañía de su padre y esperándole para cenar las noches en que éste comparecía a tiempo. El joven sabía que su padre se aburría con él cuando estaba absorto en su trabajo, así que procuraba mostrarse alegre y simpático, presto a escuchar con el mayor agrado todo lo que dijera. Pero no se le ocurría hacer compartir a su padre sus propios sentimientos y pensamientos, no sólo porque jamás lo había hecho así, sino porque en realidad no tenía mucho que compartir. El joven no era desgraciado. La falta de la madre le había impulsado hacia una soñadora melancolía, y pasaba los días gozando de una constante paz que él sabía era sólo un intervalo. No tardaría en llegar el tiempo en

que tendría que resolver su destino. Sólo una cosa sabía, y ésta era que no iría a las oficinas de su padre. Pero tampoco se esperaba esto de él. Su madre se había dado perfecta cuenta muy pronto de que su hijo no se parecía al padre y que no podía esperarse de él que siguiera los pasos de su progenitor.

—David hará algo muy diferente que tú, rey David —solía decir Leila.

El nombre que su madre empleaba para designar a su padre; le iba a éste muy bien. Pero al mismo tiempo Leila había enseñado a su hijo que, aunque fuera un autócrata, su padre tenía siempre el corazón abierto al romanticismo.

—Es el romanticismo lo que hace que tu padre desee conquistar el mundo —había dicho su madre a David una vez—. Hace mucho tiempo yo intenté detenerle. Ya teníamos bastante dinero, mucho más de lo que podíamos gastar en toda nuestra vida, pero entonces comprendí que no era más dinero lo que deseaba, sino la realización de más grandes sueños. Cada sueño suyo, al hacerse realidad, da lugar a otro todavía más grande. El mundo es su teatro, y él es el escritor de la obra, decorador, el productor, el director y el protagonista.

Su madre estuvo riendo aquel día a más no poder, hasta que de pronto se puso súbitamente grave.

—Y nunca olvides, David, que él es realmente un rey, un hombre entre los hombres. Tu padre no llevará jamás a cabo una hazaña de pequeña monta o mezquina. Puede ser cruel, pero lo es en grande. Sin embargo, si ve de cerca a los seres humanos con los que es cruel, detiene todo para rescatarlos e incluso se sacrifica él mismo. Éste, es asunto mío. Sólo que no siempre los encuentro.

La madre de David había tomado para sí la tarea de hacer del padre un ser humano, y ahora, durante aquellos largos y tranquilos días, el joven se preguntaba a veces si no sería misión de él hacer que su padre se diera cuenta de la existencia de los hombres, de los hombres medios, de los hombrecillos, sobre los que estaba colocado tan alto que rara vez se agachaba para mirarlos. Sin embargo, él los había visto con toda claridad en la India, no como individuos, sino formando una masa, rodeados de la mayor miseria y muriéndose de hambre, sintiendo verdadera ira ante el espectáculo de su miseria.

—¿Qué haces, David? —le preguntó su padre de sopetón una mañana, durante el desayuno.

—Nada —contestó David—. Pero espero que, transcurridos unos meses, sabré lo que deseo hacer. Será algo, naturalmente.

—¿Quieres ir a Maine? —preguntó su padre.

—No, gracias —contestó David—. Prefiero estar aquí contigo.

MacArd no contestó a su hijo. Aquellas palabras le proporcionaban un consuelo, y la presencia de su hijo le hacía sentirse bien en su hogar. Pero no debía ocultar nada a David. No le había dicho una palabra sobre su gran proyecto y ahora sentía tentaciones de hablarle de él. David podía pensar que era absurdo. Uno no sabe nunca cómo sienten los jóvenes y en las instituciones de enseñanza media existía una gran

cantidad de ateísmo. Jamás le había hecho la menor pregunta a David sobre sus creencias religiosas.

—Podrías ayudar al doctor Barton en una tarea que le he encomendado —dijo MacArd.

—¿De qué se trata? —preguntó David con indiferencia. Sentía cierta simpatía por el sacerdote de la familia, aunque este sentimiento no era muy profundo. Se trataba de un componente más del séquito familiar, lo mismo que el médico o el dentista, uno que representaba algo más que Enderby, naturalmente, pero a David no le había gustado la oración fúnebre que el doctor Barton pronunció durante el entierro de su madre. Barton no había comprendido a su madre ni sabía apreciar su profundo encanto.

—Estoy planeando la construcción de una gran fundación en memoria de tu madre —continuó MacArd—. Se trata de una escuela de teología, de una institución para la preparación de misioneros prácticos. Barton está buscando un lugar a propósito y emplearemos a los mejores arquitectos. Le he dicho que puede utilizar hombres de mis oficinas si los necesita. Pero ahora se me ocurre que a ti te puede gustar ayudarle. De esta manera tú y yo podríamos trabajar juntos. Yo apreciaré mucho tu colaboración.

David se sentía demasiado sorprendido en aquel instante para poder hablar. ¿Un seminario teológico con fines misionales? No estaba muy seguro de que su madre hubiese elegido tal tipo de fundación para honrar la memoria de alguien. Pero al mismo tiempo se dijo que no hubiera elegido ninguno para honrar su propia memoria. Su madre poseía una apacible humildad, otorgaba sus bienes alegre y constantemente y despreciaba lo monumental por considerarlo demasiado pomposo. Pero, al mismo tiempo, David comprendió que si su padre hubiera deseado hacerle a ella un regalo, el regalo de un monumento, su madre lo hubiera aceptado con tierna y delicada amabilidad. «¡Qué fascinador!», hubiese exclamado. A David le pareció estar oyéndoselo decir de nuevo, tal como una vez lo había dicho cuando su padre le regaló un espléndido y espectacular collar de diamantes cuadrados procedentes de sus minas del Sur de África.

—¿Por qué una escuela de teología? —preguntó el joven.

MacArd acogió de buena gana la tarea de dar explicaciones a su hijo.

—Se me ocurrió en la India. Allí pude darme cuenta del enorme contraste que existe entre los ingleses y los hindúes, o entre nosotros y esos desgraciados indígenas. Debe de haber alguna razón que explique por qué el mundo occidental ha conseguido la riqueza y el poder. Llámalo un don de Dios, si quieres emplear términos religiosos, que pueden ser tan verdaderos cómo cualesquiera otros. Pero el hecho es que aquella gente vive oprimida por una religión falsa y supersticiosa, cuando nuestra religión nos ha hecho a nosotros hombres libres. Hemos vencido a nuestros tiranos y hemos sido inspirados por nuestra fe. Seguramente los hombres no son tan diferentes entre sí como para que no pueda suceder con unos lo que antes ha sucedido con otros. Si es

así, y yo creo que lo es, mi deber de cristiano es compartir con todo el mundo lo que yo poseo, y estoy convencido de que tu madre se mostraría de acuerdo conmigo si hubiese estado con nosotros en la India. Ésta es la lógica conclusión. El único camino para poner en marcha una gran idea es preparar adecuadamente a los hombres necesarios para que la lleven a efecto. Me propongo hacer esto en la escuela MacArd de teología.

—Comprendo —repuso David.

Había escuchado con toda atención, y su rápida inteligencia, acostumbrada a las concisas frases de su padre, comprendió y enriqueció cada palabra. El joven creyó que iba a experimentar cierta repugnancia ante aquella idea, pero no fue así. A despecho de la inconsciente arrogancia que vibraba en la voz del padre, las palabras en sí mismas no poseían arrogancia alguna. Por lo visto su padre no despreciaba a aquel pueblo de piel oscura y sin esperanza afincado en una tierra estéril. Al contrario, había sentido el impulso de dar a aquella gente desheredada por la fortuna lo que él poseía.

—Me gustaría pensar en todo lo que me has dicho —murmuró David—. Es interesante y comprendo que puede resultar de un gran valor.

—Es de un gran valor —repuso el padre con énfasis—. Trato de hacer que la fundación MacArd sea el centro más importante del mundo, para la propagación de un cristianismo práctico y progresivo que pueda hacer cambiar la faz del mundo.

MacArd se puso en pie. No necesitaba ninguna respuesta y era ya hora de irse a su oficina.

—Hasta la vista, hijo —dijo con su cordial manera—. Piensa en ello y trabaja conmigo si puedes. Significará mucho para mí.

David no contestó, pero en sus labios apareció la sonrisa de su madre, y MacArd, que vio aquella sonrisa, sintió la antigua punzada en su corazón. Leila le había dejado mucho al morir. Sin embargo, no era suficiente, pues ella se había ido para siempre. Él debía vivir y conducirse alimentado por la esperanza de que se encontraría con ella de nuevo en alguna eternidad, si es que tal esperanza tenía posibilidades de realizarse, como ahora creía firmemente. Sí, debía creerlo así. MacArd intentó corresponder a la sonrisa de su hijo, levantó su mano para hacer un saludo y se marchó.

David se sirvió una segunda taza de café. Su madre había convertido en una costumbre el que la familia se quedara sola durante las comidas, y Enderby no entró más aquel día luego de haber servido el tocino, los huevos, los panecillos, las tostadas y el café. A menos que alguien tocara al timbre, el mayordomo no volvería a entrar hasta que estuviera seguro de que nadie quedaba en la mesa. David se bebió el café mientras contemplaba con expresión meditabunda el bien cuidado jardín sobre el que se abrían los ventanales del comedor. Las flores estallaban en los macizos, y, en el fondo, la estatua de mármol italiano que representaba una esbelta mujer, arrojaba agua en un estanque desde el cántaro que tenía en el hombro. La mirada de David quedó prendida de aquella figura. A su madre le gustaba mucho, pues era un símbolo,

según le dijo una vez que estaban sentados juntos ante aquella misma mesa, del agua de la vida que fluye de un manantial eterno. En cierta ocasión en que recorrían las montañas del norte de la ciudad, habían llegado a un enorme lago, uno de los depósitos que suministraban agua a la ciudad, y su madre le había dicho:

—El agua de nuestra fuente procede de aquí, y aquí se reúnen todas las aguas de esas montañas y valles.

David recordó el aspecto que ofrecía su madre aquel día de verano, con su guardapolvo y su veló, el rostro resplandeciente y sus ojos oscuros y brillantes, sintió de nuevo el simbolismo de sus palabras. ¿Existía, sin duda alguna, un manantial eterno para el hombre, una verdadera razón del pequeño tejido de los años? Había franqueado ya la primera fase de dolor, vivido el mal momento de la vuelta, y su melancolía se expresaba ahora en vagas y pensativas preguntas para las que no encontraba respuesta. Vivía solitario y empezaba a desear la compañía de otros seres que fueran como él en la actualidad y no como acostumbrara a ser en el colegio. Le era imposible volver a las niñerías del pasado, a los deportes, juegos y lecciones rutinarias. Debía entregarse mucho más profundamente al estudio. Pero ¿dónde y cómo empezar? David dio vueltas en su cabeza al proyecto imaginado por su padre. Durante un momento le pareció descabellado y dudó mucho que su padre comprendiera del todo lo que había concebido. Una escuela de religión podía rebasar los límites de la teología. Si un grupo de espíritus estudiosos e inquisitivos se reunían en semejante centro, ¿quién sabía lo que entre todos podrían llegar a descubrir? Dejó que su mente siguiera haciendo cébalas sobre la escuela, desarrollando un cuadro muy distinto del que su padre había imaginado, un lugar que cumpliera una misión más profunda, que proveyera de una energía aún no puesta en movimiento, que estableciera un enlace entre el hombre y Dios tal como jamás había sido establecido. Cuando el joven se enfrentó con su primera pregunta le pareció que oía el grito de su madre, que llegaba hasta él atravesando el espacio que ahora existía entre ella y él. Ella, que jamás había leído nada sobre teología ni se preocupaba de escuchar los razonamientos de los lógicos, aceptaba la existencia de Dios como la más sencilla explicación de la creación y de la belleza. ¿De dónde podía venir la tierra y su florecimiento sino de Él?

David terminó de beberse su café y se acercó al teléfono para llamar al doctor Barton.

—Aquí David MacArd, doctor Barton.

—¡Oh, sí, David! ¿Qué puedo hacer por usted?

—Mi padre acaba de hablarme de su gran idea, y ha sugerido que podría serle útil a usted.

—Sí, ciertamente. —La voz del sacerdote adquirió un convencional tono—. Justamente he estado viendo algunos lugares. Es lo primero que se ha de hacer, ¿no es así? El lugar es lo importante. Reposo, aislamiento, y que, sin embargo, no se encuentre lejos de las estaciones de ferrocarril. Lo práctico combinado con lo

espiritual, ¿verdad, David? Venga a mi despacho, querido muchacho. Me encontrará sumido en un mar de confusiones, y me gustará mucho tener cerca un oído atento.

—Perfectamente. Estaré ahí dentro de un momento.

David colgó y subió lentamente la amplia escalera. La casa seguía siendo como una tumba, y se alegró de tener que salir de ella en una mañana soleada como aquélla.

La atmósfera del despacho del doctor Barton era tibia y ligeramente fragante, como si hubieran encendido fuego y echado en él unas gotas de incienso, apagándolo más tarde. El mortecino olor de los viejos libros encuadernados en piel y el olor ligeramente ácido de la tinta de imprenta se mezclaba al perfume que exhalaba un inmenso ramo de flores que había sobre una mesa bajo la ventana.

—La contribución de mi esposa a un día de trabajo —dijo el doctor Barton cuando los ojos de David repararon en las rosas.

—Me recuerdan a mi madre —repuso.

—¡Ah!, la recordamos —exclamó el doctor Barton con emoción casi untuosa—. Pero no sirve de nada pensar en el pasado, querido muchacho.

—Ella no pertenece al pasado —murmuró David.

—¡Oh, no! Claro que no —se apresuró a responder el doctor Barton—. ¿Empezamos, David? No es que le quiera dar prisa, y si usted deseaba hablar antes un poco de su querida madre...

—No, todo ha sido debido a las rosas —repuso David.

El joven arrastró su silla hasta la mesa de despacho y cogió las hojas de papel que el doctor Barton había colocado sobre ella.

—Se dará usted cuenta —dijo el pastor— de que no tengo nada definitivo. Existe un terreno magnífico en la parte noroeste de la ciudad. Sé puede obtener por diez mil dólares. Hay buenos edificios en él. ¿Qué diría usted de hacer una visita a esos terrenos para verlos? Entonces podría usted corroborar lo que yo pienso decirle a su padre el viernes al mediodía, pues ha tenido la amabilidad de invitarme a que almuerce con él de nuevo. Le haré un informe de lo que he hecho hasta ahora, por así decirlo, y no quiero contraer solo tan gran responsabilidad.

—Me gustaría ir. ¿Puedo llevarme este mapa?

—No faltaba más —repuso el doctor Barton.

En el fondo, el doctor Barton se alegraba de quedar libre de un muchacho tan triste con el que, a pesar de todo, debía mostrarse cordial, pues era hijo de su bienhechor. ¿Por qué había resuelto MacArd ofrecer su hijo como ayuda? ¿No le bastaba con su juicio práctico? El doctor Barton miró su reloj.

—Hay un tren dentro de tres cuartos de hora, y en él podrá llegar usted allí antes del mediodía. Está solamente a una hora de tren. En la estación puede usted preguntar por los coches de alquiler. No están muy lejos de la estación, y en media hora de calesa habrá llegado usted al sitio. Cerca hay una vieja granja. Pregunte solamente por Miller's Creek. Para regresar puede tomar un tren que hay a las cinco.

David cogió el mapa y lo estudió un momento. La despedida había sido un poco rápida.

—¿Qué piensa usted del proyecto de mi padre, doctor Barton? —preguntó David después de un momento, que aprovechó para doblar el mapa y guardárselo en el bolsillo.

El sacerdote pareció sorprendido.

—Una idea muy noble —contestó—. Un centro en el que se instruirán nuevos jefes de la Iglesia.

—Mi padre me hizo notar el aspecto práctico que quería darle —dijo David.

—¡Ah, sí! —exclamó el doctor Barton con suave y rápido asentimiento—. Tiene mucha razón. La iglesia militante es misionera. «Id a todo el mundo», y otras cosas por el estilo. Una influencia civilizadora y capaz de elevar a los seres humanos, que enseñe el Evangelio y el Derecho a los hombres, que revele la verdadera fe. Vivimos una edad de expansión, y si nuestro país puede llevar la bandera de Dios, no fracasaremos.

David se echó hacia atrás en el confortable sillón. Sus ojos, de mirada intensa y pensativa, permanecían fijos en el bien afeitado y mejor nutrido rostro del doctor Barton. Era poco acertado y, además, inútil hablar de todo esto cuando aún no tenían un trozo de tierra en que levantar la escuela. Más tarde hablaría él con su padre. El doctor Barton le consideraba como un enemigo en potencia, un enemigo que haría todo lo posible para que el sacerdote no se colocara entre su padre y él.

David se puso en pie.

—Tengo que darme prisa si he de coger ese tren.

El doctor Barton pareció de nuevo inquieto.

—¿Me dará usted el informe directamente a mí, querido muchacho? Soy responsable ante su padre.

—Desde luego —repuso David—. Me doy perfecta cuenta de que lo que se espera es que le ayude.

Cambiaron un apretón de manos y David abandonó el suave aire cerrado del despacho para respirar la frescura del exterior. Era uno de los raros días de la ciudad. El viento, que venía del mar, limpiaba las calles de humo y niebla. El joven echó a andar hacia la estación, llegando con la suficiente antelación para poder comprarse un par de emparedados que le sirvieran de almuerzo en las montañas. El tren iba casi vacío a aquella hora del día y David se sentó junto a una ventanilla. Los barrios y sus sucias calles empezaron a desfilar ante él, que los comparó con las atestadas aceras de Bombay y la polvorienta miseria de los pueblos hindúes. ¿Por qué soñaba su padre con enviar misioneros a China, a la India y a las demás partes del mundo cuando a cinco millas de su propia huerta habitaban paganos y salvajes tan harapientos y desastrados como los que podían encontrarse en cualquier parte del mundo? David conocía la respuesta a aquella pregunta. Si se lo preguntaba, su padre contestaría una vez más, como a menudo había declarado antes, que la ociosidad, el fruto de la

pereza, era la única causa de la pobreza en un país rico, y que se presentaba a sí mismo como prueba de su afirmación. ¿No había sido él pobre, hijo de un cura de pueblo, y no se había elevado sin ayuda de nadie hasta lo que era en la actualidad, es decir, de los hombres más ricos de la tierra?

Lo que él había hecho podían hacerlo muchos en cualquier país libre y cristiano.

«¿Podría yo?», se preguntó David. No lo creía, caso de que hubiera nacido en una mísera habitación situada al mismo nivel que la vía férrea. Fue observando una sórdida celda después de otra a medida que el tren avanzaba, y vio niños sucios, mujeres desgredadas, hombres sin afeitar. Si él hubiese nacido allí, le hubiera sido imposible salir. Aplastado por semejante destino, ¿quién le hubiera libertado? Nadie, porque nadie se dedica a liberar a tal gente.

Alejó de su turbado espíritu un problema que era incapaz de resolver por sí mismo y se sintió complacido cuando las casas de vecindad dejaron paso a calles anchas y soleadas y más tarde a un agradable paisaje. Aquello era bastante más alentador que los campos de la India. En lugar de una tierra seca y estéril, de nubes de polvo flotando bajo el ardiente sol, veía verdes racimos de uva, hierba y árboles, bellas y apacibles granjas, graneros en que se guardaba la cosecha y lugares para que jugaran los niños. ¿Por qué no podía destruir una religión práctica las casas pobres de vecindad? David sabía bien que su padre respondería que las casas de vecindad baratas no podían ser destruidas en modo alguno. Si lo eran, no tendrían que alzarse en su lugar. En cierto modo, Darya y su padre tenían un gran parecido hubiera dicho que las casas pobres de vecindad no tenían importancia. Significaban el destino del hombre. Pero la vida de un hombre es una época de transición, y no había ninguna razón para que una casa pobre no fuera tan conveniente como una gran mansión, pues podía ser el albergue de un santo.

Tampoco haría Darya caso de la consabida réplica: «¡Ah! Pero tú, Darya, vives en una soberbia mansión y te es muy fácil decir que una casa pobre puede ser conveniente. Pero jamás te decidirás a vivir en una casa pobre». A lo que Darya hubiera contestado riendo a su manera: «¡Ah! Pero yo nací en una mansión, y he de vivir donde nací. Si hubiese nacido en una casa pobre ahora viviría allí. No existe diferencia alguna entre una mansión y una casa pobre desde el momento en que vive en comunión con Dios».

Su padre, David lo sabía bien, no soñaba con destruir la pobreza, que era el resultado de lo que él llamaba falta de habilidad. La pobreza era un castigo adecuado a tal falta. Su padre creía que, a través de la verdadera religión, la civilización podría desenvolverse de manera que procurara oportunidades a todos, y entonces los hombres como él se elevarían lo mismo que él se había elevado, y los que no hicieran uso de sus oportunidades serían los que sobraban, la escoria, a menos, naturalmente, que cumplieran su misión de trabajar. «Esto, en pocas palabras —pensó David—, constituye el Evangelio de mi padre».

Y quizá su padre tuviera razón. ¿Quién podía asegurar que no la tenía? Quizá la

batalla la ganara siempre el más fuerte, y la carrera el más rápido.

III

A media tarde descendió David de la colina, hacia el río, el Hudson, que a aquella distancia de la ciudad era una ancha y plácida cinta de agua. Sentía mucho calor, pues había ido andando en lugar de alquilar un coche, y el fresco de la mañana se había transformado en una quieta y blanca neblina que se extendía bajo el ardiente sol. La idea de tomar un baño en el río se transformó en una imperiosa necesidad. El lugar sugerido por el doctor Barton le pareció muy bello. Se trataba de una colina rodeada por colinas más altas, frente al distante panorama del río. Sin embargo, resultaba extrañamente remoto y silencioso, como apartado de toda vida humana. David se comió sus emparedados sentado sobre la hierba, con la espalda apoyada en una ropa gris y las piernas extendidas sobre el suelo, mientras intentaba imaginarse edificios y jóvenes alumnos viviendo allí con sus maestros. Sería algo muy semejante a un monasterio, decidió en su interior, algo muy distinto de las abarrotadas calles de Bombay y de las casas pobres de Nueva York. Y empezó a preocuparse por la idea de la escuela que iba a erigirse en memoria de su madre.

¿Cómo aprendían los hombres las cosas de Dios? ¿Cómo nacer de nuevo? Sería fácil absorber el mensaje de la tierra y del cielo, la creación parecería divina sobre aquel montículo. El joven buscó en él con todo afán sus experiencias religiosas, unas experiencias sin importancia, según le pareció, las usuales cuestiones de la Escuela Dominical y de la iglesia, y más tarde, cuando ya estuvo en el colegio, los servicios en la capilla. No podía asegurar que tuviera experiencia alguna de las cosas divinas, aunque había asistido a la iglesia de sus padres, pero esto lo hizo porque era lo que debía hacerse. David sabía que no era rebelde por naturaleza, si bien era verdad que hasta la fecha no había encontrado nada contra lo que rebelarse. La vida había sido buena y agradable para él hasta la muerte de su madre. El joven se echó sobre la hierba cuando terminó de comer y con los brazos bajo la cabeza y los ojos cerrados pensó en su madre. Costaba creer que no estuviera ya. Era una criatura con demasiada vitalidad, demasiado real y demasiado alegre para que hubiera muerto. Era fácil imaginarse que vivía y que desde algún lugar y en aquel mismo momento le estaba mirando y sabía lo que él pensaba. Ella había tenido siempre un gran instinto para averiguar lo que su hijo pensaba y a menudo había adivinado sus pensamientos. La gente hablaba mucho en aquellos días de telepatía mental, pero había algo más. Nadie sabía, y quizá la fe fuera el único camino. Incluso la ciencia estaba limitada. Ésta sólo podía hablar de fuerzas físicas y químicas, y uno tenía que elegir.

El sol caía de lleno sobre David ahora que el viento se había calmado, y el joven se echó para dormir, despertándose una hora más tarde sudoroso y sediento. Pero como tenía el tiempo justo, bajó rápidamente la colina antes de decidir que el lugar era bastante bueno e incluso hermoso, y que podía muy bien darle la razón al doctor Barton. La ancha franja plateada del río, que brillaba en el fondo de un valle tendido entre las colinas, le tentaba. El río no debía encontrarse a más de una milla o dos en

línea recta desde la colina, y el ferrocarril pasaba lo suficientemente cerca para que le bastara con seguir el río hacia el Sur para llegar a la estación. El joven encontró una pequeña senda, y siguiéndola por entre los árboles llegó a una pequeña altura, un suave acantilado en el que no había reparado hasta entonces.

El camino estaba cubierto de césped sin cortar y llevaba a un espacioso prado en el centro del cual se alzaba una magnífica y enorme casona. Estaba habitada, pues había sillones en el pórtico sostenido por macizas columnas de estilo griego del sur de los Estados Unidos. Pese a su esplendor, la mansión parecía un tanto abandonada. Las terrazas conducían a jardines situados más bajos que el nivel de la casa, y en ellos había rosales que trepaban a gran altura. Un solitario pavo real se paseaba lentamente por el extremo de la terraza más alta con la cola plegada y arrastrando.

David se acercó, observando entonces que la amplia puerta principal estaba abierta, aunque no vio a nadie por los alrededores. «Un lugar magnífico, sólo a unos cuantos centenares de pies sobre el río», pensó. El Hudson trazaba una curva hacia el Oeste, como si quisiese añadir aún más magnificencia al paisaje. El pavo real se dio cuenta de pronto de la presencia de David, y empezó a lanzar chillidos y a agitarse nerviosamente. El animal estiró su pequeña y estúpida cabeza y elevó la cola, y casi inmediatamente David oyó una voz de muchacha procedente del jardín.

—¡Pílate, estate quieto!

La muchacha alzó la cabeza en aquel instante y David la vio. Era una bella muchacha de tez morena, demasiado delgada para su estatura. La joven vio a David a su vez y se dirigió a él. En su mano cubierta de barro, llevaba una paleta de albañil. También tenía barro en su frente, que quedó al descubierto cuando se echó el cabello hacia atrás.

—¡Hola! —dijo la joven—. ¿Qué desea usted?

—Estoy buscando la manera de bajar al río. Quiero tomar un baño.

—El camino pasa por ahí. —La joven lo señaló con la paleta—. Encontrará usted algunos escalones de madera medio carcomida. Al final de ellos está el río. Si no le ofrecen confianza los escalones, tendrá que deslizarse por el acantilado. No es muy alto.

—Gracias —repuso David sin moverse, pues la joven empezaba a despertar su imaginación.

—¡Qué casa más bella! —añadió.

La muchacha dio unos cuantos pasos hacia delante y se detuvo a poca distancia de David.

—Es bella, ¿verdad? —murmuró—. Es mi hogar. No la habitamos en invierno desde que mi padre murió, pero tan pronto como llega la primavera venimos aquí mi madre y yo, así que podemos dar forma a los macizos. Sin embargo, hasta julio no conseguiremos tener algo parecido a lo que deseamos.

El joven refrenó su curiosidad. ¿Por qué no tenía ayuda la joven?

—Es un trabajo duro —dijo—. No me gustaría tenerlo que hacer yo. ¿No tiene,

usted ningún vecino?

—No —contestó la joven con cierta viveza.

Era evidente que no pensaba en él. Se mordía su rojo labio inferior, y parecía algo nerviosa. La boca de la joven era muy bonita, casi perfecta. Su suave piel, de tono oliváceo, no tenía defecto y sus oscuros ojos castaños eran muy brillantes. El cabello liso, lo llevaba peinado hacia atrás cogido en un moño en la parte alta de la cabeza. La mano que sostenía la paleta de albañil era pequeña y estaba llena de arañazos y muy sucia.

—La casa está en venta —dijo la joven de pronto.

Por lo visto, era esto lo que había estado intentando decir desde el principio. Quería saber si podía resistir el decirlo. Se veía claramente que la joven amaba la casa.

—Lamento oírsele decir, puesto que es su casa —dijo David gravemente.

—¡Oh! No sirve de nada que usted lo lamente. —La joven pronunció las palabras con un súbito grito y luego arrojó la paleta—. Ya sé que no tenemos otro remedio. Mi madre intenta hacer todo el trabajo de la casa, y yo procuro realizar las tareas del jardín. Pero ninguna de las dos podemos. Teníamos seis criados y todos estaban siempre ocupados.

—Me lo imagino —repuso David intentando ayudarla en sus esfuerzos por no llorar—. Nosotros tenemos una finca en Maine muy parecida a ésta. Pero mi madre ha muerto y creo que no volveré más por allí.

En aquel momento David tuvo una especie de inspiración. Si la casa estaba en venta, ¿por qué no podía comprarla su padre y convertirla en el centro de la escuela? Su emplazamiento era inmejorable. Los árboles que le rodeaban eran viejos y hermosos. Los jardines estaban en condiciones de poder ser cultivados de nuevo, y la casa ofrecía un aspecto de vida a pesar de su presente estado. No parecía abandonada. No tenía nada de selvática. Era un lugar donde la gente había vivido y podía continuar viviendo.

—Escuche —dijo a la muchacha—. Quizá sea demasiado repentino, pero sucede que mi padre está buscando un lugar para construir una escuela teológica en memoria de mi madre, y se me ocurre que éste podría ser el sitio que buscamos, usted lo vende realmente.

La muchacha le dirigió una penetrante mirada.

—¿No quiere vendérmela? —repuso David medio sonriendo.

—Estoy asustada —repuso la joven—. Estaba casi desafiando a Dios para que me ayudara, pues estoy desesperada. Sé que éste es el último verano que pasamos aquí. Mi madre no puede más y a mí no me es posible desenvolverme sola. Pero ¿qué vamos a hacer? No nos han enseñado a ganarnos la vida, y yo estaba diciendo: «Dios mío, si no me ayudas ahora...».

Su natural prudencia le obligó a contenerse. El asunto del precio no era de su incumbencia y no debía discutirlo ni mostrar el menor deseo de hablar de él.

—Entre —dijo la joven—. Querrá usted ver seguramente las habitaciones. Hay veinte y son muy grandes.

—Antes debo presentarme. Me llamo David MacArd.

—Y yo Olivia Dessard. —La joven alzó su mano derecha, manchada de barro, y David se la estrechó durante un segundo—. A mamá le alegrará verle. Ahora nunca tenemos invitados.

La joven le guió por el camino enlosado hasta el pie de la majestuosa escalinata que conducía al ancho pórtico, y a continuación hasta un inmenso vestíbulo que atravesaba toda la casa y se abría a una amplia terraza con vistas a la curva del río.

—Haga el favor de esperar en esa habitación —dijo Olivia a David—. Voy a buscar a mamá.

David entró en una estancia de una magnificencia marchita, un museo formado con muebles franceses de caoba y tapices. Estaba limpio, los muebles sin polvo, y encima de la mesa central había un jarrón con pequeños lirios blancos. David tomó asiento en un sillón de alto respaldo y esperó. Grandes ventanales se abrían desde el techo hasta el suelo, y en un extremo de la habitación una chimenea de mármol sostenía un grupo de figuritas a lo Watteau. La habitación resultaba muy agradable, y cuanto más la miraba, más entusiasmado se sentía David con su idea. De pronto oyó unos pasos, pero no voces, y a poco apareció Olivia llevando de la mano a su madre, una dama de cabello gris e imperioso rostro de expresión cansada.

—Ésta es mi mamá, señor MacArd —dijo la muchacha.

—Señora Dessard —murmuró David cogiendo con la suya una ardiente e hinchada manita, todavía llena de jabón, pues debía estar fregando los platos o los suelos.

—Olivia es tan impetuosa... —repuso la señora Dessard con voz aguda—. No he tenido tiempo de secarme las manos. Debe usted perdonarme.

David prefirió ir directamente al asunto que le importaba.

—Su hija me ha hablado del valor de usted, señora Dessard, y sepa que la admiro profundamente.

La señora Dessard se dejó caer en una silla tapizada de raso.

—Olivia me ha dicho que está usted interesado en comprar la casa para un fin religioso. Eso me haría muy feliz. Yo he sido siempre muy religiosa aun cuando nuestra fe ha sido sometida a muy duras pruebas en estos últimos años. Pero Dios utiliza misteriosos caminos y quizá todo esto estuviera ya planeado con anterioridad. —Se interrumpió con los ojos súbitamente llenos de lágrimas y sacudió la cabeza—. Perdóneme usted. La pérdida de mi querido esposo...

Su voz se quebró al llegar aquí.

—Su hija me ha hablado de ello —dijo David cordialmente.

Olivia le interrumpió.

—¿Su padre es David Hardworth MacArd? Mamá me lo ha preguntado.

David se volvió hacia la joven.

—Sí, lo es —repuso contra su voluntad.

—Leímos la muerte de su madre —afirmó la señora Dessard, que había cesado de llorar—. Creo que nos encontramos una o dos veces en las fiestas de la señora Astor. Pero nosotros vivíamos la mayor parte del tiempo en el extranjero. Mi esposo era francés, de familia protestante. Pero en su emigración no llegaron más que hasta Holanda y luego regresaron a su patria. Mi marido tenía negocios en Nueva York y en París. Olivia es nuestro único descendiente, pues perdimos al único varón que tuvimos.

—Mamá, el señor MacArd no está interesado en nuestra historia familiar —murmuró Olivia.

La señora Dessard se irguió en su asiento.

—Estoy segura de que sí lo está, Olivia. Es importante saber con quién se trata, y a él le gustará explicarlo todo a su padre. Mi esposo perdió toda su fortuna durante el pánico. De otro modo nunca nos hubiera dejado como estamos ahora. Nosotros podíamos vivir en París, naturalmente, y tenemos allí una casita que Olivia heredó de su abuelo. Pero ella prefiere Norteamérica y no quiere vivir en Francia.

—Me gusta esta casa —replicó Olivia con calor.

La señora Dessard se dirigió a su hija con toda la impaciencia fruto de una discusión ya antigua entre ellas.

—Ya lo sé, querida. Y a mí también. Pero ¿qué remedio nos queda?

Olivia se volvió hacia David con inusitado ímpetu.

—¿Nos dejarán ustedes venir a visitarlos algunas veces?

El joven se echó a reír.

—Naturalmente. Pero la casa es todavía de ustedes. Mi padre es el que tiene que decidir.

Era hora de marcharse. Ninguna de las dos mujeres, cada una embargada por sus propios sentimientos, debía dar por seguro que la casa estuviese vendida. David se puso en pie y se despidió de ambas.

—Hasta la vista, señora Dessard. Hasta la vista, señorita Dessard.

—¡Oh! Pero tiene usted que ver las habitaciones —exclamó Olivia.

David se había olvidado de ello.

—¡Ah, sí! Aunque quizá debiéramos esperar hasta que mi padre...

—No, ahora —afirmó Olivia—. Así luego no podremos cambiar de idea.

La joven echó a andar mientras hablaba, y David se vio obligado a seguirla. La señora Dessard miró a ambos alejarse.

—Éste es el salón —dijo Olivia abriendo una puerta cerrada—. Y ahí está el comedor. El otro lado de la casa está ocupado por la biblioteca y detrás de ésta se encuentra el salón de baile. Las cocinas están comunicadas con estas habitaciones, pero se hallan en edificios separados, donde se encuentran también las dependencias de los criados.

David fue pasando de una enorme habitación a otra no menos grande.

—El hombre que construyó esta casa poseía un perfecto sentido arquitectónico de las proporciones —observó.

—¿Lo ha notado usted? —preguntó vivamente Olivia—. Mi padre edificó esta casa para mi madre cuando se casaron. Pensó que debían vivir juntos en los Estados Unidos y no en sus posesiones de Francia, y amuebló la casa con muebles heredados de su familia. Mamá era huérfana y vivía con su abuela. ¿Ha oído usted hablar de los...? —y nombró un viejo apellido de Nueva York.

—Sí —contestó respetuosamente David.

—Pues mi madre es la última de la familia. Yo, naturalmente, soy una Dessard. Ahora, subamos a las habitaciones de arriba.

La escalera, maciza, ascendía en espiral y al parecer, sin ningún soporte que la sostuviera. Ambos jóvenes llegaron a un vestíbulo de forma circular del primer piso, al que daban las pesadas puertas de los dormitorios.

—En este piso hay ocho dormitorios —dijo la joven— y seis en el de arriba. Mi padre deseaba tener mucha familia y, además, le gustaba recibir invitados. No se puede usted imaginar lo que era esta casa en mi niñez. Vivíamos aquí todo el año. Vivíamos aquí, y mi padre hizo construir una carretera para ir a la estación del ferrocarril. Tendrá que ser reparada, pues la carretera existe todavía.

La muchacha era inteligente además de hermosa, según podía ver David, y poseía un porte orgulloso a pesar de sus maneras sencillas. Pero no se parecía lo más mínimo a las muchachas que él conocía de Nueva York, las hijas de las familias de la Quinta Avenida y las de las amigas de su madre. Quizás hubiera sido educada en el extranjero. Pero no lo creía. Tal vez hubiera crecido en aquel lugar junto a sus padres. No recordaba que su nombre hubiese figurado entre las muchachas puestas de largo en años recientes, pero él había pasado bastante tiempo fuera de los Estados Unidos y podía no haberse enterado.

—Ésta es mi habitación —dijo la joven abriendo una puerta—. Me gusta más que nada en el mundo.

David la inspeccionó con cierta timidez. Jamás había visto la habitación de una muchacha y aquélla tenía un aspecto extrañamente femenino, que contrastaba con el aire enérgico de la joven. El color predominante era el rosa. Las cortinas que colgaban del dosel del lecho eran de tono rosado y los visillos de las ventanas de tul rosa. La alfombra formaba un macizo de flores.

—Es muy bonita —dijo al fin.

—Me gusta... me gusta... me gusta —murmuró la joven con entonación apasionada.

—Querría que usted pudiera quedarse aquí —dijo David.

—Pero no puedo —replicó Olivia apretando los labios.

Y cerró la puerta con un brusco tirón.

—No le enseñó a usted la de mamá. A ella no le gustaría, pues no se ha hecho todavía la cama. No quiere que yo se la haga. Yo hago la mía antes de salir. ¿Ve usted

lo limpia que está mi habitación? Pues yo soy así.

—Hermosamente limpia —repuso David sonriendo.

A Olivia le escamó, aquella risa y frunció el ceño.

—No es necesario que le enseñe a usted las cocinas. Todo está bien construido y no hay necesidad de hacer reparaciones, a menos que meta usted mucha gente aquí.

—Esos cambios se harán más tarde —repuso David.

Cuando bajaron la escalera, la señora Dessard continuaba todavía sentada en su sillón. Se había dormido, con la cabeza apoyada en el respaldo tapizado.

—¡Pobre *petite maman!* —murmuró Olivia—. Siempre está cansada. Sí, debemos vender esta casa. Ahora lo veo con toda claridad y doy gracias a Dios porque usted se ha presentado hoy. A propósito, venga aquí.

Salieron de puntillas y se detuvieron en la terraza que daba al río.

—¿Es usted religioso? —preguntó de pronto Olivia—. Antes de que mi padre muriera, yo no pensaba en nada de eso. Pero después de su muerte... Querría creer, Dios, creer de veras.

—Comprendo —murmuró David.

Se volvió hacia la joven y descubrió en sus ojos un honrado anhelo. Jamás se había encontrado con una muchacha como aquélla, tan ingenua y al mismo tiempo tan reflexiva y seria.

—Me gustaría que fuéramos amigos.

David pronunció estas palabras con un entusiasmo no habitual en él.

—A mí también me gustaría —repuso Olivia con franqueza—. Nunca he tenido amigos. Cuando papá vivía siempre estábamos yendo de una parte a otra y no había tiempo.

Los dos jóvenes se dieron un súbito apretón de manos.

—Volveré —prometió David.

Y la dejó en la terraza mirando cómo se alejaba él.

Llegó a su casa tarde y rendido de cansancio.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó a Enderby cuando éste abrió la puerta.

—En la biblioteca, señor —contestó Enderby. En su voz había un ligero matiz de reproche—. Está muy preocupado.

—Voy a verle lo primero de todo —dijo David.

El joven se encaminó hacia la biblioteca, donde encontró a su padre poseído por una angustiada ansiedad. David sabía que aquella ansiedad rozaba los límites del terror. Había visto a su padre esperar de aquella misma manera cuando su madre se estaba muriendo. MacArd alzó la cabeza. En su rostro había una expresión sombría.

—¿Y bien? —exclamó sacando el pañuelo del bolsillo y limpiándose la frente—. Has llegado tarde.

—Terriblemente tarde —repuso David—. Debí telefonar, pero un tren esperaba

en la estación cuando llegué, y según me dijeron no había otro hasta las diez. Entonces cogí el tren y pensé que ya me explicaría cuando llegara a casa.

—Ve a lavarte y luego ven al comedor. La cena debe de haberse secado.

—No debías de haberme esperado, papá.

MacArd no replicó a su hijo y echó a andar lentamente hacia el comedor. Se sentía débil y exhausto por efecto del miedo que había pasado. Su rápida imaginación, tan poderosa cuando estaba trazando un proyecto cualquiera, era como una maldición cuando sentía ansiedad por alguien de su familia, por el único ser de su familia desde que Leila había muerto. Jamás se le había ocurrido imaginar que ella pudiera morir, y, desde entonces, la existencia de su hijo le parecía también frágil. Sin embargo, no debía preocuparse demasiado por David, pues esto podría acabar con él. Le hubiera convenido tener una docena de hijos. Ahora era imposible sustituir a un ser querido con otro de su sangre y su carne. Pero pensó que lo mejor era llevar a cabo su proyecto lo más pronto posible. Esto distraería su espíritu de otras cosas.

En el comedor, Enderby apartó el pesado sillón de roble colocado a la cabecera de la mesa y fue en busca de la sopa. Cuando regresó permaneció inmóvil esperando, diciéndose que su amo no debía de haber retrasado la hora de la cena. Ya no era muy joven, y la muerte de su esposa le había envejecido notablemente. Un camarero trajo la bandeja con la soperas y Enderby cogió un cucharón de plata y llenó un plato, que colocó ante su amo. En el mismo momento David entró en la habitación con el rostro enrojecido y el cabello húmedo.

—No he tenido tiempo de cambiarme —dijo disculpándose.

—No importa por una vez —contestó MacArd con una especie de gruñido.

Había empezado a tomarse la sopa, un excelente caldo condimentado con jerez seco, algo realmente delicioso y confortante. El plato quedó vacío antes de que MacArd hablara de nuevo.

—¿Y bien? —preguntó.

David sonrió a su padre.

—Supongo que quieres saber lo que he estado haciendo durante todo el día, ¿no? Creo que encontrado el sitio adecuado. Claro que tú tienes qué verlo.

—Barton me ha dicho ya algo —masculló con el gesto ceñudo de antes.

David tosió.

—Sí... Vi el sitio que él decía. Es magnífico, pero encontré otro inmediato al río que me parece todavía mejor. Hay una carretera que lleva a la estación, situada sólo a dos millas. Anduve por ella y no es mala. Y en el sitio que te digo hay ya una casa, una casa que está en venta, una mansión debería decir. Tiene veinte habitaciones, un pórtico con columnas. Ya sabes lo que quiero decir.

—¡Vamos, vamos, respira! —pidió MacArd a su hijo.

Enderby retiró los platos de la sopa y el camarero trajo unos filetes de pescado con patatas. El mayordomo cogió nuevos platos y sirvió a sus amos.

—Ahora vuelve a empezar, David —dijo MacArd—, y cuéntame con todo detalle

cómo es esa casa que has encontrado.

David, entre bocado y bocado, contó todo a su padre, describiendo la soberbia casa que se alzaba sobre una colina en la curva del Hudson. Describió las habitaciones y los terrenos que se extendían alrededor del edificio, suficientes para construir en ellos una docena de dormitorios colectivos y salas. También mencionó los grandes robles y los arces, y el panorama cortado por el río que se extendía a centenares de millas.

—¿Y a quién dices que pertenece la casa? —preguntó MacArd.

El camarero sirvió *rosbif* y verdura en una fuente cubierta con su tapadera.

—A la señora Dessard y a su hija —repuso David—. La señora dijo que alguna vez se había encontrado con mamá en casa de la señora Astor.

—Dessard... Dessard... —murmuró MacArd con expresión pensativa—. ¿Dónde he oído yo ese nombre?

Pero no consiguió recordarlo.

—La familia es de origen francés, aunque ahora son norteamericanos. El señor Dessard quebró durante el pánico y más tarde murió, y ellas están luchando desde entonces. Tienen una casita en París, pero Olivia...

MacArd frunció el ceño.

—¿Olivia?

—Quiero decir la señorita Dessard —se apresuró a explicar David.

MacArd comió durante un rato en silencio y David se dedicó también a su plato. El joven comía con gran lentitud mientras su padre, por el contrario, lo hacía muy de prisa.

MacArd se impacientaba, pues tenía que esperar a su hijo.

—Supongo —dijo MacArd al fin— que tendré que enviar a Barton a que vea esa casa.

—Quizás hubiera yo debido decírselo a él antes que a ti.

—¡Tonterías! —replicó MacArd—. Él puede venir esta noche.

Enderby se llevó los platos de la cena, puso los de postre y envió al criado en busca de éste. Se trataba de una tarta de fresas con crema y la sirvió con una especie de ternura.

—¿Quiere el señor el café ahora o más tarde? —preguntó a MacArd.

—Más tarde —contestó MacArd—, y sívalo en la biblioteca. Pediré al doctor Barton que se reúna con nosotros.

—Sí, señor —murmuró Enderby.

David guardó silencio mientras se comía el postre. De pronto, MacArd se puso en pie y su hijo le imitó. No habían tomado café en el salón desde la muerte de su madre. Sus puertas estaban cerradas cuando pasaron ante ellas camino de la biblioteca. El camarero había colocado ya la bandeja sobre la mesa y Enderby sirvió el café. MacArd entonces tomó el teléfono y pocos instantes después hablaba con el doctor Barton.

—Venga si puede —sugirió en un tono que casi era una orden.

David supuso que el doctor Barton había asentido a la petición formulada por su padre, pues un segundo más tarde, éste decía:

—Bien, le esperamos. Aquí tiene usted una taza de café caliente.

Y el señor MacArd colgó el teléfono.

—¿Has preguntado algo sobre el precio de esa finca? —preguntó a continuación a su hijo.

—No —contestó David—. No me pareció oportuno. Podía no gustarte la idea o podía no gustarle al doctor Barton.

—Dessard... —murmuró de nuevo MacArd—. He oído ese nombre alguna vez.

Tomaron el café en silencio. MacArd no dijo a su hijo lo que pensaba en aquel momento y David permaneció sentado cómodamente, recordando todos los lances de aquel día. Se sentía cansado y descansado al mismo tiempo, cansado de cuerpo y descansado de espíritu, debido al día de sol y de aire libre gozado. No había estado en el campo desde que volvieron de la India, y el de su patria era sin duda un campo muy distinto del otro. El joven experimentaba una consoladora sensación de plenitud y riqueza espiritual, de confianza y de seguridad. Era algo magnífico ser norteamericano, sentíase satisfecho de haber nacido donde había nacido, y pensó en Olivia y en su bello y turbado rostro. La joven tenía una boca muy bonita, aunque demasiado pequeña, y un cabello precioso. Seguramente debía llegarle más abajo del talle cuando se lo soltaba. Su madre tenía el cabello muy largo y también oscuro, pero no era negro carbón como el de Olivia. Ambas no se parecían en nada, salvo que las dos poseían un aire intrépido, una expresión osada. Olivia no reía, y, en cambio, la risa constituía el dorado regalo que hacía su madre a todo el mundo. Olivia no se había reído ni una sola vez mientras él permaneció a su lado, aunque quizá no hubiera habido ocasión para ello, pues todo el tiempo habían estado hablando de una cuestión tan triste como era la venta de la casa que ella amaba tanto.

—El doctor Barton, señor —anunció Enderby entrando en la biblioteca.

El distinguido sacerdote apareció sonriente y cordial. David se puso en pie, pero MacArd no se alzó de su asiento cuando cambió un apretón de manos con el recién llegado.

—Le agradezco mucho que haya venido usted tan pronto —dijo MacArd.

—Yo siempre vengo del mismo modo cuando usted me llama, señor MacArd.

Enderby sirvió de nuevo café y MacArd movió la cabeza.

—Déjenos, Enderby. Que no se quede nadie. David acompañará al doctor Barton hasta la puerta.

—Sí, señor. Buenas noches, señor.

—Buenas noches —contestó David al ver que su padre no lo hacía.

La puerta se cerró tras el mayordomo.

—Bien, querido muchacho —dijo el doctor Barton dirigiéndose a David—, está usted muy tostado por el sol.

David sonrió amablemente y miró a su padre, y éste empezó a hablar.

—David ha descubierto un sitio muy interesante.

David observaba el rostro del doctor Barton, cuidadosamente afeitado. Era imposible decir si el sacerdote se sintió disgustado. Sus ojos, de color azul pálido, no pestañearon y su calma no se alteró lo más mínimo.

—Espléndido, espléndido —murmuraba el doctor Barton de cuando en cuando.

Quizá se sintiera complacido porque la escuela podría abrirse más pronto, mucho más pronto que si aún tenían que empezarse las obras. El joven se despreciaba por su apresuramiento en sospechar de un hombre que quizá fuera inocente, y cuando su padre terminó de hablar, dijo con cierta impaciencia:

—Papá, ¿escribo a la señorita Dessard que iremos a visitarla la semana que viene?

—Si lo deseas así —repuso sorprendido MacArd—. Yo iba a sugerir que Barton escribiera a la madre.

—Eso está mejor —murmuró el pastor con acento suave—. Si permitimos a los jóvenes que intervengan, el asunto parecerá menos serio.

David cambió de conversación inmediatamente.

—Por el camino vi las casas de vecindad más terribles del mundo. Uno espera encontrarse con esas cosas en la India, pero no aquí.

—Nada de eso —repuso MacArd—. Ahí es donde hombres como Parkhurst cometen sus equivocaciones.

El doctor Barton guardaba silencio. Parkhurst, de una iglesia de la parte alta de la ciudad, había elegido arruinarse intentando limpiar Nueva York. Otros que observaban sus prédicas se habían negado prudentemente a apoyar sus acusaciones.

MacArd continuó.

—Es un idealismo impracticable creer que podemos acabar con la debilidad de la naturaleza humana, que es la causante de la miseria. Nada más lejos de mis propósitos. Procuraré que vayan a la Escuela MacArd los jóvenes mejores y más fuertes que pueda encontrar, y les prepararemos para que puedan ir por el mundo practicando un Evangelio que atraerá a hombres como ellos. Me propongo ofrecer una oportunidad a todos. Pero sé perfectamente que tanto si esto se lleva a cabo en nuestro país como en la India, o en cualquier otra parte del mundo, sólo unos cuantos responderán.

—«Muchos son los llamados y pocos los elegidos» —murmuró el doctor Barton.

—Exactamente —exclamó MacArd—. Pero esos pocos son los que cuentan. Ellos son los hombres que cambian el mundo.

David levantó violentamente la cabeza, pero su padre no le miraba en aquel momento.

Una semana más tarde, MacArd se encontraba en la terraza de la casa de la señora Dessard que daba sobre el río. Sentíase muy satisfecho de la imaginación de su hijo.

El lugar era hermoso de veras y la casa parecía sólida. Le gustaba que hubiera una gran mansión en el centro de la fundación que iba a erigir en memoria de Leila. Alrededor podían levantarse algunos nuevos edificios, pero el centro sería aquella casa y sus espaciosas habitaciones.

Se volvió hacia Olivia Dessard.

—Le compro la casa —dijo bruscamente— a condición de que su madre me venda también algunos de los muebles más grandes. En la venta han de ir incluidos los muebles. Mis abogados visitarán a su madre aquí o en la ciudad, como ella quiera. Y a propósito del apellido Dessard..., me parece conocido, y, sin embargo, no recuerdo nada de él. ¿A qué negocios se dedicaba su padre?

Olivia miró fijamente los profundos ojos grises que brillaban bajo las cejas, entre grises y rojas.

—Era propietario de tierras en el Oeste, señor MacArd. De muchas tierras, y se dedicaba a la cría de ganado vacuno. Pero se arruinó cuando el ferrocarril de que dependía para el envío del ganado aumentó sus tarifas de tal modo que ya no pudo embarcar más.

MacArd recordó de pronto. Un pequeño ferrocarril, que terminaba en Chicago, servía a una amplia zona de Wyoming, en el oeste de las Rocosas. Se trataba de uno de los pequeños ferrocarriles que él había absorbido en su gran sistema central. La absorción fue lograda bajando las tarifas ferroviarias hasta que la competencia no pudo resistir más. De este modo pudo comprar por un precio irrisorio el pequeño ferrocarril. Dessard no había tenido relación directa con él, pero su nombre fue mencionado entonces. Dessard era uno de los propietarios que había luchado contra su fuerte compañía hasta que perdió. MacArd se preguntó si aquella joven tan esbelta, vestida con una blusa blanca y una falda negra, conocería la historia. Si la sabía, no dio la menor prueba de ello, y él, por su parte, no quería decirle nada que pudiera refrescarle la memoria. El destino le había conducido a la casa de Dessard, o bien la mano de Dios, si uno quería llamarlo así. Pero aquello era algo más que una mera coincidencia. MacArd resolvió mostrarse generoso con la viuda de Dessard y con la hija, y lo haría, no porque tuviera la menor obligación, pues había ganado la partida con toda honradez, sino simplemente porque le gustaba mostrarse generoso cuando podía.

—Creo que su madre habló de un té —dijo de pronto.

—Sí, haga el favor. En el salón —repuso Olivia.

La joven señaló el camino, y al entrar encontraron a la señora Dessard y al doctor Barton ya sentados y esperándolos. MacArd observó que la muchacha se apresuraba a dejarlos, y pocos segundos después la vio paseando por la terraza en compañía de David. Por lo visto, se entendían muy bien. Durante un instante pensó en el posible significado de aquello, pero decidió apartarlo de su pensamiento. Había ido allí a establecer un convenio y nada más.

—Con su permiso, señora —dijo a la señora Dessard—. Querría fijar una

entrevista entre usted y mis abogados.

—Muy bien, señor MacArd.

Las mejillas ligeramente hundidas de la señora Dessard estaban muy encendidas, pero su mano temblaba cuando alargó una taza de té al señor MacArd.

MacArd había aceptado la invitación de la señora Dessard para tomar el té en el salón. Sin embargo, no podía apartar de su imaginación que mientras él, Barton y la señora Dessard permanecían sentados ante el frágil servicio de porcelana, David estaba paseándose en compañía de la muchacha. Escuchó distraídamente la conversación de la señora Dessard y las ceremoniosas respuestas de Barton, y esperó.

—¿Me quiere usted enseñar el camino que conduce al río? —preguntó David.

El joven se sentía confundido ante el placer que experimentaba al encontrarse de nuevo sólo con Olivia.

—Es fácil de encontrar —repuso la joven distraídamente, empezando a guiarle.

Se echaba de ver que Olivia estaba acostumbrada a andar por aquel camino, y guió a David con seguridad, aceptando su mano cuando él la ayudaba a subir a una roca. Era mucho más hermosa de lo que él recordaba. Pero no bella, según decidió, al menos en el sentido corriente de esta palabra. La severidad de su blanca blusa camisera y de su falda negra, así como de la corta chaqueta que solo le llegaba al talle, hacía juego con su negro cabello y su blanca piel. El joven sintió unos inexplicables deseos de conocerla mejor, y se dijo que le era muy fácil hablar con ella, pues se mostraba franca y no era nada tímida. David había conocido a muchas jóvenes, muchachas con las que se encontraba en fiestas de cumpleaños cuando era niño y más tarde en bailes y cotillones de Navidad y en fiestas escolares, alegres muchachas vestidas con trajes vaporosos y con las que él se mostraba cauteloso, pues era hijo de su padre. Su madre se reía a menudo de aquella cautela, fingiendo enfadarse con su hijo por no haberle presentado aún a la deliciosa nuera que deseaba. La señora MacArd imaginaba a la futura esposa de David como un ser a la vez fantástico y real, y esto era así desde que su hijo había dejado de llevar pantalones, cortos. Quizá si su madre se hubiese mostrado menos burlona, David hubiera descubierto antes a una muchacha a quien entregar su corazón.

David no estaba muy seguro de que Olivia le atrajera tanto como le interesaba. Olivia era una muchacha de un carácter grave y firme, o, por lo menos, así se lo imaginaba él. Creía que si ella daba su palabra, la mantendría por encima de todo, aunque luego no fuera feliz. Aquel día le había sonreído unas cuantas veces y cuando él dijo algo gracioso Olivia dejó escapar una rápida carcajada, interrumpida inmediatamente como si le hubiera sorprendido a ella misma. Los dos jóvenes se sentaron en un tronco de árbol y David habló de la India y de Darya, escuchándole Olivia con una mirada tan abstraída que David acabó por no saber si la joven sentía algún interés por lo que le estaba contando.

—¡Qué cosa más curiosa! Fue la India la que inspiró a mi padre todos estos

proyectos.

—Realmente es extraño. Mi abuelo paterno estuvo una vez en la India.

En aquel instante David oyó la voz de su padre, y al alzar la cabeza vio la alta y gris figura que le llamaba desde lo alto del acantilado.

—¡David! Estoy listo para marchar.

—Voy —contestó el joven, y volviéndose a Olivia, añadió—: Tengo que marcharme, cómo ve usted. Pero... ¿puedo volver solo? Entonces podré quedarme aquí todo el tiempo que usted me lo permita.

—Vuelva usted —repuso Olivia.

Los ojos de la joven estaban fijos en el rostro de David, unos ojos negros, de mirada intensa, velados por la duda, interrogantes.

David sonrió, pero la mirada de Olivia no se alteró en absoluto.

IV

David no vio a Olivia durante muchas semanas, en parte por la extraña cobardía que se apoderaba de él cuando recordaba la última mirada que ella le había dirigido, y, en parte, porque no deseaba estar presente o cerca mientras su padre tomaba posesión de la casa.

MacArd había procedido con su acostumbrada resolución y rapidez, y una vez que sus abogados concertaron el precio de la venta, lo pagó en el acto. Entonces encargó a los arquitectos que proyectasen tres nuevos edificios y las reformas que fueran necesarias en la mansión comprada. En primer lugar, debía construirse en el primer piso de ésta un departamento para el director, Barton, según se suponía, ya que era obvio que deseaba el puesto. También era obvio que se mostraría obediente a todos los deseos del multimillonario. MacArd ordenó a los arquitectos que procurasen seguir su gusto, y pidió a Barton que buscara cierto número de hombres para que formaran el consejo directivo, del que él, MacArd, sería el presidente. Convinieron en que la escuela se abriría el otoño del año siguiente, con una instalación de servicios muy completa y una nómina imponente, y designó a empleados de sus oficinas para que llevaran adelante sus planes, pues desconfiaba de la habilidad práctica de Barton.

—Encárguese de buscar los hombres mejores para la facultad —le dijo—. Yo no sé nada de tales menesteres. Págueles lo que sea necesario por que dejen sus presentes empleos.

—Teología histórica —murmuró el doctor Barton—; hebreo y griego; teología sistemática; lenguas clásicas; historia de la Iglesia, exégesis.

—Sí, sí —repuso MacArd—. Todo eso es asunto de usted. Lo que yo quiero es cierta clase de hombres. Hombres con espíritu de pioneros.

—Tendremos que acércanos a los colegios y universidades para hacernos con sus graduados —dijo Barton solemnemente.

—Naturalmente, naturalmente —asintió MacArd con acento impaciente—. Yo me limito a decir lo que deseo. Si hay alguna dificultad en el dinero, podemos instaurar un sistema de becas, aunque no veo por qué no podemos lograr que otros contribuyan también al sostenimiento de las becas.

—O a las cátedras de teología —añadid el doctor Barton deseoso de mostrarse práctico.

MacArd hizo gestos de asentimiento y tabaleó sobre la mesa. La entrevista se ventilaba en su oficina, y aunque decidido a llevar adelante sus planes sin la menor dilación, estaba ansioso porque se marchara Barton.

Se sentía dominado por una ansiedad que no podía explicar a un hombre tan sencillo como Barton, que no entendía nada en absoluto de negocios. Aquel año, la producción de oro en los Estados Unidos sería evidentemente la más baja en muchos años. Las cifras que poseía sobre la cuestión le habían llegado de Washington aquella

misma mañana y señalaban un increíble descenso en la producción del precioso metal, En aquel momento del soberbio crecimiento del país, cuando todo lo demás se desarrollaba a enorme velocidad, cuando comenzaban a poblarse las nuevas tierras del Oeste, cuando de los pozos de petróleo surgían fuentes de eterna riqueza, cuando las manufacturas iban en aumento y el número total de millas de sus ferrocarriles era tres veces mayor que un cuarto de siglo antes, cuando el número de habitantes aumentaba y aumentaba sin cesar, sólo la producción de oro se mostraba remisa, muy por debajo de la demanda. El oro no podía ser extraído de las minas con la suficiente rapidez para cubrir las necesidades de una moneda básica. MacArd venía meditando hacía tiempo en la posibilidad de extraer oro de minerales de poca calidad. Sólo un milagro podía salvar la prosperidad del país, y él vio el milagro como un espejismo en el desierto, la gloria de una nueva era, una era en la que el charlatán William Jennings Bryan sería derrotado y en la que todas las absurdas ideas socialistas de los populistas, Greenbacks^[2] y del Silver Party^[3] se desinflarían por obra y gracia de la abundancia de oro y en la que los iracundos campesinos, prestos a engrosar las filas del melenudo Bryan, serían aplacados. Un fuerte gobierno basado en el patrón oro sería la base de una expansión en los negocios como aún no había conocido el país.

—Ahora, Barton —dijo firmemente MacArd—, tengo que pedirle que vaya usted a sus asuntos, pues yo tengo los míos. Debo hacer el dinero para ustedes, ¿comprende?

—Esté seguro de que he acometido esta tarea como un sagrado deber —contestó el pastor.

Éste no había vuelto aún la espalda cuando MacArd estaba ya hablando por el teléfono de su oficina, a la vez que golpeaba nerviosamente sobre la mesa con su mano abierta.

—Llame a los abogados y dígales que vengan ahora mismo.

Pasaron días, MacArd permanecía sumido en una tarea que no explicaba a su hijo ni éste intentaba comprender, y de esta forma fue avanzando el año. No tuvieron fiestas ni bailes, pues MacArd; había decretado un año entero de luto. David permaneció todo el tiempo ocioso. Sin embargo, no se sentía descontento ni insatisfecho. Había terminado el período del colegio, que le impidió vivir en su casa durante ocho años, y aunque seguía echando de menos a su madre, experimentaba una agradable sensación de libertad en la vasta y tranquila casa de la Quinta Avenida. A finales de otoño recibió una carta de Darya, y David respondió al joven hindú pidiéndole que le hiciera una visita. Aquel mismo día expuso la idea a su padre, el cual, aunque absorto y abstraído, la autorizó.

—Ya supongo que te sientes solo —dijo de pronto a David.

La mañana era gris, pues noviembre se aproximaba ya, y la casa tenía una apariencia sombría. Aquel joven que vivía solo día tras día tenía por fuerza que encontrar la casa triste, a pesar de su lujo y su caldeado ambiente.

—No me siento solo —repuso David con su acostumbrado buen humor—. Pero me gustaría conocer mejor a Darya.

—Bien, pues que venga —contestó MacArd antes de volver a sumirse en su abstracción.

Sabía que era inútil intentar explicar el laberinto de sus pensamientos. Se encontraba en un período de creación durante el cual le era imposible explicar nada a nadie. Observaba las estadísticas de la producción de oro, confeccionadas semanalmente para que él las pudiera examinar, pero se progresaba muy lentamente. La maquinaria necesaria para aumentar la producción tenía aún que ser diseñada y, por lo tanto, construida. Ya se habían producido dilaciones y errores. Empezaba a temer que transcurrirían lo menos cinco años antes de que pudiera disponerse del suficiente oro para mantener la firmeza del país. Mientras tanto, el Tesoro Nacional era desvalijado por cualquiera que podía producir un dólar de plata y obtener su equivalencia en oro. El oro así obtenido no iba a parar a los Bancos, sino que era escondido debajo de un colchón, en un escondrijo de una chimenea o bien metido en viejos calcetines. El oro desaparecía rápidamente de la circulación, y si esto continuaba, sería inevitable un nuevo pánico. Nada podía evitarlo. Incluso podría llegar a afectar el prestigio de la nación en el exterior. MacArd se apartó de la mesa del desayuno, donde había estado elaborando todos aquellos pensamientos.

—Sí, sí —murmuró—. Invita a ese individuo. Dile que puede permanecer aquí todo el invierno si lo desea. Podéis hacer un viaje a cualquier parte. Yo no podré salir de aquí en mucho tiempo.

—Me gustaría poderte ayudar —dijo David, intranquilo por la palidez del rostro de su pare.

—Nadie puede ayudarme, David.

—No se trata de dinero, ¿verdad, papá? —preguntó David.

—Por lo menos no del mío —respondió MacArd—. Pero la nación camina hacia la bancarrota, a menos que la substracción de oro pueda ser contenida. El melenudo Bryan puede llegar a ser presidente cualquiera de estos días si no andamos con cuidado.

David se encontraba en el caso de todos los jóvenes recién graduados en segunda enseñanza. No comprendía ni los negocios ni la economía ni la política. Si tenía que continuar las tareas de su padre había de hacer por comprender aquellas materias, aunque no estaba muy seguro de que le gustase trabajar al lado de su padre. Anhelaba otra vida, un mundo distinto donde el pensamiento y el espíritu fueran más importantes que el afán de hacer dinero y de dirigir la política. ¿Por qué era su padre tan opuesto a William Bryan? Quizás éste pudiera ser un buen presidente. Pero el joven no deseaba aún enfrentarse con la vida que tenía ante sí, una vida confusa, llena de incógnitas, de cambiantes facetas.

—Concédeme un año, papá —dijo acompañando sus palabras con su juvenil sonrisa—. Un año, y luego intentaré comprender todas esas cosas y serte de alguna

utilidad.

—Tómate todo el tiempo que quieras —gruñó MacArd. En un año no se habría resuelto nada. MacArd se limpió su gris bigote con la servilleta y se marchó a su despacho.

Darya pensó, mientras doblaba la cordial carta de David, que era una verdadera lástima dejar Poona cuando el tiempo era mejor y más fresco. Pocos meses después, en febrero o marzo, el seco calor sería sofocante, y entonces sí que resultaría agradable tomar el barco en Bombay, cruzar el mar Rojo y el Mediterráneo y atravesar toda Europa e Inglaterra para llegar a Norteamérica en junio. Conocía bien Inglaterra, pero jamás había estado en los Estados Unidos. Su padre era uno de los hindúes que admiraban a Inglaterra y había educado a sus hijos para que parecieran medio ingleses. Darya hablaba inglés tan correctamente como su lengua materna, el *márata*, y se había graduado en Cambridge con todos los honores. Para que sus hijos pudieran sentirse a gusto en Inglaterra el padre había edificado una casa inglesa dentro de sus posesiones de Poona y contratado un preceptor inglés, un hombre procedente de Cambridge, para que viviera en compañía de sus hijos. Durante toda su niñez Darya se había visto obligado a comer chuletas de cordero, *rosbif* y budín del Yorkshire, col hervida con patatas y dulces como postre. Su padre creía que todo esto le prepararía adecuadamente para vivir entre los ingleses cuando estuviera en Cambridge. Sólo los domingos Darya y sus hermanos más jóvenes se reunían con la familia en la gran mansión hindú para comer los deliciosos platos hindúes condimentados con especias.

Los años de Inglaterra habían transcurrido para el muchacho tranquila y rápidamente. Le gustaba la vida inglesa, aunque a menudo se sentía confuso al comprobar la enorme diferencia existente entre la gente inglesa que vivía en Inglaterra y la que habitaba en la India. En Inglaterra eran amables y no mostraban el menor aire de superioridad. Pero cuando se trasladaban a la India como gobernantes, cambiaban de un modo radical, tornándose arrogantes y orgullosos. Incluso los euroasiáticos, que eran sólo medio blancos, adquirían ese aire de superioridad. Su padre solía decir que un día terminaría todo, pero nadie sabía aún cómo acabarlo.

Darya se había sentido atraído hacia David MacArd en Londres, y era natural que se trataran de igual a igual. Pero el hindú dudó mucho antes de entrevistarse con él en la India. Sin embargo, David se había mostrado con él amable, desprovisto de afectación y diferente por completo de todos los blancos que había conocido hasta entonces. El hindú sentía una gran curiosidad por encontrarse con el norteamericano en el propio país de éste. La singular atracción que sentía hacia él le empujaba hacia el oeste, pese a que no tenía el menor motivo para ir allí. Amaba a su pequeña esposa hindú, pero el matrimonio había sido acordado por sus padres, y no esperaba encontrar en ella el menor compañerismo moral o espiritual. Era difícil hallar tales

cualidades en nadie. Además, Darya se sentía repelido por los jóvenes hindúes que se habían tornado anglófilos, y también por la debilidad de los que jamás habían cruzado las «aguas negras» camino de Inglaterra. Encontrándose en aquella singular soledad dio con el joven norteamericano y desde el primer momento le consideró como un amigo y como un hermano.

Al llegar el mes de mayo, pues era contrario a sus instintos mostrar la menor prisa no obstante sentirse acuciado por un gran deseo de partir, Darya salió de la India y muchas semanas más tarde su barco atracaba en el puerto de Nueva York. Era su primera visita, pero había oído hablar mucho de la fabulosa y nueva ciudad que elevaba sus edificios hasta el cielo teniendo como base una isla. El joven hindú permaneció en cubierta entre los demás pasajeros, sin importarle las curiosas miradas que le dirigían éstos, y contempló los edificios que se recortaban contra el cielo, sintiéndose maravillado ante las manos que los habían levantado y anclado allí, a prueba de tempestades y terremotos. El presentimiento del futuro poder de aquella tierra de hombres blancos estremeció su corazón. No existía nada que pudiera contener a aquellos hombres, y Darya se preguntó de nuevo, como tan a menudo lo había hecho, qué inquieto espíritu animaba a los hombres blancos del oeste y los impulsaba hacia las grandes distancias, hacia las enormes riquezas, hacia el grandioso poder que un día los llevaría a conquistar el mundo. Cuando el barco se aproximaba al muelle, el hindú casi se arrepintió de haber ido, pues se le ocurrió pensar que tal vez David no fuera en su patria el modesto y amable joven que él recordaba.

Pero sus temores fueron pronto desechados y olvidados. Cuando descendió por la pasarela vestido con su mejor traje y abrigo, ambos de procedencia londinense, y llevando un bastón con puño de oro en la mano, oyó la voz de David.

—¡Darya! ¡Qué contento estoy de que hayas venido!

Era el mismo David de siempre. Se lo dijo su rápido instinto de hindú mientras se estrechaban las manos. Los dos jóvenes se contemplaron con verdadera alegría, sin reparar en las miradas que les dirigía la gente.

—Vamos, el automóvil está esperando —dijo David con acento apresurado, arrastrando a su amigo hacia el coche.

—Espera —exclamó Darya—. ¿Y mi equipaje?

—Ya cuidarán de él —repuso David.

Hablaba a gritos, impulsado por la excitación que le dominaba. Soplaban un suave viento y lucía un brillante sol, y esto hacía que David se sintiera, orgulloso de la ciudad que centelleaba bajo el luminoso cielo.

—Vamos —dijo—. Nos está esperando el almuerzo en casa y estaremos solos. ¡Ah! ¡Qué contento estoy de que hayas venido, Darya!

Darya no había sido recibido jamás de aquella forma por un hombre blanco, y su corazón se estremeció de afecto y cordialidad. Era un país maravilloso aquel en que los hombres blancos podían ser de aquel modo, y donde le daban prisa para ir a una casa perteneciente a un hombre blanco.

—No puedo decirte lo feliz que me siento —balbuceó el hindú.

David rió, y al volverse para mirar a su amigo sorprendió un brillo de lágrimas en los oscuros ojos de Darya.

—¿Cómo, querido amigo? —exclamó—. ¿Qué te ocurre?

—Nada —contestó Darya—. Temí que tú hubieras cambiado.

—¿Yo cambiar? —preguntó asombrado David—. ¿Por qué iba a cambiar?

—No lo sé —contestó Darya.

Pero sí lo sabía. Había visto a demasiados blancos cambiar cuando se encontraban con un hindú.

—Amigo mío —dijo Darya—, debes casarte.

Llevaba viviendo en la lujosa casa norteamericana tres semanas, había recorrido la ciudad, había visitado las tiendas y comprado regalos para su madre, su joven esposa y sus dos hijos, sus tres hermanas, sus tías y primos, su padre, sus tíos y sus sobrinos. Había acudido en compañía de David a los teatros, había oído la nueva música y los domingos había asistido con David y su padre a la iglesia, escuchando perplejo al doctor Barton, a quien no entendió.

David sonrió, ruborizándose débilmente.

—¿Qué te hace decir tal cosa?

Los dos jóvenes habían llegado a un punto de intimidad en que todo podía ser dicho.

—Esta enorme casa —contestó Darya moviendo su morena mano con elegante ademán, para indicar las vacías habitaciones— y tu padre, que sólo te tiene a ti. Es mucho mejor tener varios hijos. Yo me alegro de tener ya dos.

—Yo sigo viendo a mi madre dentro de esta casa —repuso David—. Me resultaría muy duro que otra ocupara su lugar.

Darya pareció horrorizado.

—Seguramente tú no quieres que nadie ocupe el puesto de tu madre. Lo que tú necesitas es una esposa.

—Sí, y me gustaría encontrar una esposa que fuera en todo parecida a mi madre —repuso David.

Darya sacudió la cabeza.

—No, no. La esposa de un hombre y su madre tienen que ser personas totalmente diferentes. Lo contrario es como un incesto en el terreno ideal.

David era lo bastante inocente aún y pareció confundido.

—Pues yo diría que elegir la esposa parecida a la madre de uno es un tributo a su memoria.

—Nada de eso —insistió Darya—. Todas las madres de la India elegirían para su hijo una esposa muy diferente de ellas. De igual casta, eso sí, pero el parecido no pasaría de ahí.

David no contestó. Acababa de acudir a su imaginación el recuerdo de Olivia, a la que no había vuelto a ver. Debido a una curiosa y quizás innecesaria delicadeza, no había querido continuar la reciente amistad mientras su padre compraba la casa. Sin embargo, no había olvidado a la joven, como tuvo ocasión de comprobar.

—Las relaciones entre madre e hijo no se parecen en nada a las de marido y mujer —afirmó Darya con autoridad.

Se encontraban en el salón de David, a última hora de la tarde de un día muy atareado. Habían pasado la mañana, de acuerdo con el deseo de Darya, en los museos de arte. Más tarde almorzaron en Delmonico's y después asistieron a una función de tarde. Ahora estaban fumando cigarrillos, un nuevo placer para Darya, y permanecían ociosos antes de vestirse para la cena. Darya era muy minucioso al vestirse para la noche, puesto que tenían que presentarse ante el padre de David, a quien admiraba y temía al mismo tiempo.

—Un hombre se torna un ser completamente nuevo cuando contrae matrimonio —continuó el hindú—. Además, una verdadera mujer no desea nunca ocupar el puesto de la madre de su marido. Si es empujada hacia esta posición tan poco natural, se resentirá de ello y despreciará al hombre. Conserva a tu madre en la memoria, amigo mío, y abre tus ojos. Ya es tiempo. No está bien que un hombre viva célibe cuando es joven. Después sí, cuando cree que ha llegado a ser un *sanáhu*, un santo, si es que consigue llegar a serlo.

El melodioso río de palabras se iba desgranando en el sensible oído de David. Si Darya tenía un defecto, era aquel dorado río de su charla, el flujo de sus palabras provocadas por su inquieto y activo espíritu, un espíritu penetrante. David debía reconocerlo así: un inquisitivo y chispeante espíritu que analizaba cada persona, cada objeto y cada escena que aparecían ante él. Pero aquel día había refunfuñado en un tono humorista a la par que serio.

—Darya, me parece que eres tú el que me estás enseñando Nueva York en lugar de yo a ti —dijo David.

Como complemento de cada experiencia, se había producido el incesante cortejo de los comentarios de Darya, de su presentación de los problemas, de sus críticas, de su humor, de su instantánea comprensión de las cosas. El hindú poseía una inteligencia demasiado aguda para sentirse tranquilo y, no obstante, siempre parecía encontrarse en paz consigo mismo. En aquellas tres semanas de convivencia con Darya, David no había logrado comprender al joven hindú, pero, en cambio, pudo darse perfecta cuenta de que se trataba del hombre más complejo que había conocido, una persona a la que quizá nunca pudiera comprender del todo.

David se decidió a dar un atrevido paso.

—Me aconsejas el casamiento, y, sin embargo, no me has presentado a tu esposa.

Darya abrió sus inmensos y oscuros ojos, unos ojos bellos, protegidos por espesas y rizadas pestañas.

—¡No veo la relación! —exclamó.

—Para el espíritu occidental hay mucha relación entre ambas cosas.

—Pues para el oriental no existe ninguna —declaró Darya con dignidad—. Mi esposa es tímida como lo son aún muchas mujeres hindúes y se hubiera sentido consternada si la hubiera sacado de sus habitaciones para presentártela a ti, y aún se hubiese mostrado más confusa si yo te hubiese llevado ante ella. Por el momento, no hemos aceptado esa costumbre.

David entrevió por primera vez la barrera que se alzaba entre ellos.

—Siento haberte ofendido, Darya.

—Nada de eso —contestó el hindú—. Es difícil para los extraños comprender las relaciones entre hombres y mujeres en nuestro país. Sin embargo, son muy profundas. Nuestra sociedad está basada en las puras relaciones conyugales entre Rama y Sita. El matrimonio es elevado a un plano ideal gracias a ellos y, por lo tanto, es un deber religioso.

—Y tú eres muy hindú, ¿no es cierto, mi querido Darya?

Darya dudó entre la dignidad y la capitulación, y eligió lo último. El joven sonrió, con suave y deliciosa sonrisa.

—Dime —dijo con voz apremiante—. De acuerdo con tus abominables costumbres occidentales, ¿no hay una mujer en tus sueños?

Era imposible mentir a Darya. Éste percibiría siempre la más ligera desviación que se produjera entre el pensamiento y la palabra.

—En mis sueños, no, Darya —contestó David—. Pero le falta poco.

Y entonces habló a Darya de Olivia y le explicó las razones de por qué no había ido a visitarla.

—Pero desde el principio —concluyó— he sabido que volvería a ella.

—Entonces, ¿por qué no lo haces ahora? —preguntó Darya—. Llévame contigo. Apoyado en las ventajas de vuestras costumbres occidentales, podré juzgar por mí mismo y ver si es digna de ti.

El hindú no habló de la fundación en memoria de la madre de David, ni éste percibió la indiferencia con que la idea fue acogida por su amigo. Le hubiera gustado poderse reír de la sugestión de Darya. Pero al joven hindú no era fácil darle de lado, como sabía muy bien. Darya actuaba siempre con amable insistencia, con afectuosa terquedad. Además, la visita podía resultar agradable. Vería a Olivia a través de otros ojos y sabría a través de los suyos propios si la presencia de la joven en la orilla de sus sueños era algo más que fantasía.

—Queda decidido —dijo David.

Había dado a su voz una inflexión alegre, pero Darya no respondió a ella. En lugar de hacerlo, su rostro se tornó grave y sus ojos centellearon peligrosamente.

—¿Cuál es la idea que guía a tu padre en relación con mi país? —preguntó de súbito.

Sus ojos se encontraron, y David necesitó de toda su fuerza de voluntad para no desviar los suyos. No salía de su asombro al ver que Darya se mostraba enfadado.

—Pediré a mi padre que te lo explique —repuso mirando con expresión tranquila a Darya—. Temo ser muy torpe y no poderlo hacer con exactitud.

Darya se puso en pie.

—Es hora de vestirse. Por lo tanto, esperaré.

Los dos amigos se separaron, y David esperó a que terminaran la cena y el café fuera servido, como de costumbre, en la biblioteca, para, armándose de valor, dirigirse a su padre.

—Darya me ha pedido que le presente a la señorita Dessard, papá, y yo se lo he prometido. Pero primero desea saber algo sobre la fundación. Creo que mi padre te dirá algo, Darya, y así tú podrás formarte una idea de cómo la ha concebido.

MacArd dejó su taza.

—La fundación en memoria de mi querida esposa será una escuela de cristianismo aplicado. Esto es, preparará jóvenes para que sean cristianos en el más amplio y práctico sentido de la palabra. Irán por todo el mundo. Tomemos, por ejemplo, el país de usted. Existe allí una falta de dinamismo, de energía, de propósito. Su pueblo es perezoso, poco diligente, y dejan que las circunstancias les dominen y aplasten. Una verdadera religión, una fe vital en el verdadero Dios, les inspirará para mejorarse á sí mismos.

Darya escuchó al señor MacArd con sus ojos brillantes de nuevo.

—¿Hay más verdad en su Dios que en los nuestros? —preguntó con peligrosa tranquilidad.

MacArd dirigió al joven una intensa mirada.

—Sus templos están abarrotados de basura supersticiosa —dijo a boca de jarro— y su pueblo tiene el espíritu alterado por las leyendas de la historia antigua. La atmósfera limpia, un barrido de todo esto, proporcionará a ustedes una nueva fuerza. Yo creo que nuestra propia prosperidad demuestra la validez de nuestra religión. Dios ha estado con nosotros.

—Le concedo a usted el derecho de creer en su religión —repuso Darya con la misma intensa tranquilidad de antes—. Yo he pensado a veces que también me gustaría ser cristiano, si pudiera serlo sin abandonar mi propia religión.

—Esto sería imposible —replicó MacArd vivamente—. Cuando un hombre se convierte en cristiano debe abandonar a todos los dioses y creer sólo en el único.

—¿Excluye usted la mayor parte del mundo? —preguntó Darya.

—Nada de eso —respondió MacArd—. Cualquier hombre puede convertirse y aceptar la fe cristiana.

—Me recuerda usted a cierto millonario norteamericano, señor MacArd, cuyo nombre no digo porque usted le conoce bien. Este millonario dice que no cree en la competición, sino en la cooperación, y, sin embargo, absorbe en su negocio los medios de vida de otros hombres especialmente los de empresas más pequeñas que las suyas. Estos hombres cooperan pasando a ser de su propiedad, y creo que a esto se le llama de un modo extraño: «trust».

MacArd se sintió aludido.

—Le aseguro a usted que no me guía otro propósito que favorecer a su pueblo. Veo a mi propio país rico y próspero, con la gente bien alimentada y feliz. Veo a su país pobre y con la gente hambrienta, y he buscado razones que explicaran esa diferencia.

—¿No puede ser la razón que su país es libre y el mío no? —sugirió Darya mientras sus ojos parecían despedir chispas.

—A pesar de los beneficios del Imperio —dijo MacArd sin comprender—, su pueblo continúa viviendo en un estado de miseria. Por lo tanto, se le debe enseñar a que se ayude a sí mismo. Necesita una nueva fe, una inspirada e inspiradora religión, que yo no encontré en ninguna parte, joven, aunque visité muchos templos.

Las últimas palabras fueron dichas con gran firmeza y David se alarmó.

Darya se puso en pie.

Era un invitado demasiado cortés para discutir con su anfitrión.

—Tendré mucho gusto en ver la mansión —dijo—. Y ahora, ¿me excusará usted, señor, si digo que tengo que escribir algunas cartas? David ha hecho que pasara unos días tan agradables que no he tenido todavía tiempo de escribir a mis hermanos.

El joven hizo una inclinación a MacArd, sonrió a David y salió de la estancia con suave elegancia, cerrando la puerta tras él.

David guardó silencio, y MacArd se sirvió otra taza de café.

—Un joven bien educado, sin embargo, es un pagano —dijo con acento seco MacArd.

David no respondió a su padre. En lugar de ello, murmuró:

—Nunca te había oído decir las cosas que has dicho hoy, papá. No sabía que pudieras hacerlo.

—Ni yo —replicó el padre.

Se bebió el café, dejó la taza y miró a su hijo con expresión irónica, en la que había también un asomo de disculpa.

—No sé lo que ha pasado por mí. No soy teólogo. Pero sospecho que ese joven hindú, tan afectado y lleno de riquezas, cuando yo conozco las condiciones en que vive su pueblo, ha despertado al norteamericano que hay en mí y los recuerdos de la religión de mi padre. Sé que la religión me evitó una serie de males cuando fui adulto.

Se inclinó hacia delante apoyando los codos en sus rodillas, y su voz se apaciguó.

—Hijo, ¿sabes tú si tu madre creía realmente? Hay muchas cosas que yo nunca le pregunté. Siempre pensé que ya tendríamos tiempo de sobra para hablar cuando fuéramos viejos.

Una expresión de humildad apareció en su fuerte rostro. Se sentía turbado e intentó sonreír, pero sintió sus labios demasiado tirantes. Durante un momento esperó con sus gruesos y rojizos párpados medio caídos sobre sus tristes ojos grises.

—Yo tampoco se lo pregunté nunca, papá —repuso David.

No resultaba agradable ver temblar a su padre, que parecía poseído por una inexplicable ansiedad. Luego, fijándose en sus sombreados ojos, sintió lástima de él. Estaba haciéndose viejo en la mayor soledad, y la piedad iluminó su comprensión. El joven tuvo una momentánea visión de lo que era para un hombre perder una mujer como su madre cuando el amor continuaba todavía vivo entre ellos. Procuró dominar aquel sentimiento de piedad y dijo:

—Yo sé que ella creía en todo. En la inmortalidad del alma, por ejemplo.

—¿Lo crees así? —exclamó su padre—. Bien, eso alivia mis preocupaciones. He estado preocupándome por muchas cosas, pensando en que invertí mucho dinero en la fundación cuando quizás ella...

David no respondió y ambos permanecieron silenciosos, sin saber qué decir, pues MacArd no quería enfrentarse con la posibilidad de que su hijo estuviera de acuerdo con el hindú. Cuando habló dijo suavemente:

—Me gustaría que vayas allí para ver cómo marchan las cosas. Yo estoy ocupado.

—Desearía poder serte de más utilidad, papá —repuso David.

—Nadie puede ayudarme —replicó MacArd—. Se trata de un asunto que atañe a todo el país. A menos que alguien con sentido común ponga remedio, vamos de cabeza a la ruina total. Uno de estos días, nuestros acreedores de Europa, e incluso de Asia, empezarán a gritar e insistirán en ser pagados en oro, pero no tenemos bastante oro en el Tesoro Nacional para hacer frente a nuestros débitos. Tal es la escueta y llana realidad. Si los *silverites* ganan la batalla y adoptamos el bimetalismo, estamos perdidos. Si por lo menos pudiéramos encontrar un químico capaz de sacar oro de los minerales de poca calidad.

David escuchaba sin comprender. Le daba vergüenza confesar a su padre que con todos sus años de estudio desconocía el significado de la palabra bimetalismo. Había sido un alumno aventajado en la clase de griego y obtenida premios en literatura inglesa y filosofía, pero no tenía la menor noción de cuál era la amenaza anunciada por las palabras de su padre, aun cuando parecía que iba a significar mucho en su propia vida. Y sentía deseos de saber. La vida era bella y agradable tal como se presentaba, aunque estuviera teñida de tristeza por la muerte de su madre. La belleza debía contener también su parte de tristeza, así lo habían demostrado Shelley, Keats y Browning.

—Si puedo servirte de algo, papá, deberías ponerme en antecedentes. —El joven titubeó un momento—. Supongo que debo irme escalera arriba.

—Buenas noches —se limitó a responder MacArd, levantando la cabeza para observar cómo su hijo abandonaba la habitación. Luego permaneció un largo tiempo sumido en sus pensamientos.

Era el primer día realmente caluroso del verano, y los dos jóvenes dejaron de buena gana el polvoriento tren, pese a que el viaje había sido corto. Darya miró

alrededor con un vivido sentido crítico.

—¡Esas colinas cubiertas de bosques! ¡Esos valles desiertos! —exclamó—. Parece estar uno en plena selva y sólo nos encontramos a una hora de tren de una ciudad enorme. Algún día, David, el resto del mundo pensará que los norteamericanos no tenéis derecho a mantener vacío todo esto. Piensa en lo hacinada que vive la gente en el sitio de donde yo vengo.

—Nosotros no tenemos unas familias tan numerosas como las vuestras —repuso David.

El joven se sentía un tanto disgustado, pues había podido observar que sus relaciones con Darya habían cambiado sutilmente aquella mañana. Darya criticaba todo cuanto veía. Ciertamente lo hacía alegremente. Pero bordaba sus críticas con rápida charla, con símiles y metáforas que enriquecían cada una de sus devastadoras frases. Pero en su interior David sentía que Darya se estaba erigiendo en juez de él. El occidental estaba turbado e irritado a la vez, sobre todo porque Darya no abandonaba ni un solo instante su cortesía de invitado. Sin embargo, él se vanagloriaba de sus afectuosas relaciones.

—¡Ah! —exclamó Darya—. El viejo argumento anglosajón. La razón dada por cada virrey por no proporcionar un beneficio a mi pueblo con el Imperio... ¿De qué sirve dar de comer a un pueblo que no hace otra cosa que aumentar la población? El hambre es inevitable, y ciertamente deseable, según afirman los gobernantes. Eso mantiene al pueblo en la obediencia.

—No puedes negar que la India está superpoblada.

—El argumento demuestra la mayor ignorancia —replicó Darya—. ¿Has observado alguna vez a un árbol moribundo? Cuando el árbol sabe que se le acaba la vida, produce con todo frenesí flores y semillas, una cantidad de ellas más elevada que lo normal. Pues, amigo mío, la ley de la naturaleza, como vosotros la llamáis, o de Karma, como la llamamos nosotros, dándole el mismo significado de destino, es que aunque el individuo muera, la especie no debe morir. Sólo mueren las especies cuando ya no pueden reproducirse. Y nuestra fuerza estriba en que todavía podemos reproducirnos, y por eso no hemos desaparecido de la faz de la tierra. Aún nos enseñan a respetar a nuestros padres, a someter nuestros deseos particulares al bien de la familia, y de no ser por esto ya hubiéramos desaparecido como han desaparecido otros muchos. «Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días sean largos sobre la tierra». Esto es también cristiano, ¿no es verdad?

—Ya sabes que no puedo discutir contigo —repuso David complaciente—. Eres demasiado rápido para mí.

—Pero tú no estás de acuerdo conmigo —afirmó Darya.

—No siempre —admitió David.

—Por lo tanto, nunca quedarás convencido —insistió Darya.

—No, si es contra mi voluntad —replicó David.

—¡Pero tu razón, tu razón! —gritó Darya con pasión—. ¿No hay un modo de

llegar a tu razón, hombre blanco?

Se encontraban en el andén de la pequeña estación de ferrocarril, y ambos jóvenes se habían olvidado del lugar donde se hallaban.

El jefe de estación los miró sorprendido. Eran un blanco y un negro que se peleaban. Lo mejor sería intervenir. Escupió el tabaco que tenía en la boca y masculló:

—¿Se les ofrece algo, caballeros?

David dio un respingo.

—¡Oh, no gracias! Vamos, Darya. Estamos dando un espectáculo.

Volvieron rápidamente la espalda al hombre, que escupió de nuevo y siguió masticando su cigarro mientras murmuraba algo y sacudía la cabeza.

—Iremos a pie —dijo David—. Está sólo a dos millas.

Los dos jóvenes empezaron a remontar el río dispuestos a olvidar la discusión y a gozar del día. David se sorprendió del deseo que sentía de vera Olivia, Había pensado en ella mucho durante la última noche, viendo su moreno rostro, con toda claridad, recortado contra las cortinas de su memoria.

—Este río me hace pensar en nuestro Ganges —dijo Darya con su acostumbrado tono amable—. Mi padre va cada año y nos trae frascos llenos de agua sagrada.

—Eso es lo que no entiendo —contestó David—. Tu padre bien, pero tú no, Darya. Cambridge y el sagrado Ganges, no pueden ir juntos.

Darya se detuvo.

—Mírame —exclamó—. ¿No ves mi frente? Tengo aquí una línea invisible —y el joven se pasó el índice desde el nacimiento de su cabello hasta el arranque de su alta y bella nariz—. Esté lado, el lado izquierdo, el lado del corazón y en el otro, Cambridge, el mundo moderno, la ciencia.

—¿Mantienes los dos lados separados?

—Separados e inviolados.

—No puedo comprenderlo —comenzó David.

—No intentes comprenderlo —murmuró Darya—. Acéptalo simplemente. Algún día, aún lejano, la línea desaparecerá. Pero la ciencia marcha siempre detrás de las intuiciones religiosas, y hasta que llega a explicar los misterios de la fe, la línea permanece inamovible.

—¿Y tú estás contento con eso? —preguntó David.

—Debo estarlo —declaró Darya—, pues no puedo hacer nada para evitarlo. Si yo fuese un hombre de ciencia, me dedicaría a explicar esa línea divisoria. Pero no siento vocación por la ciencia. Soy solamente un hombre que espera.

David no replicó. No había réplica posible, pues, como de costumbre, Darya se lo había dicho todo. El joven se daba cuenta de que hasta aquel momento su espíritu no había hecho nada en el sentido de la creación, limitándose a asimilar lo que le enseñaban y a recibir lo que le daban. No tenía una opinión válida por sí misma y había pensado mucho menos que Darya, aunque eran aproximadamente de la misma

edad, y comenzaba a sentirse incómodo en su presencia. Era tiempo de que terminara la visita. A pesar de su agradable compañía, la presencia de Darya empezaba a representar para David un reproche y un peso. Él no estaba aún en condiciones de poder hablar de las grandes cuestiones de la vida y del universo, ni siquiera del amor. Deseaba vivir cada día tal como se presentaba. Le gustaba seguir siendo como era, un muchacho sencillo y sin sutilezas de ninguna clase. Como norteamericano, desconfiaba de las sutilezas y creía estar empezando a sentir antipatía hacia las mismas, aunque era Darya el que hacía gala de ellas. Quizás hubiera pasado el momento de comprenderse el uno al otro.

Los dos jóvenes anduvieron en silencio mientras el sol se hacía cada vez más ardiente y llegaba a su cénit. Habíanse desayunado tarde y abundantemente, y Darya declaró que no pensaba comer hasta que llegaran, a su casa por la tarde. Afirmaba que la comida norteamericana era muy pesada y que permanecía demasiado tiempo en los intestinos, y algunas veces ayunaba durante un día entero. Ahora andaba más de prisa que David, balanceándose ligera y firmemente y parecía no sentir ni los efectos del calor ni del polvo. De pronto surgió la curva del río y la casa apareció ante ellos en lo alto de la colina.

—Aquí es —dijo David.

Se detuvieron para observar el panorama.

—Un sitio magnífico —exclamó Darya—. ¿Así que esto será la cuna de los maestros que enviaréis a mi país? ¡Muy norteamericano!

David experimentó una súbita reacción.

—Supongo que lo mejor que un pueblo puede dar a otro pueblo son sus hombres escogidos.

—¿Y no habrá reciprocidad? —preguntó Darya—. ¿Aceptaría tu pueblo a nuestros hombres? Si es así, me ofrezco yo mismo. Me quedaré aquí y predicaré, David, la fe de nuestro pueblo. ¿Crees que tu padre me aceptará?

David se volvió hacia su amigo.

—¿Estás bromeando?

—Nada de eso —replicó Darya—. Hablo completamente en serio. ¿No sería una prueba de sentido común que un hindú enseñara a vuestros maestros a comprender a sus futuros discípulos? ¿No sería un bien para ellos que empezaran por comprender al país adonde han de ser enviados? Lo digo en serio, completamente en serio. ¿No sería yo bien recibido?

La flecha había dado en el blanco. Darya conocía a David. El hindú había disparado su pregunta como una jabalina y permanecía inmóvil, con los puños cerrados y el mentón salido. David dio un paso atrás, pero antes de que ninguno de los dos pudiera hablar oyeron una voz de mujer.

—¡David MacArd! ¡Qué sorpresa!

Era Olivia, venía del río, donde había estado bañándose. Su traje de baño estaba mojado, y su largo cabello, chorreando aún agua, pendía sobre su espalda. Como

estaba sola, no se había puesto medias de baño y llevaba sólo sandalias. El sol brillaba en sus húmedos brazos y en su garganta, en sus ojos y en sus pestañas, centelleantes y bellos.

Los dos jóvenes olvidaron su discusión, siendo David el primero en hablar.

—Olivia, le presento a Darya, mi amigo de la India. Darya, te presento a la señorita Dessard.

—Olivia, me permitirá usted que la llame por su nombre propio, ya que David es mi hermano.

Olivia le tendió la mano.

—Me alegro de verle. Mi abuelo me hablaba de la India con frecuencia, pues estuvo en ella una vez. Entren ustedes en casa, por favor.

Echaron a andar juntos, Olivia entre los dos jóvenes, y cuando el sendero se estrechó, entonces ella marchó delante, Darya en medio y David detrás. Era fácil darse cuenta de que Darya se había sentido impresionado por aquella muchacha serena y dueña de, sí misma y que Olivia experimentaba una súbita simpatía por Darya. En la cima de la colina, David se adelantó y la joven quedó de nuevo entre ellos. Darya y Olivia hablaban rápida e ininterrumpidamente, y David pensó que jamás había visto hablar a la joven con tanta vivacidad ni tanto entusiasmo. El joven sintió de pronto unos profundos celos. Darya había conseguido ponerla contenta, mientras que con él se había mostrado siempre tímida y silenciosa. Su corazón se encogió, y el choque hizo que el amor cristalizara en él. De haber previsto que Darya iba a producir aquel efecto en la joven, que reía y hablaba con él como si le conociera de siempre, no le hubiera llevado allí, David seguía andando sin poder despegar los labios, y cuando al fin entraron en la casa, Olivia, con su clara e imperiosa voz, intensamente alegre, dijo:

—Entren en el salón, hagan el favor. Mamá bajará en seguida, pues yo voy a cambiarme. No podemos ofrecerles un té como antes lo hacíamos, pero hay vino y bizcochos sobre la mesa. Hagan el favor de servirse.

Olivia subió la escalera con agilidad. Darya fue el primero en entrar en el salón y sirvió el vino como si se encontrara en su casa, y alargando un vaso a David le puso delante la bandeja de bizcochos.

—Amigo mío —dijo él hindú en voz baja a la par que intensa—, si no te casas con esta muchacha, es que estás loco. No sólo es bella, sino inteligente y de espíritu alegre ¡Te envidio!

David tomó la copa de vino y rompió con la mano libre un bizcocho. Luego alzó sus defensas contra Darya y su magnético encanto.

—Tengo intención de casarme con ella —repuso sorprendido por la frialdad que demostraba al exteriorizar su espectacular decisión.

Aquella noche, cuando llegaron a casa, David seguía dominado por un vago y

confuso estado de ánimo. Apenas despegó los labios cuando Olivia volvió a bajar, y no prestó la menor atención a la ardiente y entusiasta charla de Darya, que se dedicó por completo a la bella muchacha. David habló desmayadamente con la señora Dessard, escuchando las lamentaciones de la dama a propósito de la mudanza y del cuidado de los muebles que se llevaban. Tampoco oyó nada de lo que Darya dijo durante el camino de regreso. El dorado río de entusiásticas palabras siguió fluyendo de los labios de Darya, que continuó dedicado al elogio de la maravillosa muchacha, de su gracia, del orgullo que dejaba transparentar su noble cabeza, de sus largas y delgadas manos, de la fuerza que había en ella, de su incomparable y latente poder.

—Se necesita valor para ser su marido, ¿comprendes? —dijo con voz ardiente—. Pero es una tarea tan incitante... Y tú serás también fuerte, David. Encontrarás en ella un manantial de fuerza que se transmitirá a ti.

—Y bien —exclamó MacArd en la mesa del comedor—, ¿cómo están los edificios?

Los dos jóvenes se miraron sorprendidos; Darya se echó a reír y David se tornó como la grana.

—Nos olvidamos de echarles un vistazo, papá.

—¡Olvidarse de echarles un vistazo! —exclamó MacArd asombrado.

—Sí, estuvimos hablando con...

—Con Olivia —se apresuró a añadir Darya.

—Con la señorita Dessard —murmuró David entre dientes.

MacArd miró a su hijo y frunció sus espesas cejas.

—Bien, bien, bien —masculló.

Como David no daba explicaciones, Darya se apresuró a proteger a su amigo.

—El panorama, señor MacArd, es soberbio, maravilloso, un lugar que inevitablemente llena de infinito el pensamiento de los hombres, un lugar adecuado para pensar en el alma.

—Ésa es mi idea —asintió MacArd—. Me alegro que haya usted comprendido mi idea.

El instinto le dijo a Darya que había llegado el momento de proseguir su viaje por occidente. Tenía curiosidad por ver algunos lugares de los Estados Unidos. Deseaba conocer a los negros del Sur y tenía planeado emprender el viaje de regreso desde California. Los dos amigos no hablaron más sobre Olivia, pues el hindú adivinó que David no quería hablar de ella, pero esta reserva era como una tiniebla tendida entre su amistad.

—Amigo mío, debo regresar a la India —dijo Darya una mañana—. Hace ya semanas que estoy aquí. He olvidado cuántas. El año está pasando y quiero aún hacer muchas cosas. Mi padre me pidió que estuviera de regreso a mediados de otoño, así

que no puedo estar más, aunque he sido muy feliz aquí.

—Puedes volver de nuevo —repuso David.

—Y tú debes venir a la India —contestó Darya. Hubiera deseado añadir: «Quizás en tu viaje de novios», pero no lo hizo. Forzar una confidencia era tan poco remunerador como abrir a la fuerza una flor de loto. El resultado era siempre que no había perfume ni belleza.

David sonrió en silencio y permaneció al lado de Darya mientras su amigo hacía el equipaje. El hindú, que a veces se mostraba tan perezoso como una mujer hermosa, se convertía en un hombre activo tan pronto como tomaba una resolución. El joven puso todas sus cosas en perfecto orden; los nuevos regalos que había elegido para su familia, una pulsera de oro con brillantes para su esposa, un brillante solitario montado en un broche para su madre, y para su padre unos grabados de Audubon que representaban pájaros americanos, tan diferentes de los que volaban en los campos de Poona; y para sus hijos pequeños juguetes mecánicos. Además, compró relojes para sus hermanos y hermanas, primos, tíos y tías.

La noche del día siguiente estaba todo listo, las maletas hechas, y David le acompañó a la estación. Darya no quería que hubiera ningún ambiente de despedida.

—Esto no es el principio ni el final de nuestra amistad —afirmó—. Existía ya antes, de que hubiéramos nacido, y nunca acabará, a menos que lo decidamos, lo que yo nunca haré.

—Ni yo tampoco —contestó David.

Tan alegremente como si hubieran de encontrarse de nuevo a la mañana siguiente, Darya subió al tren, buscó un asiento y agitó su mano por la ventanilla. Los dos jóvenes permanecieron hablando hasta el último segundo, una charla tonta, amistosa y superficial, como si ambos estuviesen de acuerdo en que no debía haber nuevas revelaciones entre ellos. El tren arrancó al fin y David salió de la estación. Su padre había anunciado por teléfono que no cenaría en casa aquella noche, pues iría tarde, y David subió la escalera hacia sus propias habitaciones. La casa estaba ahora vacía y el silencio resultaba opresivo. Hacía tantas semanas que no pensaba en su madre, que en aquel momento no podía invocar su presencia, aunque tampoco sentía deseos de hacerlo. Las habitaciones estaban llenas de los ecos de las vibrantes palabras de Darya, de su bien modulada voz, de su rápida charla. Sin embargo, no sentía deseo alguno de que Darya volviera.

El joven entró en sus habitaciones y cerró la puerta. Iría a ver a Olivia; iría con el pretexto de ver los edificios, y entonces buscaría la oportunidad de preguntar a la joven si quería casarse con él. Experimentaba un inmenso anhelo, sentía un enorme vacío en el corazón, y sólo un nombre despertaba ecos en él: Olivia.

La joven no era fácil de encontrar. David vagabundeó por los edificios aún sin techo, buscando a Olivia con los ojos. Pero no la encontró. Las paredes ascendían

rápidamente. Seis nuevos edificios se estaban construyendo en el bosque alrededor de la casa de las columnas, seis edificios tan hábilmente emplazados que parecían solitarios, aunque formaban parte del conjunto.

El famoso arquitecto neoyorquino contratado por su padre, estaba transformando el paisaje en un lugar de ensueño, y las casas parecían juguetes que iba colocando a su placer. El arquitecto saludó alegremente a David y le hizo señas con la cabeza para que fuera hasta un lugar desde donde los edificios presentaban una magnífica perspectiva en torno a la mansión central.

—Ésta es la entrada —dijo el arquitecto con orgullo—. He cortado únicamente los árboles indispensables. El efecto es magnífico; ¿no le parece a usted así? Espiritual y, al mismo tiempo, sólido. He tenido en cuenta el propósito de su padre. La casa es el centro de la fundación, el manantial, podríamos decir, algo así como el altar. Alrededor, los jóvenes se agrupan en torno a sus maestros. La inspiración viene del centro.

El arquitecto era un hombrecillo afectado, preciso en sus frases, que llevaba colgando de un cordón negro sus lentes. Pero era de temperamento entusiasta y David se vio obligado a reconocer que los nuevos edificios no tenían nada que envidiar a la nobleza de la mansión antigua.

—Son hermosos —dijo sabiendo que esto era lo que se esperaba oír de él.

El hombrecillo se sintió muy complacido.

—Haga el favor de decírselo a su distinguido padre —pidió a David—. El señor MacArd es un hombre muy difícil de complacer, pero digno de ser complacido. Yo estoy haciendo todos los esfuerzos posibles para lograrlo.

—Le diré que todo me gusta mucho —respondió David.

—Gracias, gracias —contestó el arquitecto.

David hizo una inclinación de cabeza y siguió andando. Eran casi las doce del mediodía y seguía sin encontrar a Olivia. El joven entró en la casa. La puerta estaba abierta como de costumbre y ante él aparecieron las vacías habitaciones, pero no Olivia. Vio que había flores frescas en los jarrones. David alzó entonces el pesado llamador y lo dejó caer tres veces, hasta que de la cocina le llegó la voz de la señora Dessard.

—¿Quién es?

David entró en la casa y avanzó en dirección a la voz.

—Soy yo, señora Dessard. Vine a ver los edificios por encargo de mi padre y antes de marcharme pensé que... —El joven abrió la puerta de la cocina—. ¡Qué olor más agradable!

—Uvas —dijo la señora Dessard. Estaba junto al hornillo. Era una pequeña y digna figura que en aquel momento removía con un largo cucharón el contenido de un largo cacharro—. Olivia las coge y yo hago mermelada. Es un trabajo muy pesado.

David sintió que se le quitaba un peso de encima.

—Me gustaría poder ayudarle —dijo con súbita alegría—. Pero como no sé hacer mermelada, quizá sea mejor que me dedique a coger racimos de uva.

La señora Dessard guardó silencio durante algunos segundos y luego, sin mirarle, dijo:

—Olivia se alegrará mucho de que la ayude usted, al menos así lo supongo. Una nunca sabe a qué atenerse con ella.

—Lo intentaré al menos —murmuró David.

Se apresuró a volver al vestíbulo, salió por la puerta trasera, que daba al pequeño y bien cuidado jardín. Olivia había realizado allí verdaderas maravillas. Los macizos de boj estaban perfectamente podados; los arriates de flores lucían en todo su esplendor, y crisantemos tempranos, rojos, blancos y amarillos habían empezado a florecer. David siguió varios senderos y volvió hacia la izquierda hasta llegar a un portillo que comunicaba con la huerta. Una vez allí, vio a Olivia entre las parras, protegida contra el sol por un ancho sombrero de paja. El pavo real, *Pílate*, se movía alrededor de la joven con su cola completamente desplegada. La joven no vio a David ni le oyó llegar, y él permaneció inmóvil, gozando del espectáculo que ofrecía la joven junto a la fantástica ave. Olivia vestía un traje de algodón amarillo, y su amplia falda ondeaba al viento cuando se movía. David veía su perfil, atento a la tarea que estaba realizando. Su oscuro cabello se le escapaba por debajo del sombrero, y sus ágiles dedos se movían presurosos entre los racimos de uva. Olivia cogió de pronto un gran racimo de color de púrpura y se lo llevó a la boca.

—¿Es rico? —preguntó David.

Pílate dejó escapar un chillido, al mismo tiempo que la joven daba un respingo y volvía la cabeza.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted observándome? —preguntó.

—Un momento tan sólo. Lo juro —contestó David avanzando hacia ella sin dejar de mirarla—. Pero no hubiera querido perderme la escena por nada del mundo. — Olivia le miraba con los ojos muy abiertos; en ellos había una expresión de reproche—. ¿Tiene usted algo que objetar?

—Sí, lo tengo —contestó la joven—. Creía que estaba sola.

—No es pecado comerse un racimo de uva —repuso David en tono de broma.

—Creía que estaba sola —repitió Olivia.

David comprendió que la joven se sentía ligeramente irritada y quiso disipar su enfado, pues no quería nubes en un día tan sin nubes como aquél.

—¿Puedo ayudarla? Hay muchos más racimos de los que usted puede coger.

—Usted lleva un traje nuevo —contestó Olivia mirándole de arriba a abajo.

—Nada me importa la ropa.

David se colocó junto a la joven y metió sus dedos entre las hojas de los pámpanos.

—Los mejores crecen en el interior —dijo Olivia.

—¿Puedo comerme las uvas más gordas? —preguntó David.

—Sólo una cada cinco minutos —contestó Olivia.

David miró a la joven a los ojos y se alegró de no encontrar en ellos más que un brillo travieso.

—¿Se ha ido su amigo hindú? —preguntó de pronto Olivia.

—Sí —se limitó a responder David, que no quería hablar de Darya.

—¿Volverá? —preguntó Olivia.

—No por ahora —repuso David, el cual, impelido por algún secreto motivo, añadió—: Es más probable que yo le visite a él en la India.

—¿Cuándo? —preguntó Olivia.

—No por ahora —dijo David por segunda vez.

Durante unos minutos siguieron cogiendo en silencio racimos de uva.

—Recoge usted diez veces más que yo —murmuró David.

—Supongo que ésta es la primera vez que usted lo hace, ¿no? —replicó Olivia.

—Así es —confesó el joven—. Apenas sabía cómo crecían.

—Eso me pareció.

—¿Y es eso motivo para que le desprecien a uno? —preguntó David.

—Depende de lo demás que sepa usted hacer —dijo Olivia.

—Temo que no mucho —contestó David, el cual pensó que tenía que aprovechar la oportunidad—. Soy uno de esos hombres que necesitan inspiración para poder hacer algo.

Se detuvo para mirar a Olivia, pero ésta había reanudado su tarea.

—¡Olivia!

La joven le miró con suma gravedad.

—Olivia, he venido aquí para verla a usted, sólo a usted.

La joven no contestó ni se movió, y David contempló con mirada fija los oscuros ojos abiertos bajo las negras y bien dibujadas cejas.

—No hace mucho que nos conocemos —balbuceó David—. Pero ha bastado ese tiempo para que me diera cuenta de que la amo a usted.

El aliento le había fallado y sus últimas palabras fueron tan sólo un ronco bisbiseo.

La respuesta fue instantánea y serena.

—¡Oh, David, cuánto lo siento!

David oyó las palabras como si vinieran de muy lejos, y la voz de Olivia sonó en sus oídos semejante al tañido de una campana.

—¿Que lo siente? —replicó medio atontado.

—¡Oh! Sí, lo siento mucho —repitió Olivia con acento pesaroso—. Yo no lo sabía, David. No lo he sabido hasta ahora, hasta hace pocos minutos. No le hubiese permitido que llegara tan lejos de haberlo sabido. Lo habría evitado desde el principio.

A David le fue imposible pronunciar una palabra, emitir el menor sonido. Permaneció inmóvil, mirando absorto el entristecido rostro de la joven.

—No hace mucho tiempo que usted me ama. Estoy segura de ello, así que su amor no puede ser muy profundo. Me olvidará usted rápidamente.

—¡Que no es profundo! —gritó David—. No sabe usted lo que está diciendo. Nunca he amado a ninguna otra mujer ni tampoco la amaré en lo futuro.

—¡Oh! No diga usted eso, David.

—¿Por qué no puede usted amarme? —preguntó el joven.

Olivia bajó los ojos, viendo los puños cerrados de David.

—Debería amarle —repuso la joven con un murmullo de voz—. Cualquier muchacha le amaría. Pero yo no puedo.

—Y yo le pregunto por qué —insistió David.

La joven alzó sus manos para dejarlas caer luego con un amplio y gracioso ademán.

—¿Cómo puedo yo decírselo? Quizá porque no es usted lo suficientemente fuerte. Yo no quiero ser la más fuerte de los dos, deseo mirar a un hombre.

—Y usted no puede mirarme a mí, eso es —exclamó David con acento lastimero.

Olivia, sin embargo, le estaba mirando con sus oscuros y suplicantes ojos.

—No puedo —dijo la joven con expresión triste—. Usted no es más que el hijo de MacArd, ¿no es así?, del gran MacArd.

David observó el rostro de Olivia mientras hasta su garganta ascendía la ácida amargura que brotaba de su corazón. Entonces notó, lleno de horror, que estaba a punto de llorar y, volviéndose rápidamente, echó a correr. Luego de haber oído las últimas palabras de Olivia, no podía llorar. Salió de la casa y, bajando por un pequeño sendero que conducía hasta el río, se dejó caer sobre una cama de helecho seco, en un lugar escondido. Entonces enterró su rostro entre la tupida y verde vegetación y lloró, pareciéndole que lo hacía durante horas, hasta que el llanto se transformó en plegaria, la primera verdadera plegaria de su vida.

—¡Oh, Dios! ¿Qué haré ahora? ¿Para qué sirvo?

Las palabras brotaban de su lacerado corazón, y David las oyó como si fueran pronunciadas por alguien más, por una voz que no fuera la suya, un grito subterráneo y terrible. ¿No había respuesta? Él no oía ninguna. No oía otra cosa que el crujir de las ramas, el rumor que producían las hojas movidas por la brisa y la distante llamada de una codorniz. En la quietud del día, el sol caía sobre él de lleno, y mientras se mantenía con los ojos fuertemente cerrados, percibía el olor de la tibia tierra al que se mezclaba el perfume del aplastado helecho. A poco, lentamente, David sintió que una extraña serenidad brotaba de su interior, y empezó a pensar.

Darya se había interpuesto entre él y Olivia. Si no le hubiera visto, si no hubiese contemplado su extraña belleza hindú, su moreno y luminoso rostro, la joven habría hablado de manera distinta. Pero no había sido sólo él encanto de Darya. No podía acusar a su amigo de haber tendido ninguna red para cazar a Olivia. No. Darya se había limitado sencillamente a mostrarse tal como era, aunque quizás inspirado por la viveza de los ojos de ella y por la fuerza de su espíritu. También Olivia había

desplegado todo su encanto ante él, acostumbrado al tímido silencio de las mujeres hindúes cuando se encuentran en presencia de un hombre.

David se incorporó de súbito, cruzó sus brazos encima de las rodillas y clavó la mirada en él centelleante río. Olivia había dicho que deseaba poder mirar al hombre elegido por ella, y lo había dicho porque conocía a Darya. ¡Qué inocente había sido al declararse aquella mañana tan de súbito, sin esperar a conocer los verdaderos sentimientos de ella! Se sintió humildemente joven e inexperto y, al mismo tiempo, profundamente impetuoso. Se había dirigido a ella pidiéndole su amor, como si éste fuera un juguete o un dulce en lugar de toda su vida.

En medio de la brillante mañana, David se sentía abrumado por la melancolía y la confusión. Vagos dolores se apoderaban incluso de su cuerpo; sentía ligeros estremecimientos. El joven pensó con angustia en su madre muerta; de estar viva, hubiera apelado a ella en busca de alegría y consuelo.

—¡Tonto! —le parecía oír decir a la tierna voz de su madre, siempre alegre—. Si ella desea levantar mucho la cabeza para mirar a un hombre, ¿por qué no empiezas tú a trepar?

David apoyó la cabeza entre sus manos y cerró los ojos para oír mejor aquella clara voz que tan bien recordaba. Era exactamente como si ella le hubiese hablado. Quizá le hubiera hablado. Quizás aquélla fuera la única manera en que la madre podía llegar hasta el hijo, a través del recuerdo de su voz y de imaginarse lo que ella hubiera dicho de haber estado allí.

Todo su ser se fundió en un deseo puro que destilaba la plegaria.

—¡Oh, Dios! Dime cómo he de empezar.

David sintió que su corazón empezaba a temblar dentro de su pecho. Se atrevía a invocar a Dios porque se sentía con ánimos de seguirle. El joven permaneció inmóvil sobre el acantilado. El ardiente aire se había aquietado y el sol centelleaba en lo alto. David oyó a lo lejos los chillidos de un halcón que volaba por el espacio y esperó con el pensamiento vacío y la conciencia en suspenso hasta que de súbito vio la poblada calle de un lugar de la India. Rostros de tez oscura se volvían hacia él, sobresaltados y sorprendidos, como si hubiesen sido reunidos allí contra su voluntad.

David se asustó ante la claridad de lo que veía, y entonces levantó la cabeza, viendo sólo el río, las azules orillas que se extendían más allá y el halcón que volaba por el espacio. ¿Qué podía significar aquella visión de la India sino que le daban una respuesta a su petición? Acababa de dar un paso hacia la línea que separa el mundo visible del otro, y el camino había resultado fácil y llano. La perspectiva era demasiado vasta para comprenderla y el joven intentó definirla con el vocabulario de su era. David pensó en la vocación, en el destino, en la misión. Las apasionadas palabras resultaban como un vino para su alma. Nadie le necesitaba allí, pero en la India las necesidades humanas eran infinitas. No sabía lo que haría. Pero Dios —y pronunció el nombre con una nueva reverencia—, Dios se lo indicaría. Esto, tal lo suponía él, era lo que significaba nacer de nuevo. Tan natural e inesperadamente

como su primer nacimiento al salir del cuerpo de su madre, se había presentado lo de nacer de nuevo. Lo que había sido su mundo hasta entonces, murió de pronto. Había sido arrojado de aquel mundo primero por la muerte de su madre y luego por la negativa de Olivia. Una nueva vida le acababa de ser revelada. Y entonces el joven dejó escapar un profundo suspiro y se puso en pie.

—¿Cuándo se te ocurrió esa idea? —preguntó MacArd a su hijo con inusitada aspereza.

MacArd venía observando hacía varios días que su hijo permanecía silencioso y con expresión ausente. Además, aquella noche el muchacho apenas había tocado la cena. Más tarde, en la biblioteca, después de la cena, David anunció a su padre que deseaba ir a la India como misionero.

—No es una idea, es una convicción —repuso David.

MacArd levantó la cabeza y vio que los ojos de Leila le miraban desde el retrato colocado encima de la chimenea.

—Pues tienes que procurar apartarla de tu imaginación. Estoy levantando la fundación MacArd, es cierto, pero no la destino a mi único hijo. ¿Quién cuidará de mí si tú te marchas, hijo?

—Papá, intento vivir mi propia vida.

Un hombre no puede mostrarse rudo con su único hijo. MacArd lo había aprendido hacía mucho tiempo, una vez que pegó a David por desobediente y el niño se echó a llorar. Leila, llorando también, se había encarado con su marido, declarando que abandonaría aquella casa si volvía a pegar al niño. Jamás volvió a pegarle, ni tampoco podía hacerlo ahora. MacArd alzó los brazos y exclamó:

—¡Qué gracia! ¡Qué magnífica y graciosa ocurrencia! Tiendo la red y pesco a mi propio hijo. He jugado, y mi hijo era la apuesta, y he perdido. ¡Ja, ja!

MacArd dejó escapar una irónica carcajada y suspiró, pues sentía lástima de sí mismo.

—Escucha, hijo. Me estoy haciendo viejo. ¿No podrías permanecer a mi lado unos cuantos años más?

—Lo tengo ya decidido, papá —repuso David.

MacArd se puso en pie y dio una ligera patada en el suelo, caminando alrededor de la vasta mesa y por entre las sillas de roble inglés.

—Sospecho que he tirado un montón de dinero al levantar esos edificios. Hubiera abandonado ese asunto de haber pensado que te iba a inspirar la idea de abandonarme. ¡Ese miserable país! ¿Qué diría tu madre de mí si yo te dejara marchar? Serpientes, paganos, suciedad... Hay muchos otros hombres que pueden ir. ¡Pero mi hijo no! Incendiaré la fundación y dejaré que la India se vaya al infierno, aunque, a decir verdad, no puede estar peor de lo que ya está.

David no replicó, y MacArd, después de un momento, miró a su hijo con el rabillo del ojo. El joven permanecía inmóvil, esperando tranquilamente y

observándole, lo mismo que hacía Leila cuando él se enfadaba ante ella. El parecido le llegó al corazón y se dejó caer en una silla, hundiendo la cabeza en su pecho.

—Muy bien, muy bien —gruñó—. Yo no cuento para nada. Ya lo sé. Me rindo. Pero has echado a perder todo el placer que yo podría encontrar en la fundación. La acabaré, pero no me deparará ninguna alegría. Y tú serás el responsable de ello.

—Tengo que hacer lo que creo mi deber.

—Entonces, transformaré la fundación en una fábrica —gritó MacArd.

Padre e hijo se miraron un segundo con los ojos brillantes, pero ninguno de los dos se movió.

SEGUNDA PARTE

V

El sol se alzaba más allá de los grises *ghats*, sobre las murallas y cúpulas de Poona, por encima de los alminares y a través de las columnatas y de las altas palmeras de ramas verdes. Las calles estaban ya llenas de movimiento, los carros tirados por bueyes chirriaban y crujían, y los aguadores manchaban el polvo con pequeños discos que parecían gotas de azogue.

En su desnudo y tranquilo despacho, David se encontraba a solas con su maestro. El joven disfrutaba con aquella parte de su trabajo, con las horas mañaneras de concienzudo estudio de un texto *márata* manuscrito que parecía de encaje. Al principio le había parecido imposible que llegara con el tiempo a diferenciar un símbolo del otro, pero poco a poco aprendió a leer, y el gracioso dibujo empezaba a convertirse ante sus ojos en un idioma.

Bajo la sugestión de Darya, inició el estudio del sánscrito. Las raíces del pensamiento hindú tenían que buscarse en los antiguos textos sánscritos, según afirmaba su amigó. Pero David había descubierto en ellos sorprendentes paralelismos. Pegada en la enjalbegada pared, frente a la mesa ante la cual se sentaba, tenía un texto que él mismo había copiado con él mayor cuidado en un grueso papel cremoso, una plegaria de las más antiguas.

De lo no real llévame a lo real.

De la oscuridad llévame a la luz.

De la muerte llévame a la inmortalidad.

Su maestro era un alto y ascético *márata*. El hombre se mantenía inmóvil sobre una silla baja de bambú, vestía ropas de algodón y, sobre la cabeza, llevaba un turbante que parecía un sombrero. Tenía las piernas separadas, con las puntas de sus pies hacia fuera, y sus morenas manos descansaban sobre las rodillas, cubiertas de blanco. La expresión de su rostro era grave y sus pequeños ojos negros permanecían medio cerrados mientras escuchaba.

David alzó la cabeza de un largo pasaje, sacado de la Epístola de San Pablo a los romanos y traducido al *márata*, que había estado leyendo en voz alta. El joven sonrió débilmente al ver el moreno y atento rostro.

—Perdóneme que lea tanto las Escrituras.

El *márata* movió la cabeza.

—¿Por qué te disculpas, *sahib*? —replicó—. Todo eso es religión y es bueno, y tú no pides que yo coma tu pan y beba tu vino. Además, mientras escucho, puedo reflexionar.

Hizo un ademán señalando la plegaria en sánscrito colocada en un marco en la pared.

El silencio implicaba una tácita aceptación, y él no podía ni debía aceptar la pasiva actitud de los hindúes hacia todas las religiones. Cualquier religión era siempre mejor que ninguna. En esto estaba perfectamente de acuerdo con el maestro *márata*. Pero él deseaba explicar a aquel amable y altivo individuo que los frutos del cristianismo eran superiores a todo fruto. Había adquirido este convencimiento en el año pasado en la India.

Padre e hijo seguían sin reconciliarse, aunque David, cumpliendo con su deber y recordando la muerte de su madre, escribía a su padre dos veces al mes, y él recibía, en cambio, una carta mensual. Porque su padre había persistido en su monstruosa cólera al extremo de transformar en una fábrica los edificios destinados a Facultad. En vez de jóvenes dedicados a aprender cosas referentes a Dios, hombres y mujeres, ignorantes y groseros, llenaban las grandes habitaciones atestadas de máquinas y construían instrumentos de precisión para las industrias MacArd. Al pie de la montaña y cerca del ferrocarril habían sido edificadas centenares de casitas y también un apeadero para la carga y descarga de mercancías. Barton, amargamente defraudado, había hecho como si no se diera cuenta del cambio de idea. Pero al final de dos horas de discusión, agotada su paciencia, según escribió a David, y convencido de que era el mismo Dios el que se la había hecho perder, acabó por decir toda la verdad al testarudo viejo.

—Usted pensó en servir a Dios edificando un monumento, señor MacArd. Sin embargo, cuando Dios le pidió no un monumento, sino a su propio hijo, se irritó usted. ¿Es que cree que puede uno enfadarse con Dios, señor MacArd?

A esto había replicado MacArd, con sus rojas cejas y su barba medio erizadas:

—Yo acostumbro a imponer siempre mis propias condiciones, Barton.

David estaba seguro de que él impulso que había empujado a su padre, había muerto en él. Un suelo pedregoso tal vez, donde era imposible que pudiera crecer la semilla. David se negó a considerarse culpable, y también a creer que si él hubiese hecho caso de su padre, la semilla hubiese fructificado. Más pronto o más tarde, la Fundación MacArd habría acabado por transformarse en otra cosa, sino en una fábrica, por lo menos en un instrumento cualquiera de los intereses de MacArd.

En cambio, cuando él se separó de su padre, la semilla depositada en su interior creció rápidamente. También sabía esto David. La poderosa sombra de su padre se encontraba ahora a mil millas de distancia, y David era lo suficientemente sincero consigo mismo para preguntarse algunas veces si la llamada de la India, que parecía haber surgido tan sencilla y llanamente de Dios aquel día, junto al Hudson, se habría producido en parte porque él deseaba separarse de su padre. Pero si era así, la llamada no tenía por ello menos valor, pues Dios utiliza misteriosos caminos. Su fe se había hecho más profunda, a la vez que más razonada, pues la misma atmósfera hacía que la fe fuera razonada. La religión estaba en el aire que respiraba, y a veces, según pensaba David, constituía la única vitalidad. Su deseo y tarea era hacer que su religión fuera la más vital de todas.

Mientras tanto, la vida le resultaba en extremo agradable. La casa de la misión era espaciosa y fresca, y los criados vestidos de blanco iban y venían entre las sombras proyectadas por las cortinas de bambú, trayéndole el té caliente y pequeños dulces ingleses cuando empezaba a sentirse fatigado. Existía incluso una sociedad inglesa, y el gobernador daba fiestas a las que David era siempre invitado. En la catedral había servicio divino inglés los domingos. El más antiguo de la misión, Robert Fordham, no le animaba para que se reuniera demasiado a menudo con los ingleses que acudían a las fiestas religiosas de Poona, pero era necesario que se mantuvieran en buenas relaciones con el gobernador, pues a veces tenían que pedirse favores. Los misioneros debían ser completamente adictos al gobierno, según decía con la mayor solemnidad el señor Fordham, pues sólo la protección del Imperio hacía posible el que pudieran ir y venir por toda la India. Robert Fordham se disgustaba a menudo con los jóvenes y rebeldes hindúes que sostenían que la India debía ser libre, y a veces los contradecía con verdadera acritud, afirmando que la India vivía infinitamente mejor bajo la férula británica que cuando estaba sometida a los príncipes regionales, en los viejos días que oprimían al pueblo a la vez que se destruían unos a otros con oriental salvajismo.

David suponía que el señor Fordham estaba en lo cierto. Pero, sin embargo, algo que descubría en los oscuros y apasionados ojos de los jóvenes hindúes le hacía dudar de la sabiduría del viejo misionero bajo cuya dirección se encontraba.

Las horas de la mañana pasaron. El sol se elevó y los alrededores, que parecían tan frescos y verdes a primera hora, destellaban bajo los ardientes rayos del sol.

David se dio cuenta de pronto de que sentía hambre y cerró el libro.

—No puedo retenerle aquí más tiempo del convenido, maestro —dijo—. Me olvidé de que el tiempo pasa.

—Para mí el tiempo no tiene valor —replicó el *márata*—. He estado observándole. Usted no me dice francamente lo que piensa.

David le ofreció una sonrisa de circunstancias.

—Apenas son pensamientos y no me parecen dignos de ser expuestos. He dejado de pensar en serio. Tal vez porque no sé aún lo que debo pensar. Cuanto más tiempo transcurre, más me doy cuenta de que cada vez conozco peor la India, en lugar de conocerla mejor.

El *márata* sonrió.

—Cuando usted pueda pensar en nuestra lengua nos comprenderá. Concédase otro año.

El hindú se puso en pie y David le imitó. Ambos se separaron como siempre, y el *márata* se marchó con sus amplios y blancos pantalones ondeando a su alrededor.

David ordenó sus libros y pasó a su habitación, próxima al estudio, a fin de prepararse para la feliz comida, del mediodía. La misión era un ancho y cuadrado *bungalow* circundado por una veranda de techo muy inclinado, para evitar que el calor penetrara en las habitaciones. Un ancho zaguán dividía la casa, y, en un extremo, David tenía su estudio, e inmediato a él, su dormitorio. Ambas habitaciones

eran espaciosas, y los desnudos suelos, los muebles de bambú y los altos techos creaban una atmósfera agradable y fresca.

Cuando terminó su arreglo, David atravesó el zaguán y penetró en el comedor, donde la señora Fordham estaba ya sentada en un extremo de la mesa, de forma oval, sirviendo la sopa en los llanos platos soperos ingleses.

—Siéntese, señor MacArd —dijo la señora Fordham con su buen humor de siempre—. Hoy no esperaremos a mi marido.

La señora Fordham, que como de costumbre tenía despeinado su cabello gris de ratón, inclinó la cabeza y musitó una rápida bendición de la mesa.

—Haznos dignos de lo que vamos a recibir, Señor. Amén. ¿Asistirá usted esta tarde a la clase de Biblia, señor MacArd?

—Creo que no —contestó David.

—Es un mal ejemplo, ¿comprende usted? —afirmó la dama con su alegre mordacidad.

—Lo siento —murmuró David.

David estaba acostumbrado a las bromas de la señora Fordham y las soportaba con buen talante. En cuanto llegara el señor Fordham ella se interrumpiría en seco y la comida transcurriría, a partir de entonces, apaciblemente. El señor Fordham era un hombre grueso, sagaz y tolerante debido a su larga permanencia en aquel ardiente clima. El jefe de la misión apareció en aquel instante, su pesado cuerpo cubierto con un arrugado traje de hilo blanco, y tomó asiento en el otro extremo de la mesa, frente a su esposa.

—Siento haber llegado tarde —dijo—. El portero encontró una serpiente en el almacén. Es una de las viejas cobras.

—¿La has matado? —preguntó la señora Fordham.

—Envié al portero a buscar un plato de leche con el fin de alejarla de allí —repuso él señor Fordham empezando a tomarse la sopa, abriendo su enorme boca para poderse meter en ella toda la cuchara.

—¡Oh, Robert! —gritó su esposa—. ¿Por qué alientas las supersticiones de la gente?

—Es una serpiente muy vieja —repuso el señor Fordham suavemente—. Ha estado aquí durante años y sólo desea un plato de leche cada día.

—¡Animal inmundo! —exclamó la señora Fordham.

Pulsó un pequeño timbre de mesa con la palma de la mano y a poco apareció un criado vestido de blanco, el cual retiró los platos de la sopa. Otro criado trajo un plato de cabrito con *curry* y arroz hervido. La señora hizo las partes y los criados colocaron los platos ante los dos hombres.

—Y bien, David —exclamó el señor Fordham—, ¿cómo va su estudio del márata? ¿Podrá usted predicar pronto?

David dejó el tenedor. Los largos y tranquilos meses pasados a solas con sus libros, así como sus solitarios paseos a través de la ciudad, habían resultado decisivos

y fructíferos. Intentaba ser un propagandista de otra índole. Él no se contentaría con hablar o con ir enseñando a través de centenares de millas, recorriendo pueblo tras pueblo, pidiendo a gente medio muerta de hambre que rindieran culto a Dios. En lugar de ello, proyectaba movilizar la misma India utilizando a los propios hindúes, y estos hindúes tenían que ser jóvenes, cuidadosamente elegidos y perfectamente preparados para su misión, la de ser jefes de su pueblo. Sobre éstos ejercía su mejor influencia.

—No pienso perorar, señor Fordham —repuso con voz agradable.

—¿Que no...? —gritó sorprendida la señora Fordham—. Entonces, ¿quién les explicará?

—Tranquilízate, Becky —pidió el señor Fordham a su esposa—. Y ahora, David, díganos lo que tiene usted en el pensamiento.

David se lo dijo en pocas palabras, con toda sencillez y llaneza.

—Quiero que mi vida cuente para algo. Y la única manera de lograrlo, es vivir en un país grande como éste y buscar unas cuantas personas, unos cuantos centenares. Si yo vivo lo suficiente, serán unos cuantos miles, y estarán preparados para enseñar a otros. Yo me propongo...

Dejó que el cabrito condimentado con *curry* se enfriara mientras describía con sencillas palabras el cuadro que había imaginado para su propia vida. Una escuela de la más alta categoría, con reglas firmes, que trabajara en estrecha colaboración con las escuelas del Gobierno inglés, un colegio de segunda enseñanza y más tarde una universidad, y andando el tiempo, una facultad de medicina y un hospital. Cada una de estas instituciones sería abierta lo más rápidamente posible, siendo excluidas de ellas los que no poseyeran una probada capacidad. Más tarde podría admitir incluso muchachas, elegidas no por su casta ni por su riqueza, sino por su habilidad e inteligencia, y los más pobres disfrutarían incluso de enseñanza gratuita.

—Pero ¿dónde está Dios en todo eso? —preguntó la señora Fordham.

David le sonrió con su dulce y obstinada sonrisa.

—Cállate, Becky —exclamó el señor Fordham—. ¿De dónde sacará usted todo el dinero necesario para realizar esos proyectos? Costará millones.

—Mi madre me dejó algún dinero —repuso tranquilamente David.

Los Fordham no respondieron. Ellos habían sido siempre pobres y vivido en pequeños pueblos del Oeste central de los Estados Unidos, teniendo que luchar en pequeños colegios del Oeste central. Ellos vivían de un salario demasiado reducido para poder permitirse lujos, y si hubiesen vivido en su país en lugar de en la India, la señora Fordham hubiera sido una simple criada y el señor Fordham un ganapán. Los dos se sentían asombrados ante aquel joven de agradable rostro que disponía de una fortuna para hacer de ella lo que quisiese.

—Bien. Todo eso suena muy bien —exclamó el señor Fordham al fin.

La señora Fordham no podía hablar. Estaba pensando en sus tres hijos. ¡Pobrecillos! Ellos no tenían nada. Vivían en su país, en Ohio, donde trabajaban en la

granja del padre de ella, y cuando fueran al colegio de segunda enseñanza se verían obligados a trabajar horas sueltas y durante las vacaciones para ganar el dinero con que pagar sus títulos, en tanto que allí, en una misión de la India, muchachos y muchachas tendrían becas y dispondrían de toda clase de lujos. No era justo, no se procedía con equidad.

Habían terminado de almorzar y, como de costumbre, David se preparó para dar su paseo hasta el temprano anochecer, y respirar el aire fresco. Aquella tarde David disfrutó de su paseo de una manera profunda, estimulante y turbadora. Las calles de Poona se hallaban abarrotadas de gente cuando él atravesó la verja. Siempre estaban llenas de seres humanos, formando una sólida masa de hombres, de rostros de piel oscura, de piernas desnudas, de turbantes blancos, todo en movimiento, llenándolo todo, anhelantes, empujándose unos a otros, levantando una enorme polvareda con sus pies, o bien, inmóviles en las tiendas abiertas y en los mercados. El sol se había puesto ya pero la violenta e inquieta vida continuaba palpitando en las tortuosas y repletas calles. Los conductores de las carretas gritaban que iban atropellar a la gente. Sin embargo, nunca atropellaban a nadie, aunque los sudorosos costados de los bueyes pasaban rozando, a unos y otros. Los mendigos, los faquires y los vendedores de baratijas gritaban dominando el tumulto. Era viernes, el día en que los leprosos llegaban de los pueblos para pedir. Y ahora regresaban de nuevo a sus pueblos con su carne podrida al descubierto, con las llagas de sus piernas y de sus brazos al aire para que todos pudieran verlas. Los que ya no podían andar iban en pequeños carros de mano, y cuando vieron a David, un hombre blanco, le pidieron limosnas a grandes voces, pero el joven siguió el camino.

Ya no se sentía tan impresionado por todo aquello como al principio. Ahora que tenía hechos sus planes y establecida la rutina de su vida, le parecía una idea excelente entregarse con aquel brío a la vida al ponerse el sol, o bien por la mañana antes de su salida, cuando el aire era más fresco. La noche de la India era bella de veras. Las estrellas parecían enormes, colgadas del sofocante cielo. David llegó hasta el teatro de Poona, un salón grande, polvoriento y endeble, iluminado con velas colocadas en grandes candelabros de cristal situados en lo alto. Dos galerías sostenidas por pilares tallados estaban repletas de hombres cubiertos con turbantes blancos, y el patio aparecía también casi lleno. Grandes agujeros abiertos en el techo dejaban pasar el aire de la noche y la luz de las estrellas. Pero el aire era todavía caliente y olía a sudor. David titubeó un instante, luego adquirió un asiento y fue a ocuparlo. Se estaba celebrando una especie de mitin. Unos estudiantes, según supuso David, realizaban la acostumbrada protesta contra el Gobierno. El joven se dedicó a observar los rostros de los que escuchaban, tan expresivos, tan deseosos de no perder una sola palabra de lo que el orador decía, y se dijo que algún día aquellos jóvenes constituirían su materia prima.

Una semana más tarde, David se encontraba solo en la casa que la misión tenía para pasar el verano. En Poona hacía mucho menos calor que en Bombay, aunque se halla más al sur. Pero incluso en Poona habían desaparecido por completo las corrientes de aire que normalmente soplaban entre las dos ciudades. El calor del verano se había hecho sentir y la gente esperaba la llegada de los monzones, es decir, los vientos que impiden que la India sea un desierto inhabitable para el hombre. Los vientos se inician en el norte de la India, nacidos del intenso calor de Delhi y Agrá, en donde, a más de dos mil pies sobre el nivel del mar, el seco aire y las ardientes arenas atraen unos rayos de sol fatales e intensos. Este calor atrae a su vez los húmedos vientos del mar, y durante dos meses los vientos soplan hacia el noroeste y viajan hacia el sur, formando un círculo, hasta que vientos opuestos empiezan a soplar hacia el norte, formándose así dos monzones durante los cuales hay que sembrar y recoger las cosechas. Si los monzones no se presentan, la gente se muere de hambre.

Hasta entonces ni una sola gota de agua había caído aquel año sobre el abrasado paisaje. Las calles estaban llenas de polvo, excepto cuando pasaban los aguadores que habían llenado sus cántaros en los ríos, y en los ríos la gente se inclinaba sobre la escasa corriente para satisfacer su sed y para lavarse sus enjutos cuerpos. Las mujeres se escondían en la sombra de sus hogares, y sólo las mujeres desesperadas de los pobres se envolvían en sus saris de Poona, que tienen nueve yardas de largo, y se iban a la orilla del río.

Durante aquella estación, la iglesia permanecía cerrada, pues los Fordham se encontraban en las montañas. Pero David no quiso acompañarlos.

—Tengo que verlo todo —les dijo—. Los hindúes se quedan aquí, y yo supongo que resistiré también.

La señora Fordham se mostró inexplicablemente irritada.

—Los indígenas están acostumbrados a este clima, pero los blancos no. Debería usted seguir el ejemplo de los ingleses. Ellos llevan aquí mucho tiempo y saben que sólo se puede vivir si se procede con juicio. No resistirá usted y caerá enfermo. Ya lo verá.

La señora Fordham no dijo que si esto ocurría, ellos se verían obligados a abandonar la agradable montaña para volver a buscarle. Pero David lo dedujo de su tono.

—No tiene usted idea de lo que abundan las serpientes y los insectos venenosos en cuanto empiezan las lluvias —continuó la señora Fordham.

—No tengo la menor idea —repuso David—. Pero he aquí por qué quiero quedarme, para tenerla.

El matrimonio partió al fin a regañadientes con criados, equipaje y ropas de cama. David los vio marchar y luego regresó a la desierta casa, donde sólo quedaba el hijo del cocinero para que cuidara de él. El joven esperaba sentirse muy solo, pero en

lugar de ello, encontró la casa llena de una agradable paz. Allí prosiguió David su solitaria vida, estudiando por la mañana y por la tarde con su profesor *márata*, y en las horas más calurosas solo con la única compañía de sus libros. Uno de aquellos días, Darya fue a visitarle.

—David —le dijo impetuosamente en cuanto entró—, nunca te he recibido en el interior de mi casa. Ven conmigo hoy, amigo mío, y permíteme que te presente a mi mujer y a mis hijos. Eres un individuo tan elegante, que no la asustarás. Ella no ha visto jamás un hombre ni una mujer blancos, aunque yo no la tenga en *purdah*, como sus padres la tenían. Sin embargo, es tímida.

—Si tú lo deseas, me sentiré muy complacido —repuso David.

¡Era evidente que en todo aquello intervenía la mano de Dios! Sabía que, si no se marchaba, si se quedaba allí esperando, se le mostraría la razón de su obediencia.

—Ven conmigo ahora —le apremió Darya—. Es temprano todavía. Creo que mi casa es más fresca que la tuya.

David obedeció, sus pies guiados por alguien, o al menos así lo creía él, y pronto los dos jóvenes caminaron juntos por la calle inundada de luz.

—Te envidio tu traje, Darya —exclamó David.

—Entonces ¿por qué no lo llevas tú también? —repuso Darya con su viva manera de hablar.

—Supongo que hago bien manteniendo cubierta mi pálida piel —repuso David—. Al menos, eso es lo que me han dicho. ¿Estoy equivocado?

—No lo sé —replicó Darya—. ¿Cómo puedo yo saberlo? Yo soy de piel morena.

Hablaban de una cosa sin importancia, un intercambio de ideas casi infantil. Sin embargo, David, muy sensible, percibió que entre ellos se alzaba una barrera. La verdad, que se había guardado para sí, era que no podía sentirse a gusto con los brazos, piernas y pies desnudos, llevando un trozo de tela blanca sujeta a la cintura y otro trozo también de tela blanca sobre su hombro y calzando unas sandalias, como hacía Darya. ¿No se detendría la gente en la calle al ver vestido a un blanco con semejante indumentaria? La oscura piel de su amigo no parecía desnuda; en cambio, la suya, tan blanca, sí lo parecía.

Habían llegado ante la gran puerta de piedra tallada, y, tras de hacer un ligero saludo al portero, Darya entró. David siguió a su amigo. En el interior, los jardines aparecían en todo su esplendor.

—¿Cómo os habéis arreglado para lograr esto? —exclamó David.

—Mi padre tiene muchos aguadores —repuso Darya con indiferencia—. Y, más todavía, disponemos de un arroyo que fluye por la casa, una fuente natural.

Darya siguió a David a través de varias puertas y luego a lo largo de serpenteantes senderos hasta la parte de la casa que le pertenecía a él, a su esposa y a sus hijos. Una vez allí, el hindú abrió la puerta y ambos jóvenes entraron en una amplia estancia con columnas por la que fluía una tranquila corriente de agua bordeada por baldosas de color verde. Junto a las paredes había palmeras y árboles plantados en grandes

macetas, y, de cuando en cuando, algunos divanes bajos muy cómodos.

Al entrar vieron que dos niños desnudos salían del agua corriendo y que una joven se apresuraba a echarse el *sari* por encima de su cabeza.

—¡Leilamani! —exclamó Darya en *márata*—. Haz el favor de no marcharte.

La joven se detuvo con la sedosa prenda cubriéndole el rostro.

David permaneció inmóvil mientras Darya se llegaba hasta su esposa y le decía de la manera más suave y cariñosa:

—Leilamani, aquí está mi querido amigo, en cuya casa residí cuando estuve en Norteamérica. Se encontraba solo en su morada y le he pedido que viniera a la mía. ¿No es esto lo que debía hacer?

Los niños se habían refugiado en las flotantes faldas de la madre, secándose en ellas sus húmedos dedos a la vez que miraban con ojos de asombro al extraño que su padre había llevado a casa.

La joven no contestó, hasta que al fin, muy suavemente como si también ella fuera una niña, Darya tiró de la seda que cubría su rostro y dejó éste al descubierto. Luego cogió la mano de su esposa como para hacerle una caricia, pasó un brazo alrededor de sus hombros y la hizo andar a la par de él, aunque Leilamani parecía hacerlo contra su voluntad, hasta que llegaron a unos diez pies de donde se encontraba David, que esperaba sonriendo. Una vez allí, Darya se detuvo y su joven esposa bajó la cabeza y dejó que sus negras y largas pestañas rozasen sus mejillas.

—David, ésta es Leilamani, la madre de mis hijos, y éste, Leilamani, es David. Es mi hermano, y tú no debes pensar que es parecido a los demás hombres blancos, sino que es mi hermano.

—No le hagas permanecer aquí si no quiere —repuso David en *márata*.

Le resultó muy agradable poder hablar la lengua que ella comprendía.

—¡Óyele! —exclamó Darya entusiasmado—. ¡Habla como nosotros, Leilamani! ¿Habías oído alguna vez hablar a un blanco como nosotros?

La hindú levantó la cabeza y dirigió a David una tímida y encantadora mirada, dejando caer el trozo de seda con que aún se cubría parte del rostro. Luego apoyó ambas manos en los hombros de sus hijos, pero continuó guardando silencio.

—Otro día —dijo Darya hablando en nombre de su mujer—, otro día, David, ella te hablará. Ya es bastante por hoy que no haya echado a correr en compañía de los niños. Ve ahora, mi paloma, y di a los criados que nos traigan limas y limones, agua hervida fría y miel. Los niños pueden quedarse y jugar en el arroyo. Hace demasiado calor en todas partes.

La joven se inclinó y habló a los niños en voz baja, encargándoles, según David pudo entender, que obedecieran a su padre. Acto seguido levantó ambas manos para saludar y despedirse de David y se echó de nuevo la seda sobre su cabeza. Cuando se alejó, sus pies, calzados con sandalias, no produjeron el menor ruido sobre las brillantes losas del suelo.

—Siéntate en ese canapé —dijo Darya a David.

David se hundió en el bajo y cómodo asiento. Los niños, silenciosos y alegres, se pusieron a jugar con un montón de chinás. Pronto se presentaron algunos criados trayendo bandejas llenas de frutas colocadas sobre frescas hojas verdes. El ambiente fresco, el suave rumor del agua deslizándose entre las piedras formaban una atmósfera tan nueva, apacible y apaciguadora tras del intenso calor y de la ansiedad producida por la continuada sequía, que David sintió sueño al reclinarsse contra el respaldo del diván. Hacía muchas noches que no dormía bien, aunque encima de su colchón habían colocado, para combatir el calor, un fino trenzado de paja que remplazaba a la sábana.

—Descansa —dijo Darya con su acariciadora voz—. Comprendo que estás cansado. Pareces mucho más delgado, David. Come, amigo mío, y bebe este jugo de frutas. Ha sido endulzado con miel y esto también te restaurará. —Mientras comían y bebían, Darya fijó sus agudos ojos en David y exclamó—: David, haces mal en tratar de ser un santo. ¿Por qué no te casas? ¿Dónde está Olivia? ¿La has olvidado? Un cristiano no necesita ser un *sadhu*. En nuestra religión, sí; el sacerdote debe ser santo y no casarse. Pero es mejor que tú te cases. No tienes buen aspecto. Algunos hombres pueden mantenerse célibes, ¿comprendes, David?, pues llevan la vida en su interior. Pero tú, amigo, debes buscar un manantial de vida fuera de ti mismo. Tú eres un transmisor, y extraerías fuerza de Olivia.

—No la he olvidado —repuso David.

El agradable bocado de dulce que tenía en su boca, la pasta azucarada, se tomó súbitamente seca. Ni siquiera Darya tenía derecho a desflorar el secreto de su corazón.

—¿Le has pedido que se casara contigo? —preguntó ahora Darya con tierno y apremiante interés.

—Sí —se apresuró a responder David.

—¿Y ella te ha rechazado?

—Sí.

—¡Oh, qué loca ha sido! —murmuró Darya con acento de la más profunda cordialidad—. Hubiera debido darse cuenta no sólo de que tú la necesitabas, sino de que también ella te necesitaba a ti. Su única esperanza de paz como mujer está en casarse con un hombre tan agradable como tú, David. Tú la enseñarías a ser suave, y ella te enseñaría a ti a ser fuerte, todo a través del amor. En mi casamiento ha sucedido al revés. Me doy perfecta cuenta de ello. A mí me es necesario tener una esposa débil, que se muestre sumisa y callada cuando yo me enfado. Bien, quedamos en que Olivia ha sido una loca. Pero inténtalo de nuevo, David. Tú no puedes continuar solo. Ésta es la equivocación que cometen los ingleses cuando dejan que sus esposas se vayan a vivir solas a Inglaterra. El clima aquí es más que ardiente, es fecundo. Es nuestra debilidad y nuestra fuerza. Suplícale de nuevo que sea tu esposa, David.

—No es tan fácil como crees, Darya.

No podía explicar a Darya cómo era el amor occidental entre un hombre y una mujer. En algunos sentidos, Darya era un completo extranjero y, además, hindú.

—No puedo hablar de ella —dijo David de pronto.

Darya le apretó la mano, sonrió y movió la cabeza.

—Entonces no hablaremos de ella. Cómete esta raja de melón frío, pues es bueno para los riñones en verano.

David comió y bebió todo lo que Darya quiso. No había sentido apetito durante semanas y el agua hervida de la misión era tibia y mala.

Y ahora, satisfecho porque Darya no se había dejado llevar de su natural insistencia, inició otra conversación.

—¿Hay muchas casas como ésta en la India?

—No muchas —confesó Darya—. Pero sí algunas. Te estás preguntado por qué no renunciamos a nuestras riquezas cuando hay tantos pobres. Yo también me lo he preguntado a veces, y creo que semejante pensamiento me turba bastante. Sin embargo, no acepto la renunciación. Mis padres son viejos y yo soy su hijo mayor. Tengo esposa e hijos, y la familia depende de mí. Pienso en todo esto, aunque sé bien que la renunciación es la fórmula más alta del goce espiritual. Mi padre dice que los que somos ricos realizamos una función útil. Es agradable que la gente sepa que existen casas como las nuestras. Así mantienen la esperanza de mejorar de fortuna. Si esto los consuela, lo ignoro. Pero también tú eres hijo de un hombre rico, David, y tus Escrituras dicen que es muy difícil que un rico entre en el Reino de los Cielos. Nuestros libros sagrados dicen lo mismo, aunque con distintas palabras.

Había llegado el momento de contar a Darya sus proyectos, y diseñó a su amigo el porvenir que él mismo se labraría y la forma en que atraería hacia su escuela a los jóvenes mejor dotados de la India. Les inspiraría fuerza y sabiduría, y reuniría a los mejores maestros y los más fuertes en la fe de todas partes. Llevaría a cabo lo que su padre no había hecho.

Darya escuchaba con los ojos brillantes y una expresión humorística y tierna a la vez en su rostro. Pero David siguió hablando impasible.

—¿Y harás que se hagan cristianos todos esos jóvenes hindúes? —preguntó al fin Darya.

—No haré nada contra su voluntad —replicó David con naturalidad.

—¡Ah! Ya conozco esos procedimientos occidentales. Los rodearás de comodidades y vuestra agua corriente, vuestras habitaciones limpias, vuestras blandas camas, vuestras grandes bibliotecas y vuestra saludable comida, y si se hacen cristianos dispondrán de todo eso. Pero más tarde los jóvenes doctores desearán grandes hospitales y máquinas eléctricas, y no querrán vivir en los pueblos, y los maestros se negarán a enseñar en las escuelas de los pueblos, y las muchachas querrán casarse todas con hombres que puedan ofrecerles casas como las vuestras.

—¿Hay alguna razón para que un hombre no pueda ser cristiano y vivir en una casa limpia y alumbrada con electricidad en lugar de con aceite humoso? —preguntó

David.

—Se ha de andar todo un camino —repuso Darya—. Ese hombre no puede salir de su pueblo para ir directamente a la cristiana América. Ha de regresar a su pueblo y mejorar éste con sus propias manos, amigo mío.

—Como tú haces sin duda —replicó David con ironía.

—¡Ah! Pero yo no soy un pueblerino —replicó Darya—. Sería una manifiesta falsedad en mí pretender hacer aquello para lo que no he nacido.

—Por lo tanto, yo debo hacer aquello para lo que creo haber nacido —insistió David.

—Naturalmente. Construye tu escuela y yo enviaré allí a mis hijos. Pero no esperes que ellos quieran luego ir a los pueblos. Y cuando regresen a casa y me pidan que instale la electricidad, yo me negaré, pues no me gusta la electricidad.

—¿Quién te dice que debes instalar la electricidad? —preguntó David.

—Es el inevitable resultado.

El humor de Darya cambió súbitamente y de nuevo se tornó persuasivo.

—Sé feliz. Es todo lo que yo te pido.

Los dos jóvenes permanecieron un tiempo silenciosos y después de un rato David cerró los ojos y se durmió. Cuando se despertó, los niños habían desaparecido. Pero Darya permanecía reclinado sobre unos cojines leyendo un libro a la luz de una pequeña lámpara de bronce colgada de la pared detrás de su cabeza.

—No te vayas a tu casa —dijo Darya con acento afectuoso—. Quédate aquí conmigo, David. Mi casa es tu casa. Vives demasiado solo.

—He disfrutado de un sueño maravilloso. Un sueño —añadió— restaurador y fresco. Pero ahora debo regresar, Darya.

Darya bromeó.

—¿Estás, pues, decidido, David?

Era ya de noche y cuando salieron, un criado estaba esperándolos con una linterna en previsión de que hubiera serpientes en el camino hasta la verja, y cuando llegaron a ella Darya ordenó al criado que iluminara el camino a David hasta la misión.

—Las serpientes aparecen en la oscuridad del verano y debes guardarte de ellas.

Los dos amigos se despidieron y David echó a andar detrás del criado de Darya. El polvo que el hombre levantaba al andar se le metía a David en las narices. La noche era oscura y sofocante, y la luz del farol brillaba envuelta en un halo de oro. Cuando el joven llegó a la puerta de la misión dio algún dinero al hombre que le había acompañado y él portero encendió una antorcha y echó a andar delante de él hasta la casa, también para protegerle de las serpientes que reptaban por la noche. La casa estaba silenciosa y su atmósfera era caliente, David subió la escalera a la luz de una lámpara que había encendido y que llevaba en la mano. Sus pasos producían un eco en el desnudo suelo. El joven entró en su habitación y paseó, la mirada en torno suyo como tenía por costumbre para comprobar si había algún escorpión o algún ciempiés. Los lagartos eran inofensivos y, pegados a las paredes o al techo, se comían

los mosquitos. Por lo tanto, se les tenía por amigos. Algunas veces, durante la noche, David les oía caer suavemente sobre el techo de algodón de su mosquitero. David se desnudó, se echó agua por todo el cuerpo en el cuarto de baño y tal como estaba se metió en la cama. Por alguna misteriosa razón y muy contra su voluntad, aquella noche soñó con Olivia. Fue un sueño ardoroso y turbador. Soñó que ella había llegado, que estaba allí y que la tenía entre sus brazos. Soñó que ya no se iba más, que se quedaba en la India y que eran felices juntos. Era la primera vez que soñaba con ella desde su llegada a la India, y cuando antes del amanecer se despertó en la oscuridad, se dijo que la que le había hecho soñar era la esposa de Darya. Darya amaba a su mujer. ¡Qué extraño que se llamase Leila!, Leilamani. Había recibido una fuerte impresión al oír su nombre, aunque no quiso decir a Darya que el nombre de su madre era Leila. Ahora, al pensar en su madre, dio a recordar a su país y su niñez; luego volvió de nuevo a Olivia; ésta se acercó a él y sus ojos eran tan oscuros como los de Leilamani.

«Intenta de nuevo —le había dicho Darya—. Intenta de nuevo, David». Éste permanecía tendido sobre una esterilla seca, escuchando el casi imperceptible rumor que producían las patas de los lagartos al moverse. Fuera, en aquellas horas anteriores al amanecer, muy quietas y tranquilas en la India, oyó el balbuceo de una voz humana y más tarde el redoble de un tambor. Una mujer tímida sentiría mucho miedo en la India por la noche. Pero Olivia no era tímida. Sí, debía intentar convencerla. Darya estaba en lo cierto. No era bueno para un hombre permanecer solo en la India. Se alzó de su cama y encendió una vela que tenía sobre la mesilla de noche. Luego se sentó en una silla de bambú y se dispuso a escribir la primera carta de amor de su vida.

En el otro extremo de la ciudad, Darya estaba también escribiendo a Olivia, y Leilamani, inclinada sobre su hombro, con el cabello flotándole en la espalda, observaba las curvas de la letra inglesa y admiraba la habilidad de su esposo, sintiendo una profunda adoración hacia su fuerte y morena mano. Un poco antes, aquella misma mano había acariciado su rendido cuerpo y cuando sus corazones se apaciguaron, Darya pensó en David. Entonces Leilamani empezó a enfurruñarse y quiso saber lo que su marido estaba pensando, y Darya contó a su esposa que David, su hermano, no tenía esposa, hablándole de la alta y orgullosa muchacha que no quería casarse con él. Le explicó también que en el extraño país que existía al otro lado de las aguas negras, las mujeres eran muy voluntariosas y sólo se casaban con el que ellas elegían. Leilamani escuchó atentamente, todavía apoyada en el desnudo brazo de Darya, y de súbito se mostró grave.

—Es una perversidad —exclamó, y luego, llena de piedad por el joven norteamericano a quien Darya amaba, añadió con gentil decisión—: Y tú, bien querido, ¿por qué no ayudas a tu hermano del alma?

—¿Yo? —preguntó Darya con acento soñoliento.

—Tendrás que hacerlo —insistió Leilamani—. Debes escribir una carta a esa Olivia, y decirle que no se porta bien negándose a casarse con David. Dile lo delgado que está y lo solitario que vive en su casa. Haz todo lo que puedas por enternecerla. Tú sabes hacerlo muy bien, Darya.

Darya miró a su esposa y sonrió tiernamente, demasiado feliz para moverse, pero Leilamani no pensaba en dejarle descansar. La joven le empujó con sus suaves manos, y como él no se movía del lecho, ella saltó de la cama y empezó a andar por la habitación con su suave y negro cabello flotándole sobre la espalda. Entonces se puso a cantar para que él no pudiera dormir. Era una canción improvisada en aquel momento y en la que decía a Darya que no se acostaría más aunque la llamara muchas veces, a menos que cumpliera inmediatamente su deber de hermano, pues al día siguiente él estaría en un sitio u otro y ella no podría pedirle nada. Pero en aquel momento era de ella. Entre risas y cantos, Darya se enfadó un poco, pero al fin la joven logró convencerle, recordándole que a menudo aseguraba que tenía que hacer algo, aunque luego lo olvidaba o lo aplazaba, hasta que ya no era ocasión. Al cabo Darya se levantó y empezó a escribir la carta, y cuando la tuvo escrita la leyó en voz alta, traduciéndola a su propio idioma mientras lo hacía.

Señorita Olivia Dessard:

Querida hermana:

Le parecerá a usted extraño recibir una carta mía. Pero le escribo para hablarle de mi hermano David MacArd, pues creo que usted no le habrá olvidado. Está aquí, en Poema. Se lo digo por si no lo sabe. Vive sólo en la misión. Los demás misioneros se han marchado a las colinas, huyendo del calor que estamos padeciendo. Es un muchacho fuerte y santo, y desea resistir todo lo que resiste nuestro pueblo. Sin embargo, está muy delgado y le faltan los cuidados de una esposa. Como amigo y hermano de David, te suplico que vuelva a pensar en el asunto y se reúna con él. En caso de que él no la requiera más (yo le he aconsejado que le pida a usted de nuevo relaciones amorosas) hágamelo saber, pues yo entonces te pediré qué tenga valor. Estoy seguro de que no encontrará usted un marido mejor en ninguna parte. Quedo esperando con la mayor ansiedad su respuesta.

Su amigo y hermano,

Darya.

Leilamani aprobó la carta, y cuando estuvo cerrada y franqueada, llamó a un criado para que fuera inmediatamente a la oficina de Correos y la depositase en el buzón nocturno.

Luego la joven volvió al lecho junto a Darya, que ya se había acostado, y ambos durmieron aquella noche con sueño profundo y tranquilo.

VI

Gracias a la insistencia de Leilamani, la carta de Darya llegó al barco en el último momento, mientras la de David no salió hasta el barco siguiente. Esto hizo que las dos cartas llegaran a manos de Olivia con un intervalo de más de dos semanas. La joven, por lo tanto, tuvo tiempo en esas dos semanas, primero, de reírse de la buena voluntad de Darya, y, más tarde, de preguntarse si David le escribiría o no, y si lo hacía, qué era lo que ella debía responder.

Cuando la carta de David llegó al fin, su corazón estaba preparado, todo debido a Leilamani, a quien no conocía ni de nombre. Olivia cogió la carta de David y la leyó de nuevo.

Puede usted decir que no se le ha perdido nada en las misiones. Bien, querida, no se preocupe por eso. No es necesario que la esposa sea también misionera. La esposa del misionero debe ayudar a su marido, debe sostenerle y consolarle, debe ser su compañera. Al escribir estas palabras pensando en usted, me estremezco de amor. ¿Podré yo gozar de tales cosas?

Olivia dejó que las páginas de la carta cayeran en su regazo y miró por la abierta ventana junto a la cual estaba sentada. Desde allí se veía el parque que se extendía, al otro lado de la calle. Ella y su madre vivían ahora en una parte de Nueva York que distaba mucho de estar de moda. El parque era muy pequeño, y en los bancos, bajo la sombra de unos cuantos árboles raquíticos, se sentaban algunos viejos. La joven se estremeció, fascinada, como a menudo le ocurría, por la miseria, la vejez, la soledad y la pobreza de aquellas gentes. En otro tiempo habían sido todos jóvenes pero ahora eran viejos, y a esto se reducía la historia de sus vidas. Sería una misma historia cuando los años pasaran. ¡Oh! Pero ella vivía muy atareada. En la actualidad contaba con amigos. Sin embargo, no tenía nada verdaderamente suyo excepto su madre, y su madre podía irse con ella a la India. David había incluido en su carta una pequeña fotografía de la misión, y ésta parecía cómoda, estaba situada en el barrio europeo y rodeada por verandas de tejado con mucha inclinación. Además, tenía un aire romántico.

Olivia se puso en pie con decisión y la carta cayó de su regazo al suelo. Luego abrió el escritorio de caoba que había junto a la pared y empezó a escribir rápidamente, con súbita resolución.

Apreciado David:

Bien; esto era lo mejor que le podía decir. No había aprendido a utilizar las palabras corrientes del amor ni pretendía hacerlo.

Hace horas que estoy aquí, sentada junto a la ventana, con su carta entre mis manos. La he leído una y otra vez preguntándome qué es lo que en realidad deseo hacer. Y ahora, cuando ya lo he decidido, me pregunto si soy enteramente justa con usted. Porque voy a decir que sí, David. Seré su esposa. Ignoro si estoy enamorada de usted. Si tuviera que decidirlo ahora, debería decir que no, por lo menos no todavía. No sé cómo es usted en la actualidad. Pero algo me dice que le amaré a usted en cuanto estemos juntos, así que muy pronto partiré para la India...

A Olivia le costó bastante esfuerzo escribir aquella carta. Las palabras no acudían con facilidad a su pluma. Nunca había hablado a nadie con la facilidad que a Darya. Pero esto fue porque el hindú hablaba con la misma naturalidad que respiraba, y la luz de sus extraordinarios ojos iluminaban la conversación. Ella nunca la había olvidado, y su recuerdo hizo que la India le pareciera fácil de imaginar. Olivia hizo una pausa y permaneció reflexionando de nuevo largo rato. Más tarde escribió unas frases más.

Por lo menos, querido David, deseo intentarlo, ya que usted me lo pide, y habiendo dado mi palabra no me volveré atrás.

Cuando Olivia terminó de escribir cerró la carta, la franqueó y, poniéndose el sombrero y la chaqueta, fue hasta la esquina para echarla en el buzón.

Olivia mantuvo en secreto su compromiso, pues se suponía comprometida. La joven se preguntaba si debía decírselo o no al señor MacArd. David no decía nada en su carta que pudiera orientarla. Quizá debiera esperar a recibir otra. O tal vez escribir a David preguntádoselo. Pero una premeditada delicadeza le hizo tomar la decisión de no volver a escribir al joven hasta que éste no respondiera a la suya, y esto significaba meses de espera. Además, no estaba segura de que... deseaba conocer la última decisión de David. Quizá debiera seguir su propio impulso. De todos modos, no diría nada a su madre hasta que se hubiera decidido a contárselo todo al señor MacArd.

Los vacíos días del verano fueron deslizándose lentamente. Sus amigas se habían ausentado, pero ella y su madre no pensaban ir a ninguna parte. Ella había nacido demasiado tarde en la vida de su madre; ahora se daba cuenta de ello. Su madre encontrábase en una edad en la que nada le importaba, salvo la inquietud de quedarse sola. Cuando al fin dejaron la mansión, pareció como si se fundiera la última energía. La anciana se aseguró bien de que el dinero recibido de MacArd era empleado de forma que les permitiera vivir, y desde este punto y hora cesó de pensar. Olivia encontró un departamento que podían pagar perfectamente y metió sus muebles en él,

a la vez que tomaba una criada irlandesa. Su madre asentía a todo. Los antiguos días de lucha habían pasado. El tiempo y la juventud dieron a Olivia la victoria, pero, con gran sorpresa por su parte, vio que no se recreaba en el triunfo. Esto significaba que la niñez había pasado y que de ahora en adelante ella sería la responsable de todos sus actos.

Al fin decidió Olivia, después de algunos días de inquietud y desasosiego, visitar al señor MacArd. Lo debía hacer, pues de este modo su futuro quedaría más claro. El futuro se le presentaba algunas veces bastante nebuloso e incierto, a pesar de la carta de David, que leía una y otra vez, pues la joven era impaciente por naturaleza y el largo silencio tras de haber contestado a David, le resultaba insoportable. Sabía que la causa de aquel silencio no era otra que la distancia y veía con la imaginación el océano y luego millas y millas de tierra perteneciente a muchos países y el mar de nuevo. Pero las horas iban pasando, y la joven deseaba que la vida empezase para ella cuanto antes.

Una mañana, Olivia se despertó y vio que el aire era límpido y que el sol brillaba con todo su esplendor. Un huracán había azotado las aguas del sur la semana anterior y los frescos vientos arrastraron el bochornoso calor que se cernía sobre la ciudad. La joven sintió que sus nervios se aligeraban, que sus músculos anhelaban movimiento y que su cuerpo apremiaba a su voluntad. Iría aquel mismo día a la parte baja de la ciudad y anunciaría con toda sencillez que deseaba ver al señor MacArd. El vestido asumió de pronto una gran importancia, aunque durante días y días no se había preocupado lo más mínimo de lo que llevaba. Eligió un traje de chaqueta de seda gris y una suave blusa de tono amarillo claro. Luego se estuvo probando un sombrero tras otro, hasta que acabó eligiendo un fieltro también de color de crema de anchas alas. Decidió que aquel día tenía que parecer lo más femenina posible y cogió unos guantes de cabritilla también cremosos. Una vez a punto, entró de puntillas en la habitación de su madre, a la que encontró dormida, y salió de la misma forma que había entrado. Irene, la criada, se encontraba en la cocina, y la joven le dijo que salía a dar un gran paseo. Olivia anduvo por las calles con paso rápido, obligada por su juvenil energía y por la excitación que la dominaba. Fue un largo paseo, pero el fresco viento que soplaba le pareció delicioso, sus mejillas adquirieron un tono rosado y sus ojos se tornaron brillantes. Observó su aspecto en las puertas de cristal del edificio de MacArd, y el bello rostro que vio reflejado en ellos le proporcionó la última seguridad que necesitaba.

—El señor MacArd, haga el favor —dijo a la empleada que primero le salió al paso—. Soy la señorita Olivia Dessard.

La aburrida rubia que estaba detrás del escritorio le lanzó una rápida mirada.

—¿Tiene usted cita?

—Dígale que traigo una carta de su hijo, haga el favor.

La joven tomó asiento en un sillón de cuero rojo y espero unos minutos hasta que apareció un hombre.

—El señor MacArd la recibirá a usted, señorita Dessard. Haga el favor de pasar.

Olivia se puso en pie y siguió al hombre a lo largo de una serie de corredores y habitaciones llenas de hombres y mujeres, de máquinas de escribir y de toda clase, y luego, de nuevo a través de corredores hasta que llegaron ante unas macizas dobles puertas de caoba que formaban una especie de barrera. El hombre abrió las puertas, y volvieron a aparecer otros corredores y oficinas, pero éstas estaban alfombradas y eran más tranquilas, no tardando en llegar ante otras macizas puertas de caoba, las cuales fueron abiertas por el hombre; allí, detrás de una enorme mesa de despacho, también de caoba, Olivia vio a MacArd sentado y leyendo una carta. Tenía puestos los lentes, de los que colgaba una gruesa cinta negra, y su traje era de fino paño negro. Llevaba un tieso cuello de pajarita, más blanco que la nieve; y una negra corbata de raso. La joven captó todo esto con una simple mirada, así como la triste expresión que había en el grisáceo rostro, con su barba y sus cejas entre rojizas y canosas. Debajo de éstas, muy hundidos, los pequeños ojos grises se posaron en ella, y los lentes, sujetos por la cinta, cayeron de su nariz.

—¡Bien, señorita Dessard! Siéntese.

El hombre que la había acompañado se marchó, cerrando suavemente la puerta y la muchacha se sentó, en el alto sillón con respaldo colocado ante la mesa.

—Buenos días, señor MacArd.

—Buenos días, señorita. ¿Qué puedo hacer por usted?

La joven no se quitó sus guantes, pero alargó su mano por encima de la mesa. MacArd pareció sorprendido. Sin embargo, estrechó la mano que le ofrecían sin ponerse de pie.

Olivia sonrió y apoyó sus codos en la mesa.

—No me extraña que le sorprenda a usted mi visita, señor MacArd. Pero he creído que mi deber era venir a verle, aunque sé muy bien lo ocupado que está siempre. He recibido una carta de su hijo.

—¿De veras?

MacArd dejó la carta que todavía conservaba en su mano y miró a la joven con las cejas fruncidas. La muchacha continuó hablando.

—David me ha pedido que me case con él, señor MacArd, y yo le he contestado en sentido afirmativo. Pero he pensado que debía saberlo usted.

Olivia esperó inmóvil, con su mirada fija en los grises ojos del señor MacArd. Unos puntitos luminosos brillaban en aquellos profundos ojos, hasta que de súbito MacArd se echó a reír.

—¡Por fin ha recobrado el sentido! —gritó con su peludo rostro surcado de arrugas.

Ante aquella repentina risa la joven miró con expresión interrogante al señor MacArd.

—¿Quiere usted decir que...?

MacArd golpeó la mesa con las palmas de sus manos.

—Quiero decir que va a volver a los Estados Unidos. ¿No es así? Tendrá que venir para casarse con usted, ¿no es verdad?

—De ningún modo —replicó Olivia sorprendida—. Ni a él ni a mí se nos ha ocurrido nada semejante. Me pide que vaya a la India a reunirme con él.

MacArd se puso en pie y se inclinó hacia la joven apoyado en sus puños cerrados.

—¡Cómo! Pero usted no irá, ¿verdad? No creo que sea usted tan loca.

La joven ladeó ligeramente la cabeza para mirarle mejor.

—¡Claro que pienso ir!

—¿Ha estado usted alguna vez allí?

—No. Pero no tengo miedo.

—Pues espere a que llegue allí. Encontrará serpientes, calor, mendigos, suciedad, hombres desnudos que pretenden ser santos...

—Yo creía que usted había creado la Fundación MacArd para mejorar todas esas cosas...

—¡No existe ninguna Fundación MacArd! —gritó MacArd, el cual se dejó caer de pronto en su asiento, y su enorme cuerpo pareció hundirse en él.

—¿Cómo, señor MacArd?

—Lo abandoné todo por considerarlo una tontería —repuso MacArd lentamente—. En lugar de ello, he montado allí unos talleres de aparatos de precisión.

—¡Una fábrica! —balbució la joven—. ¡Y en nuestra casa...!

—No, en la casa propiamente, no. Allí están la administración y el resto de las oficinas. Los talleres han sido instalados en los otros edificios.

—No lo sabía —murmuró Olivia.

La joven apartó la mirada de MacArd y miró a través de la gran ventana. Desde allí, más allá de la gran ciudad, podía ver el río, que torcía hacia el sur. El sol brillaba sobre el agua, que parecía de metal.

—Supongo que debería habérselo comunicado —dijo MacArd con voz pausada—. Sin embargo, la casa es mía, se la he comprado a ustedes. Debo decir que si David hubiese estado aquí yo hubiera llevado adelante mi idea. Pero cuando me dijo que iba a abandonarme para marcharse a la India como un alucinado misionero, no pude seguir adelante con mi proyecto. Mis sentimientos cambiaron.

—¿Sabía eso David antes de marcharse?

—Sí. Pero no le importó lo más mínimo. Sospecho que nada hubiera podido influir en él. Estaba decidido.

—Ya comprendo —repuso Olivia.

El hombre que ella veía ahora, mientras miraba hacia el río que se deslizaba camino del océano, era ciertamente un hombre distinto del que conocía. David se había atrevido a desafiar a su padre y a elegir su propio camino. Creía que esto era imposible, pero David lo había realizado. El joven creció en estatura e importancia ante sus ojos. Ya no era el hijo de su padre. La joven volvió a mirar a MacArd.

—Y ahora...

MacArd encogió sus anchos hombros.

—Estoy muy atareado. Tengo muchas cosas que me preocupan. Mire, esta misma carta. —Tomó la carta que había dejado sobre la mesa al entrar Olivia y se colocó los lentes sobre la nariz haciendo feas muecas—. Puede que no entienda usted nada de ello, pero el país está salvado. Ese tipo, Bryan, está ya fuera de combate. Ya no será nunca presidente. ¿Y sabe usted por qué? Gracias al cianuro potásico. Dos jóvenes escoceses han encontrado el procedimiento, y aquí está su carta. Yo los respaldaré todo lo que sea preciso. Oro en Australia, oro en África del Sur, oro en Klondike. Todo lo que usted quiera. Pero esto otro es el verdadero salvador. —Agitó en el aire las páginas de la carta—. Recuerde usted esta denominación: ¡cianuro potásico! Hará posible que se pueda extraer oro del mineral de baja calidad. Al fin puedo hacerlo. La plata de Bryan no nos interesa ya. Disponemos de oro, de todo el oro que queramos.

—¿Y qué significa el oro, señor MacArd? —preguntó Olivia.

—Significa que el país va a ser capaz de pagar sus deudas. Significa que los negocios prosperarán y que la gente irá a los espectáculos a gastar dinero y a divertirse. El país será sólido de nuevo apoyado en el oro.

Y a cada frase que pronunciaba, daba un golpe en la mesa con la carta.

—Pero para usted, ¿qué significa? —insistió Olivia.

MacArd encarnó sus rojas y canosas cejas.

—Para mí, joven, significa millones. Millones, ¿comprende?

—Comprendo.

Pero lo que ella comprendía era que de súbito había empezado a sentir odio contra aquel hombre pelirrojo y que deseaba huir de su presencia cuanto antes. Se puso en pie y le tendió su mano enguantada por encima de la mesa.

—Adiós, señor MacArd. Me voy. Veo que está usted muy ocupado.

—Hasta la vista, señorita Dessard, y muchas gracias por haber venido. También me alegro de que el loco de mi hijo se case con usted. Ya le enviaré un regalo de boda. Pero no; será mejor que deposite dinero en el banco a disposición de usted todos los años. A una mujer le gusta disponer de dinero suyo.

—Le ruego que no lo haga, señor MacArd —pidió Olivia dominada por una repentina angustia.

—Sí, lo haré. Y no replique usted una palabra, pues lo haré de todos modos. ¿Por qué no? Lo quiero así.

La joven sintió que las lágrimas acudían a sus ojos contra su voluntad. No podía cambiarle. Continuaba siendo tan terco, tan odioso y tan digno de lástima como siempre. Jamás había visto nada como era realmente, y no podía cambiar. ¡Oh! Pero esto era lo terrible, que no podía cambiar. La joven intentó sonreír, pero luego echó a correr, pues jamás podría hacerle comprender que si sentía deseos de llorar era por él. Pero las tenía, no podía evitarlo.

Los monzones llegaron al fin, aunque tarde, y durante días la sedienta tierra fue absorbiendo la lluvia. Tanto en los hogares de los ricos como en los de los pobres la gente durmió noche y día arrullada por el rumor de los lejanos truenos. La terrible tensión producida por el calor y la sequía los había dejado a todos exhaustos, pues mientras esperaban las lluvias les había sido imposible dormir. Los animales habían estado vagabundeando inquietos de un lado para otro a través del campo y de las calles buscando comida y agua, en tanto que los hombres permanecían ociosos, pues de nada servía arañar la reseca superficie de la tierra con sus inútiles arados. Los negocios estaban paralizados en Poona. El dinero había desaparecido, y todos, excepto los ricos, vivían de prestado, en espera de las lluvias. Y ya que los vientos soplaban al fin, arrastrando las nubes por encima del mar y de las montañas; ya que caía la lluvia, la cansada gente dormía a pierna suelta durante horas y horas sin despertar. Cuando escampara, irían a los campos a trabajar, pero por el momento no era pecado dormir.

En la misión, David tampoco pudo permanecer despierto mucho tiempo. Su maestro de *márata* no se presentó en una semana y el joven, solo, luchó con los libros que estaba aprendiendo a leer. Uno de aquellos días el cartero apareció empapado de agua, y tarde, y le entregó algunas cartas envueltas en papel impermeable. David vio que una de ellas era de Olivia y, excitado, dio al cartero una moneda. El hombre sonrió y sus blancos dientes despidieron destellos a la par que su oscura piel brillaba por efecto de la lluvia. El cartero tiritaba, pues el calor del verano se habla trocado en húmeda frialdad. Sus prendas de algodón, muy escasas, se pegaban como papel mojado a su delgado cuerpo.

—Que las cartas le traigan buenas noticias, *sahib* —dijo antes de marcharse, tan complacido como si las buenas noticias fuesen para él.

David entró en la casa conmovido, como muy a menudo se sentía, por la cordialidad de los hindúes. La menor amabilidad que se tuviera a aquella gente, la gentileza más superficial, bastaba para ganarse su adoración. Siempre estaban dispuestos a amar a la gente. Sin embargo, no eran infantiles. Sencillamente, vivían desde hacía tanto tiempo en la miseria que sus corazones estaban a flor de piel y sus nervios se estremecían a la menor ocasión.

David rasgó el sobre, lleno de ansiedad y temeroso a la vez. Si las noticias eran buenas, si Olivia accedía a casarse con él, qué alegría la suya. Pero ¿y si no quería? Durante las semanas pasadas esperando aquella carta había tratado de calmar su impaciencia, negándose a dejarse dominar por la inquietud. Había utilizado conscientemente la plegaria, deseando por encima de todo que la voluntad de Dios se cumpliera. Si Olivia le rechazaba, él no se casaría jamás. Se dedicaría por entero a la India. La vida solitaria estudiando los antiguos textos hebreos, griegos y máratas, habían aguzado su espiritualidad y definido la realidad de Dios.

El joven miró las páginas de la carta y luego sus ojos la recorrieron desde el principio al final. Su corazón saltó alborozado. No creía que Olivia le aceptara, pero allí estaban las palabras que lo decían. Ella le aceptaba e iría a la India para vivir a su lado, para ser su esposa, para ser suya. David leyó la carta palabra por palabra, mientras la lluvia caía sobre el tejado, sobre su cabeza, para precipitarse a chorros desde los tejados de la veranda y caer sobre los macizos. Era una carta muy breve, escrita con la firme y clara letra de la joven sobre un papel azul pálido. En aquel instante no percibía otro rumor que el de la lluvia y el latido de la sangre en sus oídos cuando la tremenda certidumbre fluyó por todo su ser. Su vida iba a cambiar, habían terminado sus dificultades y su soledad.

El joven cayó de rodillas y alzó la cabeza, elevando la carta como para mostrársela a todos. Luego intentó rezar, pero no le fue posible, pues su corazón parecía a punto de estallar. La India le había modelado más de lo que él se imaginaba. Había vivido abrumado por la soledad, por el calor y la opresiva miseria que se extendía a su alrededor. Estaba muy delgado, tenía los nervios excesivamente tensos y su corazón se hallaba desnudo ante cualquier golpe. Aquella felicidad tan súbita le sacudió hasta las raíces de su ser y sintió ardientes e incontenibles lágrimas bajo sus cerrados párpados.

David deseaba hacer partícipe de aquellas gratas noticias a Darya, y algo después, cuando se sintió más tranquilo, se puso su impermeable inglés y, cogiendo un gran paraguas perteneciente al señor Fordham, se dispuso a atravesar la ciudad. Cuando llegó ante la mansión de Darya llamó en la cerrada verja, y un soñoliento portero salió del interior y miró a David a través de la cortina de lluvia. Iba descalzo y se rascaba el vientre.

—Mi amo está durmiendo, *sahib* —dijo—. Todos estamos durmiendo. No me atrevo a despertarle.

—¿Quieres ir a ver si duerme? —insistió David.

El joven permaneció junto a la verja esperando, hasta que pasado un largo tiempo el hombre regresó.

—Estaba durmiendo, *sahib*. Pero se volvió en su cama y yo le dije que estabas aquí, y entonces me ha dicho que entres. Pero todos los demás están durmiendo.

—No estaré mucho tiempo —prometió David.

David siguió al hombre a través de los estropeados jardines y entró en la casa donde vivía Darya. Era cierto que su amigo estaba tumbado sobre un sofá acolchado, con el cuerpo envuelto en una seda afgana para evitar la humedad. Darya levantó una lánguida mano al ver a David.

—David, ¿ha ocurrido algo? —exclamó con voz soñolienta.

—Perdóname que haya venido —repuso David mirando a su amigo. Ambos amigos tenían las manos cogidas—. He recibido una carta de Olivia y accede a

casarse conmigo.

Darya se puso en pie y echó los brazos al cuello de David.

—¡Mi querido amigo! Nada más agradable podría oír en este momento. ¡Por fin vas a tener esposa!

—Me casaré aquí —añadió David—. Deseo que tú seas mi padrino de boda. Ya conoces nuestras costumbres.

—Haré todo lo que tú quieras —repuso con calor Darya—. Tú eres mi hermano y ella será mi hermana. Ven aquí, sentémonos uno al lado del otro y cuéntamelo todo.

—No hay nada más que contar —murmuró David.

Pero se sentó junto a su amigo, y Darya le cogió la mano de nuevo manteniéndola entre las suyas a la manera hindú. Mientras David permanecía silencioso, Darya empezó a hablar con su fluida y elocuente charla, describiendo a Olivia tal como él la recordaba y diciendo el aspecto que tendría cuando llegara. David escuchaba medio complacido, medio turbado. Todo aquello era muy hindú. Pero estaba solo con Darya y como la cosa no tenía importancia le resultaba muy agradable oírle hablar.

De súbito, Darya hizo una pausa y miró a David con una expresión traviesa en sus expresivos y oscuros ojos.

—¿Me atreveré a decírtelo?

—¿Decirme qué? —preguntó David.

Darya alzó sus largas piernas y cruzó sus brazos sobre las rodillas.

—¿Me prometes no enfadarte conmigo?

—¿Por qué iba yo a enfadarme?

—No se pueden prever nunca las reacciones de los hombres occidentales. Os enfadáis inesperadamente cuando menos lo espera uno.

David se echó a reír.

—Creo que nada podrá conseguir que yo me enfade en este momento.

—Entonces, escucha. Te lo diré rápidamente. Otro día puedes no encontrarte en tan buena disposición de ánimo como hoy. Escribí a Olivia.

—¿Que le escribiste?

—Antes que tú quizá.

—Pero ¿por qué?

—Le dije que tú la necesitabas y que ella debía casarse contigo.

Y ante la consternación que se reflejaba en el rostro de su amigo, el hindú se dio prisa en describir la escena nocturna en que Leilamani le había obligado a abogar en favor de su hermano, su amigo, escribiendo una carta que se apresuró a echar al correo.

Pero el hindú se sintió un poco turbado ante el aspecto grave que había adoptado David.

—Leilamani lo hizo por amistad, David, y me parece que obró bien. Si tú fueras hindú, David, comprenderías que se trata de algo completamente natural, una delicadeza, una prueba de afecto entre nosotros. ¿Tu felicidad no es como si fuera la

mía propia?

Darya alzó los brazos y abrazó a David por los hombros tratando de convencerle con los ojos y con la voz. Aquél era el verdadero ser de Darya, su ser hindú, siempre en lo más profundo de él, y, al mismo tiempo, tan inmediato a la superficie que lo inglés desaparecía al absoluto. El hindú hablaba incluso en *márata*, su lengua nativa.

—¡Ah, hermano mío! ¿Estás enfadado conmigo? ¿Qué es lo que dice nuestro Tukaram? «¿Puede mi corazón permanecer inmovible cuando delante de mis ojos veo hombres que están ahogándose?». Así que yo, al ver que estabas ahogándote en tu soledad, alcé la mano en favor tuyo. ¿Me vas a odiar por ello?

Era imposible enfadarse con él, y Darya, que tenía los ojos fijos en el rostro de David, vio que la expresión de su amigo se suavizaba. Instantáneamente tornó a hablar con viveza. Se alzó del sofá y se situó delante de su amigo, haciendo crujir los dedos mientras reía.

—¡Piensa en Olivia! —gritó en inglés—. ¿Crees que nada de lo que dijera podía modificar su alma lo más mínimo? No, no, David. Ella no es como mi gentil Leilamani. Ella no viene cuando tú dices que venga y se marcha cuando tú dices que se vaya. Es una mujer noble y bella, una esposa de la que debes sentirte orgulloso. Pero te advierto que siempre hará su voluntad.

David se rindió.

—Tu incesante charla es capaz de convencer a cualquiera. Mi cerebro da vueltas como un calidoscopio. Hagamos las paces. Tú eres siempre muy amable, y aunque en occidente existe la costumbre de que los asuntos de amor sean resueltos por el interesado mismo, comprendo que has querido ayudarme.

—Y quizá te haya ayudado —declaró Darya con acento triunfal.

—Lo veremos —repuso David, volviendo a reír de nuevo, pues la discusión era a todas luces pueril.

Darya seguía discutiendo por puro placer, sin reconocer jamás la derrota, y él deseaba encontrarse de nuevo en sus habitaciones para leer la carta de Olivia una vez más. Quería asegurarse de que la carta continuaba en el lugar donde la había dejado, encerrada en su mesa de escritorio.

Y, sobre todo, quería contestarla inmediatamente, quería decir a Olivia que acudiera enseguida, tan rápidamente como le fuera posible. Las frases iban formándose en su cerebro a medida que avanzaba chapoteando. «Ven, Olivia. Toma el barco próximo, querida. No me daba cuenta de ello, pero te he estado esperando desde la última vez que te vi. No puedo esperar más, querida mía».

Los monzones dejaron de soplar, y el sol brilló entre la lluvia. En la tierra se produjo un instantáneo florecimiento y las semillas que habían permanecido enterradas en la reseca tierra esperando, cubrieron de fresco verde los campos y los jardines. El tiempo pasó rápidamente y las estaciones se sucedieron con gran rapidez:

la primavera, el verano y las cosechas aparecieron simultáneamente, y la belleza de los campos que se extendían alrededor de la ciudad, y la de las montañas que se alzaban aún más allá dieron a David una exaltación que hasta entonces no había conocido. Los Fordham regresaron, y cuando supieron que David se iba a casar, quisieron demostrar su generosidad, y abandonaron la casa grande de la misión y se fueron a otra más pequeña que hacía tiempo se hallaba vacía.

—Usted tendrá pronto una familia que irá en aumento. Nosotros, en cambio, nos hemos quedado los dos solos —dijo la señora Fordham con tristeza.

La señora Fordham ayudó a David a amueblar la casa para que pudiera recibir a Olivia dignamente. Pero el joven no quiso más cosas que las estrictamente necesarias.

—Olivia tiene mucha personalidad —dijo a la señora Fordham—. Cuando vaya a buscarla a Bombay, estoy seguro de que querrá comprar algunas cosas.

Los Fordham se llevaron sus modestos muebles de bambú y junco y David amuebló sólo unas cuantas habitaciones con objetos adquiridos, en las tiendas de Poona. En la India existían muebles realmente bellos, pero él no se dio cuenta de ello hasta entonces, pues Darya le acompañaba a las tiendas y pedía que les enseñaran lo mejor. David compró algunas magníficas alfombras, varios objetos de plata con incrustaciones, un diván y brocados tan gruesos, debido al oro que tenían, que los insectos no podían destruirlos. También compró una enorme cama inglesa de madera de teca con colchón de pelo, y que en vez de mosquitero tenía un dosel de fina muselina hindú. La cama iba acompañada de algunas sillas de madera de teca con asiento de rejilla. La madera de teca es demasiado dura para que puedan corroerla los termites. Darya discutía en las tiendas con los tenderos e insistía siempre en que se tratase de auténticos productos hindúes.

—Compra estos muebles, David —había orientado a su amigo—. Si a Olivia no le gustan puedes devolverlos; pero creo que le gustarán.

La casa de la misión estaba cambiada. Darya había realizado maravillas, sin contar con los muebles que sin duda Olivia compraría por sí misma. La compra de muebles no pasó del dormitorio, pues Darya afirmó que las tiendas inglesas de Bombay eran mejores que las de Poona, casi tan buenas como las de Londres y mucho mejores que las de Calcuta.

Por la noche, David se arrodilló ante el nuevo lecho, que era muy alto, y rezó sus oraciones. Se arrodilló sobre un taburete, pues las lluvias habían hecho que en la casa entrasen una gran cantidad de insectos y no quería ser distraído por arañas que corrieran por sus piernas o por un curioso lagarto que le mordisqueara los dedos de los pies. También estaba el peligro de los escorpiones y los ciempiés dispuestos a distraer su alma de las cosas de Dios. Se sentía anhelante y lleno de ansiedad, e intentó prepararse para la vida que tenía ante sí, pero entonces le asaltaron dos inquietudes: Olivia debía ser feliz y él tenía que hacer todo lo posible por conseguirlo. Sin embargo, y esto era su preocupación más grave, ella no debía dividir su alma ni siquiera su corazón. Ella debía unirse a él bajo la divina dirección en que

él vivía. Debía comprender su vocación. Unidos como marido y mujer, tenían que trabajar juntos en pro de Dios. Él debía proseguir con toda firmeza sus hábitos de plegaria. Debía seguir siendo lo que ya era, y tenía que serlo desde el mismo instante en que ambos se encontrasen, para que ella no viera en él sólo al novio, sino también al misionero.

Entonces el joven rogó:

—Enséñame lo que debo enseñar, ¡oh Dios!, y si este gran amor que yo siento por ella me ha de separar de ti, tómalo Tú y guárdalo.

Su plegaria ascendió hacia lo alto, y David se echó a dormir y soñó con Olivia y en cuál sería su aspecto cuando él estuviera esperándola en el muelle de Bombay y el barco se fuera acercando poco a poco.

VII

Olivia se levantó al despertar el día y contempló las costas de la India. El cielo, sobre Bombay, era de color rosado, y las luces palidecían ante el sol naciente, mientras la luna, que se hundía en el horizonte, se tornaba de un color de plata vieja. Una ligera niebla se alzó del puerto, suavizando las líneas de los distantes edificios. Entre éstos sobresalía un viejo fuerte o castillo. La joven no podía decir lo que era. La rosada niebla, la pálida lima y el brillo del sol se mezclaban para formar una atmósfera de misterio que envolvía toda aquella tierra.

El vapor había anclado a unas dos millas de la costa, pues las aguas del puerto tenían poco calado, según había dicho el capitán. Para llevar a los pasajeros y sus equipajes a tierra vendrían algunas lanchas.

Olivia oyó la voz de un hombre que la llamaba. Era un joven funcionario de la India.

—¿A punto, señorita Dessard?

Se trataba de un inglés que se había interesado vagamente por la hermosa muchacha norteamericana que iba a la India para casarse con un misionero. Una noche, en los intermedios de un baile, había intentado tan delicadamente como le fue posible bucear en el misterio de aquella joven.

—No puedo menos de abrigar esperanza de que conseguirá usted persuadir a su novio para que abandone ese trágico país —había dicho.

Se trataba de un oxoniense, de un joven que esperaba hacer carrera, de uno de los innumerables hijos menores de las familias inglesas que eran enviados a la India, si no a conquistar fama, por lo menos a hacer fortuna.

—Pero usted no se marchará de la India —repuso Olivia dando pruebas de sagacidad.

—¡Oh! La India es nuestro trabajo —contestó el inglés—. Además —añadió después de pensarlo un momento—, es tan desesperanzador ser misionero... Realmente lo es. Sólo los hindúes peores se tornan cristianos.

Olivia no repuso. La música había empezado a sonar de nuevo y la joven se puso en pie. Le gustaba bailar y sabía que en Poona no tendría ocasión de hacerlo. Fue encantador bailar en el barco. Las subidas y bajadas del barco hacían que se sintiese más ligera que el aire.

—Completamente a punto —contestó con voz tranquila al joven inglés.

—Bien. Entonces adiós y buena suerte —dijo el joven oficial ofreciéndole la mano.

Era una despedida final a algo que empezaba a nacer dentro de él, y Olivia tuvo la sensación de que era así.

—Adiós —contestó la joven rozando apenas la mano que le tendían.

Olivia saltó a la lancha una hora más tarde, seguida por su madre. La lancha formó una estela de espuma en el agua y la pequeña embarcación india se balanceó

sobre las olas.

—Siéntate, mamá —dijo Olivia a su madre.

La señora Dessard obedeció. Era una apacible figura vestida de gris. En su pálido rostro, bajo el sombrero de paja blanca, había una expresión de ansiedad. Después de haber insistido una y otra vez en que no le era posible ir a la India, decidió en el último momento que no podía permitir que Olivia se marchara tan lejos sola para casarse con un hombre al que apenas conocía. La señora Dessard no había sentido la menor alegría durante el largo viaje, y continuaba sin sentirla. Había oído decir que en la India hacía mucho calor y ella odiaba el calor y tenía miedo de las serpientes. Una vez que la vida matrimonial de Olivia estuviera en marcha, ella se apresuraría a regresar a su país.

Olivia, en cambio, no tomó asiento. La joven permaneció junto a la borda mirando el muelle, que se acercaba rápidamente, y el brillo cegador del sol hirió sus pupilas.

Se había levantado al amanecer, pero el sol no tardó en borrar la misteriosa belleza de la madrugada. La isla sobre la que estaba construido Bombay brillaba al otro lado del agua, y su perfil parecía temblar bajo la neblina producida por el calor. Alrededor de la lancha, que seguía avanzando hacia tierra, un activo y ardiente viento formaba en el agua pequeñas olas azules festoneadas de espuma.

La señora Dessard permanecía sentada en silencio en una silla de cubierta mirando con expresión titubeante hacia el embarcadero. También Olivia permanecía callada. Unos cuantos minutos más y vería a David. La primera entrevista entre ellos era de suma importancia. Pero ella no debía permitir que fuera demasiado importante, pues ya era demasiado tarde para cambiar de parecer o volverse atrás. Realmente, no había dejado en su patria nada digno de que volviera a ella.

De pronto descubrió a David en el muelle. El joven, alto y distinguido, muy rígido, irradiaba blancura con su traje de hilo y su salacot, entre el vivido enjambre de gente que le rodeaba. Olivia se inclinó sobre la borda y agitó su chal de seda verde. David la vio y levantó su casco.

Permanecieron mirándose el uno al otro a través de la movediza multitud y la franja de agua que se estrechaba por momentos, buscando ambos lo que todavía no podían ver. ¿Habría cambiado David? La joven se dijo que sí parecía cambiado y mucho más alto. ¿Sería que ella había olvidado cómo era, o bien se debía a aquel extraño traje blanco que llevaba? Se había dejado crecer la barba, una barba de color castaño, y aunque la llevaba cuidadosamente recortada, le hacía parecer, muy diferente del joven que ella recordaba. Aparentaba más edad, tenía el rostro más oscuro, pero esto era efecto de la barba. El joven permaneció inmóvil, con las manos cruzadas delante mientras la lancha atracaba. Pero en el momento en que fue colocada la escalerilla, David se adelantó y entonces fue ella la que permaneció esperando. Por primera vez su corazón empezó a latir desordenadamente. Se había entregado y había entregado su vida no solamente a David, sino a la India, a un

hombre que no conocía y a un país que desconocía. La joven se volvió de espaldas al muelle y se apoyó en la borda. El aire había dejado de soplar súbitamente y el calor era sofocante. Su traje de viaje, de hilo verde, se le pegaba al cuerpo y la estrecha ala de su sombrero de paja apenas le protegía el rostro contra el sol. Pero si se alejaba de allí tal vez David no pudiera encontrarla entre la multitud, así que resolvió esperar. La espera fue de breves minutos, tal vez demasiado corta, pues antes de que tuviera tiempo de aquietar su corazón, vio la blanca figura de su novio que avanzaba por entre la gente que ya descendía a tierra, los mozos de equipaje empleados de los hoteles y los ingleses que se adelantaban a saludar a los amigos.

El joven se acercó con toda sencillez a Olivia, la cual no le pareció nada tímida pues David se inclinó sobre ella y la besó en la mejilla. Olivia sintió el roce de su barba en el rostro, sorprendiéndole la cordialidad que brillaba en sus oscuros ojos. David entonces le tomó una mano y se la apretó cordialmente.

—Olivia, querida...

—¡David!

Era imposible decir más en medio de aquella multitud. Ambos permanecieron con las manos cogidas, mirándose el uno al otro. Pero no demasiado tiempo, pues la señora Dessard se acercó a ellos.

—David, me alegro mucho de verle. Ha sido un viaje terriblemente largo. ¡Cielos, así que esto es la India!

La señora Dessard cambió un apretón de manos con David y luego señaló hacia la orilla.

—¡Cuánta gente!

—En la India hay gente en todos los sitios adonde se vaya —afirmó David—. Pero uno acaba acostumbrándose. En la actualidad la gente es buena, quiero decir que se muestra amistosa. ¿Dónde están las maletas, Olivia? Tendremos que llevarlas a la Aduana.

David hizo un signo a un mozo del «Grand Hotel», donde había tomado habitaciones; el hombre se acercó David le dio las ordeñes con la mayor tranquilidad.

«Sí —pensó Olivia mientras le observaba—. Ha cambiado. Siente más seguridad en sí mismo. Hasta parece que se da aires de superioridad. La antigua timidez ha desaparecido, y con ello algo de su emotivo encanto». Ahora era más hombre, y a Olivia le gustaba que fuera así. ¿Le amaba? Era difícil decidirlo en aquél instante, cuando le encontraba tan cambiado. Quizá le amara fácilmente. Resultaba muy excitante casarse con alguien a quien no se conoce.

—Haríamos bien alejándonos de este sol —dijo David con tranquila autoridad—. Tengo un coche esperando a la salida del muelle. Podemos ir al hotel, y cuando usted haya descansado, señora Dessard, hablaremos de nuestros planes. Supongo, Olivia, que querrás ir a Poona cuanto antes. Todos te están esperando, y a mí la espera me ha parecido muy larga.

—Sois vosotros los jóvenes los que tenéis que decidir —repuso la señora

Dessard.

El sol era abrasador, y la señora Dessard sintió que las gotas de sudor resbalaban por su rostro. Las dos mujeres siguieron a David. Éste había entregado las llaves de las maletas al empleado del hotel y dijo a la señora Dessard que no se preocupara, pues las maletas estaban seguras.

—Los hindúes no son más honrados que los demás hombres —observó mientras avanzaban—. Pero cuando se confía una tarea a un hindú, se puede tener la seguridad de que será honrado por lo menos hasta que haya realizado su trabajo.

Olivia parecía distinta, y David pensó que representaba más edad y estaba más hermosa. ¿Tendría valor, cuando se quedaran solos, de besarla como había soñado hacerlo? El beso soñado debía dárselo cuando se encontraran, pero le pareció imposible darlo o recibirlo en medio de la multitud. Tampoco hubiera podido dar a Olivia su primer beso delante de la señora Dessard. Sin embargo, tenía que darse prisa antes de que llegaran a Poona. La señora Fordham le había hablado con toda claridad a propósito del amor.

—Los hindúes no están acostumbrados a nuestra libertad de costumbres entre ambos sexos —dijo—. Es muy importante que nunca se quede usted a solas con su novia. Creo que la boda debe realizarse lo más pronto posible. Mientras tanto, por favor, ninguna demostración, ninguna ternura, ningún beso.

El coche estaba esperando y David ayudó a la señora Dessard a subir. Tras ella subió Olivia y a continuación él, no tardando en coger la firme y pequeña mano de la joven, que oprimió entre los pliegues de la amplia falda verde de la joven Olivia, presentaba un aspecto fresco y agradable con sus ropas color verde. El calor no echaba a perder su encantadora apariencia y su sombrero de paja sombreaba sus oscuros ojos. David sintió una especie de sofocación al sentarse junto a ella. El esbelto muslo de la joven se apretaba delicadamente contra el suyo, y para dominar su amor, que no podía aún ser explicado ni demostrado, David empezó a hablar de las calles por donde pasaban y de la gente y su vestimenta: hindúes, musulmanes, parsis, judíos, negros, etc. Pero mientras hablaba a la señora Dessard, acariciaba apasionadamente la mano de Olivia, sus dedos, la palma. La joven permanecía inmóvil, sin oír lo que él decía, mirando al exterior, aunque no lograba ver nada a pesar de poner toda su atención, pues su ser entero estaba pendiente de la mano y de los inquietos dedos de David. Olivia no hubiera podido decir en aquel momento si le gustaban o no aquellas caricias. Sin embargo, no retiraba su mano.

David encontró al fin su momento y lo aprovechó cumplidamente. Mientras la señora Dessard se hallaba en su habitación atenta a las maletas, el joven abrió la puerta de la habitación contigua.

—Ésta es tu habitación, Olivia. La mía se encuentra en el otro piso.

Empujó la puerta, aunque sin cerrarla del todo, y una vez detrás de ella tomó al fin a la joven entre sus brazos y la besó en la boca, un largo y profundo beso, como el de sus sueños, su primer beso de novios.

—¡Olivia! —gritó la señora Dessard—. ¿Dónde estás? El mozo quiere entrar tus maletas.

La joven volvió a su ser.

—Aquí, mamá.

Pero tuvieron tiempo de cambiar una mirada tan ardiente, tan rebosante de promesas, que la joven empezó a sentir una especie de vértigo. Olivia siempre había sido muy rápida en sus decisiones y muy rápida en comprender las cosas. Sí se enamoraría de David. Todo marchaba perfectamente y la India era gloriosa.

En el piso de arriba, cuando pagó al mozo y la puerta se cerró, David cayó de rodillas en una muda oración de gracias. No había pecado amando a Olivia y Dios comprendería. Él había creado al varón y a la hembra, al marido y a la mujer. Sin embargo, aquella felicidad no debía absorber por entero su corazón y su alma. Al principio sería bastante duro, pero él aprendería incluso a dominar su arrebato por amor a Cristo. Lo que él había soñado era de una dulzura terrible, pero la religión le resultaba todavía más dulce y fuerte. Olivia era mucho más hermosa de lo que él recordaba. Elevó su muda plegaria para obtener fuerzas y obligó a su pensamiento a pensar en Cristo, y entonces se le ocurrió lo que jamás se le había ocurrido antes, Cristo, el segundo miembro de la Trinidad, el único de los tres que había sido hombre y a quien con tanta naturalidad dirigía él sus plegarias, había muerto y subido de nuevo a los cielos. Pero nunca conoció amor de mujer. Su plegaria titubeó, perdió sus alas y se abatió en tierra. No, él no podía pedir ayuda para amar menos a Olivia. Por el contrario, debía amar a Dios todavía más, y de esta manera el amor más grande dominaría en él. Éste era el camino: no menos amor, sino más.

Intentó decir algo de esto a Olivia la tarde de aquel mismo día. Olivia deseaba pasear, quería ver las calles, así que salieron del hotel y David la condujo hasta las orillas de la Sack Bay. El sol se había puesto ya, pero una franja roja se extendía sobre el horizonte, y las olas producían un sordo rumor al chocar contra la orilla. Las verdes cumbres de Malabar Hill se veían aún claramente, aunque se iban apagando en el rápido anochecer. Los relojes de la gran ciudad dieron las siete y la gente empezó a alejarse de la playa. Sacerdotes parsis, vestidos con grandes trajes blancos, permanecían contemplando la última luz del sol sin prestar atención a la gente que los rodeaba, y los ingleses y sus esposas marchaban hacia sus casas a lo largo de la playa, mientras los niños blancos continuaban jugando, negándose a dar por terminado el día.

—Si yo parezco a veces ausente —dijo David a Olivia cuando estaban en la playa con las manos cogidas y el rostro vuelto hacia occidente— no es que mi amor decaiga. Es simplemente que las tareas de mi vocación exigen toda mi atención y toda la fuerza de mi corazón.

—No me importará —repuso Olivia con perfecta calma.

Más allá del agitado mar, el lucero vespertino brilló súbitamente, dorado, suave y transparente.

Una semana después estaban casados. La pequeña iglesia de Poona se llenó de hindúes cristianos que cuchicheaban entre sí. Como de costumbre, estaban sentados en el suelo. Pero había tantos, que el camino hasta el altar resultaba estrecho de veras. Olivia avanzó hacia el altar y si vio los rostros que había a sus pies y los que la miraban desde las ventanas, no dio pruebas de ello. Su madre andaba junto a ella, y David esperaba ante el altar teniendo a un lado a Darya y al otro al señor Fordham revestido para la ceremonia.

Olivia estaba muy pálida y se movía con gran dignidad. Pero David, que no olvidaba el modo de pensar de los hindúes, no le dirigió más que una rápida mirada. Por su parte, Olivia, que también estaba advertida, mantenía la cabeza ligeramente inclinada bajo su corto velo. La señora Fordham tocó el pequeño órgano hasta que oyó que Olivia llegaba al presbiterio. Entonces dejó que la melodiosa música muriera lentamente, y cuando esto ocurrió la solemne voz nasal del señor Fordham empezó a decir las palabras sagradas. La señora Dessard, con el pañuelo en la boca, sollozaba suavemente.

—¿Quién da a esta mujer? —preguntó el señor Fordham.

—Yo, yo la doy —murmuró sollozando la señora Dessard.

Todo era cosa de Olivia. Los Fordham era gente vulgar y no importaba lo que hicieran. Pero David MacArd y su hija no tenían por qué ser misioneros. El viejo MacArd estaba en lo cierto, Olivia le había contado muy enfadada la escena con el padre, pero cuando ella regresara a Nueva York escribiría una carta al señor MacArd para decirle que tenía razón. La India era un país horrible. Aquella misma mañana, al coger ella la esponja de baño, un ciempiés había saltado de ella haciendo que casi se desmayara, aunque por fortuna el peligroso insecto había caído en la bañera desde su hombro derecho y desaparecido por el desagüe. La señora Dessard fue cultivando la rebeldía en su corazón hasta que de pronto el armonio sonó de nuevo alegremente y David y Olivia empezaron a recorrer en sentido inverso el pasillo, y ella echó a andar detrás de ellos. Una semana más tarde, o quizá dos días después, ella se encontraría en un barco de regreso a un país cristiano.

—¡Pobre mamá! —exclamó Olivia súbitamente.

Llevaban cuatro días de casados.

—¿Por qué? —preguntó. David con expresión distraída.

—Por todo esto —repuso Olivia señalando con una mano la línea de colinas que rodeaban a Poona por todos lados—. Me hubiera gustado que no lo hubiese visto. Ahora nunca creerá que la India no es lo que ella se imagina.

—Mucho de lo que piensa es verdad —observó David.

—Sí, pero hay algo más —insistió Olivia.

La joven era feliz, profunda y completamente feliz. Estaba enamorada. Había sentido mucho miedo, pero se hallaba enamorada de aquel hombre extraño, su marido. Cuando recordaba al esbelto muchacho que se había arrojado a sus pies y al que ella rechazó rápidamente porque parecía tan infantil, tan tierno, tan inocente, le costaba creer que hubiera podido transformarse en el tranquilo y arrogante hombre que le decía a veces con tanto aplomo que deseaba estar solo, que se retiraba mañana y tarde para decir sus oraciones, que estaba decidido a ser su propio dueño y a quien, sin embargo, ella rendía culto. Se había sometido a él y experimentaba un verdadero deleite en la sumisión. Le obedecía a ciegas, sorprendiéndose al mismo tiempo de que le gustara la obediencia. Había vivido sola tanto tiempo, durante el cual había hecho siempre su santa voluntad sin que su madre fuera capaz de dominarla, que ahora le resultaba en extremo excitante comprobar que, aunque David la amaba con toda su pasión, ello no representaba toda su vida. Era su bienamada, pero el amor no lo era todo para aquel hombre. Ignoraba lo que su marido albergaba en el pensamiento, y la imaginación de la joven se estremecía al pensar en ello. Pero a Olivia le gustaba hasta la barba de su marido, pues el muchacho que había conocido tenía el perfil estropeado debido a su delicada barbilla. La delicadeza de los párpados y de la nariz continuaban aún, pero su boca era firme y su mentón había desaparecido bajo la barba.

—¡Oh, te amo! —exclamó la joven en un súbito arrebató de amor.

Estaban sentados en una veranda desde donde las montañas se escalonaban hacia el horizonte, y tan abruptamente descendían que las copas de los primeros árboles rozaban la barandilla.

La joven cayó de rodillas ante su marido, y David sorprendió en sus ojos la llama de un inesperado culto. Aquélla era Olivia, que le sorprendía con su amor, una mujer que fácilmente podía no haberle amado, pero que por alguna gracia de Dios le quería ahora rendidamente. David sabía que su mujer era capaz de amar con todo su ser o no amar en absoluto, y aunque temblaba a veces ante su ardor, por otro lado se sentía tranquilizado. Si ella no se hubiera entregado tan completamente, a él no le hubiese sido posible evitar el asediarla, y en tal persecución tal vez se hubiera alejado de Dios. Pero ahora ella era por completo suya. No necesitaba perseguirla y, por lo tanto, quedaba libre. La amaba con pasión, pero no de una forma pecaminosa, pues ella no le destruía. El centro de su corazón permanecía tranquilo y sereno, y allí habitaba Dios, no Olivia. David tenía la sensación de que todo estaba ordenado de un modo perfecto, y de que el equilibrio era perfectamente mantenido.

—Me quieres, gracias a Dios —dijo David contemplando los oscuros ojos que le adoraban.

—¿Y por qué gracias a Dios? —preguntó Olivia.

—Porque de otro modo yo me hubiera destruido a mí mismo. Podía haber perdido

incluso mi alma.

Olivia no comprendió lo que él quería decir, pero escuchó atentamente. No se le ocurría pensar que tenía un rival, o que su lugar estaba ya ocupado. Ella era la segunda, no la primera. Ella era el corazón de él, pero no su alma. Olivia, sin embargo, no acertaba a ver la diferencia.

—Tómame en tus brazos —murmuró la joven.

David le tomó entre sus brazos, seguro de que nadie le veía en la suave noche hindú. La oscuridad era completa. El rápido crepúsculo había terminado, y a no ser por las estrellas que se encendieron en el horizonte no hubiera podido ver, la densa línea de montañas que se dibujaban contra el cielo. La felicidad fluía del hombre a la mujer, y a Olivia le bastaba con aquello. Lo era todo. Pero para David aquello era sólo algo humano, y aunque dulce, se trataba sólo de una satisfacción y nada más. Para él el divino milagro no estaba allí, en la tierra, ni siquiera en sus brazos. La mantenía abrazada, pero sus ojos buscaban el cielo; más allá de las estrellas. Estaba en comunicación con Dios. Ahora lo sabía, y se sentía seguro.

Ante su propia sorpresa, Olivia vio que le gustaba la India, o quizá su particular fragmento de la India. Por la mañana, los bien enseñados criados le servían el té con tostadas. Aquel día permanecía en la cama fingiendo dormir hasta que oyó el rumor de las silenciosas pisadas.

—*Memsahib*.

Olivia oyó el suave murmullo y, abriendo los ojos, vio la frágil figura de un muchacho, un adolescente de piel oscura que era hijo del cocinero. El criado depositó la bandeja sobre la mesa.

—Gracias —dijo Olivia con voz soñolienta.

El muchacho salió andando con sus pies descalzos y Olivia se desperezó indolentemente. David había abandonado el enorme lecho una hora antes. Las frescas horas de la mañana eran las mejores para el estudio y para rezar sus plegarias. La joven saltó del lecho y examinó sus zapatillas por si algún insecto se hubiera metido en ellas durante la noche. Las zapatillas no tenían nada y Olivia se las calzó. Hacía media hora que el sol había surgido en el horizonte. Pero la habitación estaba ya caliente y Olivia se peinó y se trenzó el cabello, dirigiéndose al cuarto de baño después de sacar de la garrafa agua hervida. Toda agua que se usara debía estar hervida, según le habían dicho. Luego se quitó la camisa de dormir, de muselina y se echó encima un jarro de agua tibia. El agua resbaló por su esbelto cuerpo hasta el suelo de losas, que hacía, pendiente hacia el desagüe. A Olivia le gustaba aquella especie de baño, pues era rápido y refrescante. Luego se secó con una toalla suave y se puso una camisa de día. Había aprendido ya a vestirse cómodamente. La señora Fordham seguía llevando todavía corsé. Pero Olivia había guardado los suyos en el baúl de las prendas que no podía llevar en la India. Una camisa, una enagua y encima

la bata de muselina; sandalias en los pies desnudos, y nada más. Sus faldas eran largas y no servían para la India. Mientras se vestía, sorbió el fuerte té hindú y se comió las tostadas sin mojarlas. No tomaba manteca. La manteca la traían en latas de estaño desde Australia y cuando se abría la lata no se encontraba más que un suave aceite amarillento. No la utilizaban ni siquiera en las verduras. Pero las tostadas secas y el oscuro y casi amargo té con leche condensada eran un buen desayuno después de una noche de calor. No comería hasta las doce. Luego, un té inglés, a las cuatro, y cenaría al oscurecer. En aquel clima se necesitaba comer a menudo, pero nunca mucho de una vez. Olivia dejó la habitación sin arreglar, con sus prendas esparcidas aquí y allí, tal como habían quedado por la noche. En la casa había suficientes criados, algunos paganos y otros que servían únicamente a cambio de las sobras de la cocina. Olivia no preguntaba nunca cuántos eran. La señora Fordham tenía que vivir con el simple salario de misionero. Su caso era muy distinto. El viejo MacArd ingresaba los cheques sin previo aviso en un banco inglés de Bombay, y ella, pese a lo que le había dicho a su suegro, encontraba aquello muy agradable. Por otra parte, David no hacía preguntas. Dejaba hacer a su esposa todo lo que quería, y cuando la señora Fordham sugirió un día que Olivia no era una verdadera esposa de misionero, David se mostró conforme con su punto de vista.

—Pedí a Olivia que fuera mi esposa —dijo con la firmeza que había aprendido a emplear con los Fordham—. Pero no le pedí que fuese misionera. Eso no entraba dentro de mis posibilidades.

Olivia, sin embargo, intentaba ser agradable a aquellos firmes cristianos. Estimaba a la señora Fordham y mostraba gran simpatía por el señor Fordham. Eran buenos. Mas... ¿no desperdiciaban el tiempo preocupándose tanto del pobre y de la casta baja? La joven se lo había preguntado una vez a David, añadiendo:

—Si hay muchos hindúes como Darya, ¿por qué no los hacéis cristianos entre tú y los Fordham?

Pero también el señor y la señora Fordham habían puesto sus ojos en el altivo y rico hindú.

—Si le pudiera usted ganar para Cristo... —decían a David con expresión pensativa.

Pero Darya eludía a Cristo con su habitual ligereza y su gracia irónica.

—La religión es algo tan personal como el casamiento —declaraba el hindú—. Jamás se me ocurriría, David, tratar de atraerte a mi fe hindú, y tú, amigo mío, eres demasiado parecido a mí para que intentes cambiarme. ¿No es eso lo que ocurre entre nosotros?

¿Quién podría negar su encanto? Olivia lo encontraba delicioso y debía evitarse a toda costa que se tornara receloso.

—Dejad a Darya con su religión —dijo Olivia a David, a lo que éste no replicó.

Olivia no conocía aún a Leilamani, ni tampoco había cambiado con Darya más que algunos saludos y unas cuantas frases. Darya se había mostrado casi tímido en su

presencia.

—Después que esté usted instalada y que pasé su luna de miel —dijo el hindú—, cuando ya se haya usted acostumbrado a Poona, la invitaré a mi casa para que conozca a Leilamani.

Darya seguía sin invitarla y cuando un día Olivia se lamentó en voz alta de la dilación, David repuso:

—Darya hace siempre lo que quiere. Tendrás que esperar.

Las maneras de David eran remotas y su firme voz y sus miradas indicaron a Olivia que se trataba del otro David, del misionero. Pero ella era demasiado feliz para sentirse agraviada. Contenta era, quizá, la palabra más adecuada para designar su estado de ánimo, pues el contento era tan profundo y la felicidad tan intensa y particular, que debía ser reservada para los momentos especiales.

Aquella mañana Olivia acabó el té y las tostadas y salió de su habitación. Todas las persianas estaban echadas para proteger la casa del sol, lo que al andar por ella se disfrutaba de una sensación de frescura, aunque sólo fuera en apariencia. Los desnudos suelos estaban pulidos, los muebles limpios de polvo y una criada había llenado los jarrones con flores frescas. Olivia no había intentado cultivar flores que ella desconocía. Algunas veces eran sólo enormes tallos de helecho y pequeñas ramas de palmera. La joven anduvo a través de las grandes y desnudas habitaciones para las que no había comprado muebles en Bombay. No quiso comprar nada para una casa que todavía no había visto. Los escasos muebles, de un exquisito trabajo manual, algunas mesas chinas y aparadores y los brocados hindúes colocados sobre sus oscuras y brillantes superficies bastaban por el momento. No había puesto cortinas, pues las celosías le parecían suficientes. Tampoco le gustaban las pinturas en las paredes. Despreciaba los interiores ingleses, las habitaciones atestadas de objetos de Londres, y todavía le gustaban menos los efectos, muy parecidos a los ingleses, y que de una manera harto barata lograba la señora Fordham a fuerza de juncos y mimbres. Olivia no quería tampoco cojines, que le resultaban agobiantes bajo el calor de la India y los insectos.

—La casa queda un poco desnuda —le había dicho la señora Fordham.

—Me gusta la desnudez —repuso Olivia.

Iba en busca de David, aunque sin muchas esperanzas de dar con él, pues a aquella hora podía encontrarse en cualquier sitio insospechado, hablando con algún pesado visitante o bien trabajando en compañía del arquitecto que estaba dando forma a sus grandes planes para fundar una enorme escuela.

David se había lanzado a la tarea con el mismo ímpetu de su padre, aunque los propósitos del hijo eran muy distintos. La joven sabía que su esposo planeaba la construcción de todo un barrio, un centro de educación, de salud y de religión. Algún día, aquel centro sería conocido en toda la India gracias a los millones de MacArd. ¿Qué hubiera sido David caso de ser hijo de un hombre pobre?

Olivia encontró a David en su despacho, ante la enorme mesa que se había hecho

construir para poder examinar los planos. Un joven arquitecto anglohindú le acompañaba, y ambos estaban entregados a la tarea de confeccionar los planos de un nuevo dormitorio que debía añadirse a la sección de hombres.

El anglohindú fue el primero en verla. Se trataba de un joven delgado y pulcro, cuya piel olivácea, ojos medio azules y liso cabello, de un tono oscuro sin llegar al negro, ponían de manifiesto la mezcla de razas que existía en él. Era inglés, y su aspecto le proclamaba hijo de padre inglés. Pero olvidaba con todo propósito a su madre de la cual había heredado las facciones, pues ella era hindú.

—Buenos días, señora MacArd —dijo con un acento de Oxford ligeramente exagerado, una pequeña extravagancia que revelaba su sangre hindú—. Tenía esperanzas de que viniera usted. Posee usted tan extraordinario sentido del dibujo; un ojo tan rápido para percibir el equilibrio... Siempre es un alivio que le señalen a uno los defectos de una manera tan deliciosa.

Olivia sonrió y le tendió la mano, segura de parecer encantadora con su suave vestido de muselina blanca. La India la había hecho femenina, proporcionándole una suave languidez. Sus labios no se mantenían ya apretados ni su cuerpo tenso. Pero esto tal vez se debiera en parte al matrimonio y a la certidumbre de que amaba al hombre con quien se había casado. La religión, la vocación, había hecho a David fuerte y dominante, en tanto que a ella el amor le había enseñado el goce de la sumisión. La joven estaba convencida de que siempre había sentido deseos de someterse, y ahora podía hacerlo sin la menor pérdida de sí misma. Olivia sorprendió en los ojos del anglohindú un desagradable brillo y se apresuró a retirar su mano.

—Buenos días, Olivia —exclamó David, que siempre tenía el mayor cuidado de no demostrar la menor ternura marital ante los hindúes o ante anglohindúes, que son siempre más hindúes que ingleses—. Siéntate y danos tu consejo, como sugiere Ramsay. Pero primero explicaré mi idea. Quiero aquí un vasto cuadrilátero —y apoyó un dedo en el lugar del plano a que se refería—, que tenga una fuente en el centro y que sea algo verdaderamente bello. Deseo tentar a los jóvenes para que vengan aquí.

—¿Y qué pasará cuando los hayas cazado con tu red? —preguntó Olivia inclinándose sobre su marido, sintiendo un exquisito placer.

—Una vez estén aquí me dedicaré a sus almas —replicó David con acento enérgico—. No les daré ocasión, por ejemplo, para que sigan cultivando su espíritu de casta.

Ramsay movió su cabeza con expresión dubitativa y durante un segundo se dedicó a atusarse su pequeño y largo bigote.

—Habrà disgustos. Esa gente está acostumbrada a dividirse en castas. ¿Comprende usted? Y el márata es un pueblo muy fuerte, muy poderoso y todo lo demás. Será tan liberal como usted quiera, pero de repente, sin saber por qué, se torna súbitamente supersticioso. No hay más que reparar en el culto que rinden en el presente a esa terrible vieja. Entre sus seguidores se encuentran en la actualidad hindúes de gran cultura. Es descorazonador, créanme.

La terrible vieja a que se refería Ramsay no era otra que una mendiga medio loca que vagabundeaba por Poona y de la que se afirmaba que tenía ciento cincuenta años y podía resucitar a los muertos. Era cierto que había jóvenes hindúes, incluso algunos educados en Oxford y Cambridge, que creían o medio creían en ella. Hasta Darya, que en principio tomó la cosa a broma, pero que al mismo tiempo había alquilado a un *swami* para que exorcizara su casa en ocasión de que los criados estaban aterrorizados porque creían que un espíritu maligno se había introducido entre las vigas.

—Es una tontería eso de que los hindúes sean espirituales —continuó Ramsay con el aire de bravata y el lastimoso desprecio propio del hombre que cree que debe avergonzarse de sus antepasados—. Los hindúes no son espirituales, sino simplemente supersticiosos, y muchos de ellos no creen en nada.

David escuchaba con su acostumbrada atención.

—Quizá sea mejor que los falsos dioses sean rechazados. Así podrá ser bien recibido el espíritu del verdadero Dios —observó.

—¡Oh! Los viejos *yoguis* no dejarán que eso ocurra —exclamó Ramsay con extraña pasión—. Pretenden ser santos, pero son perversos y crueles.

—Eso depende de la naturaleza del hombre —replicó David—. Hay *yoguis* tan amables, tan persuasivos y tan buenos, que yo los temo. Son nuestros verdaderos enemigos. ¿Recuerda usted lo que dice el poeta márata llamado Tukaram? El otro día leí su poema:

Para todo muestra él misericordia.

Para todo tiene un idéntico amor.

»Ése es el hombre a quien yo temo, Pero a los *yoguis* crueles, duros y llenos de suficiencia, ¡oh!, a éstos no los temo. La naturaleza se vuelve hacia el amor como las plantas al sol. «Guíanos de la oscuridad a la luz», dicen los libros hindúes, y este apasionado deseo es el que palpita en los corazones de esas gentes. Pero yo quiero mostrarles la verdadera luz.

Ramsay y Olivia escuchaban sojuzgados por su profunda sinceridad, Olivia se sentía maravillada ante el poder de atracción que ejercía aquel hombre amado. ¿De dónde procedía aquel poder, sino del manantial interior de su propia fe? Ella era cristiana, pero no se parecía en nada a su esposo. La religión formaba parte de la atmósfera en que vivía, el goce que encontraba en su amistad con los ingleses de Poona, la piedad que sentía ante la gran miseria que descubría en todas partes, el placer que experimentó en las montañas, donde ella y David habían ido a pasar unas breves vacaciones, el divertido afecto por los Fordham y otros como ellos, antes de tener que andar con un poco de cautela debido a que gozaba de unos beneficios que los demás no compartían.

La pobre señorita Parker, por ejemplo, chata y rechoncha, que consideraba el

matrimonio de los jóvenes MacArd como algo demasiado próximo al cielo para que ella pudiera sentirse tranquila. ¡Oh, ella, Olivia, disfrutaba de muchas ventajas y debía mostrarse humilde!

—¿Qué significa esta señal? —preguntó Olivia apoyando un dedo en un ángulo del plano, aunque hizo la pregunta sólo para poder inclinarse de nuevo sobre el hombro de David.

—Quiero que Ramsay sitúe aquí un dormitorio para las mujeres —repuso David. Ramsay le interrumpió con una voz quizá demasiado impetuosa.

—No es mi propósito criticar nada. Pero temo que vayamos demasiado de prisa, señor MacArd. No creo que los hindúes dejen entrar a sus muchachas en una agrupación de edificios donde haya estudiantes varones.

David se mostró firme en su idea.

—Si he de evitar que se reavive el hinduismo, he de atreverme a romper con todas las viejas costumbres. El pueblo *ramkrishna* conoce perfectamente los peligros de las viejas ideas *sonnyasa*, que enseñan que los hombres deben mostrarse indiferentes ante las penas del mundo, pues todo es ilusión. Los *ramkrishnas* creen que Dios toma innumerables formas y colores, apareciéndose por todas partes. «Sed dioses y haced dioses». Esto lo he oído yo mismo. Reavivarán el hinduismo con esas frases, y la India sería entonces apartada del mundo durante centurias. Son las mujeres las que más se adhieren a las supersticiones, y son las mujeres a las que tengo que educar hasta que consigan el nivel de los hombres.

Ramsay dejó escapar una breve e irónica exclamación.

—Si tiene usted miedo de los nuevos dioses, ¿por qué no tiene miedo del nacionalismo? Ahí es donde ahora desemboca la vieja fuerza.

—No tengo miedo del nacionalismo —repuso David—. Cuento con algo mucho más poderoso que todo lo que el nacionalismo pueda levantar. La fuerza de las masas hindúes y de la gente como ellos que existen en todo el mundo, hombres y mujeres que no saben leer ni escribir, los campesinos, los de abajo, los hombres que en la India van a arar sus resacas tierras con un arado no mejor que el que llevaban sus antepasados de hace mil años y que viven tan mal alimentados como aquéllos, mientras su esposa se queda en el hogar, sujeta, como las mujeres de la antigüedad, «a las tres cosas encorvadas: el molino de mano, el mortero y su jorobado señor».

—Y ustedes dos ¿cuándo se van a poner de acuerdo? —murmuró Olivia.

Ramsay se echó a reír.

—Por fortuna, no necesitamos ponernos de acuerdo. Es imposible ponerse de acuerdo sobre la India, ¿comprende usted? Ni siquiera se ponen de acuerdo dos hindúes, y eso que hablan de su propio país. Pero yo soy sólo un arquitecto inglés, así que nada me ata la lengua. Me habían informado muy mal sobre la India. He pasado en Inglaterra la mayor parte de mi vida.

Dijo esto con expresión distraída, sin mirar a los MacArd, mientras enrollaba las grandes hojas de papel azul, sosteniendo los extremos de las mismas con sus

estrechas manos, unas extrañas manos oscuras, mucho más oscuras que su rostro, e innegablemente hindúes.

—Bien, buenos días, señora MacArd y señor MacArd —dijo—. Me alegro de que apruebe usted lo de la fuente, señor MacArd.

Hizo una reverencia un poco demasiado pronunciada para un inglés y salió. Una vez solos, Olivia dijo:

—¡Pobre hombre! Trata con todo su corazón de parecer inglés.

—Hace muy mal —repuso David—. Los hindúes le odian, pues saben que no es inglés.

—¡Oh!, déjale que sea lo que quiera —exclamó Olivia con inusitado ímpetu.

La joven parecía reacia a marcharse, aunque era demasiado orgullosa para pedir el beso de la mañana, pero David recordó la costumbre.

El joven se puso en pie, sonrió, abrió los brazos y Olivia se precipitó en ellos. Aquellos primeros meses de matrimonio eran peligrosamente dulces y casi demasiado bellos. Los dos poseían un temperamento apasionado y habían encontrado en sí mismos deseos y respuestas que jamás habían soñado que existieran. Ambos eran inocentemente sensuales, creyendo que la bendición de Dios los relevaba de dominarse, puesto que su matrimonio había sido santificado.

David la mantuvo abrazada largo tiempo y se inclinó para unir sus labios a los de ella.

Olivia fue la primera en apartarse, sin aliento, y tras de lanzar un suspiro dejó caer la cabeza sobre el hombro de su marido.

En aquel instante oyeron una discreta tos en la puerta. Entonces se separaron y Olivia murmuró:

—¿Cómo se las arreglarán para interrumpir siempre?

La interrupción había sido hecha sin malicia alguna. El criado adolescente traía una carta sobre una pequeña bandeja de cobre y David la cogió.

—Es de Darya —dijo sonriendo—. Creo que es una invitación para ti.

Así era, en efecto. Los invitaba a una cena completamente hindú, y la invitación decía que Leilamani esperaba a Olivia, y Darya a su querido hermano y amigo.

Darya se encontraba en la puerta para darles la bienvenida, y Olivia vio que aquella noche Darya era un completo hindú. No se trataba sólo del vestido, aunque las ricas prendas hindúes y el turbante de brocado arrollado a la cabeza realzaban su belleza varonil. Su extática figura, de pie en el umbral, sus grandes y profundos ojos, que parecían mirar a la lejanía, la dignidad de su noble porte le hacían hindú y extraño. El joven unió las palmas de sus manos, haciendo el gracioso saludo de su gente, el símbolo, como una vez había dicho a Olivia, del reconocimiento de la existencia de algo divino en cada ser humano. Pero aquella noche el ademán le hizo parecer más alejado de ellos que nunca. Olivia se sintió repentinamente tímida y

molesta, intentando disimular aquellas sensaciones, pero fracasó en su empeño. Por una vez, Darya no la ayudaba.

—Entren —dijo gravemente Darya—. Sean bien venidos a mi casa.

Y el joven los guió hasta una gran habitación de forma regular adornada con brocados. Sobre el suelo y bajo los almohadones había espesas alfombras. Darya los invitó a sentarse, y él se sentó cerca de ellos, dando a continuación unas breves palmadas. Instantes después aparecieron varios criados con bandejas en las que había jugo de frutas, agua con miel y dulces. Colocaron las bandejas ante David y Olivia, pero no ante Darya. Éste dijo algo en voz baja a un criado y luego hizo signos a sus invitados para que empezasen a comer.

David no hizo cumplidos. En cuanto a Olivia, se mostró sorprendida al principio, pero pronto siguió el ejemplo de su marido. Nunca había probado aquella comida y la encontró deliciosa. Pequeñas tartas, bolas calientes que parecían de mármol, hechas con pasta de verduras y muchas especias, tortas de miel, delicadas como pétalos de rosas y presentadas sobre frescas hojas verdes.

—Todo esto está destinado a ti, Olivia —dijo David después de algunos momentos—. A mí no me hicieron tal honor cuando vine aquí por vez primera.

El joven miró a Darya con expresión afectuosa y divertida, mirada a la que el hindú correspondió con una súbita carcajada. Darya se quitó el turbante, lo colocó en el suelo junto a él y cogió una torta de la bandeja de David.

—Es completamente cierto —afirmó—. Si usted fuese una dama hindú, Olivia, una dama moderna, se entiende, pues si fuera, anticuada no nos encontraríamos jamás, hubiera sido usted recibida de la misma forma que lo ha sido ahora.

—En la actualidad, Darya... —empezó a decir David.

Darya le interrumpió.

—Bien, digamos entonces que mi padre le hubiera recibido a usted de este modo. Yo he sido viciado por el mundo moderno, se lo aseguro. Además, soy perezoso. Cuesta un gran esfuerzo observar puntualmente las viejas costumbres. Todo lo que puedo hacer es intentar quedar decentemente. Lo que mis hijos hagan cuando sean mayores, eso ya no puedo decirlo. Mientras tanto...

Miró hacia la puerta, interrumpido por un rumor de voces infantiles, y se puso en pie.

—Aquí están ya —añadió.

Mientras hablaba, las cortinas se separaron para dejar paso a Leilamani, que venía acompañada por sus hijos, cogido uno de cada mano. Siempre que David pensó en ella más tarde la veía como la vio en aquel instante, una hermosa y tímida joven, una muchacha alta como lo son muchas mujeres máratas, con su esbelta figura envuelta en un largo *sari* de Poona, de color amarillo pálido, cuyos bordes eran de brocado de oro. La joven se había echado el extremo del *sari* sobre su rizado cabello negro y sus grandes y oscuros ojos brillaban bajo el amarillo tejido de la seda. Llevaba pintados de escarlata sus pequeños y llenos labios, y en medio de su frente se veía él pequeño

círculo escarlata símbolo de su preclaro nacimiento.

Darya se puso en pie y Olivia le imitó, tendiendo maquinalmente sus manos hacia la bella joven hindú.

—Vamos —dijo Darya dirigiéndose a su esposa—. Éstos son nuestros amigos, y ésta es Olivia.

Leilamani avanzó lentamente, sus desnudos pies calzados con sandalias doradas, y llevando un niño a cada lado.

—Debes cambiar un apretón de manos con Olivia, pero no tienes que hacerlo con David —dijo Darya.

Hablaba con tono imperioso. Sin embargo, la mirada de sus ojos era amable y tierna, y la joven extendió hacia Olivia una suave y delgada mano, con las uñas pintadas de un escarlata tan intenso como sus labios.

—Di Olivia —le ordenó Darya.

—O-livia —dijo Leilamani a media voz, acentuando la primera letra.

—Leilamani —repuso Olivia estrechando la pequeña mano ligeramente durante un segundo.

—Y aquí están mis dos traviesos hijos —continuó Darya con expresión ligera, acariciando sus rizadas y oscuras cabezas—. Éste tiene cinco años y éste cuatro. Y dentro de seis meses tendremos otro, que no sabemos si será niño o niña.

Los niños se apartaron del *sari* de su madre. El mayor se inclinó hacia la bandeja de Olivia y ésta le dio un pastel. El más joven de los dos se apresuró entonces a extender la palma de su mano y Olivia le dio otro.

—Basta —exclamó Darya con acento autoritario—. Ahora, id a jugar.

Los dos niños obedecieron en el acto y se alejaron de allí cogidos de la mano y llevando en la boca el pastelillo que les había dado Olivia.

Leilamani tomó asiento junto a Darya, teniendo gran cuidado de no rozarlo y su marido la contempló con amoroso y solícito orgullo.

—Se porta muy bien, ¿eh? Esta mujer es mía, Olivia. Estaba en *pardah* hasta que se casó. Nunca vio a un extraño. Cuando salía con otras mujeres de su familia, lo hacía siempre en un coche provisto de cortinas. Recuerdo que cuando su padre compró un coche inglés con cristales hizo que éstos fueran pintados de manera que nadie pudiera ver el interior ni tampoco los que iban dentro pudieran ver la calle. ¿Verdad, Leilamani, que fue así?

Leilamani asintió sonriendo, pero no despegó los labios, aunque Darya la instó con suaves palabras a que hablase.

—Ahora, Leilamani, debes decir algo en inglés. Se lo he estado enseñando, Olivia. Le he dicho que debe aprender el inglés al mismo tiempo que usted aprende el márata. Es justo, ¿verdad?

—No estoy segura de que lo sea —repuso Olivia sonriendo a Leilamani—. Yo creo que el inglés es más fácil.

—¡Vamos, vamos! —exclamó Darya.

Todo eran bromas y alegre charla. David permaneció escuchando, sin tomar parte en la conversación, aunque disfrutaba de veras. Comprendía que Darya trataba con toda su amabilidad de ayudar a su esposa a olvidar su timidez. Poco a poco fue logrando lo que deseaba: primero delicados movimientos; luego la joven se comió un bocado favorito; más tarde, sonrió, y por último, lanzó una suave carcajada, y cuando Darya se tornó demasiado audaz le dio en la mejilla un suave golpe.

Olivia se sentía también encantada. Nunca había visto una mujer como Leilamani, una criatura tan joven, tan infantil, y, sin embargo, tan profundamente femenina. Leilamani era toda ella mujer, sin conciencia alguna de toda otra cosa que pudiera ser. La hindú se dio de súbito unos golpecitos en su pequeño y redondo vientre y luego palpó el liso talle de Olivia con dúctiles dedos.

—¿Sí? —preguntó suavemente.

—No —contestó Olivia moviendo la cabeza.

—¿Pronto? —inquirió Leilamani con graciosa esperanza.

—Quizá —murmuró Olivia sintiéndose un poco molesta.

Darya se echó a reír de nuevo.

—No debe usted hacer caso, Olivia. Como todas las mujeres hindúes que no han sido echadas a perder por la vida occidental, Leilamani basa todo su orgullo en su capacidad para tener hijos. Es una prueba de su cualidad de mujer. Las mujeres hindúes prefieren morir antes de ser estériles. ¿Está muy difícil para usted comprender esto?

—Creo que sí —repuso Olivia.

Ésta se dio cuenta de que Leilamani la observaba con enormes y reflexivos ojos. La hindú examinaba sin el menor rebozo su rostro, su cabello, su figura. Luego alzó la mano y tocó el suave vestido de seda azul de Olivia, y a continuación le cogió la mano con su mano izquierda y le dio golpecitos con la derecha a la vez que le sonreía franca y dulcemente, como queriendo ganarse su amistad.

Era un cuadro encantador, y los dos hombres disfrutaron contemplándolo.

—Le está diciendo que va a quererla a usted como a su hermana —explicó Darya—. Creemos que el amor es el mejor regalo de todos y que nunca debe de ser despreciado cuando se presenta. Puedo decirle a usted que Leilamani no lo ofrece fácilmente. Esta esposa mía tiene su pequeño orgullo.

—Dígale usted que me siento muy feliz por haber venido y que espero que me permita venir a menudo a visitarles —repuso Olivia.

Pero estas palabras eran demasiado pobres en comparación con la cordialidad, el afecto y la confianza que les demostraba Leilamani. Olivia se sentía confusa. Se daba perfecta cuenta de los extraños sentimientos que la dominaban, una mezcla de una fuerza interior que ignoraba que existiera en ella, de una ternura nacida en su corazón, una nueva concepción de la mujer, algo que poseía Leilamani y de lo que ella carecía y que no estaba segura que deseara poseer, aunque le atraía fuertemente. Leilamani era una mezcla de brujería y sabiduría, juventud y vejez, sencillez y

complejidad, emotividad y agudo sentido común. A su lado, Olivia se sentía tosca, primitiva y con los huesos demasiado grandes. Deseaba marcharse y al propio tiempo le gustaba permanecer allí contemplando a Leilamani. Le repelía la hindú, y, a la vez, sentía deseos de besarla; estaba celosa de su belleza y encantada por ella. Fue una hora abrumadora y al mismo tiempo inexplicablemente excitante, y cuando al fin salieron, Olivia se sintió exhausta. La joven no estaba muy segura de que le gustara del todo la India.

Aquella noche, cuando David, ya en el lecho, empezaba a dormirse en la oscuridad y el zumbido de los mosquitos se iba apaciguando poco a poco en sus oídos, sintió un gran asombro al oír el rumor que producían los pies desnudos de Olivia al andar por el suelo. David se despabiló en el acto, pues jamás se había atrevido su mujer a andar por la noche en la oscuridad y descalza.

—¿Eres tú, Olivia?

David se había incorporado y buscaba las cerillas y la vela, que todas las noches dejaban junto al mosquitero.

—Sí, soy yo. Pero no enciendas la luz.

—¿Por qué no? ¿Qué sucede?

—No lo sé. ¡Oh, David, ámame!

—Pero, querida, si ya te amo.

—¡Oh!

La joven medio sollozaba y David permaneció indeciso unos minutos.

—Vamos, querida, ¿por qué lloras? ¿Estás enferma?

Olivia no contestó a ninguna de aquellas preguntas. David tenía ante sí a una Olivia que él no había conocido antes, deshecha en llanto y que se adhería a él suplicante.

—¡Oh, háblame, háblame! —seguía.

David se abandonó por fin a la pasión. Luego, el joven cayó en un completo abatimiento. Nunca, nunca se había dejado absorber de aquella forma, jamás había sido arrastrado más allá.

Cuando Olivia se hundió en el sueño, a él le fue imposible entregarse al descanso. Por primera vez desde su matrimonio experimentó la sensación de pecado. Lo que había hecho, lo que ella le había obligado a hacer, no era bueno. Jamás había visto antes aquella petición de amor en su mujer, y no era justo para él. El joven, profundamente preocupado, se levantó del lecho y se lavó de la cabeza a los pies. Luego se puso ropa limpia, se dirigió a su despacho y cerró la puerta. Encendiendo la lámpara, intentó leer las Escrituras, pero las palabras parecían carecer de todo significado y seguirían sin tenerlo hasta que hubiera confesado su pecado. Había sido arrastrado, pero no era válida esta excusa, tan vieja como el mismo Adán. Su alma pertenecía a Él y no había sabido conservarla impoluta.

Disminuyó la intensidad de la lámpara, se arrodilló junto a la mesa, e inclinándose

la cabeza, comenzó a rezar lleno de vergüenza y contrición.

—¡Dios mío, perdóname!

Después de un largo tiempo sintió que el consuelo inundaba lentamente su corazón, al igual que el sol naciente ilumina poco a poco una montaña. Pero su plegaria no había terminado aún. El joven elevó la cabeza y rogó de nuevo.

—¡Dios mío, concédeme fuerzas!

Y mientras él oraba, Olivia permanecía sumida en un profundo sueño.

VIII

El viento había cambiado, tomándose fresco, todo lo fresco que podía ser en Poona. Pero Olivia sentíase dominada por una marcada languidez. Pasaba los días de una manera rutinaria, y su vida le resultaba agradable a la vez que monótona, maravillándose de que no le importara lo más mínimo. Estaba volviéndose muy perezosa y tenía que hacer un esfuerzo para corresponder a las fiestas a que ella y David habían sido invitados. De entre ellas, la más importante de todas era la que tenía que ofrecer al gobernador y a su esposa. Olivia, pese a todo, hizo un esfuerzo, pues David insistía en que debían mostrarse amables con el Gobierno, o de lo contrario, no podría llevar adelante sus planes. Esto resultaba cada vez más difícil, pues el nacionalismo crecía por momentos, y el Gobierno se mostraba irritable e irritaba a su vez a las masas. Se sospechaba que los norteamericanos simpatizaban bastante con el movimiento nacionalista y, últimamente, con la independencia. La Historia estaba contra ellos.

—Me alegro mucho de que se muestre usted firme, señor MacArd —dijo el gobernador con expresión protectora durante la cena.

Olivia, que se encontraba en el extremo opuesto de la mesa, esperó la respuesta de David.

—Yo estoy contra la revolución, excelencia —contestó tranquilamente David—. Pero esto no quiere decir que sea opuesto al cambio de cosas. Yo hago lo que puedo por educar a los jóvenes hindúes, que sin duda tendrán que gobernar algún día a su propio país. Pero esto ocurrirá siguiendo un orden evolutivo, y probablemente no en mi tiempo ni en el de usted.

—¡Oh, bien! —exclamó el gobernador con acento tolerante—. Nosotros, desde luego, les iremos concediendo la independencia de una manera gradual a medida que vayan estando preparados para disfrutarla. Pero ahora, con cuatro quintas partes de su población analfabeta e ignorante, no lo están.

Olivia intervino en la conversación con inusitada viveza.

—Excelencia, me extraña mucho que sigan así después de llevar centenares de años bajo el Gobierno del Imperio británico.

La joven no se atrevió a mirar a su marido. En lugar de ello, fijó sus ojos con expresión desafiante en el digno y cuadrado rostro del gobernador. La voz de éste adquirió un tono cortante.

—¡Vamos, señora MacArd! No diga usted esas cosas. Para hacer cambiar a la India se necesitarían más de unos cuantos centenares de años. Piense en la situación en que se encontraban cuando nosotros vinimos aquí y lo mucho que nos ha costado establecer un orden. Tuvieron que pasar cien años antes de que pudiéramos empezar realmente a gobernar. Tal como están ahora las cosas no somos del todo responsables de lo que sucede en buena parte del país. Están los príncipes indígenas. Nosotros no somos tiranos, ¿comprende usted?, y no hacemos nada para que las gargantas hindúes

se traguen nuestras cosas.

Todos los invitados hicieron un esfuerzo para iniciar una conversación general, como obedeciendo a un común impulso de disimular lo que Olivia había dicho. No se debía hablar más de aquello, y la breve frase de Olivia fue olvidada. La joven se dio por vencida, como se iba dando por vencida en todo. Permaneció sonriendo tranquilamente mientras comía con excelente apetito, pues comía siempre con ganas, aunque notaba, con verdadera sorpresa, que los alimentos no le proporcionaban más energía.

La velada tocó a su fin, y cuando todos los invitados se hubieron marchado, la joven esperó que su marido le hiciera algún reproche por lo que había dicho. Pero David no dijo nada. Su esposo se mostró reservado, aunque bien es verdad que solía estarlo. La joven suponía que esto era debido a lo muy atareado que andaba siempre. Los edificios se levantaban rápidamente, y David había empezado ya a recibir estudiantes. Ramsay iba a verle todos los días, y en algunas ocasiones ambos pasaban toda la jornada juntos. Olivia veía poco a su marido.

Los criados apagaron las luces y se fueron a sus habitaciones. Olivia se colgó entonces del brazo de su marido y ambos atravesaron el zaguán.

—¿Estás cansada? —preguntó David.

—Un poco —contestó Olivia. Al día siguiente pensaba decir a David que siempre estaba cansada y que quizás algo no marchaba bien en ella. Pero no quería decírselo aquella noche. Sentíase demasiado fatigada para andar con explicaciones. David se echó a un lado para que Olivia entrara en el dormitorio, y la joven pasó delante de él recogiendo la larga falda de seda.

En el umbral la joven hizo una pausa.

—¿Tengo buen aspecto esta noche? —preguntó a David.

David titubeó y Olivia observó que en sus ojos se reflejaba una mirada cautelosa.

—Excelente —contestó David con voz tranquila.

«Entonces ¿por qué no me besas?», estuvo a punto de decir Olivia, pero cuando vio que la mirada de su marido se apartaba de ella, se adelantó para depositar un beso en su mejilla.

—Buenas noches, David.

—Buenas noches, Olivia. Pero ¿por qué me las das ahora, querida?

—Creo que esta noche voy a dormir en la habitación de los invitados. Me siento muy cansada.

David guardó silencio uno o dos segundos antes de responder.

—Es una buena idea. Estás un poco pálida.

Olivia se volvió y dejó a su marido, y por primera vez desde su matrimonio se fue a la cama sola.

«¡Por lo visto, no le importo mucho a David!». Esto era lo que Olivia empezaba a pensar. David no la llamó para decirle que volviera. Él no la amaba ya como ella le amaba a él, y la joven empezó a llorar suavemente, pues por aquellos días lloraba con

extremada facilidad.

La tarde siguiente, abrumada por aquella nueva y extraña soledad, Olivia pensó visitar a una amiga y fue recordándolas a todas una tras otra. Desechó a la señora Fordham, que le hubiera dado consejos desaprobatorios, ya que Olivia nunca acudía a las reuniones de la plegaria y rara vez a la iglesia. Tampoco le interesaba la pequeña señorita Parker, que siempre la entristecía, y mucho menos ninguna de las adustas damas inglesas, que no sentían la menor simpatía por los norteamericanos. ¿Quién quedaba entonces? Leilamani. Al pensar en la joven hindú, Olivia sintió que su corazón se aquietaba. Inmediatamente, ordenó que dispusieran el coche, y sin decir nada a nadie, pues ignoraba dónde podría encontrarse David, dijo al cochero que atravesara la ciudad y la condujera a casa de Darya.

Olivia se encontró con que Darya no estaba en su casa y que el portero titubeaba en dejarla pasar. El hombre conferenció largo rato con el cochero en márata, y de todo lo que el cochero le dijo luego a ella Olivia entendió tan sólo que Leilamani no recibía jamás a las damas inglesas.

—Pero yo no soy inglesa —exclamó Olivia, la cual comprendió que con hablar el márata había suficiente para aclarar la cuestión.

Ninguna dama inglesa hablaba el márata, y el portero le dejó pasar en el acto, enviando una criada al interior de la casa para que dijera a su ama que tenía una visita.

Mientras tanto, Olivia estuvo esperando en el bello jardín, donde los pájaros, atados hábilmente a las ramas de los árboles, cantaban con tanta dulzura como si fueran completamente libres, y donde una gacela domesticada, traída quizá de las montañas que se extendían al pie del Himalaya, llegó saltando hasta ella para olerle la manó en busca de pasteles. Olivia tocó su húmedo hocico y la gacela dio un salto hacia atrás, mirándola con ojos inocentes y asustados.

La criada apareció al fin e invitó a entrar a Olivia, y cuando la joven hubo atravesado tres puertas, vio que Leilamani en persona avanzaba hacia ella con las manos extendidas para coger las suyas y estrechárselas.

—Hermana, ¿has venido sola? —preguntó Leilamani—. Ahora podremos hablar. Me alegro de que hayas venido.

—Habla lentamente —repuso Olivia—. Mi conocimiento del márata es todavía muy imperfecto.

—No, lo hablas muy bien —afirmó Leilamani—. ¡Y yo que todavía no sé nada de inglés! ¡Soy tan estúpida! Él intenta enseñarme. Pero yo me echo a reír y entonces... —Se interrumpió muerta de risa y movió la cabeza—. Entra, entra, hermana.

Sin soltar la mano de Olivia, la condujo hasta la habitación donde estaban jugando sus hijos. Los dos niños se adelantaron con las manos juntas para saludar a Olivia, y ésta depositó un beso en sus mejillas. A continuación, obedeciendo a un signo de la joven hindú, Olivia se sentó sobre los almohadones.

El ambiente de aquella estancia era muy agradable y Olivia se sintió descansada y

tranquila. El sol de la tarde brillaba en la abierta puerta y los niños jugaban tranquilamente en un rincón de la ancha habitación. Altos jarrones de bronce contenían fragantes lirios y el aire, inmóvil, estaba ligeramente perfumado.

—¡Es tan tranquilo esto! —murmuró Olivia—. ¿Cómo es que tu casa está siempre tan tranquila a pesar de haber chiquillos en ella?

—No está tan tranquila cuando él se encuentra aquí ni cuando vienen nuestros parientes —repuso Leilamani—. Es que yo estoy tranquila porque me gusta estarlo. Los demás hablan, pero yo me limito a escuchar. Duerme, hermana, pareces cansada.

Olivia sonrió y apoyándose en los almohadones, cerró los ojos.

—No quiero dormirme —murmuró—, sino simplemente descansar algunos minutos.

Pero no pudo descansar, y al abrir los ojos se encontró que Leilamani la estaba observando con mirada intensa. Olivia desvió los ojos, volviendo la cabeza para admirar una colgadura. Luego empezó a hablar a los niños. Las criadas trajeron el acostumbrado jugo de frutas y pasteles, que Olivia tomó con sus constantes hambre y sed, siempre bajo la mirada observadora de Leilamani. Olivia acabó también por mirar francamente a la hindú, hasta que ésta dejó escapar una carcajada y palmoteó alegremente.

—¡También tú, hermana! —gritó la hindú, que se inclinó sobre Olivia y posó en su cintura las dos manos.

Olivia se la quedó mirando sin comprender.

—Sí, estoy segura —continuó Leilamani medio cantando; luego apoyó la mano en su propio y abultado vientre—. Mírame, hermana, otro muchacho. Sí, noto lo grande que es, lo mismo que notaba a los otros dos. Así que también será otro muchacho. Dentro de algunos meses te podré decir si el tuyo es también un muchacho.

Un ardiente rubor corrió por todo el cuerpo de Olivia. Acababa de comprender. Sí, quizá tuviera razón Leilamani. Era la razón de que se sintiera tan lánguida, tan hambrienta, de que le importaba tan poco lo que le sucedía en la casa.

—No lo sabía ni yo misma —balbuceó.

—¡Ah, qué alegría haber sido yo la primera en decírtelo! —exclamó alegremente Leilamani—. ¡He sido la portadora de la buena nueva! Estoy segura de que no me equivoco. Se lo voy a decir a él, al padre de mis hijos. Se sentirá muy feliz al oír la noticia y se lo querrá decir a su hermano de tu casa y todos seremos muy felices.

La hindú se incorporó para escuchar.

—¿Es él? Sí, le oigo. Se lo voy a decir ahora mismo.

—¡No, no! Haz el favor —suplicó Olivia—. Yo se lo he de decir primero a mi marido. Debo irme a casa inmediatamente.

Olivia no ponía en duda la seguridad de Leilamani. Instintivamente sentía que la hindú estaba en lo cierto. Esto explicaba todo lo que antes no comprendía.

—Ve, pues —dijo excitada Leilamani—. Ve y vuelve pronto. Rogaré a Sita

porque sea un varón.

Cuando Olivia llegó a su casa vio que David la estaba esperando. En su mano tenía una carta. Olivia se detuvo en el umbral al contemplar el grave rostro de su marido.

—He ido a ver a Leilamani —dijo.

—Eso me ha dicho el portero. Yo he recibido una carta del gobernador, Olivia. Está disgustado, por lo que tú le dijiste anoche y se toma un gran trabajo en explicarme...

Olivia estalló en violentas e inexplicables lágrimas.

—¡No me riñas, David! Ahora, no. Voy a tener un hijo...

La joven se arrojó en los brazos de su marido y sintió que David la abrazaba mientras la carta caía al suelo.

Fueron a las colinas a pasar una semana solos. Una semana entera de su vida que David le entregaba a ella como si fuese un regalo, debido a que estaba embarazada. Era cierto. El médico inglés de Poona se lo había confirmado, dándole al mismo tiempo un consejo.

—Está un poco nerviosa, señor MacArd. Llévela fuera a pasar unas cortas vacaciones.

En las colinas, lejos del valle, los dos esposos oían al anochecer el tembloroso canto que era el canto de la India, la música humana de los pueblos.

*Ara en mi corazón, oh Bien Querido,
como yo estoy arando esta tierra,
y hazme Tuyo,
como yo estoy haciendo mía esta tierra.
Ara en mi corazón, ¡oh Amado!*

En algún lugar de aquel rápido anochecer, un hombre seguía trabajando la tierra y cantaba mientras lo hacía, y David sintió la nerviosa presión de la mano de su esposa.

—¿Qué te pasa, Olivia?

Estaban sentados en la cerrada veranda, protegidos contra los insectos de la noche, en la casa de la colina, y el fresco aire les resultaba vivificante y tonificados. Aunque David había decidido pasar aquella semana solo con su esposa, no podía dejar de reflexionar sobre sus asuntos de Poona, planes de expansiones. A veces pensaba que su vida estaba formada por una serie de enérgicos pasos dados hacia delante, seguidos de largas pausas de dudas. ¿Era prudente y sabio levantar aquellos grandes edificios? ¿Edificaba impulsado por su fe en Dios, o se estaba comportando simplemente como el hijo de MacArd, arrastrado por la herencia a crear enormes formas de ladrillo y piedra? Sin embargo, la India por sí sola impulsaba a concebir

enormes pensamientos y grandes proyectos. Existían millones de seres humanos que esperaban, y él no podía considerar las cosas de una manera individual, de uno en uno.

—Esa canción me hace sentirme terriblemente solitaria —murmuró Olivia.

—¿Por qué?

—Aunque esté en tu compañía, me siento sola. Siento una especie de soledad que me es imposible explicar.

—Quizá se deba a que no puedes ver el rostro del hombre que canta —sugirió David.

—Quizá sea eso.

Permanecieron silenciosos, pues Olivia pensó que necesitaría un gran esfuerzo para explicarle a su marido lo que le sucedía. Pero aunque ella hubiera podido hacerlo, la mente de David no hubiera estado atenta a lo que ella dijera. La voz del hombre que cantaba había hecho que David pareciera alejarse de allí. Estaba entregado a sus grandes sueños, y aunque amaba a su esposa, y ésta estaba segura de su amor, ella sabía ahora que no era su único amor. Debía compartir a David con millones de personas con aquellos hombres que cantaban en la noche, cuyos rostros él no podía ver aunque estaba de continuo con ellos, con sus pensamientos y con sus sueños. Ella le había perdido en el sentido de que no lo tenía para ella sola. Aquellos pocos días vividos en las colinas, demostraron a Olivia con toda claridad que jamás poseería a David, pues éste era ya poseído por otras ideas, y que su influencia sobre él, cualquiera que ésta fuera, tan sólo podría crecer si ella llegaba a ser una parte de todo lo que él amaba. Esto es, que ella también tenía que darse a la India. Ni siquiera el hijo que les iba a nacer conseguiría que David fuera de ella por completo.

Durante un terrible momento, Olivia sintió una profunda nostalgia de su patria, de su hogar, incluso de su madre y, desde luego, de las calles de Nueva York. ¿Qué estaba ella haciendo en aquellos solitarios campos, encaramada en aquellas colinas encantadas que se alzaban sobre los valles de la India? Apretó la mano de su marido. Pero no obtuvo la menor respuesta, aunque tampoco recibió la menor repulsa. David se limitó a dejar que le estrechara la mano.

Si ella hubiera sido capaz de amar a David cuando éste se arrojó a sus pies implorando su amor, a aquel muchacho que parecía tan desgraciado e infantil, no el hombre capaz de ser amado por una muchacha fuerte como ella; si ella hubiera presentado al hombre que David era ahora y hubiese podido amar al muchacho tímido, ¿la habría amado David sólo a ella y con todo su corazón? ¡Ah!, si ella le hubiese amado entonces y le hubiese dejado que le amara, no se habría transformado jamás en el hombre que ella adoraba porque jamás se inclinaba ante ella.

Olivia tenía lo que siempre había deseado; un hombre completamente dueño de sí mismo dedicado por entero a su trabajo. Pero quizás un hombre como aquél no pudiera amar solamente a una mujer, ni siquiera a ella, pues su rival era la India.

—El viento se está tornando húmedo —dijo Olivia.

—¿Entramos? —preguntó David.

—Sí, estoy cansada.

Caminaron juntos hasta la gran habitación central. La lámpara estaba muy baja y producía escasa luz. David abrazó a su esposa y ésta se recostó contra él.

—David, me alegro de que tengamos un hijo.

—Dime por qué. —David se mostró de pronto tierno—. Ya sé, querida. Yo siento como si fuera una bendición de Dios. Pero dime tú por qué.

Olivia no le pudo decir la verdad tal como ésta se le apareció de súbito. Si ella tenía un hijo, si más tarde venían otros a quienes atender, entonces ella no dispondría de la libertad necesaria para darse por completo a la India. No tendría tiempo para ello, pues el deber de cuidar a sus hijos debía ser lo primero.

—Deseo tener por lo menos cuatro hijos —dijo Olivia con la cabeza apoyada en el pecho de su marido—. Y mientras tú realizas tu trabajo, yo tendré cuidado de ellos. No te pido nada, David. Te dejaré libre para que lleves a cabo tu tarea.

—Eres la perfecta esposa —murmuró David.

Olivia sintió que la mano de su marido le acariciaba el cabello, y cerró los ojos y se apretó fieramente contra él. ¡Oh!, ella viviría su vida junto a la de él. El amor de ella sería la atmósfera que su marido respiraría.

Al final de la semana regresaron a Poona, a la casa de la misión, y Olivia despidió a su maestra de márata. Deseaba romper toda comunicación con la India. Ella quería ser únicamente la esposa de David. Envió un billete a Leilamani diciéndole que no se encontraba bien y no le era posible visitarla, y cuando Darya regresó de las colinas, Olivia se mostró bastante fría con él, cosa que Darya no le reprochó lo más mínimo, pues Leilamani le había dicho, aunque él ya lo sabía por propia experiencia, que las mujeres embarazadas se mostraban voluntariosas, llenas de antojos y de humor cambiabile.

—Me cansa estudiar —dijo Olivia a David cuando vio que su marido parecía disgustado por haber despedido ella a la maestra de márata.

La fatiga natural producida por el clima extraordinariamente cálido de la India sería de ahora en adelante el arma de Olivia, y David no protestó lo más mínimo. ¿Cómo puede un hombre protestar? La mujer llevaba el fardo del hijo al mismo tiempo que el de ella misma. Necesitaba doble energía, dos veces la cantidad de sueño. Y el apetito le había empezado a fallar. No debía molestarla, tenía que mostrarse tierno y considerado con ella, habida cuenta de la inmensa tarea que ella debía cumplir por sí sola. La besó suavemente y la perdonó por su brusca réplica.

—¡No estoy hecha de vidrio, David! No me beses como si fuese algo que se pudiera romper.

David miró a su esposa sorprendido ante el súbito enfado que brillaba en sus oscuros ojos. Entonces se echó a reír.

—Eres la misma tentación —murmuró.

Y dando un paso hacia ella la hizo caer en sus brazos y la besó fuerte y largamente.

—¿Está así mejor?

—Sí. Pero hazlo otra vez —murmuró Olivia.

En medio de su largo abrazo, estando en el centro de la habitación, con sus cuerpos pegados uno al otro, la puerta se abrió y el *ayah* asomó la cabeza, los vio y cerró la puerta precipitadamente, con el horror pintado en su asombrado rostro. David y Olivia volvieron la cabeza y sorprendieron la mirada, David se apartó inmediatamente de su mujer.

—¡Oh, ese *ayah*! —exclamó Olivia entre dientes.

—Después de todo, Olivia, estamos aún en mitad de la tarde y yo debiera estar trabajando.

—En realidad no me habías besado desde hacía días. No me besabas desde que llegamos a Poona.

David, turbado, se echó a reír.

—Estamos casados, mi amor. Estamos juntos, ¿no es así? Y yo tengo que salir ahora.

—¡Oh!, bien...

David vio la expresión de desagrado que asomaba al rostro de su mujer y cogiéndole el rostro entre sus manos y levantándole la barbilla, la besó cordialmente, aunque sin pasión, sonriendo al percibir el asomo de rebeldía que brillaba en los ojos de Olivia. Luego salió rápidamente.

Y Olivia se quedó allí, en medio de la habitación, convertida en un símbolo de lo que había sucedido. Era la India la que los había interrumpido y la que siempre los interrumpiría, separando a David de ella. ¿Qué podía hacer una mujer por sí sola contra aquella firme y eterna imagen?

Aquel año fallaron los monzones. Al principio, la gente, dominada por la ansiedad, se dijo que los vientos sagrados se retrasaban. A veces se retrasaban durante una semana e incluso un mes. El que se retrasaran, ya era de por sí bastante grave, pues los monzones retrasados significaban una estación de lluvia más corta y, por lo tanto, menos agua para los campos y para las necesidades anuales.

Transcurrió una semana y otra, hasta que la esperanza desapareció, dando paso a una triste certidumbre. Las tibias corrientes de aire se habían desviado, yéndose hacia otras regiones. El norte recibió abundantes chubascos. Pero en el oeste de la India, más allá de las altas mesetas centrales, no cayó ni una sola gota de agua, y David presintió la llegada de la inevitable hambre. La gente se entregó a la desesperación. Sí, se avecinaba un año de hambre. No había posibilidad alguna de evitarlo. El suministro de víveres, ya muy reducido, tuvo que ser limitado aun más y los pobres

se dispusieron a morir.

En medio de aquella calamidad, Olivia dio a luz. No quiso ir al Hospital Inglés de Bombay siendo atendida por el médico inglés de la localidad. Una agradable enfermera euroasiática permanecería en la casa durante un mes.

Fue un niño. Vino al mundo a última hora de la tarde, mientras el calor se extendía sobre la ciudad. El aire era tan seco, según dijo con una especie de gruñido el médico, que le era imposible sudar. El hombre dio gracias a Dios porque su paciente fuera joven y fuerte. No le gustaba asistir a mujeres blancas, y había aconsejado siempre a Olivia qué se marchara a Bombay. Pero Olivia era terca y no hizo caso del consejo. Si hubiesen surgido complicaciones, el médico no hubiera quedado libre de responsabilidades. Pero no se presentó ninguna. La madre era fuerte y cumplió bien su cometido. Olivia pidió que avisaran a su marido, y cuando supo que David se había marchado a la ciudad indígena, aceptó la situación y se dispuso a hacer frente a ella por sí sola. El médico no creía en los anestésicos de moda que se aplicaban en los casos de parto, y dejó que siguiera el proceso, observando a Olivia constantemente y dándole ánimos.

—¡Bravo, señora MacArd! —murmuraba—. Tendrá usted un niño sano.

Pocas horas más tarde todo había pasado, y la madre, jadeante aún, dejó escapar un profundo suspiro.

—¿Es un niño sano? —preguntó.

—Un niño espléndido —contestó el médico—. Le felicito.

La rolliza y pequeña enfermera, siempre sonriente, levantó al pequeño recién nacido envuelto en un pañuelo de franela azul. Olivia miró a su hijo largamente y luego se echó a reír.

—¡Cómo! ¡Si es la misma imagen de su abuelo! —exclamó alegremente—. Tendrá cabello rojo, cejas rojas y mal humor.

Los demás se echaron a reír al oírla y el médico se retorció su ralo bigote. Era una lástima que el marido no estuviera allí. El valor demostrado por Olivia era raro. Las mujeres blancas, por lo general, se debilitaban en aquel clima. El médico, orgulloso de sí mismo, se dispuso a marcharse pero antes de salir se mostró muy firme con la enfermera, no fuera a estropearle el caso. No se podía confiar nunca en aquellas mujeres medio hindúes como se confiaría en una verdadera enfermera inglesa.

Cuando David apareció al fin, ya de noche, todas las luces estaban encendidas en la casa, y los criados salieron a su encuentro hablando con un murmullo de voz, los ojos encendidos de excitación.

—*Sahib*...

—*Sahib*... tu hijo...

—*Sahib*...

Hablaban todos al mismo tiempo, intentado ser cada uno el primero que le diera la noticia. Pero cuando la enfermera les oyó, apareció con el bulto azul en sus brazos.

David, tan asombrado como si no supiera desde hacía meses que tenía que

sucedier aquello, contempló fijamente al redondo y firme rostro de su hijo.

—La señora MacArd dice que se parece al padre de usted —dijo la enfermera.

—Sí que se parece —repuso David.

Pero no estaba muy seguro de que le gustara la idea. Sin embargo, el parecido era completo. El niño miraba a su padre con sorprendente calma.

—No creo que me tenga mucha simpatía —dijo David.

La enfermera se echó a reír.

—No le ve, señor. Los recién nacidos no ven.

—Es un descanso.

David se sintió súbitamente contento a pesar del oprimente día. En la ciudad indígena las calles estaban ya atestadas de refugiados procedentes del campo. Había ido allí para comprobar por sí mismo lo que sucedía, escuchando lo que decía la gente sobre los graneros vacíos y la tierra resquebrajada. Todo el ganado había muerto y los pozos estaban secos. Sólo en la ciudad quedaban aún almacenes que guardaran comida, y los campesinos acudían a la ciudad para mendigar. David había decidido, mientras caminaba hacia su casa, recurrir al día siguiente al gobernador de la ciudad en busca de ayuda. Pero de sobra sabía que el displicente y pesimista inglés se limitaría a encogerse de hombros y a aconsejarle que se dirigiera al gobierno general de Bombay. Bien; si era necesario ir a Bombay, iría. Mientras tanto, y esto no dejaba de ser una ironía, su escuela estaba más llena que nunca. Sus discípulos eran los hijos de los ricos.

Pero todo esto lo había olvidado. Sonrió a su hijo e hizo ademán de entrar en la habitación donde se encontraba Olivia.

—Está durmiendo, señor —exclamó la enfermera.

Pero David entró a pesar de todo y se acercó andando de puntillas al lecho, junto al que ardía una vela. A través del tupido y blanco velo del mosquitero vio a Olivia tendida en la cama e inmóvil. Había sido arreglada, según supuso, por la enfermera, pues su oscuro cabello estaba cepillado y partido, formando dos largas trenzas cruzadas sobre el pecho. La sábana estaba muy subida y doblado su embozo, y los volantes terminados en puntillas de la blanca camisa de dormir de Olivia encuadraban su inmóvil rostro. La joven respiraba profunda y suavemente, y David notó lo que jamás había notado antes; es decir, lo largas que eran sus pestañas.

De pie ante ella, observándola sin ser visto, David sintió en su corazón una ráfaga de inefable y nuevo amor hacia ella. Qué hermosa estaba, qué fuerte parecía y qué valerosa había sido. Otra mujer se hubiera quejado de que la dejaran tanto tiempo sola, incluso a la hora de tener que pasar por el trance del parto. Pero Olivia nunca se quejaba. No había sabido apreciarla lo bastante, se dijo David, sintiendo un gran remordimiento. En lo sucesivo, teniendo el hijo entre ellos, tendría que demostrarle su amor más palpablemente. Pero David sintió deseos de hacerle saber en aquel mismo instante que la amaba, y levantando el mosquitero, se metió dentro y se sentó a los pies de la cama, apoyando suavemente su mano sobre la mano de su esposa.

Olivia abrió lentamente los ojos, como si regresara de algún lugar muy lejano, y vio a David.

—Querido David —murmuró todavía medio dormida.

David se inclinó sobre su esposa para balbucear:

—Ya le he visto, querida. He visto a nuestro hermoso hijo.

Una sonrisa jugueteó por los labios de Olivia.

—Es todo un MacArd.

—¿No te parece esto cómico? Pero quizá por dentro sea como tú.

—Pues yo deseo que sea como tú.

—Esperaremos y ya veremos cómo será.

—¡Oh! Pero tengo mucho sueño.

Su voz tembló por efecto del sueño y sus párpados se cerraron.

—Duerme, querida —susurró David—. No debí despertarte.

Los párpados de Olivia se alzaron y la joven posó en su marido una mirada de celestial felicidad antes de dormirse de nuevo.

David salió de la habitación cerrando la puertas tras él sin hacer el menor ruido y se encaminó a su despacho para estar solo cuando diera gracias a Dios.

IX

El hambre es crónica en la India, señor MacArd —dijo el gobernador general de Bombay.

Era un alto y guapo inglés, un hombre todo orgullo y dignidad, recto e íntegro.

—¿Y tiene que ser así? —preguntó David.

—Siempre lo ha sido —replicó el gobernador—. Hemos reducido los males, construido ferrocarriles, obras de riego, incluso pantanos y depósitos para guardar las aguas del Himalaya. Estamos alimentando a millones de personas y también estamos dando empleo a otros millones para que puedan comprarse la comida importada. Sin embargo, a pesar de todo esto, calculo que sólo en el distrito de Bombay desaparecerá durante los próximos tres meses un quince por ciento de su población. En algunas provincias el porcentaje llegará al veinticinco por ciento. Las estadísticas no son nunca exactas en la India.

David escuchaba con el debido respeto. El gobernador general se había mostrado siempre muy cortés con él, primero, seguramente, porque era hijo de un gran financiero norteamericano, pero también, después de los años transcurridos, por sus propios méritos. David había cumplido siempre en sus relaciones con el Gobierno y estaba construyendo una escuela de tal importancia que sus alumnos podrían ingresar en el Servicio Civil hindú. Los alumnos de la escuela MacArd estarían bien preparados y serían leales, y en aquellos días la lealtad no tenía precio.

—Mi padre diría que la India necesita más ferrocarriles —sugirió David—. Tengo entendido que hay bastante comida en el norte. Es un asunto de simple distribución.

Al gobernador general le irritó aquella afirmación, pero hizo esfuerzos para no demostrar su estado de ánimo.

—¡Ah! La cosa no es de tan fácil solución como parece, MacArd. El verdadero problema es la superpoblación. Los hindúes viven obsesionados por el miedo a no tener bastantes hijos. Los periódicos indígenas aparecen llenos de remedios para evitar la esterilidad. Sin embargo, yo jamás he encontrado un hombre o una mujer que fueran estériles. No, MacArd. Todos los recursos del Imperio son impotentes para luchar contra el aumento de población de la India. Algunos hindúes están condenados a morir de hambre.

David reflexionaba. Sabía muy bien lo que Darya contestaría, pues él se había atrevido una vez a sostener lo mismo que ahora sostenía el representante del Gobierno, y el resultado fue que Darya estallara en una apasionada diatriba.

—Con eso no me convences, David. Ésa ha sido siempre la excusa de las negligencias de todos los Gobiernos. Pero si nosotros, por dar gusto a los ingleses, no nos propagásemos con esta rapidez, la India ya habría dejado de existir. Considera el promedio de la duración de nuestra vida: ¡veintisiete años! ¿Tenemos nosotros la culpa de ello? La mitad de nuestros hijos mueren antes de ver cumplido el año. ¿Nos podemos permitir no tener muchos hijos? Nos encontramos indefensos ante el peor

clima del mundo y ante un Gobierno indiferente.

Estas palabras no podían ser repetidas ante el gobernador, y David obró prudentemente. Tenía que pedir ciertos favores y no quería enfadar a aquel perfecto inglés. Además, Darya podía estar equivocado. A menudo lo estaba.

El joven se puso en pie.

—Bien, excelencia. Supongo que tendremos que desenvolvernos en medio del hambre. A mí, personalmente, no me alcanza, pues mi escuela está más llena de lo habitual.

—Supongo que las familias se han dado prisa por colocar a sus hijos en un lugar seguro, donde no les pueda alcanzar la enfermedad. Creo que esto es lo peor del hambre periódica, que trae siempre un cortejo de epidemias. Nosotros, naturalmente, ya nos estamos preparando para hacer frente a lo que pueda venir.

—No dudo de ello. Pero tengo que despedirme, excelencia.

—Hasta la vista, señor MacArd. Estoy seguro de que usted sabe perfectamente lo mucho que aprecio la obra que está llevando usted a cabo.

—Gracias.

Los dos hombres cambiaron un apretón de manos y el gobernador dirigió a David una sonrisa aprobatoria. Aquel alto y grave joven norteamericano no era un misionero vulgar. Había abandonado un mundo de riquezas y placeres para transformarse en un maestro de escuela misionero, lo cual era un acto muy cristiano.

«Déjalo todo y sígueme», y todo lo demás. Pero esto no era llevado con frecuencia a la práctica.

Ya fuera de la verja del palacio, donde los altos *sikhs* de la guardia permanecían inmóviles ataviados con sus uniformes escarlatas, David se metió en su coche de alquiler y regresó al hotel. Se sentía a la vez triste y perplejo, el seco y polvoriento aire que se extendía sobre la ciudad era como un presagio de enfermedades. El joven hubiera deseado no haber llevado a Bombay a Olivia y al niño, pero en Poona había parecido excelente idea. La joven necesitaba un cambio de aires y a David no le pareció conveniente llevarle la contraria. Por esta razón, Olivia y el niño le habían acompañado en su viaje, además el *ayah* y un criado con una sombrilla abierta para que no le diera el sol al niño, que el *ayah* llevaba en sus brazos. Los pocos días pasados en Bombay habían beneficiado mucho a Olivia.

Aquella tarde, cuando David entró en sus habitaciones, Olivia parecía muy alegre. Se había vestido, para cenar, con un traje de muselina blanco y en sus mejillas tenía un suave color rosado. El ambiente de las habitaciones era apacible y sedante.

—¿Está durmiendo Ted? —preguntó David.

Olivia le hizo una pequeña mueca.

—Sí, Theodore está durmiendo.

Habían puesto al pequeño el nombre de Theodore, presente dé Dios, y Olivia no quería que le llamaran por ningún diminutivo.

—Pues prepárate para cuando vaya al colegio y forme parte del equipo de fútbol

—repuso David en tono de broma.

—Yo siempre le llamaré Theodore —contestó Olivia con decisión.

La joven se acercó para que su marido la besara. Pero David la apartó.

—Espera, querida. Me he de lavar antes. Siempre tenemos que lavarnos cuando vengamos de la calle. No lo olvides nunca. ¿Me lo prometes?

—Pero si ya lo hago —protestó Olivia.

—Está bien, está bien.

David se enjabonó las manos y el rostro en el lavabo de porcelana que había en el cuarto de baño, y a poco salió frotándose el rostro con una toalla. Su mujer se encontraba ante el espejo, poniéndose un collar.

—¿Es bonito? —preguntó Olivia a la imagen de su marido reflejada en el espejo.

—Muy bonito —contestó David—. ¿Qué son?

—Cristales —repuso Olivia—. Los he comprado hoy en la ciudad indígena.

David dejó caer la toalla que tenía en las manos.

—¿En la ciudad indígena, Olivia?

—Sí. El empleado del hotel me dijo que las tiendas de allí eran maravillosas, y, en efecto, lo son.

David contuvo la exclamación que acudió a sus labios. No hubiera debido ir allí, y él hubiera debido advertírselo. Olivia era todavía nueva en la India e ignoraba los peligros de las épocas de hambre. Pero David prefirió no asustarla por el momento. Estaban al principio de la estación y las epidemias solían presentarse más tarde.

—No vayas más, Olivia —le dijo, sin embargo—. Es mejor permanecer lejos de las multitudes en tiempos de hambre.

—Muy bien, David. Lo haré como dices.

—Perfectamente.

Se inclinó hacia ella y le dio el acostumbrado beso, satisfecho de no haberla asustado. Los oscuros ojos de la joven brillaban alegremente, y su marido se dijo que estaba más bella que nunca.

—Estos cristales te sientan muy bien —dijo—. Bajemos a cenar.

La epidemia se extendía en la gran ciudad de Bombay, aunque ignorada por los blancos, pues en los barrios habitados por los indígenas escondían los muertos. La ciudad parecía tan bella y atrayente como siempre, debido a que los blancos habían aprendido hacía mucho tiempo a no prestar atención a los moribundos ni a los hambrientos que no podían salvar. Contemplaban las montañas y las palmeras, el gran número de barcos anclados en el gran puerto, las grandes tiendas por donde los ricos de todas las naciones y razas iban y venían. Miraban hacia lo pasado y lo futuro pues no deseaban ver lo presente. Centenares de años antes, cuando cierto número de comerciantes ingleses llegaron al puerto, Bombay era un puñado de islas con el mar circulando entre ellas, un pequeño puerto, una agrupación de casas y pescadores que

se dedicaban a secar su medio podrido pescado. Pero los ingleses eligieron aquel lugar porque las arenas habían obstruido el puerto de Tapti y, por lo tanto, sólo quedaba el gran puerto natural de Bombay. Durante los centenares de años que mediaban entre el día en que arribaron unos cuantos ingleses y el día en que el gobernador se instaló en su palacio de Malabar Point, la ciudad había ido creciendo hasta convertirse en un lugar lleno de grandes mansiones y hoteles, colegios y templos, es decir, una ciudad magnífica y moderna.

Pero la India seguía siendo la India a despecho de los ingleses, y en aquel año en que los monzones no soplaron y como consecuencia apareció el hambre, la epidemia se extendía por las calles en que no habitaba ningún hombre blanco, y los criados del «Grand Hotel», que por la noche se iban a dormir a las calles atacadas por la epidemia, volvían al día siguiente a servir a los hombres blancos, pero no les contaban a éstos lo que había sucedido por la noche.

Cuando David, Olivia y el niño regresaron a Poona, Olivia sintió una mañana dolor de cabeza, un insoportable dolor unido a fuertes mareos. Acababa de despertar y se sorprendió al sentir una debilidad sorprendente. David había dejado ya el lecho y ella intentó levantarse para ver si el niño estaba despierto en la habitación contigua. Pero ni siquiera pudo apartar la cortina del mosquitero y cayó de nuevo sobre las almohadas.

David, que se encontraba arrodillado en su despacho, tuvo la súbita sensación de que le llamaban urgentemente con una llamada muda y, no obstante, demasiado fuerte para negarse a acudir. El joven se puso en pie un poco a regañadientes y echó a andar por el ancho zaguán, todavía fresco como consecuencia del fresco de la noche, hasta llegar a la habitación donde una hora antes había dejado durmiendo a su esposa. Pero Olivia no dormía. A través de la niebla que formaba el blanco mosquitero podía verla tendida con la cabeza apoyada en las almohadas, los ojos abiertos y apagados.

—¡Olivia! —gritó—. ¿Qué te pasa?

—No lo sé —murmuró la joven—. De pronto he sentido una gran debilidad. La cabeza... me duele terriblemente.

David apartó el mosquitero y le cogió las manos. Estaban calientes y lacias.

—Mandaré por el médico inmediatamente... Estate quieta, querida.

Olivia intentó sonreír. Era evidente que no podía hacer otra cosa que permanecer quieta. Los párpados cayeron sobre sus ojos. Una gran palidez cubría su rostro. David atravesó de nuevo el zaguán en dirección a su despacho, tiró de la cuerda de la campanilla para llamar a un criado y redactó una nota dirigida al médico inglés del hospital.

—Lleva esto, muchacho —ordenó al criado que estaba ya esperando—. Lleva esto al hospital y trae al médico contigo.

El criado salió de la habitación como una rauda sombra y una hora después o poco menos el médico se encontraba en la casa. David había permanecido sentado al lado del lecho, aguardando. A Olivia le fue imposible beber un poco de té y ni

siquiera pudo levantar la cabeza para beber un sorbo de agua.

—Dejadme sola —pedía casi sin aliento.

Pero David se quedó a su lado, manteniéndole cogida entre las suyas la ardiente mano sin vida y cuando el médico se presentó, David, con los labios apretados, le señaló con la cabeza a su esposa. El médico, alto y delgado, vestido con un fresco traje de hilo blanco, se acercó a la cama y examinó a la enferma. Olivia no hablaba, y cuando el médico le hizo una pregunta, contestó con un ligero movimiento de cabeza, que le costó un enorme esfuerzo. Sí, el dolor era insoportable y casi no la dejaba respirar, produciéndole un terrible vértigo que le impedía ver con claridad el rostro del médico.

El médico se incorporó al fin y cubrió a la enferma con la sábana. Olivia se sentía demasiado indiferente para preocuparse de lo que pudiera pensar el médico. Éste hizo entonces un signo a David para que le acompañase al vestíbulo.

—¿Han estado ustedes recientemente en Bombay? —preguntó con voz grave.

—La semana pasada —repuso David.

—¿Estuvo en la ciudad indígena? —siguió preguntando el médico.

—Una vez —contestó David.

—Temo que exista allí una epidemia de peste bubónica. Ayer oí decir que se había presentado. Doscientos muertos diarios.

A David le era imposible hablar. ¡La terrible compañera del hambre, una enfermedad que casi era la muerte, había alcanzado a su bien amada!

—¿Y qué puedo hacer? —gritó.

—No se puede hacer nada —contestó el médico—. Tan sólo nos resta esperar. Enviaré una enfermera inglesa. Sabremos a qué atenernos dentro de cuarenta y ocho horas.

Transcurrieron las cuarenta y ocho horas, durante las cuales David no comió ni durmió, y entonces aparecieron los fríos de la muerte. En el esbelto cuerpo de Olivia las bubas inguinales se hincharon. El médico palpó sus suaves ingles buscando los terribles síntomas.

—Debe usted prepararse —dijo a David.

David permanecía esperando junto al lecho donde Olivia yacía inconsciente.

—No pasará de mañana —continuó el médico—. Nada puede salvarla.

—Rogaré toda la noche —repuso David con los labios secos.

—Hágalo, si así lo desea —murmuró el médico.

Dio unas cuantas instrucciones a la fiel enfermera inglesa, una mujer de mediana edad. Las enfermeras más jóvenes no hubieran querido encargarse de aquel caso. Pero la buena señora Fortescue no dudó en presentarse.

—¡Oh! ¡Qué triste morir con lo joven que es y con un niño tan pequeño! —se lamentó.

—El niño puede salir bien parado —replicó el médico—. La naturaleza cuida de los recién nacidos. —Se volvió de nuevo a David—. Señor MacArd, usted tiene

ahora que vivir para su hijo. Márchese a descansar, o... a rezar.

David titubeó un instante, hasta que al fin acabó por obedecer. Salió de la habitación y, atravesando el zaguán, se metió en su despacho, y, después de haber cerrado la puerta, se hincó de rodillas para rezar, no con palabras, sino con toda la angustia y el dolor que albergaba en su atribulado corazón, pidiendo a Dios que dejara vivir a su amada esposa.

En la pequeña iglesia del barrio blanco los Fordham se reunieron con los pocos hindúes cristianos que había, y David estuvo oyendo el rumor de sus oraciones durante toda la noche.

Cerca del amanecer la enfermera le tocó en el hombro.

—Su esposa se ha marchado, señor MacArd.

David levantó la cabeza. ¡Mientras rogaba para que viviera, Olivia había muerto! Aturdido y con el corazón latiéndole fuertemente, el joven se puso en pie.

—Nada puede usted hacer ahora —afirmó la enfermera—. Intente pensar en su hijito.

Pero David sólo podía pensar en Olivia. Balbuceó algunas palabras mirando fijamente a la enfermera.

—He de verla.

—No, no. Piense en el niño, señor.

La enfermera alzó los brazos para impedirle el paso. Pero antes de que David pudiera protestar, oyeron un triste canto. Alguien había llevado la noticia a los cristianos, y éstos elevaban sus voces entonando el himno cristiano: *Más cerca, Señor, de Ti*.

Era música extranjera para los hindúes, y la afinación resultaba incierta. Súbitamente, el canto fue ahogado por un terrible lamento que se extendió por los alrededores. Todos los criados y todos los vecinos alzaron sus voces impregnadas de la instintiva tristeza de la India, siempre dispuesta a manifestarse, para entonar un canto tan viejo como los siglos.

—Ram... Ram es el verdadero...

El grito de profunda fe ante la presencia de la muerte se alzó en el amanecer, viejas palabras paganas brotadas del corazón de la India, y David las oyó y no levantó la cabeza.

La epidemia se extendió por toda Poona, muriendo un habitante de cada diez. Entre los muertos figuraban los dos hijos de Darya, a los que siguieron Leilamani y su hija recién nacida, y Darya quedó solo en la hermosa casa construida sobre el manantial de agua corriente.

Pero el hijo de David no murió.

TERCERA PARTE

X

El sol se hundía en el mar Rojo envuelto en un manto de intenso color. Una neblina producida por el calor flotaba sobre el horizonte e inflamaba el cielo, y cuando el sol tocó el agua, sus ardientes rayos se deslizaron por ella como si fueran metal líquido.

—No había visto una puesta de sol como ésta desde que salí de la India —dijo el joven.

—¡Es impresionante! —repuso la muchacha con expresión pensativa.

La joven era esbelta y vestía de blanco. Su rubio cabello de inglesa circundaba un pálido rostro ovalado. Él era alto y estrecho de hombros, y su cabello tenía un brillante tono pardo rojizo, mientras sus ojos eran grises y de mirada profunda. Ambos, Ted MacArd y Agnes Linlay, regresaban a su casa. Se habían conocido en el barco, sintiéndose atraído el uno hacia el otro por la sencilla razón de que los dos habían salido de la India y regresaban a ella. El padre de la joven era gobernador general de una provincia del Este, y si el padre de Ted hubiese sido un misionero vulgar, ella no hubiera hecho tan rápidamente amistad con él. Pero todo el mundo conocía en la India a David MacArd, el famoso misionero, padre de Ted. Además, el joven era nieto de MacArd, un financiero norteamericano. Sin embargo, aunque era simpático y se comportaba con soltura tanto en el salón de baile como con los misioneros, que siempre le seguían, la joven ignoraba aún lo lejos que ella deseaba llevar aquella amistad, y también hasta donde deseaba llegar él. El joven no la perseguía; sin embargo, cuando ella aparecía en cubierta después del té, Ted se encontraba allí como si estuviese esperándola. De todas formas, ella no acababa de estar segura de que fuera así.

—¿Qué piensa usted de la India? —preguntó Ted de pronto.

Agnes enarcó sus bien dibujadas cejas de color castaño.

—¿En qué sentido?

—¿Es nuestro hogar o no lo es?

La joven quería ser sincera y pensó un momento antes de contestar.

—No lo sé. Deseo ver a mis padres de nuevo, naturalmente, y donde ellos están, está nuestro hogar. En cambio, no estoy segura de que me guste volver a la India. Sin embargo, fragmentos de recuerdos vuelan por mi imaginación y lo han estado haciendo todo el tiempo que he permanecido ausente. Por ejemplo, las primeras horas de la mañana, cuando el aire era todavía fresco y oía al *bulbul* cantar en el jardín, o al atardecer, durante la polvorienta puesta de sol, cuando veía a mi *ayah* doblar mis trajes limpios.

—Y la triste música de noche —añadió Ted.

—Me gustaría saber por qué hay siempre música de noche —murmuró la joven.

—Hay tanta gente...

—Ya lo sé.

Guardaron silencio y contemplaron el flamante cielo, del que el sol había desaparecido súbitamente. El ígneo río del sol había ido esfumándose en el aceitoso mar, y las ondulaciones de la estela que iba dejando el barco captaron largos reflejos purpúreos venidos del ocaso.

—Quizá nunca nos sintamos en nuestro hogar en parte alguna —murmuró la joven—. Cuando nos encontramos en la India hablamos de ir a nuestro país, Inglaterra para mí, Norteamérica para usted. Y cuando estaba en Inglaterra, pensaba constantemente en la India.

—Lo mismo me sucedía a mí en Norteamérica.

Más allá de la puesta del sol se encontraba el país que Ted había dejado, y que amaba porque había vivido mucho tiempo desterrado de él. Una vez, durante los diez años de residencia en los Estados Unidos, había pasado unas vacaciones con su padre en la India, y en dos ocasiones su padre fue a visitar a su hijo a los Estados Unidos. Se había divertido mucho en la escuela preparatoria y más tarde, mientras estudiaba la segunda enseñanza, aunque aún recordaba las lágrimas que vertió a escondidas cuando salió de Poona a los doce años. Pero pronto lo olvidó, y su abuelo, que se había encariñado con él, le compraba todo lo que deseaba. El joven pasaba sus vacaciones con el abuelo, en la vieja mansión de la Quinta Avenida, tan pasada de moda, pero al mismo tiempo tan cómoda. Ted no había vivido solo nunca, pues siempre llevaba amigos a casa de su abuelo y, además, sentía la vida de la casa y de la familia y se sentía orgulloso de ello. Cuando su padre le visitó se reunieron tres generaciones de MacArd, si bien las mujeres que habían sido los eslabones entre ellos estaban muertas. Ted contemplaba a menudo sus retratos, encontrando a ambas mujeres bellas y aristocráticas. Su abuela le parecía gentil y su madre de porte orgullosa.

—Pero tu madre cambió —le dijo su una vez que contemplaban un retrato de Olivia—. Era una muchacha altiva y orgullosa, pero después de nuestro matrimonio su orgullo se esfumó por alguna razón que ignoro, y a menudo se mostraba humilde y dulce.

—¿Fue ella la que cambió o fuiste tú, papá? —pregunto Ted.

—No lo sé —contestó su padre—. La India hace cambiar a todos los hombres.

Aquel verano, sólo dos años antes, su abuelo se había ablandado, pues su fuerte constitución estaba muy debilitada. Hubo una reconciliación entre su padre y su abuelo que a Ted le llenó de alegría. El joven había temido decirle a su abuelo que también él deseaba volver a la India, pero su abuelo no protestó lo más mínimo cuando le expuso sus intenciones.

—No sé lo que veis en ese maldito país. Pero haz lo que quieras —repuso el anciano MacArd medio a la fuerza, y a continuación, con una voz súbitamente enérgica, añadió—: La segunda vez ya no duele. Los hijos no pagan lo que cuestan y yo he aprendido a manejarme solo.

A pesar de esto, fue un verano feliz. Su abuelo habló incluso de abrir la casa de

Maine, cerrada desde hacía mucho tiempo. Pero al final permanecieron ambos en la ciudad, y Ted se alegró de poder estar al lado de su padre. Los dos hombres de más edad sostenían largas conversaciones mientras él escuchaba como de costumbre. Ted no era un gran hablador, excepto cuando se trataba de las charlas superficiales entre muchachos de su propia generación. Quizá se debiera esto también a la India. Ted guardaba un mundo de recuerdos en el fondo de su alma del cual no sabían nada los demás jóvenes y del que no podía explicarles nada, pues no le comprenderían. Recuerdos de noches completamente negras, durante las cuales se despertaba para contemplar la pequeña luz de petróleo encendida junto a la cama de su *ayah*, luz que ardía con una llama un poco mayor que la de una cerilla, pero que, no obstante, hacía que se sintiera seguro; recuerdos de un río inacabable de personas envueltas en telas blancas que transitaban por las calles inmediatas a la misión; o bien los estudiantes de la escuela de su padre, que se detenían para saludarle y para practicar con él el inglés. Aún recordaba el olor que exhalaba la limpia carne morena cuando le apretaban entre sus brazos, un olor de hierba fresca recién cortada, pues como eran hindúes no comían carne. También recordaba lo oscuros que eran sus ojos y que el blanco del ojo parecía teñido ligeramente de azul. Y, sobre todo, recordaba la infinita amabilidad con que le trataban. Jamás había echado de menos el cariño de su madre ni tampoco a su atareado padre, tan a menudo ausente, pues siempre había tenido mucha gente que le besaba, le acariciaba y le cogía entre sus brazos. Esto era lo que primero recordaba al pensar en la India, el afecto sin límites que sentían hacia él, no por lo que era, sino porque se trataba de un niño y quizá también porque era huérfano de madre. Las mujeres de la calle, las ancianas, las madres jóvenes que iban a la fuente a buscar agua con los cacharros sobre sus cabezas, las hermanas de los estudiantes, todas se detenían para hablarle, para darle un poco de fruta o un dulce hindú, y él lo aceptaba todo y comía cosas que hubieran aterrorizado a su padre de haberlo sabido, pero él nunca contaba a su padre ni a nadie lo que compartía por sí solo con la India. Muy pronto comprendió que su India y la de su padre eran completamente distintas, y que para él sólo había una: la suya.

No había conocido a fondo a ninguna muchacha hasta que empezó a conocer a Agnes. En su niñez no tuvo compañeras de juego. Bien es verdad que la señora Fordham, con asombro e incluso con cierta turbación, había dado a luz una hija tardía. Pero Ruthie, tres años más joven que él era una niña de rostro y ojos redondos con la que él se hubiera sentido avergonzado de jugar. Cuando Ted visitó a su padre, la niña había sido ya enviada a una escuela religiosa de Ohio, y la señora Fordham seguía viviendo tan sin hijos como antes. Y a Ted le había parecido en extremo difícil explicar a las muchachas norteamericanas por qué pensaba volver a la India, y como ellas probablemente no le hubieran comprendido, prefirió guardar silencio a pesar de que sostenía con ellas alegres conversaciones. Esto le había preservado de enamorarse, y ahora no deseaba ser de Agnes más que un buen amigo. Algún día, naturalmente, debería pensar en el matrimonio y en tener hijos. Su abuelo se había

mostrado muy claro y concluyente a este respecto.

—Eres el único descendiente de la familia, Ted —le dijo la noche antes de marcharse.

El viejo estaba echado en la cama, muy tieso y delgado, y sólo su enorme osamenta hacía que siguiera pareciendo corpulento. Se cansaba fácilmente y solía acostarse temprano, pero le gustaba que Ted entrara en la habitación un rato para charlar.

—Tu padre no se casó por segunda vez, aunque a mí me hubiera gustado que lo hiciera. Pero yo no soy el indicado para hablar de ello, pues un segundo casamiento también me hubiera resultado imposible a mí. Los MacArd somos fieles a nuestras esposas.

MacArd apretó las mandíbulas bajo su barba, ahora blanca como la nieve, y que no se cuidaba de recortar, y apartó su mirada de Ted para fijarla en el retrato que había encima de la chimenea, enfrente de su cama. En la actualidad no conseguía verlo con claridad, pero el recuerdo iluminaba las líneas del rostro amado.

—Cásate con una buena muchacha —aconsejó a su nieto con voz fuerte—. Cásate y ten un montón de hijos. Tu abuela deseaba tener muchos hijos, pero sólo tuvimos uno, y tu madre hubiera podido tener una docena, pues era muy fuerte, pero la India la mató.

MacArd cerró los ojos, vencido por el profundo sueño que ahora se apoderaba de él a cada instante, y Ted esperó. Un instante después su abuelo abrió de súbito los ojos.

—¿Para qué diablos quieres volver a la India? —preguntó.

—No lo sé aún —repuso Ted—. Deseo ir allí, aunque quizá no me quede.

Pero Ted estaba más que seguro de que se quedaría. No había encontrado lugar para él en los Estados Unidos. Norteamérica le resultaba muy agradable, sí, y todo el mundo se mostraba deseoso de ser amigo suyo. Era un mozalbete cuando estalló la guerra, y pasó aquellos años en la escuela primaria, y más tarde, una vez terminada la enseñanza media, se encontró con un mundo que le era por completo desconocido, brillante, alegre, corrupto y que le asediaba por todos lados. El heredero de los millones de MacArd podía escapar con dificultad de las manos que trataban de asirle, pero Ted se había retirado rápidamente a la vieja casa en que habitaba su abuelo, mostrándose bastante remiso en aceptar invitaciones y adoptando un continente que extrañaba a las madres y a las hijas, que le consideraban un joven elegible.

Ni siquiera su padre le apremiaba para que regresara a la India.

No creas que tienes que volver por fuerza a la India —escribió a Ted—. Aquí, desde luego, hay siempre un puesto para ti, y yo abrigo esperanzas de que por lo menos vengas y pases unos cuantos años, para que aprendamos a conocernos de nuevo mutuamente. Pero yo no seguí los consejos de mi padre, y tú puedes hacer lo mismo conmigo.

Pero no era su padre el que le llamaba, sino la India. Ahora regresaba a algo que conocía, a un viejo mundo, un mundo amable, a menudo pobre y hambriento, pero siempre bondadoso. Nadie ni nada le necesitaba a él en los Estados Unidos, pero quizá la India le necesitase.

Ted sabía que la suya no era la India que Agnes conocía. A los pocos días de haber conocido a la joven en el barco, pudo darse cuenta de que no debía discutir con ella sobre Gandhi, el nacionalismo ni sobre ninguna de las materias sobre las que el tío Darya le había escrito. Siendo niño había visto muy raras veces a Darya y, según recordaba, cuando éste iba a la casa de la misión a ver a su padre, solían enzarzarse en grandes discusiones, que casi degeneraban en peleas. Una vez que le pareció que se peleaban demasiado seriamente, había preguntado a su padre lleno de perplejidad:

—¿Es Darya un hombre malo?

Pero su padre replicó rápidamente, con acento firme:

—Es un hombre todo bondad y creo, además, que va a ser un gran hombre.

—Entonces, ¿por qué no sois amigos?

Su padre trató de explicárselo.

—Ted, vivimos una época muy extraña que nadie logra comprender. Hay muchas cosas que están mal y la gente buena trata de ponerlas bien. Yo creo que mi manera de hacer las cosas es la mejor. Pero tu tío Darya las quiere hacer de otro modo, que, según, él, es el mejor.

—¿Y no podéis ser amigos? —insistió Ted.

—Espero que sí —contestó su padre.

Pocos meses antes, de un modo inesperado, Darya había empezado a escribir a Ted:

Querido Ted: Tu padre me escribe que te dispones a regresar a la India. Te escribo sin su autorización. Creo que debes conocer esa India a la que vuelves, pues no esta misma que dejaste.

A partir de entonces las cartas de Darya habían llegado con cierta regularidad en ellas explicaba a Ted los cambios con que se encontraría. Naturalmente, Darya le dijo que la vieja India continuaba manteniéndose casi intacta en los pueblos. Se necesitaban muchos años de independencia para mejorar los pueblos, y quizá tuviera que haber otra guerra mundial para que la India pudiera ser libre, pero estaban forjándose las armas de la independencia y Gandhi conducía a los pueblos a la lucha como nadie más podía hacerlo. Había que contar con la ayuda de los campesinos, ya que la mayoría de los habitantes de la India vivían en los pueblos, y sólo Gandhi podía lograr su ayuda.

Nada podía soñar más natural a Ted que esto, pues concordaba con sus recuerdos. Pero sentía curiosidad por la cuestión y habló a Agnes de su curiosidad. Con gran sorpresa, aunque hubiera debido esperarlo, según se dijo más tarde, la joven le

escuchó con visible frialdad. Estaban bailando, y él sintió de una manera física la repentina frialdad de la joven. Agnes se apartó de él en mitad del primer baile.

—¿Le importa a usted que nos sentemos? —preguntó.

Así lo hicieron, observando a los bailarines hasta que pasados unos instantes Agnes volvió su bello y pálido rostro hacia Ted.

—No puedo olvidar lo que usted ha dicho a propósito de ese desgraciado hombrecillo llamado Gandhi. Me extraña que ignore lo perverso que es y la forma en que altera de continuo la paz de la India. Cuando pienso en mi padre y en todos los sacrificios que ha hecho por el Imperio y lo amable que es con todos los hindúes, mucho más amable y caritativo que con los funcionarios ingleses, se lo aseguro: me parecen una ingratitud los procedimientos que emplean esos nuevos hindúes desleales al Gobierno.

Ted replicó con acento apacible:

—Comprendo muy bien sus sentimientos, Agnes. ¿Quiere usted que volvamos a bailar?

Agnes le perdonó al fin, y el joven tuvo buen cuidado, a partir de entonces, de no volver a hablar de Gandhi ni de su tío Darya. A su manera reservada, la joven acudía en auxilio de la amenazada amistad, y a Ted le fue simpática a pesar de esto, pues era muy sencilla y tenía los modales de la muchacha inglesa bien educada. Sentía simpatía hacia ella porque no mostraba la menor coquetería, y al mismo tiempo era tan femenina que él deseaba estar a su lado constantemente, pues jamás había tenido amistad con ninguna muchacha. Había algo delicioso en ella, o quizá resultara delicioso permanecer junto a la muchacha. La encontraba muy incitante, no sólo físicamente, sino por su manera de hablar y de pensar. Miraban la misma escena, pero ella veía las cosas distintas. Ted nunca sabía de fijo lo que ella sentía, y, por lo tanto, siempre estaba recibiendo sorpresas. Agnes era nueva para Ted todas las mañanas y él la esperaba con verdadero anhelo, habiéndose acostumbrado a presenciar juntos la puesta del sol, como estaban haciendo en aquel momento.

—El sol se ha hundido en el mar —dijo la joven—. Pronto amanecerá en Inglaterra.

—¿Qué es lo que ve usted cuando piensa en el amanecer de Inglaterra? —preguntó Ted.

—La luz de ámbar brillando sobre las colinas de Cotswold. Las Veía desde las ventanas de la casa de mi abuela. La luz llega a ellas como un río que corriera por los valles. ¿Qué ve usted al pensar en el amanecer de los Estados Unidos?

—Las torres de los altos edificios de Nueva York son las primeras que reciben la luz del amanecer. Pero es plateada. El ámbar me hace pensar en la tarde.

—Quizás —asintió Agnes.

El crepúsculo avanzó rápidamente y los rayos de la luna, casi llena, extendieron su pálida luz sobre la oscura agua. El primer golpe de batintín llamando para la cena lanzó una serie de notas musicales al aire, y la joven se apartó de mala gana de la

borda.

—¿Irá usted a bailar esta noche? —preguntó Ted.

—Sí. ¿Y usted? —contestó Agnes.

—Sí. ¿Nos encontraremos en el sitio de costumbre?

—Sí.

Sus miradas se cruzaron un instante, los dos jóvenes se hicieron una ligera inclinación de cabeza y Agnes se marchó.

Ted permaneció en el mismo sitio, pues le costaba un esfuerzo abandonar la contemplación del pacífico mar y del sereno cielo. La vida que tenía ante sí le era tan familiar como su niñez y, sin embargo, sabía que le resultaría completamente nueva. No era ya un niño, sino un hombre, joven, naturalmente, pero un hombre, y como un hombre debía enfrentarse con su padre y conquistar su propia independencia. No le había parecido oportuno insistir sobre ello en presencia de su abuelo, pues no iban a vivir en la misma casa. Por lo tanto, se había plegado a todos los deseos del viejo con alegre condescendencia. Pero ahora sería diferente con su padre. Iba a la India como maestro de su escuela y no podía permitir que su padre le dominara, aunque fuera sólo con su poderosa, persuasiva y cortés presencia.

Sonó la segunda llamada y Ted bajó la escalerilla en busca de su camarote. El barco no estaba completamente lleno y dispuso del pequeño departamento para él solo mientras se ponía su traje de etiqueta: los serios pantalones negros, la corta chaqueta blanca, la corbata negra y el negro *cummerbund* de los trópicos, un conjunto que sentaba muy bien a un alto y delgado joven de ojos grises y cabello rojo. Se parecía a su abuelo pero el tono moreno de su madre había atemperado el rojo del abuelo. Se había afeitado perfectamente, pero su barba era de las que crecen muy de prisa, y aquella noche se afeitó de nuevo.

Sin embargo, se encontraba a punto cuando sonó la tercera llamada, pues en sus años de escuela había aprendido a vestirse rápidamente, la práctica de los deportes le había enseñado una coordinación de movimientos para no malgastar el tiempo ni las energías. Durante los escasos minutos que aún le quedaban, hizo una cosa que había llegado a ser un hábito en él. Sacó un pequeño libro de su bolsillo y abrió las páginas por un lugar ya señalado. Era el Nuevo Testamento, y aquellos días estaba leyendo el Evangelio de San Juan. Su padre no había tratado jamás de atraerle hacia la religión cristiana, pero cuando salió de la India, siendo niño, su padre le pidió que leyera cada día el Nuevo Testamento. Ted se lo prometió y lo cumplió, aunque a veces no le resultaba fácil. Las palabras santas habían entrado sin el menor esfuerzo en su cerebro, y aunque en los años primeros le parecieron a veces carentes de sentido, ahora, cuando su juvenil inteligencia depuraba cada idea y cada sentimiento, comprendía perfectamente su significado, a la vez poético y profundo.

Muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía. Mas el mismo Jesús no se confiaba a sí mismo de ellos, porque Él conocía a todos, y

no tenía necesidad que alguien le diese testimonio del hombre; porque Él sabía lo que había en el hombre.

Lo que acababa de leer le pareció tan sencillo como siempre, pero las significativas y profundas palabras agitaron su imaginación. El joven cerró el libro con ademán pensativo y volvió a guardárselo en el bolsillo. Pero las palabras continuaron persiguiéndole mientras bajaba la escalera para llegar al comedor. Tenía asiento en la mesa del capitán porque era el joven MacArd, esto era innegable. Pero había conseguido que el hecho no tuviera la menor importancia para él. Tomó parte en la conversación de la mesa, sonriente, de buen humor, observando a todos, e intentando también a su manera conocer lo que había en el hombre.

Mientras tanto, David MacArd se encontraba en Bombay en espera del *Durbar* organizado en honor del príncipe de Gales y asimismo para esperar la llegada del barco que le devolvía a su hijo. No era un tiempo muy adecuado para un *Durbar*. La India estaba llena de descontentos, y Darya había hecho una de sus raras visitas a Poona hacía unos meses para protestar contra aquella afirmación imperial y rogarle que advirtiera al virrey de ello.

Sus caminos se habían separado hacía cinco años. Darya eligió a Gandhi, sometiendo su poderosa personalidad al firme hombrecillo que era el jefe del movimiento que David no aprobaba.

Pero la visita no había aproximado a los dos amigos. David notó en el acto que Darya era ahora una fuerza disparada en una sola dirección, pues se había entregado con toda su alma y su inteligencia a un único propósito: la independencia de la India. El hindú había abandonado la casa de su padre y distribuido su herencia entre sus hermanos. Anonadado por la muerte de Leilamani, de sus hijos y de su hija recién nacida, Darya vagabundó durante los primeros años de pueblo en pueblo, convertido en un *sadhu*, en un santo sin religión, en un mendigo que no necesitaba mendigar. De esta forma había llegado a conocer a su propio pueblo y la amargura de su vida. Pero tampoco era bien visto por la gente pobre. Era un aristócrata, un hombre instruido y rico, y todos le temían. Darya no podía soportar esto. Los campesinos, hambrientos y medio desnudos, caían en tierra ante él y apartaban el polvo de sus pies, y, lo que era aún peor, si él los levantaba del suelo y les impedía postrarse de nuevo, le miraban con ojos incrédulos y echaban a correr muertos de miedo. Darya no podía conseguir que el pobre y el ignorante tuvieran confianza en él, y sin confianza no le seguirían. Disgustado consigo mismo y con los campesinos, había abandonado entonces los pueblos para seguir a Gandhi, aquel hombre extraordinario en quien Darya reconoció al jefe que necesitaban todos. Con una falta del egoísmo que Gandhi no pareció notar, Darya se sometió por completo al jefe elegido. El joven sometió su espíritu y su inteligencia, mucho más sutiles y complejos que los del jefe, al práctico hombrecillo

que no era ni aristócrata ni campesino, pero que, sin embargo, sabía comprender a ambos.

—David —había dicho Darya en su visita—, debes valerte de tu influencia con el virrey para evitar esa visita del príncipe de Gales. No es ocasión de alardes imperialistas. Te lo digo yo. Los nacionalistas no pasarán por ello. Están todavía furiosos por haber sido arrastrados a la guerra mundial contra nuestro deseo y voluntad, habiendo aumentado nuestra pobreza como consecuencia de ello. Habrán algaradas y la vida del príncipe estará en peligro. Te lo advierto. El Congreso boicotará el *Durbar* y, cuando el príncipe desembarque aquí, declararemos en Bombay el *hartal*.

Estaban en otoño. El calor se mantenía tercamente y los campos que rodeaban el colegio se hallaban atestados de estudiantes. David había percibido el malestar, pero hizo todo lo posible por ignorarlo. Los años de vivir dirigiendo a muchachas y muchachos le habían proporcionado sentido del orden y dotes de mando. Y no veía el menor orden en las vociferantes multitudes que pululaban alrededor de Gandhi y, por lo tanto, no le tomaba en consideración como caudillo. Atajó el movimiento gandhista en sus escuelas y admiró la tranquila firmeza del Gobierno, aunque le repugnaba el uso de la fuerza. El bombardeo de los pueblos pathanes turbó su espíritu de cristiano, a pesar de que sus habitantes habían sido advertidos de antemano para que abandonasen los lugares. Protestó ante el mismo virrey por el ametrallamiento de las multitudes. No obstante, toda la India se hallaba en plena revuelta, iniciada por aquel desharrapado de Gandhi, con su resistencia pasiva, el movimiento de no cooperación que un año antes del Congreso había adoptado como política. David se sentía penosamente impresionado, pues como cristiano no podía aprobar la aplicación de la ley marcial en el Penyad, donde millares de seres inocentes habían caído a manos de los soldados británicos. También le llegó al alma la matanza de Amritsar, donde los muertos y los moribundos fueron abandonados en el lugar en donde cayeron durante el ataque del general Dyer y sus hombres. Ni siquiera se habían preocupado de los heridos. «Esto no es asunto mío», declaró el general.

—Ya sabes que yo estoy de acuerdo con el virrey en que la India no está aún preparada para la independencia —contestó vivamente David a su amigo.

Aquel día se encontraban sentados en el despacho de David. Eran dos hombres de mediana edad, muy distintos de los dos jóvenes que en otro tiempo, después de la tragedia, estuvieron aún más unidos que antes. Sí, David y Darya habían llorado juntos el día en que David supo la muerte de Leilamani, ocurrida después de la de Olivia y David se sentía culpable, incluso ahora, pues solo le había quedado su hijo y Darya no tenía ninguno.

—Sabes también que yo fui a ver al virrey después de lo de Amritsar —prosiguió David con acento irritado, quitándose los lentes y manoseándose su grisácea barba—. El virrey no quedó muy satisfecho de mi intromisión. Soy un simple norteamericano.

—Eres el hijo de MacArd —repuso David con amargura.

—Soy también cristiano —añadió David—, y todos somos sospechosos.

—¿Quién puede sospechar de ti? —exclamó Darya—. Eres conservador, tienes éxito y posees una gran fortuna. Nadie puede creer que sientas simpatías por nosotros.

David se sintió profundamente ofendido. Durante unos segundos le fue imposible pronunciar una sola palabra. Luego, con gran serenidad dijo.

—Estás enfadado, Darya, y me juzgas injustamente. Yo no he dicho que no sienta simpatía por vosotros, sino que no obtendréis nada con la rebelión. Ante todo tenéis que ponerlos en condiciones de poder gobernarlos por vosotros mismos.

Darya se puso en pie de un salto. Era una alta y delgada figura, casi negra por el sol, acentuada la oscuridad de su piel por las prendas de blanco algodón que vestía y el pequeño gorro de algodón blanco a lo Gandhi colocado sobre su cabeza. Con una voz vibrante de ira, gritó a David:

—¿Cómo puede mi pueblo prepararse como tú dices? Está hambriento, ha sido desposeído de todo, robado, abandonado. Durante todos los años que los ingleses llevan viviendo en la India como nuestros amos, han permanecido sin conocernos, no han intentado comprender nuestra alma ni nuestros sentimientos. Nos gobiernan por la fuerza y sólo por la fuerza, gracias a su vasta organización militar y política. Jamás han tratado de ganarse nuestro amor y nuestra lealtad, aunque estábamos dispuestos a quererles; incluso yo amaba a Inglaterra en los años de Cambridge. A pesar de lo que ocurría en la India, había allí algo que amar, y ellos podían habernos conquistado con el corazón, pero prefirieron confiar en sus cañones. Ahora se lamentan de lo que llaman nuestra deslealtad. Sí, sí, tenéis razón. Ellos actúan en su propia defensa, pero ¿por qué nos temen? Te lo diré. Porque han conseguido que los odiamos. Es muy tarde, David. Lo que está en marcha ya no puede ser detenido. Vendrán años de lucha, y al final ganaremos.

El hindú salió de la casa con arrogante paso, y David permaneció mucho tiempo presa de turbados pensamientos. Si la ley y el orden del Imperio británicos eran destruidos, sobrevendría el caos. La universidad creada por él, todo su trabajo, la red de escuelas de habla márata construidas en la India, el bello hospital, nada de todo esto podría funcionar en un país sin ley. Era necesario tiempo, pues cuando los jóvenes de ambos sexos que salían de aquellos centros pudieran, por su número, llegar a todos los ámbitos del país, la independencia sería el lógico final de una pacífica evolución. Pero Darya, arrastrado por el fervor de Gandhi, estaba forzando el tiempo. David suspiró sin saber qué hacer, hasta que de pronto, tomando una súbita resolución, cogió una hoja de papel y escribió una breve nota dirigida al virrey, previniéndole contra los peligros del *Durbar*. No obtuvo respuesta. El *Durbar* continuó organizándose de acuerdo con los planes trazados de antemano.

David presenció el espectáculo de la mañana del diecisiete de noviembre. Estaba amaneciendo mientras la luna, en cuarto creciente, se aproximaba al horizonte. Grandes reflectores colocados en la orilla jugaban con la rosada luz del sol que iba

surgiendo y se posaban sobre el *Renown* y sobre las lanchas que conducían a las autoridades inglesas e hindúes que iban a dar la bienvenida al príncipe de Gales. Habían dejado la costa a la temprana luz del amanecer, entre el tronar de los cañones. Primero el vicealmirante, luego el virrey que lucía sólo la Estrella de la India sobre su gris uniforme de mañana. Les acompañaban los más importantes príncipes de la India, tres maharajás y dos nababs, los cuales tenían que guiar al príncipe en su excursión por la India. Más tarde, cuando estuvieron en tierra y de acuerdo con el programa previsto, se incorporarían tres personajes más. El rajá *sir* Hari Singh de Cachemira, el maharajá Kumar de Bikaner y Nawazada Haji Hamidullah, Khan de Bhopal.

No podía negarse que el espectáculo resultaba soberbio. El sol surgió del horizonte, claro y glorioso, y un vivo viento rizó las aguas del puerto, El *Renown* se encontraba demasiado distante para que David pudiera observar lo que sucedía en sus cubiertas. Pero sí alcanzaba a ver las banderas desplegadas. Todos los barcos surtos en el puerto aparecían empavesados. Sólo los de los pescadores hindúes estaban sin adornos ni gallardetes. El calor, que ya empezaba a levantarse del agua, daba una calidad de espejismo a toda la escena; era una luminosa y trémula niebla. Pronto Hizo demasiado calor para permanecer en el puerto, por lo que David se dirigió hacia el enorme anfiteatro que había sido levantado para la asamblea del día. Una larga alfombra roja llevaba hasta la entrada del pabellón de recepción con sus alminares y cúpulas doradas. Sobre la cúpula central brillaba el escudo de las armas reales.

David exhibió su tarjeta de entrada, y ante él apareció un inmenso espacio cerrado por torres adornadas con estandartes. En aquel espacio, donde había treinta filas de asientos debidamente escalonados, miles de personas esperaban sentadas. Muchas de ellas eran hindúes, funcionarios y ricos, con sus brillantes y multicolores ropas que brillaban al sol y sus turbantes centelleantes de joyas. El sobrio traje negro de los europeos resaltaba aquí y allá. Pero sólo el azul, el escarlata y el oro imperial de los oficiales ingleses podía competir con el esplendor de los trajes hindúes.

David ocupó su asiento, uno de los adornados con más severidad, y esperó en unión de la multitud bajo el ardiente sol. Una hora antes del mediodía, el estampido de los cañonazos dio al príncipe la bienvenida, les dijo que el huésped imperial acababa de poner pie a tierra. No tuvieron que esperar mucho tiempo. David se puso en pie al mismo tiempo que los demás, viendo al joven príncipe de Gales que marchaba al lado del virrey encabezando una solemne procesión que se dirigía al pabellón donde flameaban las banderas. Tomaron asiento en unos sillones dorados, y una vez sentados, el príncipe fue recibiendo acatamiento de los príncipes reinantes de la India, de los dignatarios hindúes y, por último, de los miembros del Ayuntamiento de la ciudad.

Era un verdadero espectáculo, y David se dijo que, a pesar de las advertencias de Darya, constituía un éxito. Sin embargo, no podía anticiparse nada hasta el final, pues entre los suntuosos trajes y turbantes había entrevisto dos de los espartanos gorros a

lo Gandhi, hechos con tela tejida en casa, privativos de los rebeldes. Con todo, el pueblo se apiñaba en las calles, y David oyó sus vítores al príncipe británico.

—¡Yuvraj ki jai! ¡Yuvraj ki jai!

Se alegró de que en el real desfile a través de la ciudad no estuviera incluido el barrio de Byculla, donde vivían los alborotadores, y donde, de haber motines, se producirían los principales focos. El *hartal* con que Darya había amenazado era por el momento un fracaso. Los mercados estaban cerrados, era cierto. Lo había observado aquella mañana, pues cuando se declaraba el *hartal* éste imponía a la gente la religiosa costumbre de guardar un período de luto en el interior de sus casas. Pero, por lo visto, el pueblo no había obedecido la orden de los rebeldes. No podían resistir el fausto real.

David admiró no solamente la bien organizada pompa imperial, sino también la gracia y la sinceridad de los que tomaron parte en ella, en especial, la gracia del joven príncipe. La esbelta y digna figura se adelantó unos pasos para leer con extraordinaria calma y claridad la alocución del rey. Era imposible no creer en su bondad y no sentirse emocionado ante su juventud. Con la misma natural complacencia el príncipe recibió el saludo de bienvenida de la ciudad, que le dirigió *sir* David Sassoon, y, en correspondencia, habló con tanta sencillez y sinceridad que a David le hubiera gustado que Darya se encontrase presente.

—Deseo conoceros —dijo el joven príncipe paseando su mirada por el vasto auditorio de la India—. Deseo conoceros y también deseo que vosotros me conozcáis a mí.

La belleza del orden, el dominio de sí mismo, el poder de la ley, todo estaba concentrado allí, y seguramente todo prevalecería, se dijo David.

La asamblea había concluido y la música llenó el aire con sus acordes. El grupo que rodeaba al príncipe se dispuso a descender del estrado y la multitud se puso en pie.

De pronto, en aquel mismo instante, David oyó su nombre pronunciado con un bisbiseo. Se volvió hacia el lugar de donde venía la voz y vio a Darya entre un grupo de hindúes que había detrás de él.

—Hasta yo —murmuró Darya, aunque David no le oyó debido a la música.

Entonces el hindú se inclinó hacia David para que su amigo pudiera oírle.

—Mírame bien, David —añadió—, pues no me verás durante mucho tiempo.

—¡Oh, Darya! —gritó David con expresión de ansiedad—. ¿Qué estás planeando ahora?

¿Cómo habían dejado pasar a Darya? Debía de haberse aprovechado de las aglomeraciones para entrar. Entre los vivos colores de los príncipes indígenas, resultaba peligrosamente sospechosa la blancura de sus prendas de algodón. El pequeño gorro a lo Gandhi resaltaba entre los fantásticos turbantes de color escarlata, azul y oro.

—Dentro de un momento me detendrán —dijo Darya con ojos brillantes de

orgullo.

Permanecía con la cabeza alta y los brazos cruzados. Aquello duró sólo un instante, pues a poco avanzaron dos guardias británicos y posaron firmemente sus manos en los hombros de Darya.

—Haga el favor, señor —dijeron con acento respetuoso a la vez que autoritario.

Darya volvió la cabeza y sus ojos se posaron en los que le miraban. Sonrió de nuevo a David y echó a andar con la cabeza erguida, avanzando por el alfombrado pasillo entre los dos altos guardias ingleses. Durante un momento el grupo que escoltaba al príncipe de Gales se detuvo, aunque sin denotar la menor confusión, y a poco, cuando Darya hubo desaparecido, la banda volvió a sonar, reanudándose el espectáculo imperial.

Ted vio a su padre antes de que éste le viera a él. Su padre era un hombre alto, delgado, con barba, y tenía los ojos sombreados por la visera de su *salacot*. Ted se encontraba cerca de la pasarela, listo para ser el primero en descender a tierra; mientras esperaba, su padre le vio y agitó una mano. En respuesta al saludo de su padre, Ted se quitó su sombrero y también lo agitó en el aire mientras sonreía, aunque sólo un instante, pues inmediatamente fue colocada la pasarela. Las ágiles y morenas manos de los marineros del muelle ataron las cuerdas rápidamente, y Ted descendió la corta escalera.

—¡Papá, es maravilloso! —dijo cogiendo la mano de su padre.

—Me alegro de verte, hijo —repuso David.

Estaba completamente tostado por el sol y era tan moreno como los mismos hindúes. Su barba gris, muy corta, formaba un sorprendente contraste con su morena piel y sus trágicos ojos oscuros. No era un rostro sonriente, pero Ted no recordaba haber visto jamás una sonrisa, en los labios de su padre. Era amable y demostraba siempre mucha paciencia, aunque su serenidad resultaba demasiado impresionante. Tenía un rostro de expresión severa, tal como Ted lo recordaba, tanto en reposo como cuando oraba.

—No debemos permanecer aquí bajo este sol —dijo David.

Su hijo parecía tan joven, tan delicado, que David sintió en el acto ansiedad por él, el viejo miedo que siempre había sentido durante la niñez del niño, pasado en aquel clima endiablado. Veintidós años eran muy pocos para iniciar la vida allí. Pero tenía que elegir entre volver a la India o pudrirse en Norteamérica, y Ted había elegido la India.

—Me tendré que acostumbrar a este clima de nuevo —dijo Ted alegremente.

Había una verdadera alegría en todo cuanto decía o hacía. Era un chispeante joven que poseía la calidad de la primavera. Pese a que su estatura no alcanzaba la de su padre o la de su abuelo, el peculiar brillo de su blanca piel, sus ojos grises y el cabello ligeramente rojizo, formaban una mezcla muy atrayente. Era más esbelto que

su padre y su abuelo, pues había heredado la esbeltez de su madre, y se movía lo mismo que ésta, con rápidos y graciosos movimientos. «Jovial, con facciones quizá demasiado finas, muy nervioso y excesivamente sensible para la India», pensó David. Aunque Ted no se parecía a Olivia de un modo extraordinario, poseía algo de la apariencia exterior de ella.

—He tomado habitaciones en el hotel —dijo David—. Ya nos traerán el equipaje.

Padre e hijo tomaron un coche, sentándose uno junto al otro bajo la sombra de la capota, y los caballos empezaron a andar lentamente.

—¿Piensas volver mañana mismo a Poona? —preguntó Ted a su padre.

—Sí, a menos que tú tengas alguna razón para quedarte aquí —replicó David.

Ted titubeó, pero al cabo decidió no mencionar a Agnes. Si lo hacía, su padre podía pensar que la amistad entre ellos era mucho más profunda de lo que era en realidad. Agnes no pensaba hospedarse en el hotel, pues sus padres se alojaban en la Casa del Gobierno, ni él tampoco había hablado a la joven de la posibilidad de verse en Bombay. Se habían despedido aquella mañana después del desayuno.

—Ya nos encontraremos —dijo Ted a la vez que cambiaba con ella un apretón de manos.

—Naturalmente —respondió Agnes.

—¿Puedo escribirle? —preguntó a continuación Ted.

—Espero que lo haga —contestó la joven.

Ted miró profundamente los encantadores ojos azules, los dulces y firmes ojos de inglesa buena y bien educada, y procuró grabar en su memoria el delicioso óvalo del rostro de la joven, la seria expresión de su boca, el firme mentón, el fresco y encantador cutis, la esbelta y delgada figura vestida con un traje de hilo blanco, la grave y bella voz inglesa. Algo tembló en él durante un momento. Las palabras acudieron a sus labios, pero el joven las contuvo. Era demasiado pronto. Ignoraba aún lo que iba a ser su vida. No podía hablar de compartir ésta con ella hasta que no supiera lo que iba a hacer.

—Le escribiré a usted en cuanto llegue a mi casa —dijo—. Y usted escríbame también. Cuénteme sus primeras impresiones en la India.

—Me parece que sentiremos algo parecido —contestó Agnes.

Se separaron con estas palabras, y la joven le había dejado antes que él viera a su padre. Más tarde, tuvo una rápida visión de Agnes acompañada por un alto y pálido inglés y por una delgada y pálida dama vestida con un traje verde. Seguramente que sus padres habían ido a buscarla y de paso a tomar parte en el *Durbar*. Pero la joven no se los presentó por lo que Ted no podía hablarle de ella ni tampoco podía ir a visitarla a la Casa del Gobierno. Sería demasiado significativo, especialmente celebrándose el *Durbar*.

—Me gustaría ir directamente a casa.

Se mantuvieron en silencio unos minutos. Ted fue observando las escenas que se desarrollaban alrededor, tan familiares y, sin embargo, tan nuevas al propio tiempo.

Las calles atestadas de gente, los morenos rostros de los amables, atentos y orgullosos hindúes; los turbantes, de todas formas y colores; las mujeres, de las que había muchas más que antes en la calle, con sus brillantes *saris*, unas cuantas inglesas y algunas muchachas euroasiáticas, muy bellas con sus ropas inglesas y los siempre presentes mendigos, derrengados, deformados, esqueléticos, pidiendo misericordia a gritos, enhebrando su retahíla de todos los días y sin que nadie les hiciera caso.

—Me maravilla que no se haya hecho nada aún para alimentar a los mendigos y mantenerlos alejados de las calles —dijo Ted de pronto.

—Sospecho que todo sigue sucediendo como en tiempos de Cristo —repuso David—. El pobre debe estar siempre con nosotros.

Su padre pronunció estas palabras con evidente indiferencia, al menos así se lo pareció a Ted. Era como si la India no mereciera ya piedad ni misericordia, ni siquiera la esperanza de un cambio en lo futuro. Ted se rebeló. Viviera lo que viviera él en la India, no se tornaría jamás indiferente, Conservaría vivo y despierto su corazón.

No se quedaron en Bombay. Ted no sentía el menor deseo de presenciar el *Durbar*, y tomaron el primer tren que salía para Poona. El joven permanecía inmóvil, sentado junto a la polvorienta ventanilla, observando cómo desfilaba ante él el familiar paisaje, Aquello era más que regresar a su hogar, aquello era comenzar su vida.

XI

Ya hemos llegado —dijo David a su hijo.

El viaje en tren les resultó largo y pesado. Hacía demasiado calor y el gris y fino polvo se metía a través de las cerradas ventanillas, subía del estremecido suelo de los vagones, se filtraba a través de los techos de madera. La verde hierba, las colgantes enredaderas, la sombra acogedora de los árboles y los grandes edificios de ladrillo hacían que, por contraste, los alrededores de la misión y la misión misma parecieran el cielo.

—¡Cómo ha cambiado todo esto! —exclamó Ted.

—He realizado todos los planes que elaboré antes que tú nacieras —repuso gravemente su padre—. La Escuela de Química que ves allí es el último edificio construido. Los dormitorios están todos listos y ocupados. Además de las escuelas superiores tengo una red de escuelas elementales dirigidas por nuestros titulados, pero siempre bajo la dirección de la Universidad. —David señaló con la cabeza un edificio bajo y bello que se alzaba en la parte sur, en el que podían admirarse graciosas muestras de la arquitectura hindú—, es el edificio de las mujeres. Le he bautizado con el nombre de Fundación Olivia MacArd, en nombré de tu madre.

Una campana sonó en aquel momento y una bandada de muchachas ataviadas con *saris* de colores pálidos, salió por sus abiertas puertas riendo y charlando alegremente. Al ver a los dos hombres, todas echaron sus *saris* sobre la cabeza. Sabían que el hijo del director estaba a punto de llegar a Poona dispuesto a encargarse de una parte de su enseñanza y dirigieron rápidas miradas a aquel alto y guapo joven que no se parecía en nada a su padre. Pero volvieron sus rostros antes de que Ted pudiera verlas, pues también Ted las miró con curiosidad y medio fascinado. En cierto sentido, él les pertenecía a ellas y ellas le pertenecían a él. Todos suponían que algún día Ted sucedería a su padre, uno de los más grandes educadores cristianos de la India. Sin embargo, había un asomo de hostilidad en las miradas de las hindúes. Gandhi y el doctor MacArd no eran amigos. En cambio, los estudiantes eran todos, o casi todos, seguidores de Gandhi en secreto, aunque gracias a la habilidad del doctor MacArd, no se habían producido hasta entonces tentativas de reunirse al movimiento de resistencia pasiva. Aquel guapo joven podía seguir o no el camino de su padre. Las jóvenes se alejaron rápidamente en busca de la cena, pues tenían apetito juvenil.

—¿Estaba mi madre interesada en todo esto? —preguntó Ted.

David titubeó como siempre le ocurría cuando Ted le hacía una pregunta directa sobre su madre. Luego, rompiendo con un esfuerzo el silencio en que se había sumido, repuso:

—Tu madre murió tan joven que no tuvo tiempo de sentirse atraída por nada. Nos casamos, y al año siguiente naciste tú. Tuvo que acostumbrarse al mismo tiempo a la India y al matrimonio. Pero yo creo que, si hubiese vivido, se hubiera interesado por todo esto. Estaba llena de energía, de vitalidad y de ingenio. Poseía muchos dones.

—Y, además, belleza —murmuró Ted.

—Si —dijo su padre concisamente, y volviéndose hacia la casa añadió—: Tenemos que entrar y lavarnos para la cena.

En la amplia veranda, los criados se habían reunido para dar la bienvenida al hijo de la casa. Llevaban guirnaldas de flores, y uno por uno fueron acercándose, sonrientes, humildes, serviciales y colocaron las guirnaldas en el cuello de David. Luego se agacharon para quitar el polvo de sus pies y le escoltaron hasta el interior de la casa como si se tratase de un príncipe.

David se mostró muy paciente ante aquella ceremonia, pero al mismo tiempo parecía abstraído. Ya en el zaguán, Ted cogió dos sobres que había encima de la mesa.

—De los Fordham —dijo abriendo la primera carta y leyéndola en voz alta.

Bien venido al hogar, querido Ted. Los dejamos a ustedes solos en esta primera noche. Nos veremos mañana.

Otra nota, que era de color de rosa y estaba dirigida a Ted, procedía de la señorita Parker. Ted la abrió y leyó sus desiguales renglones mientras recordaba a la tita May, como ella quería que le llamara cuando él era niño. Ted la había querido mucho, pero siempre a cierta distancia, pues no había tardado en darse cuenta de que si ella le quería era debido a su padre. A pesar de sus cortos años, Ted adivinó que la señorita Parker alimentaba ciertos sueños, y que el más brillante de éstos era que algún día David MacArd le pidiera que fuese su segunda esposa. Los años habían marchitado su sueño, pues su padre jamás pensó en semejante posibilidad, y Ted, que lo sabía, llegó a sentir lástima de la mujer que se estaba aproximando a la vejez sin tener la compañía de nadie.

Querido Ted: Recibe mi bienvenida especial. Para mí es como si llegara un hijo, mi propio hijo. Pero no puedo explicar lo que siento. Guardo muchos recuerdos tuyos, y ahora regresas para ser apoyo y ayuda de tu noble padre. Con el más tierno cariño de

Tiíta May.

Su padre no dijo una palabra sobre la nota de color de rosa. No era necesario. Ambos subieron hasta la habitación que Ted conocía tan bien, donde había crecido solitario, y, sin embargo, nunca solo, pues era querido, adorado y mimado por la gente de piel oscura, por cada uno de ellos, guardado y protegido incluso de su enérgico padre, aunque, a pesar de todo, él siempre había querido a su padre más que a nada en el mundo.

—Bajaré dentro de media hora —dijo David ceremoniosamente.

Ted comprendió que su padre se sentía extraño ante él, que buscaba crear entre ellos una nueva relación, una relación de padre a hijo, es cierto, pero también de hombre a hombre, de maestro a director, camaradas en Cristo. El corazón de Ted se enterneció súbitamente. Se conmovía siempre muy pronto.

—A propósito —dijo el padre—. Te he cambiado de habitación. He pensado que la antigua era demasiado pequeña. Te he puesto en la habitación de delante, la que utilizábamos como de cuarto de huéspedes. ¿Te acuerdas?

—Gracias —repuso Ted.

El cambio le sorprendió. Su antigua habitación era pequeña, pero estaba próxima a la habitación de su padre. Quizá no le interesara a éste tener cerca a su hijo.

—Te echaré de menos —añadió su padre con una tímida sonrisa medio oculta por la gris barba—. Pero debes disponer ahora de más espacio.

—Gracias, papá —repitió Ted.

Después de todo se alegraba de no tener que permanecer ya en la pequeña habitación. La delantera era más ancha y alegre, y en la actualidad casi fresca, pues las sombras de la veranda amortiguaban el calor del sol. No había flores. No recordaba haber visto jamás flores en aquella casa, sino tan sólo ramas verdes, helechos, hojas de palmera, que los criados disponían a su gusto.

Un *punkah* colocado sobre su cabeza empezó a moverse lentamente y una extraña soledad y nostalgia le invadieron de pronto como si fuera una niebla venida del pasado, cuando aquel mundo era el único mundo que conocía. A menudo había experimentado la misma sensación en los Estados Unidos, aunque sabía que él era un norteamericano y que la tierra donde se encontraba era su patria. Pero echaba de menos la India. Ahora, rodeado por el pasado familiar, sintió nostalgia de la casa de su abuelo, de la limpia avenida, de los taxis, de la gente bien vestida, de sus compañeros de raza, del frío y cortante aire. Quizás en Nueva York estuviera nevando en aquel momento. Faltaban sólo dos semanas para el Día de Acción de Gracias. Ted no despegó los labios mientras avanzaban camino de su casa en el viejo coche tirado por un buey que habían cogido hacía una hora al bajar del tren. No habló de las calles que recordaba tan bien. No habían cambiado lo más mínimo en todos aquellos años; los oscuros y desencajados rostros llenos de ansiedad, demasiado cansados por el calor y el hambre; los cuerpos delgados y oscuros; la vida de las calles que se desarrollaba ante los viandantes; las casas sin pintar; las habitaciones sin muebles de la gente pobre; las callejuelas atestadas de vehículos, bueyes y gente; los sacerdotes y los mendigos, y, acurrucados contra las paredes, vendedores de especias y granos, sentados sobre el polvo con las piernas cruzadas; mujeres que acarreaban agua de las fuentes llevando sus cacharros sobre la cabeza, tintoreros que extendían brillantes tiras de color verde, naranja y amarillo sobre el suelo, y más allá de todo esto, el ruido de la máquina de un tejedor, al otro lado de una delgada pared. Toda la India burbujeaba en las calles, y aunque él se encontraba en un oasis de quietud, la India estaba allí, seguía estando.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó el pequeño tomo del Nuevo Testamento. Las cubiertas de piel del librito estaban húmedas de sudor. David abrió el libro y empezó a leer:

—*Porque Dios no envió a Su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo fuera salvado por mediación de Él.*

Era extraordinario. No era supersticioso. Pero la India debía ser salvada y no condenada. El miedo que el joven sentía desapareció al instante e incluso experimentó una sensación de contento, había ido a la India a trabajar y tenía una tarea que cumplir. La enorme y vieja mansión de la Quinta Avenida se encontraba a miles de millas de allí y transcurrirían muchos años antes de que Ted entrara en ella de nuevo.

—¿Dónde está el tío Darya? —preguntó Ted a su padre.

Se hallaban sentados ante la mesa de caoba, solos, como habían estado siempre durante las comidas cuando Ted era pequeño. Pero ahora su sitio se hallaba en el extremo de la mesa de forma oval, en lugar de a la derecha de su padre, que le colocaba allí para poderle cortar la carne. El joven supuso que su padre debía de haber dado la orden de que le pusieran el plato en el nuevo sitio. Los criados, vestidos con su traje de algodón blanco como la nieve, sirvieron pollo y arroz con *curry*, el arroz teñido de amarillo por el azafrán.

—Darya hubiera venido para saludarte —repuso David—, pero ha sido detenido. Se encuentra en la cárcel.

—¿En la cárcel! —exclamó Ted.

—Darya se ha hecho muy amigo de ese individuo llamado Gandhi.

La voz del padre era tranquila, pero Ted le conocía lo suficiente para advertir los signos de preocupación, si no eran de agitación, que denotaban sus labios apretados fuertemente.

—¿Pero en la cárcel! —murmuró Ted.

—Darya estaba empeñado en ir a la cárcel. Pero yo no consigo imaginarme lo que va a suceder en la India. Existe una verdadera locura por ir a la cárcel, un deseo de martirio, una verdadera perversión del patriotismo. El virrey está de veras preocupado, pues cree firmemente que la India tiene razón en buscar su independencia. Se trata tan sólo de saber cuando la gente estará en condiciones de gozar de ella. Pero Darya se ha tornado casi tan fanático como el mismo Gandhi e incluso protestó en el *Durbar*.

—Yo nunca creí que el tío Darya fuera un fanático —afirmó Ted—. Parecía un poco triste, eso sí, o por lo menos así lo recuerdo yo.

—Se volvió un hombre diferente cuando perdió a su familia. Yo te tenía a ti, pero él no tenía a nadie más que a sus hermanos y a los hijos de sus hermanos. Es un

hombre muy especial, como son todos los hindúes, afectuoso y todo lo demás. Era difícil para él someterse a la vida. Un hindú corriente hubiera vuelto a casarse. Pero parece que Darya amaba de veras a su mujer. ¿Sabes que su mujer se llamaba Leilamani? Tu abuela se llamaba Leila.

—Ya lo sé. Y ahora ¿qué es lo que va a suceder?

El criado les sirvió espinacas cocinadas hasta adquirir un tono gris, y también guisantes con pimienta. Ted había olvidado aquellas verduras condimentadas a la manera hindú, pero su padre estaba acostumbrado a ellas y Ted hizo todo lo posible por comerlas.

—Más tarde o más temprano, Gandhi será denotado —estaba diciendo su padre con súbito vigor—. El Gobierno no puede tolerar lo que está sucediendo. Lo de la resistencia pasiva suena muy bien, mas puede ocasionar un grave trastorno. Eso de que la gente se lance a la vía del tren, por ejemplo, con absoluto desprecio de sus vidas, que desde luego no pueden ser aplastadas, pues entonces todo el país se amotinaría contra los ingleses... No me sorprendería nada que hubiera algaradas cualquier día con motivo de la estancia del príncipe de Gales.

—¿Has visto alguna vez a Gandhi? —preguntó Ted.

—Sólo de lejos —contestó su padre—. Se trata de un insignificante y feo hombrecillo. Me sorprende que Darya encuentre algo en él.

—A mí me gustaría hablar con Gandhi —afirmó Ted.

—Te aconsejo que te apartes de él y de todas sus obras —dijo David con cierta energía.

Siguieron comiendo en silencio durante algunos minutos. Ted pensaba que debía decir a su padre que ahora ya era un hombre, un hombre joven, cierto, pero dueño en absoluto de sí mismo, lo que haría y lo que diría.

—Pero, por lo menos, me permitirás visitar a tío Darya en la prisión.

David titubeó.

—No tengo inconveniente. Pero no estará en la cárcel mucho tiempo. El Gobierno desea simplemente hacer un escarmiento. El virrey me ha hablado de medidas estratégicas.

—Verdaderamente ha sido una lástima que se hayan empeñado en celebrar el *Durbar* en este momento, ¿no crees? Una especie de demostración de su poder, ¿no es así?

Su padre le corrigió.

—Un despliegue de fuerzas, no de poder, y la fuerza es esencial.

«Ahora o nunca —pensó Ted—. Por primera vez en mi vida voy a tener el valor de disentir de mi padre».

—Me pregunto, sin embargo, si eso será prudente —dijo afectando buen humor—. La gente aquí siente la mayor indiferencia hacia sí mismo. Tienen muy poco que perder: una choza de barro, dos trozos de tela de algodón, un puñado de legumbres o de trigo... No les importa la muerte. Ésta viene pronto de todos modos. La vida

media aquí son veintisiete años, ¿no es así? Y supongo que para la mayoría de ellos el estar en la cárcel les resuelve el problema, pues por lo menos les dan de comer.

—Estoy de acuerdo en que tienen muy poco —contestó David—, y todo el afán de mi vida ha sido crear buenos mandos que pudieran mejorar las condiciones de vida de sus compatriotas. Creo que estoy haciendo todo lo más que se puede hacer, procurándoles jefes hindúes y cristianos si es posible. Cuando la cosa esté a punto, la independencia podrá convertirse en una realidad. Inglaterra daría la bienvenida a jefes hindúes que tuvieran concepto de la responsabilidad, pero no se la dará a un fanático que insiste en llevar un *dhoti* y se pasa la mitad del tiempo hilando con una rueda primitiva para que la gente se acostumbre a no comprar buen paño inglés.

—Sé muy poco de lo que ocurre para decir si estoy de acuerdo o no —repuso Ted sinceramente—. Pero, de todos modos, iré a ver al tío Darya.

Su padre no contestó. Los platos fueron retirados de la mesa y el criado trajo lo que la señorita Parker solía llamar, Ted lo recordaba muy bien, un molde. Se trataba de un tembloroso bloque de blanc-mange^[4] rodeado por un espeso círculo de corteza amarilla. Ted empezó a comer el conocido plato, lo que hizo sin gran dificultad.

—Ve a los pueblos —dijo Darya.

El guardián concedió al alto norteamericano del cabello rojo un favor especial. Y Ted no tuvo que hablar con el preso a través de los barrotes, sino que se le permitió traspasar la puerta de madera, una vez abierta, y entrar en la desnuda habitación que daba a un polvoriento trozo de tierra. Allí encontró a Darya solo, escribiendo en una mesa hecha con tablas colocadas sobre dos postes clavados en el suelo. Darya levantó la cabeza, sorprendido, y durante un segundo no reconoció a su visitante. Cuando se dio cuenta de quién era se puso en pie en el acto y extendió los brazos hacia él.

—¡Ted, amigo mío, mi hijo!

—¡Tío Darya! He venido en cuanto he sabido que, estabas aquí.

—¿Tu padre no ha hecho ninguna objeción?

—No.

De este modo iniciaron su conversación. Ted se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas, rehusando el taburete que Darya le ofreció.

—Tío Darya, ¿cómo viniste aquí?

—Debes saberlo —contestó Darya.

Y dio comienzo al relato de la historia de su vida desde el momento en que vio morir a su hijo menor, luego al mayor, más tarde a Leilamani y, por último, a su hijita.

—Dije que me convertiría en *sadhu* —declaró Darya con sus grandes ojos más oscuros que antes, en su inquieto rostro una expresión trágica—. Repartí mi dinero entre mis hermanos, me puse trajes y sandalias, utilicé mis pies para viajar por los pueblos. Pero no mendigué como los verdaderos *sadhus* deben hacer, pues yo era más

rico que la gente de los pueblos, podía mantenerme sobradamente e incluso darles algo cuando los veía hambrientos. ¡Oh, Ted! Si quieres conocer la India, debes ir de pueblo en pueblo.

Ted guardaba silencio. Mirando por encima de sus rodillas cruzadas, escuchaba atentamente con la mirada fija en el hermoso rostro del amigo de su padre.

—Estuve en el Norte y en el Sur —decía Darya—. En el este y en oeste, solo y siempre a pie, y dormí por la noche con los campesinos, comí con ellos, los oí hablar, permaneciendo a veces durante días y semanas en un mismo lugar a fin de llegar a conocer a la gente como a mí mismo. Enterré sus penas en mis penas, olvidé la muerte de los míos porque ellos habían muerto a millares y a millares de millares. Vi mi India, unos desgraciados seres que sufrían, que vivían sobre un rico suelo que jamás es suyo, oprimidos por los ávidos terratenientes y arruinados por las deudas y los impuestos. Todo el país se mueve de un lado a otro impulsado por la angustia de la miseria, y yo me olvidé de todo lo que había sido antes. He llegado a ser otro hombre, y aquí arde una sola llama. —Apretó las manos entrelazadas contra su pecho—. Entonces encontré a Gandhi. —Sus manos cayeron—. No soy un ciego seguidor de ese hombre. No, de ninguna manera. Le veo tal como es, pero le sigo ciegamente porque no lucha en su propio beneficio. Ted, te lo digo yo, la renunciación es la prueba definitiva. Si un hombre renuncia a todo lo que posee por los otros, ese hombre es digno de toda confianza. Sin renunciación previa, no tengas confianza en nadie.

El calor que reinaba en la pequeña habitación producía el efecto de un peso de plomo. Las altas paredes alejaban toda esperanza de que pudiera llegar hasta allí un poco de aire, y el polvoriento trozo de tierra que se extendía más allá de la puerta y donde ni una mata podía crecer, reflejaba un sol todavía más intenso, que si cayera directamente. No había nada que pudiera evitar el resol.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó angustiado Ted—. El calor irá aumentando hasta que lleguen los monzones, y aún falta bastante tiempo para, ello.

—Contemplo las nubes —contestó Darya—. Mañana y tarde las nubes pasan por mi trozo de cielo; yo salgo a ese pedazo de tierra cubierto de polvo, las miro e imagino que siguen corriendo. Vienen del norte, del Himalaya, y de las montañas cubiertas de nieve, y sueño en los valles de flores que se alimentan de las nubes cuando se derriten.

Su voz, dura y fría momentos antes, se había tornado de súbito suave, acariciadora, una voz maravillosa y flexible, lenta y suave, hábil y poderosa, que respondía perfectamente a sus pensamientos y sentimientos más profundos. Ted la oyó, pero no quería que aquella magnífica y bella voz se hiciera dueña de sus emociones. Tampoco quería que el bello rostro y el espíritu de aquel hombre, el encanto que emanaba de su renunciación, fuera el encanto que le arrastrara. No dudaba de que existía una dulzura en la rendición total, completa, del propio ser. Producía un placer rendirse, placer que él había probado, pero al que se resistía

temeroso de lo lejos que podía llevarle. Observó el rostro de Darya, pero no sorprendió en él el menor signo de amargura, ni tampoco cólera ni tristeza. Sólo descubrió contento, alegría y exaltación.

—Tío Darya, ¿cuáles son tus esperanzas?

—Ver libre a mi pueblo —repuso el hindú—. Llegar a ver que es capaz de ayudarse a sí mismo, verle propietario de su propia tierra, eligiendo su propio Gobierno, viviendo en un ambiente de decencia, de propio respeto y de mutua cooperación. —Elevó su rostro hacia el triste cuadrado de blanco cielo donde la luz parecía un ardiente metal—. Y un día llegaremos a verlo. Veré carne sobre los huesos de la gente, y los niños no llorarán más, pues serán alimentados y nadie padecerá hambre.

—¿Por la gracia de Dios?

El rostro de Darya cambió y el hindú abrió sus ojos y miró al joven blanco.

—Eso es lo que vosotros decís siempre. Acuérdate: «No todos los que gritan Señor, Señor...». ¿No lo recuerdas?

La suave voz de antes se había transformado de repente en una especie de trueno y Ted guardó silencio. Tenía razón. En presencia de aquella renunciación, no tenía el menor derecho.

—Tío Darya, debo marcharme. —Se puso en pie y le tendió la mano—. Me has impresionado, lo confieso, y no por lo que has dicho, sino por lo que has hecho. Tienes razón. Te suplico que me perdones.

—Vete entonces. Pero vuelve otro día.

El joven se encaminó a su casa, asombrado de que Darya hubiera unido su vida a la de Gandhi. Ted, en sus relaciones con el tío Darya durante la niñez, había llegado a la conclusión de que el guapo e inteligente hindú amaba la vida, el placer físico, y que era exigente y le gustaba meditar. Y todo esto había sido sometido al feo hombrecillo a quien no le importaba lo que se comía mientras no fuera una comida mejor que la de un aldeano; un hombrecillo vestido con una prenda casera hecha de algodón blanco, un moreno asceta que había elegido para vivir una choza de barro y que andaba con los pies desnudos. Renunciación, honestidad, pureza, o como quiera llamarlo, pero en esto residía el encanto, y, además, debía tenerse en cuenta que Darya no era un hombre que pudiera ganarse fácilmente. Darya conocía lo mejor tanto como lo peor, no sólo de allí, de la India, sino también de Inglaterra, y sabía vestir chaqué, pantalón a rayas y sombrero de copa, no sólo con cultura, sino con manifiesta elegancia. Había vivido desde su nacimiento en un palacio, la mansión de su padre, y ahora había elegido la cárcel, ahora había elegido la pobreza, y la renunciación era algo precioso para él. Por amor al hombre.

Algo tembló en el corazón de Ted, una llama vacilante, una maravillosa luz. Mas no quiso seguir el reflejo de aquella luz. Por el momento no deseaba escrutar su alma. Era joven, su vida era agradable, el porvenir brillaba en el horizonte. Agnes Linlay estaba constantemente en su pensamiento. Tenía que oír su voz, verla en su ambiente,

saber lo que existía entre ellos y lo que podía existir, antes de examinar su alma.

Día tras día, el país donde vivía su abuelo se alejaba más y más de su imaginación. Los antiguos hábitos de la niñez volvieron a él procedentes de las sombras donde habían esperado durante los años pasados en Norteamérica, y de nuevo las viejas costumbres medio hindúes fueron sus costumbres. Las noches ardientes, los días pasados en las sombreadas habitaciones, con las persianas de bambú echadas y bajo los *punkahs* que se balanceaban lentamente; las comidas condimentadas con mucha pimienta; los melones fríos; las floridas enredaderas del jardín; los criados vestidos de blanco que se apresuraban a cumplir todos sus deseos. También se acostumbró a los estudiantes, a los ávidos, quizá demasiado ávidos, rostros de los hindúes, a los tímidos y siempre encantadores rostros de las muchachas, que al verle se apresuraban a echarse el *sari* sobre la cabeza con un ademán a la vez lleno de modestia e incitante de coquetería y de severidad. Aquella India era más completa que la de Gandhi.

Agnes contestaba cada una o cada dos semanas a sus casi diarias cartas, las cartas que Ted le enviaba forzado por la necesidad de compañía que experimentaba, pues aunque quería y reverenciaba a su padre, no había posibilidad de ser el compañero de un hombre que vivía entregado en cuerpo y alma a su tarea, y aun más que esto, pues era un príncipe, un hombre a quien el virrey pedía consejo. El señor y la señora Fordham eran unos viejos ridículos que incitaban a la compasión. De todos sus hijos, sólo Ruthie se proponía regresar. Los padres hablaron mucho de ella e incluso le enseñaron a Ted su retrato. El joven pudo admirar una sencilla muchacha de cara redonda, y unos labios demasiado llenos en su agradable y vulgar rostro.

Además estaba también la pobre señorita Parker, pero a ésta Ted la evitaba, aunque sabía que al hacerlo era cruel. Mas no podía remediarlo. Estaba achacosa y carecía de salud, y ni siquiera la religión podía hacer que su piel fuera agradable. Al envejecer no se había vuelto seca y delgada. Al contrario, engordó aún más, y un olor agrio y crudo delataba su paso por cualquier habitación. Ted, sin embargo, reconocía que era difícil que los viejos se mantuvieran limpios, sobre todo bajo el calor tropical.

En su soledad, Ted leía y releía las cartas de Agnes, y al final de sus lecturas experimentaba un vago desasosiego. La joven no daba pie para establecer un intercambio. Aunque Ted ponía todos sus pensamientos y sentimientos en las cartas que escribía, su cordialidad no merecía como respuesta más que una fría cortesía y una suave amistad. Por dos veces había pedido a Agnes que le dejara ir a verla y por dos veces ella había soslayado la cuestión. La primera vez, cuando visitó a Darya, quiso seguir hacia el este para verla a ella, pero Agnes se excusó de no poderle recibir diciendo que tenía proyectado pasar unas vacaciones con sus padres en Cachemira, en donde al padre le gustaba cazar, y cuando en otra ocasión volvió a insistir en su deseo, Agnes contestó que todo el mundo estaba muy atareado haciendo los preparativos para recibir al príncipe de Gales, que pensaba llegar la víspera de Navidad.

La joven le escribió también que se esperaba se produjeran motines, pues corrían rumores de que los nacionalistas estaban enviando descontentos procedentes de las fábricas de cáñamo, pagándoles a cada uno de ellos seis *annas* al día a fin de que levantaran a la gente contra el príncipe. Pero el Gobierno estaba procediendo a su detención antes de la real visita, y más de tres mil rebeldes se encontraban ya en la cárcel. En cuanto al *hartal*...

En la actualidad, sería muy conveniente un completo hartal —escribía la joven—, pues de esta manera la gente permanecería en sus casas. De otro modo, muchos serán aplastados y muertos por la multitud que llenará las calles.

Las cartas de la joven adquirieron un tono entusiástico cuando llegó el príncipe de Gales, y Ted las leyó pensativamente, recordando la soledad de Darya en la celda de su prisión.

Ha sido un gran éxito —escribía la joven en el mes de enero—. Lo más satisfactorio para nosotros, naturalmente, fue la ceremonia celebrada el segundo día de Navidad, ofrecida enteramente por hindúes. Se celebró al aire libre, en el maida, y miles de personas acudieron allí para ver al príncipe. Fue muy consolador oír los vítores al príncipe proferidos por toda la gente. El príncipe subió al magnífico estrado y tomó asiento, aunque en cuanto se inició la ceremonia, se puso en pie para recibir las sagradas ofrendas: cocos de plata, arroz dulce, flores, todo en bandejas de plata. Finalmente le pusieron una guirnalda en el cuello y pudo sentarse de nuevo. Entonces avanzaron hacia él lentamente tres grandes procesiones. La primera era la de los sacerdotes, con sus túnicas color de azafrán, que cantaban himnos sánscritos acompañados por la más bella música, suave y al mismo tiempo viril y triste. Luego se presentaron trece carros tirados por bueyes, cada uno con un espectáculo, un cuadro de la vida de la India, con las figuras tan inmóviles que se hubiera podido jurar que eran de bronce en lugar de carne y hueso. Más tarde siguió la procesión de la danza tibetana. Pero, naturalmente, hubo algo más: danzarinas de Manipur, muy bonitas y jóvenes con sus tiesos corpiños de oro y sus oscuros cuerpos, y, finalmente, una tremenda escena histórica de la época Mogol. ¡Oh! Pero lo mejor fue cuando todo terminó y la multitud arrolló a las autoridades para mostrar su amor al príncipe, y él día 29, cuando el príncipe se marchó, la multitud se reunió en el río para verle partir, aunque el Pansy estaba anclado cerca de Outram Chat y se suponía que partiría de incógnito. Todos los que acudieron a despedirle pertenecían a la clase media y trabajadora. ¡Un gran triunfo para él Imperio británico! Mi padre está encantado, y también lo estamos todos.

Ted dejó la carta. La joven no se había mostrado nunca tan cordial ni tan excitada. Pero ninguna de aquellas emociones era motivada por él. Por lo tanto, había llegado el momento de ir a verla y enfrentarse con ella.

XII

Ted llegó a Calcuta un día de terrible calor, y después del polvoriento viaje se encaminó seguidamente al hotel. Su criado le había llevado ya las maletas y la ropa de cama y ahora se apresuraba a prepararle el baño y el té. En el vestíbulo del hotel, Ted se acercó al pupitre de recepción, esperando encontrar una carta de Agnes. En efecto, le entregaron una nota, una invitación, pero no para el próximo almuerzo, sino para el té de la tarde, que sería seguido de un partido de tenis. Se trataba de una nota fría, no desprovista quizá de un tono amistoso, pero algo seca en el fondo. ¿O era que así se lo imaginaba él? El papel, de un pálido color gris, era muy grueso y en su parte posterior tenía impreso el escudo de la Casa del Gobierno. Pero Ted recordó que la joven vivía en la Casa del Gobierno. Era la hija del gobernador, era una mujer inglesa en la India. Ted permaneció un rato con la misiva entre sus manos, recordando con súbito rubor la franqueza de sus propias cartas. Quizá le hubiera hecho el amor en ellas, pues es muy fácil hacer el amor. Se sentía muy solo, las noches eran largas y calurosas y él soñaba con tener una compañera.

Bien, dormiría, descansaría y leería. Tal vez incluso estudiaría sus lecciones de idiomas, pues estaba decidido a conseguir dominar no sólo el márata literario, sino también el indostánico y el vernáculo gujerati, y más tarde, si le era posible, los restantes idiomas principales de la India, a fin de poder hablar con la gente fuera donde fuese. Empezaba a decirse que Poona no sería su último hogar. Pero su futuro no quedaría claro hasta que hubiese visto y hablado con Agnes. El joven subió la escalera de mármol y se dirigió a su habitación. Su criado había bajado ya el mosquitero, echado las persianas y el *punkah* estaba en movimiento.

—Un baño inglés, *sahib* —dijo el fiel servidor; mostrando al sonreír sus blancos dientes y queriendo decir que allí había un gran baño de porcelana, una red de tuberías y grifos con agua fría y caliente.

—Está bien —contestó Ted—. Ahora tráeme algo de comer y luego vete tú también a dormir. Yo dormiré toda la mañana.

—Sí, *sahib*.

El hombre se marchó, cerrando la puerta silenciosamente. La habitación quedó sumida en un profundo silencio, pues las gruesas paredes alejaban los ruidos de la calle y sólo se oía el suave rumor del *punkah*, que se movía de un lado a otro.

Los jardines de la Casa del Gobierno eran un verdadero despliegue del esplendor imperial. No se dejaba que el calor marchitara las flores. La espuela de caballero inglesa se mezclaba con las lujuriantes flores hindúes, y las rosas y las orquídeas crecían bajo la sombra de enormes umbráculos. Las pistas de tenis alternaban con los verdes céspedes, y en el centro se alzaba una magnífica mansión, semejante a una enorme casa solariega inglesa. El coche alquilado por Ted avanzó por el camino que

conducía hasta la escalinata de la entrada. Su criado saltó rápidamente del pescante y Ted se apeó.

—Vuelve dentro de dos horas, o espera —dijo Ted.

—Esperaré, *sahib* —repuso con toda dignidad el criado. Estaba muy guapo con sus limpias ropas blancas y se daba cuenta de que incluso allí hacía honor a su amo.

—Muy bien —murmuró Ted.

El joven subió la escalinata, y en la abierta puerta detrás de las pantallas contra los mosquitos, un criado, un *sikh*, alto y con barba, espléndido con su librea azul y oro, se le acercó, obsequioso.

—La señorita Linlay —dijo Ted.

—Está esperando, *sahib* —repuso el *sikh* suavemente guiándole hasta el salón de recepción, situado a la izquierda del enorme y cuadrado vestíbulo.

Allí quedó esperando Ted, pero sólo un instante, pues casi en el acto apareció la joven, que parecía fresca y hermosa con su blanco vestido de tenis. Traía su rubio cabello recogido en un ancho moño en la nuca, y a su pálido rostro asomó un débil y súbito rubor. En el escote llevaba prendida una rosa amarilla.

—¡Agnes!

Ted cogió las dos manos de la joven y contempló su sonriente rostro. Los ojos de Agnes le parecieron aún más azules de lo que él recordaba y sus labios más dulces. El joven sintió el impulso de inclinarse para besar aquellos labios, un impulso tan fuerte que sólo pudo dominarlo gracias a un esfuerzo de voluntad. Comprendió que Agnes se hubiera sentido profundamente ofendida, y no quiso correr tal riesgo.

Agnes le miraba sonriendo, aunque parecía distante, y Ted pensó que había cambiado, que se mostraba, en fin, menos espontánea que en el barco. Pero Ted estaba preparado para ello.

—Ha recibido usted mi carta a tiempo, por lo que veo, pues se ha presentado usted a la hora en punto —dijo la joven—. Pero temo que haga todavía demasiado calor para jugar al tenis. Quizás haga aquí más fresco que en cualquiera otra parte.

La joven se sentó en una alta silla de teca y Ted arrastró un pequeño taburete dorado cerca de ella, y, sentándose, la miró francamente, con verdadero placer, dispuesto a no permitir que se apartara de él.

—He venido desde muy lejos para verla a usted y he esperado mucho tiempo para hacerlo. Quería venir el otoño pasado, cuando fui a las Provincias Unidas para visitar a un viejo amigo. Pero usted me disuadió. Luego, más tarde...

La joven eludió la respuesta.

—¿Y quién es ese viejo? —preguntó.

—Un hindú amigo de mi padre. Yo le llamo tío. Se trata de Darya Sapru.

—¡Ah! Ese nombre me suena —exclamó la joven—. Mi padre dice que hubiera podido obtener un título de caballero el año pasado si no se hubiese unido a Gandhi.

—¿De veras? Pero no creo que él lo hubiese aceptado.

Ted percibió la dura expresión que se reflejó en los bellos ojos azules de Agnes y

se apresuró a cambiar de conversación.

—Sea lo que fuere, mi padre y él son amigos de toda la vida, aunque ahora están un poco distanciados debido a que mi padre opina que Gandhi está equivocado.

Se detuvo de pronto, sintiéndose culpable.

—Me alegra saber que su padre piensa de ese modo —dijo Agnes.

—Sí, y, por lo tanto, yo no debo colocarme detrás de mi padre —contestó Ted con resolución—. No sé si Gandhi tiene razón o no. Hay muchas cosas que no entiendo. La vieja India me parecía antes muy clara, pero quizá se debiera a que yo era entonces un niño. Ahora todo me parece excesivamente complejo. Tuve que escuchar a Darya, naturalmente. Me produjo una gran confusión verle en la cárcel.

—¿Por qué? —preguntó Agnes—. Realizó un acto de rebeldía durante el *Durbar* de Bombay.

—Es de usted de quien yo he venido a hablar —repuso Ted—, no del príncipe, de Darya y mucho menos de Gandhi y de los políticos, ni siquiera de la India, sino sólo de usted.

Ted cogió la pequeña y blanca mano que la joven mantenía sobre su rodilla y la apretó el tiempo suficiente para obtener una respuesta. Pero no obtuvo ninguna, y Ted soltó la mano de nuevo. Agnes se puso en pie casi en el acto.

—Vamos a las pistas. Después de todo, hay sombra en ellas, y la oscuridad llega rápidamente al ponerse el sol. Mi padre regresará pronto a casa.

Agnes miró a Ted de arriba abajo.

—Estoy dispuesto —repuso Ted sonriendo, sometiéndose gustoso a la inspección de la joven.

—Muy elegante —contestó la joven con una sonrisa de aprobación.

Los dos jóvenes atravesaron el verde césped hasta llegar a las pistas. Había ya gente jugando, y varias señoras estaban sentadas bajo los parasoles de rayas verdes, mientras criados hindúes, con librea, les ofrecían té, emparedados y bebidas frías. Agnes fue presentando a Ted con la mayor naturalidad a medida que pasaban ante los demás invitados.

—*Lady* Fenley, le presento a Ted MacArd, Poona, *Sir* Agnus, Ted MacArd. *Lady* Mary Fenley, Ted MacArd. Frederick Payne, Ted MacArd. Bart Lankester y el señor y la señora Oscar Wayne...

Ted repartió apretones de mano, sonrió, repitió nombres. Agnes se desembarazó pronto de sus invitados y propuso a Ted jugar un partido individual en una pista vacante en aquel momento. Ted probó, algunas raquetas, eligió una más bien pesada, y la joven ganó el sorteo del campo.

Ted suponía que Agnes jugaba bien, pero no podía imaginar que lo hiciera de un modo superlativo. Pero así era. La joven parecía no moverse apenas en la pista, pero las pelotas que le enviaba Ted eran devueltas con rápida seguridad, cayendo en los lugares menos convenientes. Agnes no empleaba trucos. Realizaba un juego limpio, aunque devastador y duro. Ted hizo cuanto pudo para contrarrestar aquel juego,

perdiendo los tres primeros juegos por apenas un tanto. Entonces se encolerizó, olvidó quién era ella, olvidó que estaba a punto de enamorarse de aquella joven, y concentrándose en el juego como si estuviese jugando contra un enemigo, ganó dos sets de tres por un pequeño margen. Derrotada, Agnes se acercó a la red y ambos jóvenes se estrecharon la mano de acuerdo con la costumbre. La clara piel de la joven había adquirido un tinte rosado y los mechones de cabello de su frente estaban húmedos.

—Juega usted demasiado bien —dijo Ted.

—Demasiado bien no —repuso Agnes—, puesto que me ha ganado.

—Sí, pero tuve que hacer un gran esfuerzo —replicó Ted con una sonrisa.

—¿Y por qué no? —replicó Agnes.

Juntos fueron hacia los quitasoles y Agnes tomó una taza de té caliente.

—No tome usted esa bebida fría —dijo Agnes al ver que Ted se disponía a beber un vaso de limonada—. Es peligroso cuando se está sudando.

—No para un norteamericano —replicó Ted, resuelto, por alguna razón que se le escapaba, a no rendirse ante ella—. Estamos acostumbrados a lo frío y a lo caliente al mismo tiempo.

—Ahí está mi padre —exclamó de pronto la joven señalando la cabeza hacia el verde césped.

Ted vio un alto inglés que avanzaba lentamente.

—Parece cansado —añadió la joven—. Desde el *Durbar* las cosas han vuelto a ponerse difíciles.

Todo el mundo se puso en pie cuando el gobernador se aproximó, y la joven presentó con toda ceremonia a Ted.

—Papá, te presento al señor MacArd. Ya te dije que fuimos compañeros de barco. Es norteamericano, ¿recuerdas?

—¡Ah sí!

El gobernador cambió un débil apretón de manos con Ted.

—Creo que alguna vez me he encontrado con su padre. Naturalmente, conozco a su abuelo.

—Gracias, excelencia —repuso con voz clara Ted.

El joven volvió a sentarse cuando el gobernador tomó asiento, dedicándose a hablar con *Lady Fenley*. Miró a Agnes una o dos veces con cierto resentimiento, pues comprendió que su visita no pasaría de aquello. No podría sostener una conversación a solas con ella bajo la gran higuera de Bengala que se alzaba en el extremo del prado, ni tampoco aceptó ella la oportunidad que Ted le brindó al mirar hacia los rosales. Al cabo de una hora el joven se puso en pie, dominado por un súbito enfado.

—Tengo que marcharme —dijo conteniéndose para no pronunciar el nombre de la joven.

—¿De veras tiene usted que irse?

—No me marcharé de Calcuta hasta pasado mañana —continuó Ted.

No tenía plan alguno, aunque no dijo «mañana mismo» porque quería concederse a sí mismo un día más. Pero le advirtió a Agnes que se trataba sólo de un día. Un día era bastante para saber si ella deseaba o no verle de nuevo. La joven guardó silencio y le tendió la mano, que Ted soltó tras de un breve apretón. Luego hizo una reverencia dirigiéndose a todos los invitados, reunidos bajo los quitasoles verdes, y se marchó. El sol daba de lleno con toda su ferocidad sobre el templo de Kali cuando subió al coche, que empezó a rodar hacia la ciudad y más tarde a lo largo de la Chowringhi, la más famosa calle de Oriente, hasta llegar a su hotel. Continuaba aún enfadado y sus labios estaban tensos y blancos.

No pudo dormir aquella noche. El calor que sentía en el interior de su cuerpo le impedía hacerlo. Estuvo dando vueltas en el lecho, se incorporó, tiró las almohadas al suelo. Más tarde se levantó, encendiendo la lámpara de la mesilla de noche. A poco, cogió unas cuantas hojas de papel del hotel, ligeramente abarquilladas ya en sus extremos, aunque Ted supuso que las debían de haber colocado allí el día anterior. Entonces empezó a escribir todos los pensamientos que, en su enojo, le había estado diciendo a Agnes en la oscuridad mientras luchaba por dormir.

«¿Por qué me ha permitido usted que fuera a verla? —preguntaba—. ¿Por qué no decirme claramente que éramos amigos de barco y nada más? ¿Por qué aceptó usted mis cartas? ¿Por qué no me ha permitido que le diga que la amo y que deseo casarme con usted? Bien, se lo digo ahora. La quiero a usted y la quiero para que sea mi esposa. Hay mucha distancia entre nosotros, toda la India quizá. Pero yo la amo. Si usted puede amarme, entonces no habrá nada que nos separe, ni la India ni los mares que se extienden entre su país y el mío. Usted me dirá que soy muy impaciente. Siempre me decía usted en el barco que era impaciente. Sí, lo soy. Me parezco a mi abuelo, que es el hombre más impaciente que he conocido. En cuanto a mi padre, es el hombre más terco que he conocido, y yo me parezco a los dos. Iré a verla a usted mañana por la tarde, a las cuatro, para conocer su respuesta. Nada evitará que vaya».

Los primeros signos de un tormentoso amanecer empezaban a teñir el cielo de rojo cuando Ted terminó de escribir las palabras con que trataba de expresar su cólera. Cerró la carta y abrió la puerta, donde su criado dormía atravesado en el umbral. Le tocó con el pie y el hombre se levantó completamente despierto.

—Lleva esto a la Casa del Gobierno —le ordenó—, y quédate allí hasta que sea depositada en tu mano una respuesta, que me traerás inmediatamente. Yo estaré en esta habitación.

El criado se enderezó en silencio, se envolvió por dos veces en la tira de algodón que constituía toda su ropa y, colocándose bien el turbante, tomó la carta y partió.

Sobre la bandeja de plata, junto con el té, las tostadas y los maduros y amarillos mangles, Agnes vio la carta y reconoció la letra. Pero no la cogió inmediatamente. La joven se sentó en la cama y el *ayah* apiló las almohadas detrás de ella; luego le alargó

el cepillo y el peine. Agnes empezó a cepillarse la larga y rubia trenza, que retorció luego alrededor de su cabeza. A continuación metió las manos en el cacharro de agua fría que el *ayah* había colocado al lado de la cama y cogiendo la toalla de hilo que había dentro del agua, la retorció hasta dejarla medio seca y se la pasó por la cara y el cuello.

—Ahora —dijo la joven— le toca el turno a mi *chota hari*.

—El hombre espera una respuesta, mi rosa, mi encanto —contestó la vieja *ayah* con tierna y cantarina voz.

—Leeré la carta después que haya tomado el té —repuso Agnes—. Entonces tocaré el timbre para que vengas.

—Vendré en el acto —murmuró el *ayah*.

La mujer salió silenciosamente y Agnes dejó a taza y cogió la carta. La esperaba. No era propio de Ted marcharse sin decir nada más, ni tampoco deseaba ella que se comportara así. Tanto su padre como su madre le habían hecho muchas preguntas a propósito del norteamericano y no se habían mostrado muy conformes con la invitación. Sin embargo, sus padres la amaban con todo su cariño y sabían que podían tener confianza en ella.

—Los norteamericanos son tan raros... —había murmurado su madre—. Una nunca sabe lo que pueden hacer. Actualmente, algunos de ellos alientan a Gandhi, ¿comprendes, querida? Y esto resulta en extremo embarazoso para tu padre. Si los blancos no se unen, ¿sabes?, no se puede prever...

Su madre acababa raras veces las frases y aquélla quedó en el aire no como una pregunta, sino más bien como una afirmación. Era cierto que los tiempos parecían peligrosos. Pero Agnes no quería creer que el peligro tuviera nada que ver con su vida privada, aunque en realidad sí la tenía. La India tenía mucho que ver con su vida porque era la hija de su padre. Si no lo hubiese sido, nada hubiera importado con quien se casara. Entonces podría haberse permitido enamorarse de Ted con tanta facilidad como si se tratase de un inglés. Que fuera nieto del viejo Thomas MacArd constituía, desde luego, una ventaja e incluso también lo era que fuese hijo de David MacArd, ya que David MacArd podía considerarse famoso a su manera, aunque el padre de ella solía decir que era una lástima que le hubieran permitido ser misionero, cosa que debía haber disgustado enormemente a su poderoso padre, el cual, por supuesto, confiaría en que su único hijo se hiciera cargo con el tiempo de sus intereses financieros, que se extendían por casi todo el país. El virrey había afirmado, no obstante, que los graduados procedentes de la Universidad MacArd de Poona podían considerarse como los más leales, y que por esta razón había que estar agradecido a David MacArd.

La joven leyó la carta de Ted y cuando terminó de hacerlo volvió a leerla con más detenimiento. Luego se reclinó en las almohadas, dejando que el té y las tostadas se enfriasen todo lo que podían enfriarse allí, aunque no dejaba de ser extraño lo mucho que se deseaba una cosa muy caliente como contraste de la eterna tibieza de todo.

Quizá se debiera a esto el que encontrase tan fascinador a aquel norteamericano decidido y resuelto. La mayor parte de los ingleses se tornaban tibios tras de haber pasado varios años en la India. Debía ser la única manera de soportar el clima, pero siempre se podía adivinar lo que iban a decir en cuanto abrían la boca para hablar, especialmente cuando se dirigían a ella. En cierto modo, a Agnes le hubiera gustado quedarse en Inglaterra, pese a que no le gustaba. Era un lugar pequeño, y todo, absolutamente todo, estaba establecido de acuerdo con unas normas que ella no podía romper ni quebrantar. Después de haber vivido en la India como hija de un gobernador, tener que someterse a una norma le resultaba fastidioso por demás. Lo malo era que en la India también existía una norma impuesta por las corrientes subterráneas y la intranquilidad en que vivía el país. Jamás se estaba seguro de los cimientos que sustentaban el edificio. Pero como no existía nada más poderoso ni más eterno que el Imperio británico, era simplemente cuestión de tiempo que los seguidores de Gandhi fueran derrotados, y los hombres como su padre llevarían esto a cabo de una manera suave y justiciera. Pero no se debía olvidar, empero, que los blancos eran muy pocos y muchos los que estaban frente a ellos. Incluso allí, en la Casa del Gobierno, vivía un pequeño puñado de ingleses rodeados de hindúes leales y que querían a sus amos, pero únicamente los que habían vivido en la India conocían a fondo la inestabilidad de los cimientos. Las raíces de su padre estaban en Inglaterra, pero las de ella estaban allí, en la India. ¡Cuántas cosas había visto y oído porque entendía un idioma que ellos desconocían! Los niños oyen y ven. He aquí por qué se sentía tan atraída por Ted. Éste también había vivido en la India siendo niño, un niño blanco en un país de gente de color.

La joven se puso en pie de súbito y se dirigió a su pequeño escritorio de palo de rosa, donde escribió:

Querido Ted: Le espero a usted a las cuatro.

Agnes.

El gran salón de forma oval estaba lleno de sombras en su extremo más lejano. Pero Ted vio que Agnes se levantaba de un sofá forrado de raso y venía hacia él envuelta en un vaporoso traje blanco.

—Ésta es siempre la habitación más fresca —explicó la joven—, y no la utilizamos más que cuando hay grandes fiestas. No nos molestarán hoy.

—¡Oh! Me alegro de ello —repuso Ted gravemente—. Lo que tengo que decirle a usted no es para que nos interrumpan. Es, verdaderamente, muy importante.

—¡Oh, Ted! —exclamó Agnes con acento suave—. ¿No será demasiado pronto aún? ¡Somos tan jóvenes...!

—Ya lo sé —replicó Ted—. Pero no somos tan jóvenes como pueda hacer suponer nuestra edad, Agnes. Ya hablamos de esto en el barco, ¿recuerda usted?

Dijimos que la India hace envejecer a la gente muy de prisa.

Agnes se volvió con rápido movimiento y tomó asiento de nuevo en el sofá dorado, uniéndose a ella Ted. Los almohadones, rellenos de pluma, resultaban inesperadamente blandos y el tupido raso parecía casi fresco al tacto.

—Y más todavía —continuó el joven colocando su mano sobre la de ella—. Creo que seremos forzados en algún otro sentido, Agnes. Su padre de usted se halla de un lado de la vida. En el mismo lado se encuentra mi padre. Pero yo puedo elegir el lado opuesto. Ahora deseo saber si, llegado el caso, usted pasaría a mi lado.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó la joven.

Sus ojos permanecían firmemente clavados en los de Ted y su voz era tranquila.

—Lo sabe usted de sobra —contestó Ted.

—Pero deseo oírsele decir a usted —insistió la joven.

—Temía decirlo. Sin embargo, lo diré. Lo primero de todo es que, a despecho de la visita del príncipe, se avecina una gran lucha. Darya está en un lado, junto a Gandhi, y su padre y el mío se encuentran en el lado opuesto. Yo no sé en qué lado estoy, Agnes. Necesito tiempo para saberlo. Pero lo que ahora quiero saber es lo siguiente: ¿Está usted dispuesta a ir adonde yo vaya?

—¡Qué extraña me resulta esa cuestión enfocada del modo que usted lo hace! —exclamó la joven.

—¿Extraña?

—Se diría que está usted planeando algo terrible.

—Quizá fuera terrible para usted.

—No puedo imaginarme nada terrible que pueda sucederle a usted —exclamó Agnes empezando a sonreír.

Lo que ella quería decir era que nada le podía suceder a un alto y guapo joven descendiente de los MacArd.

—¿No está usted poniéndose teatral? —preguntó la joven.

—¿Y qué pasaría si me pusiera? —inquirió a su vez Ted.

—Yo podría echarme a reír —repuso la joven.

Ted dejó escapar un largo e impetuoso suspiro.

—Nos estamos batiendo. Yo ataco y usted me rechaza. Hablemos con claridad, Agnes. ¿Me ama usted?

La joven inclinó su rubia y graciosa cabeza.

—No lo sé.

—Quizá me ame usted —continuó Ted—. Si no lo sabe...

—Hay otras cosas además del amor.

—¡Otras cosas además del amor! —exclamó Ted con acento de reproche.

—No se debe decidir solamente de acuerdo con los sentimientos.

—¡Pues yo lo hago así!

—Pero una mujer...

—Una mujer inglesa, debe usted añadir —masculló Ted con amargura.

Agnes aceptó las palabras del joven norteamericano.

—Sí, una inglesa, una mujer inglesa, que vive aquí, en la India. Ser una inglesa aquí supone llevar más peso que en Inglaterra, sobre todo ahora.

—¿Por qué sobre todo ahora, si sólo se trata de usted y de mí?

—Si, usted fuese amigo de Gandhi, por ejemplo —dijo la joven pensativamente—, la cosa me afectaría enormemente, caso de que yo accediera a ser su esposa. Me apartaría por completo del mundo a que pertenezco, incluso de mis padres. Debo tenerlo en cuenta, por lo tanto.

—Pero... ¿cree usted que eso podría llegar a separarnos? —preguntó Ted.

—¡Oh, sí! Quizá sí. Pero entonces sería que no estaba enamorada de usted. Todavía estoy a tiempo de detenerme.

El corazón de Ted se estremeció ante la posibilidad de que Agnes no le amara, lo cual significaba, por otra parte, que podría llegar a amarle, aunque no con el fuego y la pasión que sentía él, pues la joven era tan fría como una flor, aunque a juicio de Ted ésta era una de sus mejores cualidades. Ciertamente Agnes había absorbido algo del calor de la India, pero, por contraste, se había tomado más fría aún, más apacible y tranquila.

—Eso quiere decir que está usted un poco enamorada de mí —afirmó Ted.

—Sé que podría amarle —repuso Agnes sinceramente—, y deseo amarle, Ted, Si pudiera estar segura...

—¿Segura de mí?

—Segura de que al convertirme en su esposa no destruía lo que ahora soy.

Se miraron el uno al otro con larga y angustiosa mirada. Agnes contra su voluntad, y Ted frenando su corazón.

—¿Dice usted eso porque soy un misionero?

La joven titubeó un momento. Escrutaba sus propios sentimientos, a la par que trataba de dominar el impulso que sentía de arrojarle en los brazos de Ted y empezar a amarle, cosa que podría hacer fácilmente.

—Si fuera solamente eso, no titubearía lo más mínimo, pues usted es aún usted mismo, aunque haya elegido ser misionero. Existe una gran variedad de misioneros, y algunos resultan repulsivos, se lo garantizo. Son ignorantes, tercos y muchas cosas más. Pero su padre de usted es un gran caballero y usted es su hijo. No, no es nada de eso.

—Entonces, ¿qué respondes, encanto?

Ted se mostraba tierno con ella, pues era evidente que la joven trataba de proceder con toda lealtad.

Inesperadamente, Agnes exclamó:

—Supongo que la mejor manera de decirlo es la siguiente: si fueras inglés, yo no titubearía. Pero eres norteamericano.

Ted se sintió anonadado.

—¿Y qué tiene eso que ver? Me asombras, Agnes. No creía que fueras víctima de

ciertos prejuicios.

—No son prejuicios, Ted. Es, simplemente, que, siendo norteamericano, no puedes comprender el punto de vista de los ingleses. Tú desconoces nuestra responsabilidad aquí. Te disgustarías conmigo si cuando fuera tu esposa me ponía al lado de mi padre si creyese que tú no tenías razón. Siempre estaríamos expuestos a una crisis, pues yo tendría que colocarme al lado de mi pueblo. Creo que tiene razón.

—Comprendo.

Sí, Ted lo comprendía. Agnes no podía casarse con él por él mismo y por ella. Era como todas las inglesas pertenecientes a su clase, y aceptaba el fardo de su destino. Ted tenía que admitir que en ello había cierta nobleza, aunque lo creyera un error.

—Me gustaría estrecharte entre mis brazos. ¿Me permites hacerlo?

Agnes sacudió la cabeza.

—De ningún modo, Ted. Es demasiado pronto, por favor. No me gustaría tomar una decisión contra ti, y creo que debo tomarla... si no dejo de pisar tierra firme.

—Muy bien entonces. —Ted se puso en pie y cogió la pequeña mano de la joven, que ella no retiró—. ¿Seguiremos siendo lo que hemos sido hasta ahora, querida o esto también quieres evitarlo?

—No, no deseo evitarlo, Ted. Es sencillamente que no quiero ir más allá. Por lo menos hasta que todo esté más claro.

—¿Todo? —repitió Ted.

—Bueno, tú, yo y la India —contestó Agnes.

XIII

Ted viajó de nuevo camino de su casa, en Poona. Pero no siguió el mismo camino que había llevado. No tomó un rápido tren transcontinental, no saltó de ciudad en ciudad. En lugar de ello, cumplió el consejo que Darya le había dado en la cárcel: «Ve a los pueblos».

El joven tomó un tren del oeste, que le llevaría durante unas cuantas millas, y más tarde, cuando se apeó de él, prosiguió su camino pasando toda clase de incomodidades a través de una red de pueblos, siempre acompañado de su escandalizado fámulo, a quien semejante conducta en un *sahib* le parecía peligrosa y absurda. A mitad de camino de las Provincias Unidas el criado le abandonó, y Ted continuó su camino solo. Por primera vez en su vida nadie se alzó entre él y la India, ni siquiera un hindú.

Ted comprendió por qué Darya no había intentado persuadirle, sino que se limitó a decir: «Ve a los pueblos». Los pueblos le hablaron con toda su muda miseria. Vio con sus propios ojos decenas de pueblos y se imaginó miles de ellos que no había visto. Los pueblos se apretujaban a lo largo de las montañas del norte de la India, se alzaban en las mesetas centrales y en las planicies del sur. Eran pequeños montículos contruidos por manos humanas con el polvo y el barro de la tierra hindú. Eran cuevas que servían de abrigo contra las lluvias torrenciales y el implacable sol, contra el mordisco de los helados vientos que descendían de las montañas. Generaciones y generaciones habían habitado en aquellas cuevas, sin recuerdo ni esperanza de nada mejor. Ted contempló los rostros de la gente hambrienta, los rostros de la gente nacida en enjambres, porque en enjambres debían morir, pues la naturaleza apremiaba para el nacimiento, pues sabía que la muerte llegaba muy pronto. El hambre tenía la culpa. No el hambre de aquel instante, no el hambre que se convertía en una plaga, sino la lenta debilitación de los que jamás han comido bastante ni jamás lo comerán. De esto era responsable tanto el palacio del gobernador como la misión de su padre.

Su padre le dio la bienvenida a su manera un poco silenciosa, aunque no le hizo el menor reproche.

—Repartí tus clases entre los auxiliares. Ahora desearás hacerte cargo de ellas otra vez, ¿verdad?

—Sí, padre —contestó Ted.

El joven sabía que no permanecería allí mucho tiempo, pero no era el momento de decirlo. Después de algunos minutos se excusó y se fue a su habitación. No había escrito a Agnes durante las semanas de viaje ni tampoco esperaba recibir ninguna carta suya. En efecto, no había ninguna de ella entre las cartas apiladas sobre su escritorio. El largo y solitario viaje, durante el cual vio hombres, mujeres y niños en abundancia, le había alejado de todos sus amigos, é incluso Agnes le parecía distante. Había hecho el viaje solo, y ahora descubría por sí mismo lo que era, adónde había

llegado y adónde debía ir. Como Saulo de Tarso, fue convertido en el camino.

En la quietud de la casa de la misión iba y venía realizando su trabajo diario. Los meses pasaron y llegó el verano. Leía las sagradas Escrituras constantemente, una y otra vez. Las lamentaciones de San Juan y las dulces frases de Jesús. Leía también los salmos de los santos mártires y, sobre todo, el siguiente:

*¡Cómo puedo conocer la verdad yo,
pobre de mí!
Orgullo de conocimiento, ¡oh, Dios!,
no tengo ya ninguno.*

En junio, el calor llegó al máximo y la ciudad esperó hora tras hora la noticia del comienzo de los monzones, que debían manifestarse primero en la costa oriental del país, donde las mesetas descendían más fácilmente hacia el mar. Durante aquel mes, el más duro y sofocante de todos, cuando los *punkahs* apenas producían aire en la ardiente atmósfera, Ted se peleó al fin con su padre. Rompiendo la apacible calma en que vivían, la discusión surgió como un monzón surge de un quieto mar tropical.

La causa fue un joven *sikh* llamado Jehar Singh, cuyo padre, un hombre muy rico y ambicioso, le había enviado a la Universidad MacArd para que recibiera la mejor educación occidental que se daba en la India. Sirdar Singh no quería que su hijo fuera iniciado en la tradición inglesa y, por lo tanto, no le había enviado a Inglaterra. Presentía, aunque sin tomar parte en la revolución incruenta de Gandhi, que el Imperio, en el viejo sentido inglés, estaba caducado y que, saliera o no victorioso Gandhi, el Imperio tocaba a su fin debido a la enorme presión que ejercía el comunismo ruso. Todo lo que aquellos días escuchaba en relación a Rusia le producía verdadero pánico, y al observar lo que sucedía en el mundo ponía toda su atención en los Estados Unidos, la única potencia capaz de enfrentarse con Rusia cuando llegara el momento de la crisis, como temía que llegara. Por lo tanto, decidió que Jehar, su único y querido hijo, fuera educado por norteamericanos, en quienes se podía tener confianza de que le inculcarían los principios de la propiedad individual, ya que eran los dueños de tan enorme extensión de tierra. No obstante, sentíase un poco intranquilo, pues la Universidad MacArd eran una institución de misioneros. Pero, por otro lado, le tranquilizaba saber que el doctor MacArd, el director, era, sin la menor duda, un caballero, un hombre de cultura y rico, además de cristiano. Por otra parte, era hijo de los grandes capitalistas de Norteamérica y, a la sombra de su padre, había construido un magnífico barrio en torno a la misión, lleno de lujos y donde se practicaban las costumbres norteamericanas. Si Jehar se educaba allí, no era probable que saliera luego con ideas de renunciación y pobreza, pescado en la red que Gandhi tendía para atraerse a los jóvenes idealistas. A Sirdar Singh le complacía en grado

sumo lo que veía en la Escuela MacArd, especialmente en su director, con quien habló y a quien explicó que su hijo era el heredero de una de las más grandes fortunas de la India al mismo tiempo que el último vástago de una poderosísima y vieja familia. El director había aceptado la responsabilidad y dado la bienvenida al alto y soñador joven con aspecto de poeta que empezó a ir a la Universidad a principios del siguiente semestre.

El joven Jehar había asistido a la Escuela MacArd durante cuatro años y ahora se iba a graduar con los máximos honores. ¡Cuál no sería la sorpresa y el horror de Sirdar Singh cuando al llegar, revestido de toda su magnificencia, para estar presente en el momento en que su hijo recibiera los máximos honores, descubrió que su único descendiente deseaba convertirse al cristianismo! Jehar se lo comunicó la tarde siguiente a la de la celebración del importante acto de la entrega de los premios, pues el muchacho había querido ocultarlo hasta que su graduación fuera un hecho. En el momento en que su padre hablaba con él muy satisfecho a propósito del matrimonio, de los negocios, de un viaje por el extranjero y todos esos importantes temas que siempre están presentes en la mente de los padres cuando piensan, en sus hijos, Jehar irguió su hermosa cabeza y le interrumpió diciendo:

—Padre mío, para mí ninguna de esas cosas tiene la menor importancia. Estoy tratando de llegar a ser un *sadhu*.

Sirdar Singh no experimentó en aquel instante todo el horror que sentiría más tarde. Un *sadhu* era un santo hindú, y ser un santo hindú significaba renunciación y pobreza, algo terrible para los oídos de un rico. Pero las palabras que a continuación pronunció su hijo produjeron en él un efecto aún más desolador.

—No quiero decir un *sadhu* hindú, padre mío. Quiero decir un *sadhu* cristiano.

—¿Y qué es un *sadhu* cristiano? —preguntó Sirdar Singh.

Era un hombre alto y fuerte, como suelen ser los *sikhs*. Pero en los últimos años había abandonado todo cuidado, habiéndose tornado excesivamente grueso, así que su figura resultaba en la actualidad enorme.

—Viajaré a pie por la India —continuó Jehar— enseñando y predicando como hacía Jesús. Pero seguiré siendo hindú. Como tal, representaré a un Cristo hindú, tal como Él hubiera hecho de haber nacido entre nosotros.

—¿Dónde se te ocurrió esa absurda idea? —preguntó angustiado Sirdar Singh—. Estoy seguro de que eso no te lo ha metido en la cabeza el doctor MacArd.

—No me lo ha metido nadie... —repuso Jehar—. Se me ocurrió a mí leyendo las Escrituras cristianas.

Aunque ya pasaba de la medianoche y todo era silencio alrededor, Sirdar Singh no podía pensar más que en una cosa.

—Vamos a ver al doctor MacArd —dijo a su hijo—. Creo que él me ayudará.

La quietud que reinaba en la misión se vio alterada de pronto y todos sus habitantes fueron despertados por los terribles golpes que daban en la puerta los criados de Sirdar Singh, acompañados por los gritos del mismo Sirdar. El portero

abrió la puerta y corrió a llamar a su amo.

—*Sahib, sahib* —gritó en la puerta de la habitación de David—. Sirdar está abajo lleno de preocupación. Algo malo sucede con su hijo.

Ted oyó las voces desde su cuarto, pues había dejado la puerta abierta a causa del calor. El joven saltó del lecho y, poniéndose su batín de seda, atravesó el zaguán y se dirigió a la habitación de su padre. Éste tenía ya encendida la luz, y Ted llamó y entró, encontrando a su padre, que estaba vistiéndose apresuradamente, pero al mismo tiempo con sumo cuidado.

Mientras tanto, los *sikhs*, padre e hijo, esperaban abajo.

—¿Bajo yo también, papá? —preguntó Ted.

David le miró.

—Sí, pero vístete.

—Ahora mismo, papá.

Pocos minutos más tarde, cuando Ted bajó, encontró la puerta del salón cerrada y todos los criados esperando en la puerta de fuera. El joven abrió la puerta y penetró en la habitación. Sirdar estaba sentado en el sofá mientras Jehar se hallaba cerca de él en una silla, escuchando lo que decía su padre. Pero en el joven no había la menor expresión de arrepentimiento, si bien escuchaba con profunda atención y respeto.

Ted conocía al joven, pues le había enseñado literatura inglesa y le recordaba especialmente porque había revelado talento poético y una rápida percepción para aquilatar la belleza.

Cuando la puerta se abrió, Sirdar contuvo lo que evidentemente era un torrente verbal.

—Mi hijo —dijo David—. Ha sido el maestro de Jehar y le he pedido que estuviera presente.

Sirdar dejó escapar un profundo suspiro.

—¿Es cristiano? —preguntó.

—Claro que lo es —contestó David.

Sirdar se volvió hacia Jehar.

—Ves, aquí tienes a un joven que también es cristiano, pero que no habla de ser un *sadhu*. Será el consuelo de su padre. Enseña en la Universidad de su padre, obedece a su padre, y su padre tiene confianza en él.

Jehar volvió la cabeza para mirar a Ted, y le dirigió una tímida sonrisa.

—¿Es usted cristiano? —preguntó el joven.

Tan completa era la sinceridad con que había formulado esta pregunta, que Ted se sintió humilde.

—Deseo serlo —repuso—, y creo que lo soy.

Sirdar Singh oyó estas palabras, exhaló un nuevo suspiro y se volvió hacia el padre de Ted. Una vez más empezó a lamentarse.

—Puse a mi hijo en sus manos, señor MacArd. Quería que le enseñaran la forma en que los norteamericanos lo hacen todo. Los norteamericanos son fuertes, ricos y

muy poderosos, y aún lo serán más. Serán los únicos que podrán hacer frente a Rusia cuando llegue el día que todos presentimos. Hemos tenido una Guerra Mundial y puede haber otra. Todo el mundo lo dice. Después de la próxima Guerra Mundial los ingleses serán débiles, pero los norteamericanos serán aún más fuertes que ahora. Yo quiero estar al lado de los norteamericanos cuando llegue ese momento. Por esta razón le traje a mi hijo a usted. Claro que no esperaba que se me hiciera cristiano. No era esa mi intención.

El inglés de Sirdar era excelente, pero habla empezado a encontrar dificultad en su pronunciación.

—Creo, Sirdar —repuso tranquilamente David—, que al decidir usted llevar a su hijo a la escuela de una misión debía de haber pensado que corría el riesgo de que se hiciera cristiano. Pero no espere usted que yo me muestre de acuerdo en que ser cristiano representa un destino tan terrible como usted se imagina. Un buen número de nuestros estudiantes se convierten al cristianismo antes de graduarse, y aunque yo no hago nada deliberadamente en ese sentido, supongo que la atmósfera de la Universidad MacArd es favorable al desarrollo de la fe cristiana. Sin embargo, no los impulsamos a que se hagan cristianos. Creemos en la libertad.

—Yo también creo en la libertad —dijo con apasionamiento Sirdar—. Yo he concedido siempre a mi hijo mucha libertad. Pero él debía haber pensado que es mi hijo y que no puede adentrarse por los caminos que un hijo mío no puede seguir. No puede convertirse en un *sadhu* y renunciar a la riqueza que heredará de mí.

David no pudo dominar su sorpresa.

—¿Un *sadhu*?

—Sí, desea ser un *sadhu* cristiano —gritó Sirdar más agitado que antes.

—Eso es imposible —contestó David—. Un *sadhu* es un hindú, pero no un cristiano.

—Un *sadhu* es un santo —afirmó Jehar—, y yo seré un *sadhu* cristiano.

—Nunca he oído hablar de nada semejante —exclamó David.

—Lo oirá usted de mí —repuso Jehar con voz suave.

—¿Oyen ustedes? —exclamó Sirdar.

El hindú extendió sus anchas y gruesas manos.

—¿Qué puede usted hacer, señor MacArd? Ese muchacho es muy terco. Lo sé bien. Ha sido terco desde su nacimiento, y su madre ha muerto. ¿No me puede ayudar?

«¡Ah! ¿Qué podrá hacer mi padre?», pensó Ted. Sentíase muy excitado ante lo que estaba sucediendo. El joven hindú era extraordinario, y su rostro, siempre tan delicadamente bello, adquiriría a la luz de las lámparas una belleza no terrena. Aparecía revestido de una serena gracia con sus manos ligeramente cruzadas sobre el regazo y envuelto en sus blancas vestiduras.

—¿Harás lo que hacen los *sadhus*? —preguntó Ted—. ¿Vagabundearás de pueblo en pueblo?

—Lo mismo que hacía Jesús —contestó Jehar, y la mirada de sus grandes ojos aparecía inundada de paz y serenidad.

—¿Lo oyen? ¿Lo oyen? —murmuró en tono lastimero Sirdar.

—Sirdar Singh —dijo David con súbita decisión—, deje este asunto en mis manos, haga el favor. Está muy claro que Jehar no sabe lo que se dice, Confunde dos religiones, la hindú y la cristiana, que no deben ser confundidas. Supongo que no objetará usted nada si él desea ser simplemente cristiano.

—Claro que no —repuso Sirdar con apasionado acento—. Que sea cristiano si quiere, como usted lo es, señor MacArd. Todo lo que yo deseo es que, cristiano o no, sea un hombre razonable. Lo que no puede ser es un *sadhu*.

—Pues déjelo en mis manos —repitió David—. Es muy tarde y están cansados, y Jehar ha llevado un día de mucha excitación. Mañana hablaré con él y le explicaré a fondo lo que significa ser cristiano. Pero no puede ser un *sadhu*. La Iglesia cristiana no le autoriza a serlo.

—Gracias, señor. Muchas gracias, señor MacArd —murmuró Sirdar juntado sus manos sobre el pecho—. Si usted supiera... Mi única esperanza es usted. Ahora me doy cuenta de que mi hijo no ha escuchado nunca a su padre. Lo he hecho todo por él. He gastado mucho dinero para que viniera aquí durante cuatro años. ¡Y ahora termina hablándome de *sadhus*! Ya ha visto usted de qué forma ha desperdiciado mi dinero. Realmente, le cabe a usted alguna responsabilidad, mi querido señor MacArd.

—La acepto —repuso David con acento firme—. Y ahora vuélvase a las habitaciones de los invitados, Sirdar, y tú, Jehar, no disgustes más a tu padre esta noche. Ven a mi despacho mañana por la mañana a las nueve.

Jehar se puso en pie.

—Gracias, señor MacArd —dijo—. Iré, pero lo hago por mi padre.

El joven alzó su brazo derecho hacia su padre y éste se apoyó en él, y después de unos breves saludos los dos hindúes se marcharon.

David se había vuelto ya para apagar la luz cuando Ted empezó a hablar.

—Espera un segundo, papá.

David se detuvo con el brazo en el aire y miró a su hijo.

—Tengo que decirte algo.

—¿Qué es ello?

—Supongo que no intentarás hacer cambiar de modo de pensar a Jehar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó David.

—Jehar ha tenido una gran idea. La de revivir el espíritu de Cristo en la India.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Papá, un Cristo hindú.

—Pero eso es una blasfemia, Ted... o lo sería si no fuera absurdo.

—Ni es una blasfemia ni es absurdo, papá.

Ted miró a su padre con sus claros ojos sintiendo que su corazón empezaba a arder.

—Yo debía haber pensado en ello, pero no soy hindú. Me gustaría serlo. Ver el espíritu de Cristo encarnado de nuevo en un hindú.

—Ted, no sigas por ahí porque no te escucharé.

—Pero, papá...

—Es muy tarde y estoy muy cansado.

—Bien, papá. Pero te advierto que yo también hablaré mañana con Jehar.

—Te suplico que no lo hagas. Tengo contraída una obligación con Sirdar Singh, y es muy desconsolador para un padre ver que su único hijo...

—¿Vas a intentar evitar que Jehar se convierta al cristianismo?

—De ningún modo. ¿Cómo voy a hacerlo si he dedicado toda mi vida a la educación cristiana? Simplemente, procuraré hacerle comprender lo que significa ser cristiano en el lugar donde Dios le ha colocado, o sea en la casa de Sirdar Singh, y la gran influencia que puede ejercer desde ella como cristiano. Sería una locura que abandonase esa oportunidad.

—Pero, papá...

—Ni una palabra más, haz el favor, Ted.

El padre apagó la luz y empezó a subir la escalera. Ted se quedó solo en la oscuridad, y durante un largo momento permaneció inmóvil recordando el rostro de Jehar, hasta que de súbito, involuntariamente, alzó los ojos para atravesar la noche que le envolvía. El joven rezó en silencio, pero sí, con toda su alma, pidiendo una guía y una luz que le iluminara. ¿De dónde viene la guía del alma y adónde se encuentra el manantial de la luz? ¿Dónde se encuentra, ¡oh!, la luz que inundó el alma de Jehar?

La oscuridad siguió siendo tan densa como antes, y Ted subió las escaleras en busca de su habitación, donde se puso a leer las Santas Escrituras. Luego rezó como jamás había rezado, pues su plegaria era muy sencilla, ya que no pedía otra cosa que luz. Sin embargo, ninguna luz apareció y al cabo se fue de nuevo a la cama... para levantarse antes del amanecer, en cuanto la sombría oscuridad empezó a esfumarse delicadamente por el este, en el borde de una nube. Se lavó con agua fría y se encaminó a la pequeña capilla donde a veces rezaban los estudiantes cristianos. Allí, como lo sospechaba, se encontró con Jehar. El joven se mantenía silencioso ante el altar, con la cabeza erguida y los ojos abiertos.

—¡Jehar! —dijo Ted.

Jehar se volvió al oír su nombre, vio a Ted y sonrió.

—Maestro —contestó.

—Pensé que te encontraría aquí —murmuró Ted—. Esto es bueno. Hablemos sobre lo que ha sucedido. ¿Cómo es que no me dijiste nada?

—No le conocía a usted bien —repuso Jehar sin la menor desconfianza—. No creía que usted necesitara saber nada de mí.

Ted se sintió herido.

—¿Qué habré hecho para que un alumno mío crea que yo no debo saber nada de

lo que le concierne? Ven y siéntate en este banco.

Jehar avanzó por el pasillo, muy airoso y elegante con su fresca prenda de algodón blanco, y al llegar junto a Ted tomó asiento y esperó, con su fresca sonrisa todavía en los labios. Sus grandes y oscuros ojos estaban llenos de claridad y el joven no mostraba el menor signo de cansancio, falta de sueño o miedo. La paz estaba con él.

—¿No te vas con tu padre a casa hoy? —preguntó Ted.

—Sí, iré a mi casa —repuso Jehar—. Iré a casa con él para vivir allí una temporada hasta que él comprenda mis sentimientos.

—¿Y si no los comprende?

El rostro de Jehar permanecía inmutable, todo su continente rebosaba dignidad.

—Entonces abandonaré la casa de mi padre.

—Eres muy joven, Jehar.

—No soy tan joven como para no darme cuenta de lo que debo hacer. Si no hubiese descubierto mi camino, también me estaría preparando para la tarea de mi vida, ya fuera la administración de las propiedades de mi padre o bien para ser un abogado o algo por el estilo. Pero ahora sé ya cuál es la tarea que debo cumplir en este mundo.

—En realidad no necesitarás mendigar tu comida como hacen los *sadhus*. La gente sabe quién eres.

—No necesitaré mendigar. Dios me concederá lo que sea necesario.

—A mí me parece que todo eso es peligroso y extraño.

—Le parece así porque viene usted de occidente, señor. —La voz de Jehar era cortés, pero al mismo tiempo estaba llena de resolución—. Para nosotros los hindúes no es nada extraño eso de convertirse en un *sadhu*. Hay muchos *sadhus*, ¿comprende usted?, y la gente no se extraña de verlos. Eso es todo. Pero yo seré un *sadhu* cristiano, y también eso es todo.

Ted preguntó, interesado:

—¿Y a qué Iglesia te vas a acoger?

—A ninguna, porque si me acojo a una, las otras no querrán que pertenezca a ellas. He hablado de esto con mi maestro, el señor Fordham, que nos explica el cristianismo dos veces por semana, como usted sabe.

—¿Sabe el señor Fordham que te propones convertirte en un *sadhu*? —preguntó Ted.

—No se lo he dicho —contestó Jehar.

—¿Y qué te hace pensar que sabes cómo se ha de seguir a Cristo?

—No lo sé por nadie, sino que me lo dicta mi interior —repuso Jehar con su agradable sonrisa de muchacho—. No soy tan estúpido que me figure que es válido para los demás. Sólo lo es para mí.

—Así que cogerás una escudilla, una manta...

—Cogeré mi escudilla, mi manta y una túnica de color de azafrán, para que los

hombres sepan que soy un *sadhu*. Pero rogaré sólo a Cristo.

—Jehar, me asustas. Pareces tan resuelto...

—¿Por qué se asusta usted? Haré simplemente lo que muchos han hecho ya antes que yo, excepto que yo lo haré por Cristo. Yo no condeno a Siva ni a Ram. No rendiré culto a Kali ni a Ganesh, pues no me parecen buenos ni bellos. Pero a Cristo lo veo bello, pues no cometió ningún crimen ni hizo daño a nadie y hablaba de Dios.

—Sólo te diré una sola cosa —murmuró Ted después de un momento—. Renuncias a la vida de hombre antes de saber lo que es. Yo he visto a otros hindúes renunciar a la vida, Jehar. He visto a Darya en la cárcel.

Toda la India conocía el nombre de Darya, y Jehar elevó la cabeza con súbito interés.

—¿Le ha visto usted de veras?

—Sí. Y también él ha renunciado a todo, sólo que lo hace por su país, o, por lo menos, así lo cree él. Pero Darya no es joven como tú. Ha estado casado y ha conocido la paternidad, y sólo después que hubo perdido todo eso aceptó la renunciación.

—Yo no tengo necesidad de esperar —contestó Jehar—. He tenido una visión. Quizá Darya no tuviera ninguna visión hasta que Dios le quitó a su esposa y a sus hijos.

—¿Qué visión has tenido? —inquirió Ted.

Era imposible no comportarse amablemente con Jehar.

—Sencillamente, vi a Cristo —contestó Jehar—. No fue una visión espiritual, ¿comprende usted? He tenido también estas visiones. Pero esta vez le vi con mis propios ojos. —Y se tocó los ojos con la punta de sus dedos.

»Yo había leído los libros —continuó el hindú—. Me sabía de memoria el *Bhagavad Gita* antes de que mi madre muriera. Ella me enseñó que ser un santo era lo más que un hombre puede ser. Pero pensaba que no podría llegar a serlo y me sentía desgraciado. Al principio de venir a esta Universidad me creía muy desgraciado y no quería saber nada de la nueva religión. No me parecía tan buena como nuestra antigua fe. Una vez rompí en trocitos la Biblia que el señor Fordham decía que debíamos utilizar en la clase. Me sentía muy desgraciado cuando tenía que leerla. No deseaba que me lo ordenaran. Pero entonces, súbitamente, vi a Cristo en mi solitaria habitación.

Ted suspiró.

—Espero que no habrás cambiado tu vida sólo a causa de esa... visión, como tú llamas.

—Sí, he cambiado mi vida a consecuencia de ella —contestó Jehar.

¿Qué más podía decirse? Jehar era sencillo, puro, su alma se hallaba inundada de serenidad, y era imposible hacerle cambiar de pensamiento. El sol teñía ya el horizonte de rojo y oro y el aire fresco de la noche desapareció. El día se iniciaba. Los jóvenes se pusieron en pie y atravesaron el césped, separándose con un apretón

de manos sin pronunciar una sola palabra más.

La actitud de Jehar, que había empezado de una manera tan inofensiva, se transformó en una extraña tormenta, pero no entre Sirdar Singh y su hijo, sino entre Ted y su padre, que no habían discutido nunca antes. Ted tenía esperanzas de que fuera llamado a la conferencia entre su padre y Jehar. A las siete de la mañana era servida la primera ligera comida del día, el *chota hari*, que cada cual tomaba allí donde se encontraba. Su padre estaba ya en su despacho. Ted aceptó la bandeja en una de las pequeñas mesas de la veranda y se sentó en una mecedora. Jehar pasó ante él y levantó sus manos, unidas por las palmas, para saludarle, y luego entró en el vestíbulo al que daba el despacho. La puerta del despacho se cerró y Ted permaneció esperando, terminándose el té, las tostadas y los maduros mangos, y continuó allí esperando oír la voz de su padre, que le llamara.

Pero la llamada no se produjo, y después de más de una hora la puerta se abrió de nuevo y apareció Jehar, muy pálido y con aspecto de cansancio. De nuevo pasó ante Ted, haciendo su silencioso saludo, y sin despegar los labios bajó los escalones y se alejó. Ted entonces se decidió a entrar en el despacho. Su padre, con el rostro muy grave, se hallaba sentado ante la mesa leyendo unos papeles.

—Papá...

Su padre levantó la cabeza.

—¿Cómo ha ido?

—¿Quiénes decir la conferencia? Estoy convencido de que Jehar no ha cambiado de idea. Me ha hablado de visiones.

«Valor —se dijo Ted—. Valor para hablar, para colocarme al lado de Jehar».

—En las Escrituras se da testimonio de muchas visiones.

David miró fijamente a su hijo.

—No irás a justificar a Jehar, ¿eh?

—Sólo quiero decir que en las Escrituras...

—¿Qué quieres decir? —preguntó David.

—Quiero decir seguir el camino de la forma que nosotros venimos haciéndolo desde hace centenares de años, o sea, por medio de las iglesias, de los hospitales y de las universidades, cómo ahora hacemos aquí. Peto esto...

—¡Es hacer cristianos! —repuso irritado su padre—. Disponemos de una estadística, la cual prueba que su número va en aumento.

—Eso no es un verdadero aumento —repuso tercamente Ted—. Los pueblos siguen siendo como han sido durante centenares de años. La misma antigua pobreza, la misma vieja miseria, la misma avidez de los *zamíndars* y de los terratenientes, la misma crueldad del rico para con el pobre, el mismo triunfo del mal sobre el bien.

—Esas cosas han existido siempre y siempre existirán.

—Entonces... —dijo Ted apasionadamente.

El joven se encontró con la mirada de asombro de su padre, y comprendió lo que estaba pensando.

—¡Jehar tiene razón! —gritó—. Me gustaría poseer la fuerza moral suya para poder ser como él. Me gustaría poder dejarlo todo y seguir a Cristo.

Ted descubrió en los ojos de su padre una expresión tal de terror, que fue incapaz de enfrentarse con ella. Entonces giró sobre sus talones y salió del despacho.

¿Qué era lo que había dicho? Había dicho que deseaba dejar todo y seguir a Cristo. Pero... ¿qué significaba esto? Se detuvo en el enorme y vacío salón. Tan claramente como Jehar. Él también vio, y mientras sus ojos le hacían la pregunta, oyó que la puerta del despacho de su padre se cerraba de golpe.

Solo en su despacho, David cayó de rodillas. Había dado la vuelta a la llave, avergonzado o tal vez obligado por la timidez ante el temor de que alguien pudiera sorprenderle rezando a aquella hora. Pero se había visto impulsado a orar ante el miedo que le inspiraba la actitud de su querido y único hijo. Desde el regreso de Ted estaba esperando que se presentara el momento de poder hablar libremente con él para explicarle sus problemas y el terrible peso de sus tareas. Pero hasta la fecha no le había dicho nada. Se sentía confundido ante los recuerdos. Cuando miraba a Ted recordaba a su propio padre, a su padre cuando era joven. Sin embargo, Ted era también como Olivia y tenía los rápidos sentimientos de su esposa. Confundido por todo eso y acostumbrado a la soledad, no había hablado a su hijo, a pesar de sus temores y preocupaciones.

¡Y ahora, Jehar! Si el pueblo hindú estaba bastante contaminado de irrealidad como para seguir a un fanático, entonces era que su ignorancia alcanzaba magnitud aterradora y comprendía que todo cuanto él pudiera hacer no bastaría para salvar al país, pues Gandhi había encendido la hoguera.

¡Y ahora, Jehar! Si el Imperio se venía abajo su esfuerzo de tantos años también podría derrumbarse. Los millones de ignorantes campesinos que habitaban en los pueblos no podían ser enseñados fácilmente ni tampoco podría remediarse su pobreza para salvar el Imperio. Semejante tarea hubiera debido ser iniciada trescientos años antes. David sabía que sus alumnos eran todos desleales. Intentaba no darse cuenta de ello, pero las reuniones secretas, las consignas, los gorros a lo Gandhi, y las prendas de ropa tejidas en casa eran alarmantes. Y Ted le había desafiado, lo mismo que Jehar había desafiado el día anterior a su padre. ¡Ah, la crueldad de los hijos para con los padres!

Todavía de hinojos, recordó de pronto su propia juventud. También él había desafiado a su padre; toda su vida fue un constante desafío y continuaba siéndolo. Aquel anciano que ahora se pasaba casi toda su vida en el lecho de la vieja mansión, había sido abandonado por él de igual forma que Ted quería abandonarle ahora. Las lágrimas acudieron a sus ojos.

—¡Dios mío! Déjame que vuelva a mi padre y le explique...

Ésta era precisamente la plegaria que él esperaba pronunciar.

—¿He procedido equivocadamente, oh, Dios? ¿Tenía que haber obedecido en la tierra? ¿He sido castigado ahora en mi propio hijo? ¡Concédeme un poco de sabiduría para que acierte con lo que deba hacer!

David permaneció arrodillado durante largo tiempo, esperando, pero no llegó ninguna respuesta, hasta que al fin acabó poniéndose en pie. Hacía mucho tiempo que no obtenía respuesta a sus plegarias. Sin saberlo, parecía haber perdido la sensación de la presencia de Dios, pese a que toda su vida estaba dedicada a su servicio. La soledad descendió de nuevo sobre él, la terrible soledad del espíritu. Después de la muerte de Olivia, había conocido la soledad en el sentido de que nunca aprendió a vivir sin su esposa. Pero esta soledad no era tan absoluta como la de ahora, jamás se entregó a Olivia como se había dado a Dios. Voluntariamente subió a sus labios el grito: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?».

Ted atravesó el vestíbulo y entró en su despacho, donde permaneció inmóvil. Su corazón latía alegremente. Una alegría asombrosa, cuyo manantial desconocía, excepto que se encontraba fuera de él e inundaba su ser entero. Llenaba toda su alma una atmósfera refrescante y tonificadora. El joven rió en voz alta y sintió que el cabello se le ponía de punta y que las yemas de sus dedos le hormigueaban. Hubiera querido echar a correr, saltar, bailar. Aunque la visión tenida en el salón duró un instante, fue tan evidente que le pareció absurdo que no hubiera tomado una decisión antes. Debía irse de Poona; vivir en un pueblo. ¡Qué sencillo tomar una decisión! Durante todos los meses que siguieron a su visita a Darya, había estado luchando contra ello. Pero sólo la pureza infantil de Jehar y su firme resolución le condujeron al final.

«¿Por qué he de seguir los pasos de mi padre? Debo dejarle, ya que yo puedo vivir solo en la India. Hay en el norte un pequeño pueblo que me gustó mucho cuando pasé por él. Es allí donde viviré».

Ted cayó en un profundo éxtasis. Los hindúes estaban familiarizados con el estado de éxtasis, y lo que a él le sucedía ahora, según creía, era lo mismo que cuando se ha tomado una decisión consecuencia de un deseo de Dios, porque satisface los más profundos deseos no manifestados de un alma de los que el estado de éxtasis es la confirmación, brota del interior una profunda felicidad, un acuerdo completo con todo cuanto a uno le rodea.

Ted se sintió maravillado y agradecido, y después de algún tiempo la alegría y la paz continuaban inundando su corazón. El joven hizo planes y pensó en el pueblo, en Vhai, y en todo lo que podía hacer allí. Sí, y también aprender. Iría humildemente, lo mismo para aprender que para enseñar.

XIV

No consigo comprenderte —dijo David.

—No esperaba que lo consiguieras —replicó Ted.

Era de noche y estaban cenando en la bien ordenada casa. David parecía exhausto. El calor había apretado de un modo increíble durante el día y los monzones se presentarían de un momento a otro, probablemente antes de medianoche. Mientras tanto, el aire era fétido. Ninguno de los dos pudo comer ni tampoco lo intentaron. El lánguido criado quitó los platos y trajo el café.

—¿Significa esa decisión que has abandonado la idea de casarte? —preguntó David a su hijo.

—No, no la he abandonado, si Agnes está dispuesta a venirse al pueblo conmigo.

—Espero que no serás tan desconsiderado como para pedirle una cosa semejante —replicó su padre con acento grave.

Ted sonrió. A pesar del calor, había logrado mantenerse singularmente alegre durante todo el día. Se dedicó a empaquetar algunas de sus cosas, una muda, unos cuantos libros, un equipo de cocina, una cama de campaña y un mosquitero. Cuando llegara a Vhai se construiría una casa con paredes de barro y techo de bálago. No había motivos para dilatar la partida, puesto que el año escolar estaba tocando a su fin.

—¿No te parece a ti también risible la idea? —preguntó su padre con acento seco.

El humor entre distintas generaciones es imposible. David recordó los chistes que su padre solía decir y reír y que a él le parecían infantiles y muy poco graciosos.

—Nada de eso —repuso Ted alegremente—. Supongo que Poona le parecería también extraña a mi madre cuando vino a vivir aquí.

—No era lo mismo —se apresuró a contestar su padre. Pero no explicó en qué consistía la diferenciad. En lugar de hacerlo, se sintió inspirado por una repentina y excelente idea. ¿Por qué no escribir a Agnes Linlay pidiéndole que prestase un poco de sentido común a aquel hijo suyo tan loco? Que hubiera un secreto entre ambos, que pudiera decirle de una forma delicada lo feliz que se sentiría si ella llegaba a ser su nuera. Podía hacer justicia a su hijo en varios sentidos y más tarde sugerir que, aunque Ted era en extremo joven y se beneficiarla enormemente de tener una esposa sensata y juiciosa, él estaba, sin embargo, en condiciones de prometer que ella jamás se arrepentiría de su elección si se conseguía que Ted abandonase su absurda decisión de irse a vivir a un pueblo hindú, acto que debía ser evitado por su familia y por sus amigos. Existían ambientes mejores para que un hombre blanco viviera en la India, y ella, sobre todas las jóvenes, sabía esto y debía ayudarle a salvar a Ted de la locura.

—Saldré dentro de un día o dos —dijo Ted alegremente.

—Me sorprende que hayas permitido que Jehar influyera en ti.

—No ha sido sólo Jehar —repuso Ted—. A Darya le corresponde una buena parte de ello. Además, otra parte es mi propio deseo, el deseo de abandonar todo lo que tú

y mi abuelo me habéis dado, aunque os estoy agradecido a los dos y siempre lo estaré. Pero deseo ser sólo yo durante algún tiempo, no un MacArd.

David no replicó. Aquella mañana estaba preocupado por los recuerdos de su propia juventud y no podía hablar sin recordar las palabras de su padre, pronunciadas hacía veinticinco años.

Debía tener confianza en Agnes Linlay.

La comida fue interrumpida por un rumor que se oyó en la veranda y el anuncio de que Fordham *sahib* y *memsahib* estaban esperando.

—Diles que entren —dijo David al criado.

No entraron dos personas sino tres. La tercera era una muchacha con un rostro tan fresco como un pensamiento. Grandes y suaves ojos de color castaño y espesas y suaves pestañas negras, una boca roja y llena y una barbilla puntiaguda combinaban los efectos de aquella sencilla flor. La joven era extremadamente bonita y parecía una niña. La señora Fordham la presentó a los MacArd con verdadero orgullo.

—Nuestra hija Ruthie, señor MacArd. Y éste es el joven señor MacArd, Ruthie. Perdónenos, pero no podíamos esperarle.

—¿Ha venido por fin? —preguntó David ensayando una sonrisa.

Había olvidado, y supuso que lo mismo le sucedía a Ted, que Ruthie estaba para llegar.

—¡Oh, sí! Y hemos tenido mucha suerte de que llegara antes de los monzones, pues es difícil viajar en medio de las lluvias, que están próximas.

—Fui a Bombay a buscarla —dijo el señor Fordham, mirando a Ruthie, los ojos brillándole detrás de sus lentes con montura de acero—. ¿No es verdad que es muy bonita? —añadió con expresión picaresca.

—¡Papá! —exclamó Ruthie dejando oír su dulce, aguda y juvenil voz.

—Papá sigue siendo el mismo de siempre, querida —repuso la señora Fordham con ternura.

—¡Es espantoso! —exclamó Ruthie dirigiéndose a todos.

La joven entreabrió sus rojos labios y se echó a reír, dejando ver sus brillantes y blancos dientes. Procedía con gran naturalidad y su grueso y juvenil cuerpo parecía relajado e incluso indolente. La muchacha vestía un traje de color de rosa con manga corta, y la señora Fordham creyó necesario disculparse.

—Ruthie, tus mangas son un poco cortas, ¿no es verdad? No son apropiadas para una familia de misioneros. Tenemos que dar ejemplo.

—¿Lo son? —preguntó Ruthie inocentemente.

Todos posaron la mirada en los suaves y bonitos brazos de Ruthie y Ted miró a la joven francamente a la cara. Era sorprendente el contraste que existía entre la niña que recordaba y la muchacha que ahora tenía ante él. Aquella niña con la cara y los ojos redondos, que le habían molestado tanto desde que empezó a andar, y a quien él evitaba todo cuanto le era posible, se había transformado en una fresca flor. Un poco estúpida quizá, pero de suave y dulce carácter, según se podía ver. Su abuelo le había

dicho una vez: «Cásate con una mujer que tenga buen carácter, Ted. Tu abuela tenía un carácter muy dulce, y eso es lo más importante que una mujer puede tener. He conocido a hombres que fracasaron por culpa del carácter de sus esposas».

Cuando los visitantes se hubieron sentado, Ted preguntó a su padre:

—¿Puedo hablar a los señores Fordham?

—Con una condición —replicó David—. Que añadas que yo no apruebo lo que piensas hacer.

—¿Qué ocurre? —preguntó la señora Fordham, que no podía dominar su curiosidad.

—Pienso irme a vivir a un pueblo —repuso Ted.

—¿Con todas las consecuencias? —preguntó la señora Fordham.

—Sí, creo que sí.

—Mamá quiere decir si para siempre —añadió Ruthie echándose a reír.

—No lo sé aún —contestó Ted.

—¡Qué raro! —exclamó la señora Fordham—. Dejar esta hermosa casa y a tu padre... ¿Y eso por qué?

—Me atrevo a pronosticar que al final del verano le veremos regresar con nosotros —afirmó el señor Fordham.

—No lo sé —contestó Ted de nuevo.

—Muchos jóvenes creen que van a hacer algo nuevo —añadió el señor Fordham a continuación—. Recuerdo que cuando yo era joven alimentaba también estas ideas. Pero un pueblo tiene que ser muy incómodo.

Se interrumpió y todos le miraron.

—Y no sé lo que las autoridades pensarán de todo esto —prosiguió contestando a las miradas fijas en él—. Pueden interpretarlo como que se pone al lado de los revolucionarios, ¿comprenden ustedes?

—Yo explicaré personalmente el asunto al virrey —repuso David.

—En ese caso... —y el señor Fordham se detuvo.

—Creo que sería divertido —aseguró Ruthie—. A mí siempre me gustan los hindúes que viven en el campo. La quieren a una y no son tan orgullosos como los hindúes educados. En el colegio había una muchacha hindú, una de las hijas menores de un príncipe de la India. Pero no me hablaba. Tenía a menos tratarse con la hija de unos misioneros.

Nadie contestó, y el señor Fordham dijo con expresión piadosa:

—Espero que la hayas perdonado, querida.

—Dejé que ella siguiera su camino y yo seguí el mío —repuso Ruthie.

—Tendrías que haber rogado por ella —añadió a su vez la señora Fordham.

—Pues no lo hice, mamá —replicó Ruthie.

Ted se echó a reír, sintiendo una súbita simpatía por la muchacha, aunque sin admirarla en lo más mínimo. Había crecido abandonada a sí misma como muchos hijos de misioneros, al cuidado de *ayahs* lo mismo que él. Al joven se le ocurrió la

idea de que tal vez había pensado en un pueblo como en una escapatoria, un lugar donde no habría demandas de ninguna clase y en donde, como Ruthie había dicho, sería apreciado y la gente sentiría gratitud. La gratitud era un hábito semejante a una droga, y él había conocido a hombres blancos que necesitaban cada vez mayores dosis de ella a fin de sentirse satisfechos de sí mismos, hasta que llegaban a aparecer ridículos y pomposos.

—Debemos irnos a casa —dijo de pronto el señor Fordham—. Los caballeros tienen que acabar de cenar.

—¡Atiendan! —exclamó Ruthie de pronto. Sus ojos se habían agrandado mientras escuchaba y todos los demás prestaron oído. A lo lejos se oía el aullido del viento que se acercaba. Luego percibieron el ruido de la lluvia que se precipitaba del purpúreo cielo. El monzón había llegado.

—¡Corramos! —gritó el señor Fordham a su esposa y a su hija.

Los tres salieron por la abierta puerta y Ted permaneció observándoles. El señor Fordham marchaba delante corriendo. Su esposa se echó la falda por la cabeza, dejando que su blanca enagua flotara al aire, y corrió detrás de él. Pero Ruthie no se daba la menor prisa. La muchacha andaba lentamente, con la cabeza erguida para que cayera sobre el rostro toda la fuerza de la lluvia. También levantaba hacia lo alto sus gordezuelas y pequeñas manos. El viento jugaba con los rizos de su cabello y tiraba del moño que llevaba en la nuca, hasta que se lo deshizo. El cabello cayó sobre su espalda mientras que el agua corría por sus mejillas. La muchacha no demostraba sentir el menor miedo, y también esto le gustó a Ted.

Admiro a Ted —escribía unas semanas después Agnes Linlay con su recta y ancha letra—, pero al mismo tiempo me doy perfecta cuenta de lo imposible que me sería a mi hacer nada de lo que él está haciendo. Créame, doctor MacArd, me siento honrada por la confianza que demuestra usted sentir en mí, pero Ted y yo no llegamos a ningún acuerdo. Puedo afirmar, por el contrario, que llegamos a un desacuerdo y que nos separamos disgustados. Yo he sido educada como una muchacha inglesa se educa en la India, y no me es posible librarme de mis sentimientos de responsabilidad. Temo que sólo pueda esperar a que Ted recobre el sentido común por sí mismo. Mientras tanto, entre nosotros no hay ningún acuerdo, y si él me escribe y me dice lo que desea hacer, yo le expondré a mi vez mi punto de vista.

«Una digna joven», pensó David. Era exactamente la clase de muchacha que le hubiera gustado para nuera, y exactamente la mujer que Ted necesitaba como esposa. David le envió una carta redactada con el mayor cuidado y escrita con su fina y apretada letra, expresando la esperanza de que algún día pudieran entrevistarse para hablar sobre Ted. En tanto llegaba este momento, él estimaría mucho lo que ella pudiera hacer exponiendo su punto de vista a Ted, su único y querido hijo. En cuanto

a él, valoraba en su justo valor todo cuanto el Imperio británico estaba haciendo para colocar al pueblo de la India en situación de que pudiera ser independiente y ocupara un puesto entre la familia de las naciones modernas. También deploraba la ingratitud de los jóvenes intelectuales y de sus jefes, entre los cuales, y sentía verdadera tristeza al mencionarlo, se encontraban hindúes a quienes consideraba antiguos amigos.

MacArd no contaba a la joven que se sentía muy solo desde la marcha de su hijo, porque Ted se había marchado al fin. El joven permaneció en la misión un día o dos después de la llegada de los monzones, y al cabo, bajo la lluvia torrencial, emprendió el camino hacia el norte, en dirección a Vhai. Al llegar al pueblo, según su primera carta, se encontró con que todo el campo estaba convertido en un lago donde se reflejaban las nubes cuando el sol surgía. Pero el pueblo estaba situado en una pequeña y chata montaña, y las calles no estaban demasiado llenas de barro. Había encontrado una pequeña casa donde se instaló. Hasta entonces no había sido capaz de hacer nada, excepto dejar que los pueblerinos le contemplasen a su sabor, cosa que podían hacer porque era imposible trabajar mientras siguiera lloviendo. Ted se alegraba de haber aprendido su lenguaje, pues podía cambiar chanzas con ellos, y nada les había parecido más gracioso, aunque también les gustó la idea de que hubiera ido a Vhai con ánimo de enseñarles. Todo el pueblo era un haz de casas con paredes de tierra, y en aquel puñado de minúsculos hogares existía toda suerte de pequeñas industrias: hilaturas y tejedores, alfarería, carpintero y un molino. La gente se hallaba al borde de la inanición, pero se sentía satisfecha ante la generosidad de la lluvia. En el pueblo había incluso un pequeño templo a Ganesh, el pequeño y obeso dios con cabeza de elefante a quien el pueblo quería porque era inocente e intentaba hacer por ellos todo cuanto podía.

Ted era feliz. Tenía libertad, gozaba de una alegría infinita y vivía intensamente todas las horas del día. Las lluvias cesarían a su debido tiempo y el lago se secaría, transformándose en campos de arroz, de mostaza y de guisantes. «Tardaré bastante en ir a Poona», escribía a su padre. Estaba aprendiendo mucho y la gente no le tenía ya el menor miedo.

No escribió a Agnes durante muchos meses. No lo hizo hasta que llegaron los vientos fríos del Himalaya y estuvo establecido definitivamente en la casa de barro y la rutina de sus días quedó fijada de una manera clara. Se levantaba muy temprano y durante dos horas enseñaba en la escuela a todos los habitantes de Vhai que deseaban aprender a leer y a escribir. Luego sus discípulos se iban a trabajar y él se dirigía a un pequeño dispensario que había instalado en un extremo de su choza, y allí atendía a los enfermos que venían de los alrededores. Curaba a algunos, convencía a otros a quienes no podía curar para que fuesen al más cercano hospital, y, por último, procuraba consolar a los que habían ido al pueblo a morir. La tarde la pasaba administrando justicia en las pequeñas desavenencias que se producían en Vhai. De este modo, con pacientes charlas y tímidos consejos pasaba el día y llegaba la noche. Era una rutina sencilla, y realizaba mucho menos de lo que pensaba llevar a cabo en

el futuro, pero se hallaba ya establecido, y ahora al fin pudo escribir a Agnes:

Ni tú ni yo tuvimos oportunidad de conocer a esta gente cuando crecíamos. Desearía poder compartir contigo todo lo que ocurre diariamente aquí, en Vhai, las extraordinarias tristes, enternecedoras historias de la vida de cada día en este pueblo. Residían mucho más excitantes que la vida que vivíamos entre las paredes de nuestros hogares. Aquí en la calle del pueblo, y en los pequeños jardines que hay detrás de cada casa, rodeados de una pequeña pared de tierra para gozar de un poco de aislamiento, he conocido la vida humana en toda su plenitud. Mi encanto... —Y éstas fueron sus únicas palabras de amor.

Dos palabras de la carta que movieron a la joven a escribirle inmediatamente.

Ted, no puedo permitir que me llames «mi encanto». No sé cómo decírtelo. Pero he de hacerlo, sin embargo. He prometido a tu padre casarme con él.

A Vhai no llegaban noticias ni habladurías del mundo exterior, y las cartas de su padre no le habían proporcionado ninguna luz sobre la cuestión. Ted comprendió que una profunda reserva, o quizá cierta delicadeza, había hecho que fuera Agnes la que hablase primero. Si él hubiese seguido viviendo con ellos, hubiera podido observar cómo crecía la extraña y desigual amistad entre Agnes y su padre. Pero no había visto nada. Su alegre vida en el pueblo y la alegría que experimentaba le habían aislado de todo por un tiempo, librándole incluso de la necesidad de amar, por lo que no había escrito más pronto a Agnes. Ted tuvo que deducir lo sucedido por la carta de Agnes y por la que no tardó en recibir de su padre, y de este modo descubrió que había sido él quien los unió. Habían cambiado entre ellos alguna correspondencia acerca de él, y en el mes de setiembre su padre fue a Calcuta para visitar a la joven, muy preocupado por los nuevos sentimientos de su hijo. Para su padre era palpable qué él se hallaba sumido en la mayor desgracia.

Jamás pensé en colocar otra mujer en el lugar de tu madre, me sentí muy solo cuando tú me abandonaste y en mi soledad se desarrolló una excelente amistad entre la señorita Linlay y yo.

Tal era la escueta explicación de su padre.

Ted no asistió a la boda, y el viaje de bodas, que tenía que haber sido a China y el Japón, hubo de cambiarse por otro a Nueva York. El viejo, que no había tenido voz ni voto en nada y que era su padre y abuelo, se estaba muriendo.

David y su joven esposa llegaron a Nueva York en un bello y brillante día, mientras la ciudad gozaba de su más luminosa belleza. Del mar venía un fuerte aire y el cielo estaba completamente despejado. David era tan feliz como jamás había soñado serlo de nuevo. La rubia inglesa que se encontraba a su lado era a la vez esposa e hija. La había conquistado para sí, y el orgullo y la complacencia llenaban su corazón. La amaba no como había amado a Olivia, sino con ternura constante y pasión de vez en cuando. David se había sentido bastante preocupado antes de la boda. Los largos años de soledad podían haberle tornado tímido. La joven poseía un gran tacto y una exquisita educación, una delicadeza a la vez comprensiva y complaciente, y no se produjo la menor confusión entre ellos. Cuando fue consumado el matrimonio, desapareció el último asomo de soledad del alma de David y con ello la pequeña sensación de culpabilidad en relación a su hijo. Aunque la joven decía que jamás se hubiera casado con un hombre tan joven como Ted, aunque sostenía que le amaba. David se sintió culpable hasta el momento en que ella fue por completo suya.

David condujo al viejo hogar a su esposa, instalándola en las habitaciones que habían sido de su madre, y se sintió llenó de orgullo al ver que Agnes se sentía como en su casa.

—Podía pasar por una vieja casa de Londres —dijo la joven mientras iba de acá para allá examinándolo todo.

El tafetán francés y los rasos elegidos por la madre de David no se habían descolorido ni picado.

—Estos géneros son muy finos —añadió Agnes—. Me gustan mucho las cosas antiguas.

David la abrazó tiernamente y como ella se mostraba tan tímida con él, la apretó más cordialmente contra su corazón. No era necesario mantenerse en guardia. Su vida se desarrollaba ahora de una manera agradable. ¡Dios era bueno!

—Ve con tu padre ahora, querido —dijo Agnes—. Yo esperaré.

El viejo MacArd no reconoció a su hijo. David; permaneció junto a la maciza cama contemplado la larga figura, que ahora parecía un esqueleto, los grises ojos estaban abiertos, pero no veían nada, y todos los esfuerzos del anciano se concentraban en conseguir un poco de vida en cada aspiración que hacía, para quedar casi sin ella cuando respiraba.

La enfermera, gruesa y pálida, se encontraba junto al lecho.

—No puede durar mucho —suspiró—. ¡Pobre señor! Cualquiera día, a cualquier hora. Me alegra que esté usted aquí, doctor MacArd.

—¿Ha preguntado por mí?

—No ha preguntado por nadie, doctor MacArd. Tiene bastante con su esfuerzo para seguir respirando.

—Lámeme si me necesita. No saldré de casa.

—Sí, señor.

Salió de puntillas y regresó a las soleadas habitaciones donde esperaba Agnes.

—No quiero que le veas como está ahora, querida —dijo.

La joven se había recostado en la *chaise-longue* en que la madre de David solía echarse, con la cubierta de raso subida y un libro en la mano. La joven dejó el libro y David le tomó una mano.

—No puede durar más que unas cuantas horas. Un día o dos a lo sumo. Luego, cuando haya descansado al fin...

—Gracias, querido —repuso Agnes—. Eres muy considerado.

El cuarto día, cuando fue a verle como de costumbre, David oyó la voz de su padre, todavía extrañamente fuerte. David entró y vio que la enfermera estaba sujetando al viejo por los hombros.

—Quédese quieto, señor MacArd. Se va usted a hacer daño.

—¿Qué ocurre? —preguntó David.

—Ha vuelto en sí de pronto —repuso la enfermera.

Echado sobre las almohadas, con los labios secos, MacArd miró a su hijo. La enfermera le había cortado su famosa barba y la puntiaguda barbilla y la enérgica boca, de pálidos labios, producían un efecto desagradable.

—¿Dónde está Olivia? —preguntó.

David se alegró de no haber dejado entrar en la habitación a Agnes.

—Papá, Olivia murió hace años.

—¿Olivia muerta también? ¡Leila! —murmuró el viejo MacArd—. Leila... Leila... Leila...

—¡Chist! —ordenó la enfermera—. Ya se está usted agitando de nuevo.

Las espesas y blancas cejas se enarcaron con cólera senil.

—¡Cállese! —gritó el viejo—. ¡Cállese, mujer!

El esfuerzo fue demasiado para él. Impulsado por la ira se puso rígido súbitamente, alzó su desnuda barbilla y murió.

—Me gustaría vivir aquí —dijo Agnes.

La vieja casa victoriana, aunque rodeada por rascacielos y edificios destinados a oficinas, le recordaba a Londres.

—Ya viviremos algún día —repuso David—. Pero ahora tengo que pensar en mi trabajo.

—Naturalmente —se apresuró a responder Agnes—. Eran tan sólo imaginaciones mías. Seremos felices en la India, aunque yo nunca seré una verdadera esposa de misionero. ¿Lo sabes ya, David?

—Me basta con que seas feliz —contestó David.

Se sentía aliviado al ver que su esposa parecía dispuesta a ser feliz, a despecho del desconcertante descubrimiento que un médico norteamericano había hecho; el descubrimiento de que Agnes no podía tener hijos. David había temido, que a su edad

podiera nacerle un nuevo hijo, posibilidad que le alarmaba y al mismo tiempo hacía que se sintiera avergonzado. Su dignidad podía incluso verse amenazada en la India si su despertar sexual era puesto tan de manifiesto. Entonces Agnes pensó que sería muy conveniente someterse; a un examen médico, ya que se encontraban en una ciudad donde había médicos tan excelentes. Y después de los funerales de su padre, aquellos notables funerales celebrados en la catedral de San Jaime, que se llenó de hombres de cabello blanco y mujeres vestidas con trajes de brocado y raso, ambos supieron que no podrían tener hijos. Los herederos de la fortuna de los MacArd tenían que nacer de Ted. A David no le importaba. Por el contrario, le alegraba que fuera así. Ted acabaría casándose. Los jóvenes que viven en la India acaban casándose inevitablemente. Una mujer podría arrancar a Ted de aquel pueblo y hacer que recobrase el juicio.

XV

En el pueblo, Ted esperaba al primer visitante forastero. Darya se encontraba en libertad y se dirigía a Vhai. Mientras se encontraba en la cárcel había oído hablar del brioso joven blanco, un norteamericano —un inglés hubiera sido incapaz de hacer semejante cosa—, que tras de abandonar su hogar se había instalado en Vhai para vivir en aquel pueblo como hindú, aunque se trataba de un cristiano. El padre de aquel joven era un hombre rico.

—¿Y cómo se llama ese hombre rico? —preguntó Darya sospechando ya de quién se trataba.

—MacArd, *sahib*.

—¡Ah! —exclamó Darya—. Fui yo el que le dije a ese joven que se fuera a vivir a un pueblo.

—Pues él le obedeció —exclamó con acento de admiración el preso recién ingresado en la cárcel.

—¡Ah! —contestó Darya—. He visto nacer a ese joven.

Una vez libre, Darya se dirigió inmediatamente a Vhai, donde encontró a Ted con su blanca piel ennegrecida por el sol y sus azules ojos brillando como lámparas en la oscuridad.

Todo el pueblo se hallaba en plena agitación ante la llegada de Darya, cuyo nombre era casi tan conocido como el de Gandhi, y a consecuencia de esto la fama de Ted aumentó.

—Ahora —dijo Darya mirando al alto joven que había adelgazado mucho de resultas del régimen de vida que llevaba en el pueblo—, ahora eres un verdadero hindú. Con esos ojos azules pareces natural de Cachemira. Incluso vistes un *dhoti*, que llevas con mucha propiedad.

—Gracias —repuso Ted—. Resulta más fresco que cualquier otra prenda.

La multitud permanecía inmóvil, escuchantes, admirada de lo que veía.

—¿Y ésta es tu casa? —continuó Darya fijando su mirada en la limpia casa de tierra, ahora agrandada con dos habitaciones más y una pequeña veranda, hechas con madera sin pulir y cubierta de bálago—. ¿Y cómo te mantienes?

—Vivo manteniéndome de la vieja generosidad —repuso Ted.

—Pobreza cara, ¿eh? —dijo Darya medio en broma—. La tradición de los *sadhus* es buena, pero tú no viajas, ¿verdad?

—No he aprendido todavía todo lo que deseo saber.

El joven hizo un amplio movimiento con ambas manos para incluir a la multitud, y luego se apartaron unos pasos y se sonrieron tímida y suavemente.

—El mejor de los maestros —declaró Darya cortés y solemnemente.

Ambos entraron en la pequeña casa, sentándose en el piso de tierra sobre unas esterillas, y empezaron a hablar.

Darya sentía grandes deseos de charla después de haber permanecido tantos

meses en la cárcel, y Ted anhelaba escuchar a alguien que fuera superior a él, para recibir en lugar de dar. Los pueblerinos eran amables y buenos y le enseñaban mucho. Pero sus palabras eran en extremo infantiles, mientras que el lenguaje de Darya fluía unas veces en indostánico, otras en márata, en gujerati, o bien en inglés, francés o alemán. Podía empezar cualquier idioma de éstos, y en todos hablaba con suma fluidez y soltura.

—Gandhi se encuentra ahora en la prisión de Yarvada —empezó—. No está bien de salud y me he enterado de que tal vez tengan que operarle. Si es así, le dejarán en libertad. Hasta que no pueda hablar con él no me es posible planear la nueva estrategia. La resistencia pasiva exige la mayor prudencia, tanto en fuerza como en duración. La violencia es sencilla y fácil. Es la espada del estúpido, del iracundo, y siempre conduce al caos. Pero tomar una resolución positiva sin recurrir a la violencia, ¡ah!, ése es el reto del inteligente.

Darya hablaba con verdadero entusiasmo y alegría, con una expresión de alegre vivacidad en su alegre y vivido rostro. La prisión había afilado y pulido tanto el cuerpo como la inteligencia de aquel hombre, inundando su espíritu de ardiente energía.

—¿Es Gandhi el jefe absoluto? —preguntó Ted.

—Espiritualmente, sí —respondió Darya— y hasta que no conocemos sus sentimientos ninguno de nosotros actúa. La situación se presenta cada día más compleja. La esperanza de libertad parece sencilla, ¿no es verdad? Pero la esperanza es una fuerza libertadora, y lo que ella desata no siempre es sencillo y claro. Tú puedes pensar que es bastante soñar que la India sea libre. Pero no, existen otras pequeñas libertades que también deben desearse. Los musulmanes no pueden ser sólo hindúes libres; también quieren ser musulmanes libres. Y lo mismo ocurre con los indostánicos y ahora incluso con los *sikhs*. Y no se trata solamente de la libertad, sino del trabajo. Algunos trabajadores tiran hacia la izquierda, hacia Rusia, y otros hacia la derecha. El trabajo desea verse libre del capital. Mientras tanto, el ochenta y siete por ciento del capital invertido en la India es inglés, y el capital hindú desea verse libre del capital británico, y, sobre todo, hay una cosa por la que yo lucharé durante toda mi vida, y ésta es la libertad de los campesinos que son oprimidos por los arrendatarios y por los prestamistas. Ahora esos dos tipos se están convirtiendo en un terrible mal, pues toda la tierra está cayendo en sus manos, ya que los terratenientes ni siquiera se acercan a ella. Viven en las ciudades y envían a sus gentes a quitarles la tierra a los campesinos que no pueden pagar sus rentas.

Era cierto. Prestamistas y arrendatarios estaban convirtiéndose en uno solo, y como consecuencia, los campesinos eran arrojados de la tierra.

—De la frontera de Rusia llegan peligrosos rumores —continuó Darya—. Dulces promesas para quitar la tierra a los arrendatarios y dársela de nuevo a los campesinos. Mientras Gandhi insiste en la resistencia pasiva y no en la violencia, el pueblo habla en voz baja de sus deseos; de emplear la fuerza. He preguntado a Gandhi qué pensaba

hacer en el caso de que los campesinos se decidieran por el empleo de la violencia.

Ted no contestó. Estaba aún aprendiendo a conocer la profunda inquietud que palpitaba en el corazón de la India y no había visto aún a Gandhi.

Durante los siguientes días hablaron todo lo que les fue posible. Pero Darya tenía que detenerse a menudo para saludar a los visitantes pues en cuanto se supo que se encontraba allí, los hombres caminaban durante millas y millas con el solo fin de verle, de escuchar su voz, de tocar sus manos y preguntarle:

—¿Cuándo seremos libres, Punditji? ¿Y cuándo se nos dará la tierra de nuevo?

Darya daba a todos la misma respuesta:

—Nuestra única esperanza está en Gandhi.

Por la noche, Ted podía hablar en inglés sin miedo a ofender a los que no le entendían, ya que nunca quería hacerlo durante el día hablando en un lenguaje extraño a los campesinos, delicadeza que Darya no tenía. Como Ted comprobó muy pronto, Darya, a pesar de su entusiasmo y preocupación por los campesinos, no era uno de tantos. Se mostraba a veces impaciente con ellos y les hablaba con inconsciente arrogancia, mientras Ted, el norteamericano, no establecía la menor diferencia entre un campesino y cualquier otro hombre. Ted reflexionó sobre esta evidente falla de Darya, pero no sabía cómo hablar a su amigo. La comprensión es un don, y Darya no la demostraba con todos los hombres que venían a él. Ésta era la falla y el pecado del hindú intelectual, y Ted se dijo más de una vez que si la revolución fracasaba, sería precisamente a causa de esto. Nadie más rápido para descubrir esta arrogancia que los propios campesinos, y pasados algunos días los aldeanos empezaron a alejarse de Darya, mientras que, en cambio, se aproximaban a él, un extraño. Los campesinos se mostraban corteses y amables a pesar de todo, y Darya no pareció notarlo.

Después que Darya hubo partido a pie, con su altiva cabeza erguida y el pensamiento rebosante de planes para lograr la libertad de su pueblo y el corazón lleno de deseos para lograr su bienestar, los pueblerinos, a pesar de que el que se marchaba lo había abandonado todo por ellos, tras de esperar un tiempo conveniente para que estuviera lo suficientemente lejos, se presentaron en la pequeña casa en que habitaba Ted para formular algunas preguntas acerca de Gandhi y lo que aún tardaría en llegar la ansiada libertad. Respetaban a Darya y le tenían como a un jefe. Pero sabían también que aunque hubiera dado su vida por ellos, no podía comer con ellos ni dormir bajo sus tejados de bálago.

El día siguiente a aquel en que se marchó Darya, Ted recibió una carta, llevada como de costumbre por un peatón. El sobre era cuadrado y el papel, barato y de color de rosa, tenía un membrete con el apellido Fordham. Pero la letra no era la de la señora Fordham y, ciertamente, él no tenía por qué recibir una carta escrita en papel de color de rosa por la señora Fordham. El joven abrió el sobre, encontrándose en su interior con dos pliegos llenos de una letra de trazo infantil escrita con tinta roja. La firma estampada al pie de aquellas líneas era la de Ruthie, y el joven se sintió tan

sorprendido como confuso... Ruthie decía con toda franqueza que le escribía sin haberlo consultado con sus padres, pero que se había decidido a hacerlo porque se sentía muy sola. No tenía amigas de su edad, tenía diecinueve años, y sus padres no la dejaban reunirse con los ingleses que tenían negocios en Poona o bien ocupaban cargos oficiales, a menos que se dieran los preliminares necesarios para establecer una amistad.

Era evidente que la muchacha deseaba tan sólo cartearse con un joven, y que le había elegido a él sin saber por qué, obedeciendo a un bullir de la sangre que él, no debía alentar, aunque resultaba conmovedor.

Ted no había escrito a Agnes más que una carta deseándole muchas felicidades, pero su presencia en la casa de la misión haría imposible para él permanecer en ella. Su padre le había escrito, sin embargo, que proyectaba construir una casa para él y Agnes en un recinto aparte, cuando regresaran a Poona, dejando la casa de la misión para otros. Agnes deseaba vivir entre ingleses y él no veía ningún inconveniente en ello, pues no había aceptado jamás fondos de la misión y podía considerarse por tal motivo independiente. Tal vez hubiera llegado el tiempo —proseguía su padre— en que deseara abandonar la dirección activa de la Universidad para convertirse en un enlace entre la Iglesia y el Gobierno. El virrey quería que se encargara de esta misión más importante, y a Agnes le encantaría viajar.

Ted no podía leer el nombre de la joven sin experimentar un vivo dolor. Pero su padre escribía con pulso firme y completa tranquilidad, dando por sentado que su hijo sabía bien cuáles debían ser sus sentimientos en relación con la esposa de su padre.

¡Cómo te envidio! —escribía Ruthie con grandes y redondos caracteres—. A mí también me gustaría vivir en un pueblo. Me gustan la comida hindú y los niños hindúes. Me gustaría bañar a los niños y enseñar a las madres cómo deben cuidarlos. He leído muchos libros sobre los cuidados que se deben prestar a los niños. Es lástima que una tenga que pensar en las conveniencias sociales.

De este modo se inició una amistad sin artificio, que hasta cierto punto servía de diversión a Ted. La joven le envió su retrato, una instantánea tomada a toda luz. Aparecía en ella con sus redondos brazos desnudos y su cabello convertido en una masa de cortos rizos. Se había cortado el cabello, según escribió a Ted, porque hacía demasiado calor. Esto había disgustado a su madre. Pero ella no podía pasarse la vida haciendo caso de lo que decía su madre.

Mamá espera ver tus cartas, pues, naturalmente, sabe que son tuyas, ya que nadie más me escribe, salvo una compañera de colegio de Ohio. Pero yo no se las dejo ver. No hay ningún motivo para que ella no las pueda ver. Pero yo debo tener algo mío propio.

La joven añadía que estaba enseñando en la escuela elemental. Enseñaba la Biblia y el inglés. Pero afirmaba que no le divertía enseñar a niñas ya mayores. Era a los niños pequeños a quienes ella amaba.

«¿Ni siquiera vendrás a Poona para Navidad?», preguntó la joven una vez.

«Ni siquiera para Navidad —contestó Ted—. Vhai es ahora mi hogar».

Sí, Vhai era su hogar, el hogar de su alma. Ted sabía que su padre estaba convencido de que un día él acabaría regresando a Poona. Pero él no volvería jamás. No enseñaría en aquella confortable casa, tan lejos de los millones de seres humanos que constituían la verdadera India. ¿Y por qué sólo la India? Eran la gente de todo el mundo. El mundo estaba lleno de seres como aquéllos, y hasta que no fueran salvados, hasta que su enfermedad no diera paso a la salud, hasta que su ignorancia no fuera iluminada, no había nada que hacer, y todo esto debía ser realizado sin privar a aquella gente de su honradez y de su encantadora amabilidad, porque no existe gente más encantadora que los que no tienen otra cosa que dar que su amor. Por lo tanto, él ya no podía volver a Poona, a Bombay o a Nueva York, del mismo modo que no podía volver a Calcuta, a Londres o a París. Su sitio en el mundo estaba allí.

El joven empezó a experimentar un sencillo consuelo con las cartas que recibía de Ruthie, que menudeaban cada vez más a medida que pasaban los meses, y como él tenía que llenar las páginas de algún modo cuando le contestaba, y le gustaba escribirle porque ella nunca le pedía nada y se divertía mucho con todo lo que le contaba, se decidió a recoger los pequeños incidentes del pueblo y sus pequeñas observaciones. Darya había hablado al joven de la compañía que suelen hacer los pequeños animales y los insectos cuando se está en la prisión, describiéndole la vida secreta, que existía en las grietas de las paredes de la cárcel. Pensando que esto podía interesar a la juvenil imaginación de Ruthie, Ted empezó a observar por sí mismo la presencia de otras vidas en las paredes de su casa. El sol secaba la tierra y en las paredes se producían resquebrajaduras, y de las resquebrajaduras salían esbeltas lagartijas, algunas de ellas con la cola azul. Las lagartijas se movían hábilmente. Pero a veces permanecían inmóviles durante horas en cualquier lugar de la pared o del techo, y cuando una mosca o una polilla se detenía cerca de ellas, el animal sacaba una brillante lengua y se tragaba al despreocupado insecto. Escarabajos y escorpiones producían, en pequeña escala, los mismos terrores que los leones y tigres en la cercana jungla. Pero la verdadera diversión de cada día la proporcionaban los rapaces monos. Algunos tenían el pelo de un tono rojizo, y otros azul, lo que resultaba muy espectacular. Pero la mayoría de ellos eran de color castaño, pequeños y muy ruidosos. Aquellas vidas que compartían su casa y la vida de su pueblo no le parecían extrañas a una muchacha que había crecido en una misión de la India. Pero para divertir a la joven, Ted dotó de personalidad a los insectos que más frecuentaban su casa y a los huéspedes que tenía en ella, los cuales no mataba nunca, a menos que representaran una amenaza. El viejo Mossbak, el padre de las lagartijas, era su compañero nocturno, un gris reptil incapaz de una mala acción; excepto la de

procurarse su sustento. También tenía Ted muy mimada a una pequeña mona a la que su madre había arrojado a tierra, quedando herida de una pata. La mónita se pegaba a sus pantalones como una niña y lloraba si la apartaba de su lado, habiéndole puesto por nombre, sin que hubiera ninguna razón para ello, *Loüise*.

Ted describía la simple rutina de sus días y hablaba de que, al anochecer, los pueblerinos se reunían ante su puerta y él les leía el *Bhagavad Gita*, o bien los Sagrados Libros, o les contaba historias de otros países de más allá de las «aguají negras», como ellos llamaban a los mares. A veces, Ted les explicaba cuentos sacados de la historia de su propio país, que ninguno de ellos sabía leer. Después que Ted terminaba, los campesinos comentaban la lectura entre sí, hacían preguntas o bien buscaban en los rincones de su memoria historias que conocían, experiencias y maravillas, y después que todos habían hablado cuanto deseaban, Ted hacía que la conversación recayera en algún tema que llevara hacia Dios. Y más tarde rezaba las oraciones, que ellos comprendían.

Ni siquiera por la noche —escribía Ted— está el pueblo tranquilo. A veces se oyen los gritos de los animales de la jungla, a veces un niño llora porque está enfermo. Pero cuando nosotros nos despedimos al anochecer, todo es paz y sosiego aquí.

Entre los dos jóvenes fueron cruzándose esta clase de cartas, hasta que un día, cuando ya llevaba más de un año en Vhai y sabía que transcurrirían bastantes antes de que saliera de él, Ted recibió una carta de Ruthie, la cual hacía tiempo sospechaba que acabaría por llegar, carta que temía y casi esperaba al mismo tiempo, y en la que no había querido pensar antes porque ignoraba qué era lo que debía pensar. La carta llegó al fin y ya al abrirla tuvo el presentimiento de que era la que aguardaba.

Déjame ir a ese pueblo —escribía Ruthie—. Déjame ir y ser tu mujer. Ni siquiera necesitarás amarme. Pero yo te amo.

Las demandas de su joven cuerpo eran muy poderosas, pero estaban sometidas por la plegaria y la fatiga. A veces, cuando no podía dormirse levantaba y encendía la lámpara, poniéndose a leer, aunque esto significaba oír pisadas en la noche, pues sus amables vecinos irían a ver si estaba enfermo, quizá porque ellos también lo estaban o bien porque no podían dormir.

La India no es lugar para gozar de largas horas de sueño, ni siquiera bajo la negra noche. El intenso calor, el desasosiego producido por los insectos y bichos, los frágiles niños que lloraban mientras dormían o bien porque tuvieran hambre, todos

estos ruidos, por lo general, interrumpían el descanso de Ted, a menos que estuviera rendido por un intenso día de trabajo, cosa que el joven procuraba que ocurriera. Sin embargo, su más profundo sueño solía gozarlo al filo del despertar, y cuando a todo lo demás se añadía su propia intranquilidad, entonces le era imposible dormir en absoluto. Pero a poco de abrir los ojos se encontraba con que ya le estaban esperando.

En Vhai, Ted constituía la preocupación de todos, que parecían depender de él por completo. Ignoraba lo que dirían si se casaba. Nadie le había sugerido jamás la idea del matrimonio. Le consideraban en parte un *sadhu* y en parte un *sahib*, aunque Ted protestaba cuando le aplicaban ambos adjetivos.

No podía imaginarse a una mujer blanca viviendo en Vhai, excepto Ruthie, y él no la amaba. Sentía una extraña ternura, medio divertida, hacia ella. Pero no se imaginaba a sí mismo amándola, ni tampoco deseaba amar a ninguna mujer. El amor malograría por completo la vida que había elegido. Jehar acudió a su memoria. No sabía nada del joven, y Ted se preguntó si se habría casado ya o si se casaría andando el tiempo. Pero no, no se casaría, pues se había convertido en un *sadhu*. Mas ¿era la primera necesidad de un hombre? ¿O habría adoptado Jehar la idea de los faquires, la idea de que deben fecundar a las mujeres? Pero no sabía dónde se encontraría Jehar ni a nadie a quien dirigirse en busca de consejo.

Su carta de respuesta seguía sin ser escrita. No podía contestar, si quería ser sincero, que sentía repulsión ante la idea de tener a su lado a una muchacha tan alegre e infantil como Ruthie, ni tampoco podía utilizar la excusa de que a ella le sería imposible soportar la vida que se llevaba en Vhai. La joven podría soportarla tan bien, o quizá mejor que él. La gruesa muchacha era probablemente inmune a todos los gérmenes de la India; lo mismo que al calor. El joven buscó alivio en la oración y en la lectura. Pero las páginas parecían abrirse a propósito por lugares que alentaban la vida, y Ted leyó:

*Ven, ¡oh amado mío!, salgamos al campo,
moremos en las aldeas.*

Y también leyó en el Sanharacharya:

*Sólo cuando una persona es dos
y cuando los dos son uno otra vez,
no será la verdad buscada en vano.*

Buscó guía y la encontró finalmente no en una voz ni en una respuesta, sino en la creciente convicción de su propio corazón. Había elegido el sitio donde debía estar su hogar y Ruthie era la única mujer que deseaba vivir con él. Además, nunca había vivido con una mujer que fuera suya. Su abuela había muerto mucho antes de que él

naciera; su madre había muerto antes que él pudiera recordarla y ya no podía volver nunca más a casa de su padre. En respuesta a la carta de Ruthie escribió la más corta de las misivas:

Si me aceptas tal como soy, Ruthie, nos casaremos.

—Ted y yo vamos a casarnos muy pronto —dijo Ruthie a su madre.

De nuevo vivían en la misión donde había nacido y crecido la muchacha. David MacArd no había regresado, y, en privado, la señora Fordham solía decir que había desertado de las filas de los misioneros, aunque su esposo, que era menos espiritual que ella, pensaba que el hecho de que se hubiera casado con la hija de un gobernador inglés representaba una ventaja.

Los esposos se sintieron un tanto sorprendidos ante las exclamaciones proferidas por la pequeña y vieja señorita Parker.

—¡Adoradores de Mammón! ¡Eso es lo que son ustedes! David MacArd no ha sido jamás misionero y ustedes sabían perfectamente que no lo era. Lo que él deseaba era su propia gloria. ¡Un humilde y contrito corazón, oh señor!

Súbitamente, la mujer empezó a llorar ante la consternación de los Fordham.

—Está loca —exclamó la señora Fordham.

—Mucho lo temo —asintió el señor Fordham.

Pero compadecía a aquella pequeña alma sollozante y unos cuantos días después el mismo señor Fordham la llevó a Bombay y la subió a bordo de un barco que partía rumbo a su patria. En un tranquilo y pequeño asilo de New Hampshire trascurriría a partir de entonces la vida de la señorita Parker, que se negaría a hablar con los que la cuidaban otro idioma que el márata y se olvidaría incluso de los Fordham.

—No creo que debas casarte antes de que regrese el padre de Ted —dijo la señora Fordham a su hija.

La señor Fordham se daba perfecta cuenta, cuando miraba a su atractiva hija, de que no la comprendía lo más mínimo. Ruthie no se parecía en absoluto a ella cuando siendo joven vivía en un pueblo de Ohio. La madre temía que Ruthie careciera de sentimientos religiosos y no cuidara mucho de su conciencia. Sin embargo, los hindúes sentían por la muchacha verdadera adoración, cosa que la madre no acababa de comprender.

Ruthie no se preocupaba por mejorar a nadie ni era su intención llevar a cabo buenas obras. La muchacha era descuidada y no le importaba la suciedad ni el polvo, y, además, le gustaban los manjares hindúes, aunque estuvieran condimentados con muchas especias y pimienta. No experimentaba la menor sensación de vergüenza, y

aunque comprendía el más ligero matiz de la diferencia de castas y nunca ofendía a nadie, se mezclaba con brahmanes e intocables, aunque nunca al mismo tiempo. Los niños se pegaban a ella, que les trataba con gran afecto y les dejaba hacer todo lo que querían, pues no le gustaba reñir a nadie. Para Ruthie, su casa estaba en todas partes, y la señora Fordham sabía que las damas que se encontraban en *purdah* contaban los días que mediaba de una a otra visita de Ruthie, pues la joven chismorreaba con todas, contaba todo lo que sabía y no conocía el significado de la palabra secreto. Luego, al llegar a casa, refería a sus padres historias increíbles que se desarrollaban detrás de las altas paredes de las casas en que ella era tan bien recibida, y aunque los cuentos eran horribles, la muchacha los relataba con la misma clara voz de niña con la que más tarde pedía una segunda tajada de mango. No tenía miedo a ningún insecto, e iba sin sombrero bajo el sol del mediodía si así se le antojaba, aunque solía seguir las costumbres hindúes, levantándose temprano y pasando las cuatro horas centrales del día durmiendo. Se negaba a que le movieran el *punkah*, pues afirmaba que era tedioso para el muchacho que tenía que tirar de la cuerda. No era una buena maestra en la escuela elemental, ya que dejaba que las niñas rieran y hablaran sin importarle lo que pudieran aprender. Cuando una niña de las que se alojan en los dormitorios de las forasteras caía enferma, y la familia se encontraba demasiado lejos para poder acudir a cuidarla, la muchacha llamaba siempre a Ruthie, que corría a sentarse junto a ella y le cogía la mano, diciéndole que no era necesario que se tomara las medicinas si no le gustaban, hablándole en el lenguaje que la niña entendía mejor. Junto a todo esto había, además, que Ruthie no rezaba sus oraciones todas las noches. La señora Fordham pensaba que, en muchos aspectos, Ruthie no podía ser considerada como misionera. La señora Fordham sabía que su hija no había hablado jamás a nadie de Jesús y cuando le hacía observar la oportunidad que estaba desperdiciando, Ruthie contestaba que no sabía bastante aún.

—Pero puedes aprender, Ruthie —contestaba a veces su madre.

—Sí, supongo que puedo —decía siempre Ruthie con la mayor amabilidad.

—No creo que el doctor MacArd esté dispuesto a permitir que Ted se case conmigo —afirmó ahora Ruthie sin rencor.

La joven no dijo a nadie que era ella la que había sugerido la idea del matrimonio a aquel alto y agradable joven de quien se había enamorado en cuanto le vio. Existían muchas cosas que no había contado a nadie a despecho que lo contaba todo.

—Entonces tendremos que esperar —repuso la señora Fordham visiblemente alarmada.

—¿Por qué? —preguntó Ruthie con inocencia—. Debemos activarlo todo para antes de que él venga.

El doctor Fordham, a quien se dirigieron madre e hija en busca de consejo, se mostró de acuerdo con su hija, no para escapar a la posible ira de MacArd, sino porque le indignaba que su hija pudiera ser considerada por alguien como no demasiado buena para esposa.

—Somos gente cristiana —dijo— y también somos lo bastante buenos incluso para los MacArd.

De modo que la boda quedó acordada, y Ruthie escribió a Ted que estaba dispuesta a casarse inmediatamente si él así lo deseaba. Podían pasar las Navidades juntos en Vhai. La boda sería sencilla y a ella le gustaría que no hubieran muchos blancos entre los invitados, por lo que sólo pediría que asistieran sus amigos hindúes. Pero si quería esperar hasta que su padre regresara, ella esperaría, aunque no lo haría de muy buena gana.

Esta carta la recibió Ted al final de un día agotador pasado en la clínica, y la duda se apoderó de él. Probablemente estaba procediendo mal pero había ido demasiado lejos para poderse volver atrás. Tuvo el presentimiento de que hasta en aquello había sido influido por una sutil India. El matrimonio le parecía ahora no un asunto de amor romántico, sino la conveniencia de dos individuos. Sería muy conveniente y agradable tener una muchacha de buen carácter que trabajara en casa y lo dispusiera todo para su mayor comodidad. Una muchacha procedente de Norteamérica o de Inglaterra, o incluso de la sociedad blanca de la India, no se aventaría jamás a vivir en Vhai, ni siquiera por amor. Ruthie era única.

Estos pensamientos le ocuparon varias horas durante la calurosa noche, mientras sentía sobre su pecho la presión de la ardiente oscuridad como un animal furioso. Al fin se durmió, convencido de que Ruthie era su destino.

Un agradable destino, se dijo en mitad de la ceremonia de la boda. Tenía a Ruthie junto a él vestida con un corto vestido de hilo blanco. La joven se había dejado muy corto el cabello, que ahora se encaracolaba alrededor de su cabeza. Ted miró aquella masa de pluma de oro y vio la mejilla tostada por el sol, que tenía algo del suave contorno de una manzana. Los labios de Ruthie eran rojos y sería la expresión de sus ojos. El señor Fordham iba cumpliendo todos los ritos de la ceremonia. La capilla de la Universidad rebosaba de hindúes que miraban fijamente la escena. No se encontraba presente ningún inglés, salvo unos cuantos misioneros blancos pertenecientes a otras sectas establecidas en Poona. Ted los conocía a todos desde su niñez, pero muy pocos de sus hijos habían regresado a la India después de alcanzar la edad adulta.

—Theodore, ¿aceptas a esta mujer por esposa?

La voz del señor Fordham temblaba ligeramente. En aquel momento se preguntaba si había obrado bien al encargarse de aquella ceremonia en ausencia del doctor MacArd. Pero Ruthie había insistido tanto que, como de costumbre, acabó accediendo.

—Sí, quiero —repuso Ted casi con alegría.

—Y tú, Ruth, ¿aceptas a este hombre...?

Pronunciaba las palabras con toda claridad, casi con demasiada firmeza. Ruthie

contestó con indiferencia:

—Sí, padre. Sí le acepto.

Terminada la ceremonia, los novios avanzaron por el pasillo a los acordes de la marcha nupcial, que la señora Fordham hacía brotar del pequeño y estropeado armonio. Nada de tirar arroz. El arroz era demasiado precioso para ser arrojado. Además, los hindúes no lo hubieran comprendido. Tampoco hubo recepción ni refresco, porque la cuestión de las castas lo hubiera complicado todo mucho. Ruthie regresó a la casa de la misión para ponerse un fino vestido de algodón color castaño para el viaje; luego se despidió de sus padres apretando sus suaves labios cordialmente contra sus mejillas, abrazó a su *ayah* y se volvió hacia Ted, que estaba esperando.

—Lista, Ted. Vámonos —exclamó.

Subieron a un *tonga* y el cochero pidió al caballo que se pusiera en marcha. De éste abandonaron la casa de la misión. El señor y la señora Fordham permanecieron en la veranda hasta que el coche traspuso la verja, y cuando ésta se cerró se volvieron uno hacia otro.

—¿Qué te parece? —preguntó el señor Fordham.

—No lo sé —repuso ella titubeando—. Nunca he visto una pareja como ésa.

—Tengo la sospecha que no hay ninguna pareja como ésa —replicó el señor Fordham—. Pero creo que están hechos el uno para el otro. Por lo menos, conocen la India y saben cómo hay que entendérselas con ella.

—Con lo que ellos tendrán que entendérselas —afirmó la señora Fordham— será el uno con el otro.

El señor Fordham eludió el tema y miró su reloj.

—Ya es hora de que vaya a la capilla del oeste. Con boda o sin boda, tengo que predicar allí esta tarde, y, de paso, llevaré un cargamento de estampas.

—Ruthie, deseo decirte algo.

Era media tarde del día de su boda, y el tren que les conducía se balanceaba envuelto en una nube de ardiente y asfixiante polvo.

—Pues hazlo —contestó Ruthie abriendo los ojos y bostezando—. Estoy avergonzada de haberme dormido, Ted, pero es que, por lo general, duermo siempre por la tarde.

Había almorzado en el tren, una pobre imitación de una comida inglesa, y cuando terminaron de comer regresaron a su compartimiento. Ruthie se acomodó entonces en uno de los bancos de madera, colocando su saco de tela como, almohadón. De este modo estuvo durmiendo durante dos horas. Ted se sentía un tanto perplejo, y cuando Ruthie se despertó, le dijo que si hubiese sabido que deseaba dormir se lo hubiera dicho al criado, a Baj, ahora criado dé ambos, para que abriera el coche cama, así ella hubiera estado más cómoda. Ruthie no contestó, pero Ted vio que sus mejillas

adquirían un bello color de rosa, y comprendió que había llegado el momento de pronunciar las palabras que deseaba decir.

—No tenemos mucho tiempo para hablar —continuó—, pero, en cambio, hay mucho tiempo por delante, así que no debemos apresurar las cosas.

Ted había reflexionado mucho los días anteriores a su matrimonio, rezando más de lo acostumbrado con el fin de conseguir un perfecto dominio de sí mismo. Fruto de sus plegarias fue la resolución de no tomar a Ruthie en un rápido contacto. Tenían que ser amigos antes que amantes. Sólo de esta forma podría respetarse a sí mismo y respetarla a ella. Pero, sobre todo, a sí mismo, cosa que le era muy necesaria, pues comprendía que siendo ella tan mansa, tan dócil, tan infantil, haría todo lo que él quisiera sin llegar a conocer su necesidad más profunda, que no era física, sino espiritual.

—Di lo que tengas que decir —murmuró Ruthie—. No debes tener miedo de mí. No soy nada gazmoña. No creo que se pueda en la India, viendo todo lo que se llega a ver en ella.

Ted experimentó un gran alivio ante la franqueza de su esposa.

—Voy a decirte todo lo que he pensado —prosiguió Ted—. Y al mismo tiempo quiero que comprendas perfectamente por qué he llegado a tal decisión.

—¿Decisión? —repitió Ruthie abriendo mucho sus ojos.

—Supongo que soy un hombre normal —continuó Ted, siendo ahora él el que sentía vergüenza.

—Ya sé —repuso Ruthie—. Sigue.

—Pero a mí me gustaría... esperar hasta que significara para nosotros más que la carne. Te lo diré con un versículo:

Esta buena cosa que ha sido perpetrada dentro de ti mantiene cerca al Espíritu Santo que vive en nosotros.

»Creo que nuestro matrimonio es una buena cosa, Ruthie. Pero el espíritu debe ser lo primero.

La muchacha pensó un momento.

—¿No responde tu espíritu?

—No, todavía no —contestó Ted, pensando que resultaría muy duro para su esposa.

—Pues yo también siento —repuso Ruthie con leve expresión de tristeza—. Me gustaría tener muchos hijos.

Ted la miró. Ni una sola vez había pensado en la posibilidad de tener un hijo, pero, como era lógico, Ruthie sí lo había pensado. Su niñez, pasada sin la compañía de una madre, no le había enseñado a pensar en los hijos, llegando de este modo a pensar sólo en sí mismo, en su alma.

Pero Ruthie no pensaba en sí misma. Simplemente, deseaba tener un hijo. La

gente que habitaba en Vhai, tenía razón. Casaban a sus hijos y a sus hijas para que tuvieran hijos cuanto antes. Pero él había dotado al matrimonio de una complejidad enteramente suya, una complejidad formada por el espíritu y la carne pecadora.

Ted se echó a reír súbitamente. Ruthie tenía razón y él estaba equivocado. No había ninguna razón para no tener hijos tan pronto como ella los deseaba. ¿Por qué negarle a su esposa los hijos solamente porque él quería probar la calidad de su alma?

—¿Qué es lo que te ha hecho reír? —preguntó Ruthie.

El calor del tren había hecho que brotaran pequeños ríos de sudor en ambas mejillas de la joven; los rizados cabellos de su frente estaban húmedos. El traqueteo del coche hacía que entrara polvo por sus rendijas, polvo que se mezclaba con el sudor y dibujaba en las mejillas de la joven finos surcos de barro.

—No sé si mi cara está tan sucia como la tuya —dijo Ted alegremente—. Ven aquí y déjame que te limpie.

Ruthie se acercó a su marido y Ted bendijo la soledad de los trenes ingleses que los dejaban solos en un compartimiento hasta que llegaran a la próxima estación, tres horas más tarde.

—No es suciedad —protestó Ruthie—. Es la tierra que sueltan los campos.

Ted sacó su pañuelo y le limpió las manchas, sintiendo al mismo tiempo que le invadía una deliciosa ternura. Los castaños ojos de la joven eran muy bellos, profundos y suaves, y las pestañas espesas y oscuras, y todo su rostro era realmente como un pensamiento, tal como había pensado la primera vez que la vio. El corazón de Ted empezó a latir con fuerza y su respiración se hizo más apresurada. Aquello no era amor, por supuesto, pero ya vendría el amor. Era imposible que sintiera todo aquello y no terminar en el amor. Ruthie tenía pequeñas las orejas, con muchos repliegues, y un bonito cuello. Ted miró hacia abajo y vio el comienzo de sus senos, en el sitio donde el vestido se abría. Entonces levantó rápidamente los ojos, sorprendiendo la mirada de Ruthie, en la que había una expresión suplicante.

La joven, a su honesta manera, dijo:

—No me has besado aún, Ted. ¿Tampoco piensas besarme?

—No lo sé —murmuró Ted desarmado—. No sé lo que he querido decir.

Miró los labios de Ruthie, entreabiertos y frescos, y los pequeños dientes blancos que asomaban detrás de ellos, y súbitamente inclinó la cabeza.

CUARTA PARTE

XVI

Livy, tendré que decírselo a tu padre —dijo Ruth.

Y miró a la morena y hermosa muchacha que era su hija mayor. Hubieran tenido que enviar a Livy a la escuela de Ohio hacía mucho tiempo, pero no lo habían hecho incluso después de enviar a los tres niños varones, que eran más jóvenes. Livy se había empeñado en no moverse de la India, pues decía que en Norteamérica no tenía amigos.

—Pronto los tendrás —respondía su padre.

—Pero aquí los tengo ya —se apresuraba a contestar Livy.

Mientras miraba a su hija con preocupados ojos, Ruth pensó que tendrían que enviarla a los Estados Unidos fuera como fuese. Diez años era lo más que se podía tener a una niña en la India, y Livy tenía ya dieciséis. El curso anterior había estado interna en una escuela inglesa, y la muchacha se encontraba de nuevo en Vhai para pasar sus largas vacaciones. La joven había sufrido un profundo cambio en aquel año, o quizá fuera que ellos no habían notado su rápido crecimiento. Las muchachas crecen muy de prisa en el ardiente clima de la India, y Livy era ya una muchacha esbelta, con un seno abultado y un rostro que había perdido sus líneas infantiles. Se parecía mucho al retrato de la madre de Ted.

—A mí no me asusta papá —repuso Livy a su madre.

Hablaba con un suave acento inglés, que se le había pegado de sus compañeras de escuela y que le gustaba mucho.

Era una muchacha tranquila, contenida, pero, que se rebelaba contra los profundos sentimientos de casta de las muchachas inglesas. Aceptaba apasionadamente las ideas de su madre, que consideraba a todos los hindúes como seres humanos. Su padre las aceptaba también. Pero Livy era aguda e inteligente y hacía años que se había dado cuenta de que su padre y su madre eran dos personas completamente distintas. Como cristiano, su padre creía que los hindúes debían ser tratados exactamente igual que si fueran blancos, y cuidaba mucho de hacerlo así. Pero en esto estribaba la diferencia. Tenía demasiado cuidado, mientras que su madre procedía sin preocupación alguna, pues no podía evitar el tratar a todo el mundo de la misma manera. Livy sabía que de los dos, su madre era la más poderosa. Su padre no pertenecía enteramente a Vhai, pero su madre sí. Pertenecía a aquel pueblo lo mismo que la higuera de Bengala con sus centenares de raíces.

La muchacha había contado con la comprensión de su madre, que no podía fallar. En el fondo se sentía horrorizada ante lo ocurrido. Se había enamorado de Jatin. Era inexplicable. Ignoraba cómo podía haber sucedido, puesto que conocía a Jatin desde hacía años, lo menos tres, y jamás pensó que un día pudiera amarle. Jatin había llegado a Vhai procedente de Poona, donde se graduó con los más altos honores en la Facultad de Medicina de la Universidad MacArd, y el padre de la muchacha le había invitado a ir a Vhai para ponerse al frente de una clínica rural y de un pequeño

hospital. Livy habla oído los elogios que su padre le prodigaba, así como también que era la persona que se necesitaba allí. El joven podría llevar a cabo las obras de mejora de todo el pueblo, cuyos efectos se dejarían sentir en toda la provincia y quizás en toda la India, que acababa de conseguir su independencia. El nuevo Gobierno hindú hablaba de crear centros para la educación de la gente que habitaba en los pueblos y para atender a la salud pública y a la administración tal como su padre lo había hecho en Vhai. El pueblo resultaba muy agradable y la muchacha no se cansaba nunca de oír lo distinto que era antes. Pero no se le había ocurrido pensar que podría enamorarse. Livy amaba al pueblo con todo su corazón. De todas formas, esto no tenía nada que ver con el hecho de haberse enamorado de Jatin.

No obstante, había sucedido. Al regresar de la escuela, hacía sólo un mes, se enamoró de Jatin a primera vista. Naturalmente, no era la primera vez que le veía. Le había visto centenares de veces antes. Ahora, sin embargo, fue distinto, aunque no del todo, pues cuando ella llegó a su casa de vuelta del colegio, tuvo que visitar a todos los que conocía, y así, una brillante mañana fue al dispensario para ver a las dos enfermeras hindúes y también a Jatin, claro, y la joven se detuvo en el umbral para mirar alrededor. Jatin era la única persona que se encontraba en la pequeña estancia y en aquel momento se estaba poniendo su bata blanca, y al verla a ella la miró como si viera a un ángel. Ésta fue por lo menos la sensación que experimentó Livy. Nadie más podía haberla mirado de aquella manera, y la joven notó que se ruborizaba.

—¡Livy, qué hermosa te has vuelto! —exclamó el hindú.

Luego avanzó hacia ella y le cogió las manos, mirándola con tanta ternura y amabilidad, que el corazón de la muchacha se estremeció.

—Estoy lo mismo que siempre —tartamudeó.

—¡No, no! —insistió Jatin—. Has crecido y te has tornado muy hermosa.

Livy retiró las manos y permaneció contemplando al hindú. Pero, a poco, se presentaron las enfermeras y todo terminó. Ni qué decir tiene que volvieron a verse casi en seguida y solos. Livy no podía apartarse de él y pretendió que debía ayudar en la clínica. Y era cierto que quería ayudar, pero era porque Jatin estaba allí, y después de algunos días pareció natural que se quedara hasta más tarde. Y dos semanas después estaban solos cada día, o casi cada día. Jatin temía mucho a los chismes y se apartaba de ella en cuanto se habían besado. El día anterior, Jatin se mostró muy preocupado, pues estaba seguro de que la mujer encargada de la limpieza de la clínica los había visto.

—No importa —contestó Livy—. Tenemos que casarnos, naturalmente, Jatin. Eso es lo que se hace cuando dos se enamoran.

Jatin se turbó y una expresión de tristeza apareció en sus bellos ojos.

—Eso no es posible entre nosotros, Livy.

—Sí, lo es, sí, lo es —replicó la joven—. Mi padre y mi madre no son como la demás gente blanca.

—¡Ah! —exclamó Jatin con su acento sosegado—. No lo son sin duda, pero

¿estarán conformes en que nos casemos? Yo creo que no.

—Entonces... ¿no crees que sean cristianos? —preguntó Livy.

—No hables así, Livy —suplicó Jatin con su voz más suave—. Tú sabes bien que son cristianos, pero...

—¿Qué? —preguntó Livy.

—Es muy difícil llegar a la última consecuencia.

Livy no comprendió lo que Jatin quería decir, así que siguió repitiendo:

—Si consienten, Jatin, ¿nos casaremos en seguida?

—Tengamos esperanza, querida —se limitó a responder Jatin.

—Creo que podemos tenerla —declaró Livy con seguridad.

Y ahora, Livy se hallaba sentada en compañía de su madre ante el cesto de la ropa por remendar, una tarea que ella detestaba, pero que no podía encargarse que la hiciera una criada hindú, pues las mujeres de la India no saben coser bien. Los *saris* no había que coserlos y los niños no llevaban ropas cuando eran pequeños, a excepción de una bufanda liada alrededor de su cuerpo cuando la noche era fría. Sin embargo, aquella mañana Livy había recibido muy bien lo de quedarse a solas con su madre, pues era su madre la que debía saber la noticia en primer lugar, a fin de que más tarde hablara con su padre. Tenía que seguirse una estrategia.

—Papá dará su conformidad para que me case con Jatin. Siempre está diciendo que Jatin es maravilloso.

—Y lo es —replicó su madre—. Pero esto es diferente.

Ruth miró a su hija. En sus oscuros ojos de pensamiento había un asomo de ansiedad. Los monzones se habían presentado temprano aquel año y aunque se sentía tan contenta como los demás, las largas e incesantes lluvias le producían una sensación de melancolía. Tenían que esperar otra semana aún antes de que las lluvias terminasen y apareciese el cielo de color púrpura del verano. Mientras tanto, cosía, y de este modo descansaba. Livy había dejado el almohadón que estaba zurciendo y se paseaba por la habitación con expresión mohína.

—Siéntate, Livy, y no pongas esa cara. Ven aquí a deshacer este dobladillo. Sara crece mucho más de prisa de lo que yo puedo alargarle los vestidos. Yo acabaré el almohadón.

Livy se sentó de nuevo y se puso el dedal en su dedo medio. Era una muchacha alta y se movía con la indolente a la vez que activa gracia que había adquirido de las muchachas hindúes, que eran sus mejores amigas; no sólo las muchachas del pueblo, sino las hijas de los hombres que su padre había reunido a su alrededor. La muchacha sabía que su padre había ido a Vhai hacía mucho tiempo, decidido a vivir como vivían los campesinos. Más tarde, su madre se unió a él, y al año siguiente, ella había nacido en una de las habitaciones que formaban la primera parte de la casa. Ésta seguía siendo de tierra con tejado de bálago, pero se le habían añadido diez habitaciones más y bajo el bálago se extendía una gruesa tela de algodón tejida en casa y especial para techos, a fin de que las lagartijas, los insectos y las serpientes no

podrían descender del techo para morderles sus pies desnudos, aunque como niños que eran no tenían el menor miedo a aquellos animales. Estaban acostumbrados cuando por la mañana buscaban sus zapatos o zapatillas, a mirar en su interior antes de calzárselos, y Vhai era el hogar de aquellos niños. Alrededor de la amplia y achaparrada casa, su madre había plantado hierba y flores, por lo que ahora no se parecía en nada a aquella en la que entró por primera vez de recién casada.

Vhai también había cambiado. Cuando su padre fue a vivir allí contra la voluntad de su abuelo, como la muchacha sabía muy bien, el pueblo de Vhai era tan estéril como un desierto. En realidad, todos los pueblos lo eran. Pero su padre y su madre, mientras compartían la vida del pueblo, le habían mejorado, primero en pequeña escala y luego en grande. Su padre había incluso hecho traer de Bombay las herramientas necesarias para construir pozos artesianos consiguiendo así disponer de más de veinte pozos en corto plazo. Otros pueblos habían comprendido el beneficio de los campos regados y también construyeron sus pozos. Así que toda la región de Vhai era ahora bella y productiva. Se trataba de terrenos bajos, protegidos por las distantes montañas del Himalaya, y en la época de los monzones la tierra se convertía en un lago. Pero el padre de Livy había enseñado a los campesinos a construir diques con ladrillos hechos en la alfarería del pueblo. Gracias a esto, en Vhai por lo menos, las aguas no pudrían la tierra. Su padre no salía nunca de Vhai, pues decía que la gente oiría hablar de lo que estaban haciendo e irían a comprobarlo por sí mismos. Así sucedía, pero no tanto como él esperaba, por lo que a veces se sentía triste. Pero Jatin había dicho: «¿Cómo va a andar esa gente medio hambrienta centenares de millas para ver algo que jamás tendrán la fuerza necesaria para imitar? Primero tienen que comer y adquirir las suficientes energías para poder trabajar. ¡Ay! No tienen comida. Deles usted comida y habrá resuelto el problema más difícil».

Jatin era inteligente, fuerte y guapo, y Livy le amaba porque era capaz de decir cosas como ésta incluso a su padre. Entonces... ¿por qué se mostraba tan tímido ahora? Podían casarse y vivir siempre en Vhai, pues ella amaba a Vhai casi tanto como a él.

Sin embargo, ella nunca logró explicar a las muchachas inglesas y norteamericanas que había en la escuela cómo era en realidad Vhai.

—¿Es feo el pueblo donde vives?

Tal era la pregunta que aquellas muchachas solían hacerle.

—Es un pueblo, pero no es un pueblo feo —contestaba Livy.

Sin embargo, no intentaba decir nada más, pues era imposible que la comprendieran. ¿Cómo podían comprenderla? Cuando pensaban en la India, pensaban en grandes casas rodeadas de verandas en uniformados sirvientes hindúes y en cenas en las que los invitados eran siempre blancos. Ninguna de ellas hablaba una lengua hindú, excepto la jerga de los criados, el inglés chapurrado que habían aprendido de sus *ayahs*. ¿Cómo podían comprender la profundidad de su amor por Vhai aquel pueblo rebotante de gente, cuyos habitantes la amaban todos, no sólo por

sí misma, sino porque era la hija de sus padres? Y tampoco podría explicarles lo mucho que le gustaba aquella casa, que era lo bastante grande para tener habitaciones para ella, sus hermanos y su hermana, pero cuyo suelo era frotado cada mañana con estiércol de vaca. Esto no podría explicarlo jamás, pues sus compañeras hubieran empezado a lanzar gritos de horror, y jamás hubieran creído lo frescos y suaves que resultan los suelos de tierra bajo los pies desnudos, aquellos suelos de tierra batida hasta hacerla tan dura como mármol y que eran fregados con el agua de un cubo en el que se echaba un puñado de estiércol, removiéndose la mezcla hasta que se formaba una masa compacta. Cuando el piso quedaba seco adquiría el color de la caoba vieja y brillante como el raso. ¿Cómo podían imaginar semejante cosa las muchachas inglesas?

La joven había aprendido a vivir dos vidas separadas por completo. Una, la de las muchachas inglesas, ya que era una MacArd, pues las muchachas inglesas la trataban mejor que a la hija de un misionero vulgar, esas personas que son un poco mejor que los anglohindúes; y otra vida, la que llevaba cuando vivía en Vhai. ¡Oh!, la gran comodidad que gozaba en Vhai, donde podía andar con sandalias y donde, a menudo, después de tomar el baño de la mañana, se ponía un simple *sari* de algodón con una blusa de manga corta, cruzando los largos extremos en su estrecha cintura como si fuera una muchacha indígena. Y, ciertamente, ella era una hindú, pues no sólo la sangre forma a los seres humanos, sino también el aire que se respira, el agua que se bebe, el alimento que se toma, los ruidos que se oyen, el lenguaje que se habla, las personas que nos rodean, y los que rodeaban a la muchacha eran todos hindúes. Estaba más encariñada con su madre que con su padre, porque su madre era casi una mujer hindú, aunque por sus venas corría sangre de norteamericana blanca, lo cual no quería decir lo mismo que inglesa blanca.

Sin embargo, su madre no comprendía el amor que ella sentía por Jatin. La joven tenía casi la certeza de que lo comprendería, pues no dudaba de que la India que ella amaba y la que amaba su madre eran la misma. Amaban las pequeñas cosas de Vhai, la manera de pelearse los monos en los árboles, a pesar de que sus riñas los despertaban por la mañana; amaban el ruido del molino, el tintineo de plata de las pulseras y de las ajorcas de los tobillos que llevaban las mujeres que iban y venían con sus cacharros sobre la cabeza; el tableteo de las ruedas de hilar, pues todos intentaban hilar por lo menos una hora al día, ya que Gandhi era el Mahatma, el jefe de todas las almas de la India.

—No quiero que pienses que apruebo tu conducta —decía su madre—, pues no es así, Livy. No puedo ir tan lejos como para pensar que está bien que una muchacha blanca norteamericana se case con un hindú. Jatin no es siquiera anglohindú.

—Hablas como si se tratase de un intocable —repuso Livy con súbita ira.

Su madre rechazó esta insinuación.

—Livy, no debías decir eso después de lo que tu padre ha hecho por los intocables. Cuando Gandhi adoptó como hija a una muchacha intocable, tu padre dijo

que esto era una prueba de su sinceridad, y desde entonces ha creído en él. ¿He demostrado yo alguna vez en esta casa le concedía importancia a las castas?

—Jatin y yo nos queremos casar, mamá —insistió Livy nuevamente.

Ruth suspiró. ¡Oh, la terrible terquedad de Livy! Había sido una verdadera MacArd desde que nació, aunque, gracias a Dios, sus otros hijos no se le parecían. Sara era como ella, y los muchachos eran también más Fordham que MacArd. Ruth se alegraba de haber enviado a los niños a los Estados Unidos y ahora estaban seguros en una escuela de Ohio. Lo mismo hubieran tenido que hacer con Livy, pero la muchacha se negaba a ir, y año tras año había ido creciendo en la India hasta suceder aquello.

—No me obligues a decírselo a tu padre, Livy —suplicó la madre.

Había sido incapaz de disciplinar a sus hijos y utilizaba sin el menor rebozo el amor que éstos sentían por ella como escudo contra los reproches de Ted.

—No tendrás que decírselo. Se lo diremos Jatin y yo.

—¡Oh, querida! —exclamó en tono de profunda lamentación su madre—. Creo que la noticia le matará. Te quiere a ti más que a todos nosotros juntos.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —preguntó Livy.

Había acabado el dobladillo y ahora dobló con todo cuidado el vestidito, colocando en su sitio el dedal y la aguja.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —repitió Livy.

—No lo sé —suspiró su madre—. Jamás podía figurarme que sucediera una cosa semejante. Tanto como yo amo a la India...

Livy acabó la frase por su madre.

—Tanto como tú amas a la India, pero nunca hubieras podido amar a un hindú.

—No de esa manera —replicó su madre—. Tú no lo comprendes.

—Llevas razón. No lo comprendo. —Livy se puso en pie y empezó a andar por la habitación con su peculiar y suave gracia—. Jatin es un médico maravilloso. Tú y papá estáis cansados de decirlo. Abandonó un puesto importante que tenía al lado de su padre en Bombay y vino aquí porque cree en lo que papá está diciendo. Y *Bapu Darya* dice que será uno de los grandes hombres de India. Pero yo no comprendo. Contaba con tu apoyo, mamá.

—¡Oh, querida! —suspiró Ruth.

Sacudió la cabeza y cortó con los dientes la hebra de hilo. ¿Cómo podía explicarle nada a Livy si la muchacha ya conocía por anticipado todo lo que se le podía decir?

No era necesario que siguieran hablando. Livy salió de la habitación. Probablemente iría a encontrarse con Jatin en alguna parte. Ruth supuso que, en cierto sentido, debía de haber defraudado a su hija. Pero no podía enfrentarse con lo que esto significaba. Ella era todavía una mujer blanca y no debía permitir que su hija fuera absorbida por la masa de gente de piel oscura. El mismo Jatin no podría evitarlo, y Livy, por su parte, no podría elevar a Jatin. Livy, a despecho del amor que sentía por él, y Jatin, a despecho del amor que sentía por ella, no podrían evitar el

hundirse. Ruth hubiera querido que aquello no sucediera. Era duro entre los hindúes, que poseían un espíritu unilateral. Esto era así, y no podrían lograr que fuera de otro modo.

Ruth suspiró de nuevo y dejó que su corazón se fuera sosegando. Hasta que al fin ya no pensó en nada. Sólo cosía, respirando al ritmo de las puntadas que iba dando.

Livy anduvo hasta la higuera de Bengala, donde las sombras eran más profundas, buscando instintivamente las serpientes con sus ojos, aunque la joven no sentía el menor miedo. La lluvia había amenguado en la última media hora y en aquel momento sólo chispeaba. Livy se había puesto su *sari* de algodón más grueso, echándose el extremo sobre su cabeza, y Jatin, que la estaba esperando, pensó al verla acercarse al lugar donde se encontraban habitualmente que parecía una verdadera muchacha hindú. El joven temía que el lugar de sus reuniones pudiera ser descubierto y entonces tendrían que abandonarlo. Pero si ocurría así, ¿dónde se verían? En el consultorio se veían siempre en presencia de los demás. Si los padres de Livy aprobaban su matrimonio, entonces ya no tendrían que esconderse de nadie. Pero Jatin no había conseguido disimular su natural y recóndita desconfianza. Él era un hindú, por mucho que despuntara en su profesión, y sólo gracias a que el padre de la joven sentía como un cristiano sincero era apreciada su cualidad humana, de la que él se sentía más hambriento que de comida. Pertenecía al señor MacArd y se sentía reo de ingratitud por haberse enamorado de Livy. Pero ¿cómo evitarlo al descubrir que ella también estaba enamorada de él? Había aceptado su amor aun sabiendo que era un disparate, el amor de una muchacha que volvía a su casa después de haber estado en un colegio interna, cuando él tenía ya veintiséis años y era médico del hospital de Vhai. A pesar de todo esto, Jatin había empezado a soñar, y cuando los ojos de Livy se posaban en los suyos con creciente significado o intención, ¿cómo podía dejar de amarla?

—¡Qué oscuro está! —dijo Livy avanzando hasta la sombra donde Jatin se encontraba—. Debe de ser más tarde de lo que yo creía.

—No podremos retrasarnos mucho —repuso Jatin.

Su atormentada sensibilidad percibió instantáneamente que había sucedido algo y no se adelantó para encontrarse con ella ni la tocó cuando estuvo a su lado.

—¿Has hablado con tu madre? —preguntó.

—Sí, y no consiente en nuestro matrimonio —repuso Livy.

—¡Hasta ella! —murmuró Jatin.

Hablaban en el dialecto de Vhai, el lenguaje de la niñez de la joven, que Jatin había aprendido en los años que llevaba allí.

—¿Qué haremos?

Instintivamente, Jatin dio a Livy el camino.

—Tendremos que ir a ver a mi padre y decírselo —contestó la joven.

—¿Los dos?

—¿No deseas estar a mi lado?

—Claro que sí. Pero supón que me echa.

—Entonces yo me iré contigo.

La joven sorprendió la sombra de desesperación que cruzó por el inteligente rostro de Jatin.

—¡Ah, Livy! —Ahora se expresó en inglés, que hablaba perfectamente, aunque nunca había salido de la India. Todos los graduados de la Universidad MacArd hablaban perfectamente el inglés—. ¡A ti te parece una cosa muy fácil!

—¿Por qué íbamos a esperar? —preguntó Livy con una expresión de estoicismo en su voz y en su mirada—. Quizá sea mi padre mucho más amable de lo que pensamos. Siempre ha sido amable con nosotros.

—Por separado —replicó Jatin.

—¡Oh, Jatin! —exclamó Livy con rápida y juvenil ira—. ¿Por qué hemos de sentirnos vencidos tan pronto? Acércate a mí.

Jatin la cogió de la mano y la atrajo hacia las sombras.

Ted se encontraba solo en su despacho. Era una pequeña y tranquila habitación, la última de la cadena de habitaciones que se abrían a un patio común, que también era jardín interior, rodeado por paredes de tierra. En uno de los lados de la habitación, Ted había colgado hacía años el retrato de su madre, que su abuelo le había legado a él en el testamento en lugar de a su padre. Hacía años que Ted estaba reconciliado con la idea de que Agnes era la esposa de su padre. Jamás se arrepintió de su casamiento con Ruth. Ésta le había ayudado a introducirse profundamente en la India, tan *profundamente* que no se había permitido ningunas vacaciones durante los diecisiete años de su matrimonio. Ni él ni Ruth quisieron interrumpir la continuación de los días y de los años. ¿Y dónde se hubiera dirigido si hubiese tenido que ir a Norteamérica? Las pequeñas raíces de los días del colegio habían desaparecido, y su abuelo hacía tiempo que estaba muerto. Ted era sincero consigo mismo. La idea de su padre y de Agnes viviendo en la vieja casa de la Quinta Avenida hacía que le pareciera imposible el retorno al único hogar que había conocido en su propio país. Una cosa era que se hubiera reconciliado con la idea del matrimonio de su padre y otra muy distinta entrar en la casa que ahora pertenecía a Agnes. Era absurdo pensar en ella como en una madrastra, y sin duda su influencia se dejaría sentir en la casa, ya que había sido ella la que consiguió que su padre no regresara a la India. Aunque había tratado de hacerlo, su padre no llegó a explicar con absoluta sinceridad los motivos de su retirada.

He acabado con la India —escribió a Ted su padre poco después de la muerte de su abuelo—. *Hombres más jóvenes que yo pueden continuar mi tarea. Una vez abrigué la esperanza de que tú, hijo mío, continuaras lo comenzado por mí. Pero como no ha podido ser, el manantial se ha secado, y*

yo me sentiría muy solitario en esta vida a no ser por Agnes, mi joven y dulce esposa. Ella tiene derecho a vivir la vida que le corresponde aquí, en Nueva York.

Ted se ruborizó al leer la frase «mi dulce y joven esposa». Incluso ahora, al pensar en ello, sentía que un seco calor se extendía por debajo de su piel. Suponía, aunque en contra de su voluntad, que él tenía que reprocharse algo por aquel matrimonio. Si se hubiese quedado en la Universidad MacArd, como su padre deseaba, quizás hubiera sido él el que se casara con Agnes y los años transcurridos desde entonces habrían sido muy diferentes. Si no hubiese puesto en práctica lo que Darya le indicó, no hubiera ido a Vhai para vivir entre la gente más baja de la tierra, ¡qué diferente hubiera sido su Vida!

Sin embargo, había seguido la luz que brilló ante él, y si necesitó consuelo, Darya se lo proporcionó. No se veían a menudo, pues Darya estaba absorbido por el trabajo de su cargo en el nuevo Gobierno. Pero una vez había ido a Vhai. Fue un gran día. Acudió gente de varias millas a la redonda, y cincuenta mil personas se sentaron en los secos campos para escuchar a Darya, quien les dijo que la Nueva India estaba a punto de surgir. Darya se alzó ante la gente como un poderoso rey, su delgada figura todavía erguida, su blanco cabello flotando al aire y su enjuto rostro sin arrugas. El viento llevó su poderosa voz por encima de la multitud.

—En Vhai vosotros habéis encendido una luz que ilumina toda la nación. Lo que vosotros habéis hecho lo pueden hacer todos los pueblos de la India. Yo os quiero, pueblo de Vhai, y os quiero principalmente porque el hombre que ha encendido la lámpara para vosotros, lo mismo que vosotros la habéis encendido para otros, es un hombre que para mí es como mi propio hijo.

Aquel día Ted recibió su premio, y al pensar en ello ahora, como pensaba a menudo, se irguió y levantó la cabeza. Sí, aquello fue su premio. Al proclamarse la independencia de la India, muchos hombres blancos habían abandonado la India, pero ningún hindú protestó ante su marcha. Pero él Ted MacArd, había sido invitado a quedarse no sólo por el Primer Ministro y por Darya, sino por todo el pueblo de Vhai. La gente no le dejaba marchar. ¡Ah, sí! Había obtenido su recompensa. Jehar, que viajaba de un lado a otro a través de toda la India, llegaba a veces hasta su tranquila habitación, a primera hora de la mañana o, como ahora, al anochecer. Tukaram, el vendedor de granos de Sudra, había vivido en Dehu, un pueblo situado a unas dieciocho millas al norte de Poona. Tukaram había pasado por un Getsemaní, y el hambre, que blanqueaba la tierra, y la moribunda voz de su joven esposa, que pedía comida cuando no tenía nada que darle, le habían llevado al completo servicio de Dios.

Aquella tarde, Ted había estado leyendo de nuevo la historia de Tukaram, tan extrañamente parecida a la vida de San Francisco de Asís. Leyó que los pájaros se posaban sobre sus hombros, conociéndole como «un amigo del mundo». Lo mismo

que los fariseos y saduceos habían perseguido a Jesús, así los brahmanes habían perseguido a Tukaram. Sentían antipatía hacia él debido a lo bajo de su nacimiento y también a que no compartía su creencia de que el Nirvana fuera el estado superior del alma humana. Tukaram compartía la vida de los hombres y cantaba así:

La madre conoce a su hijo, conoce los secretos de su corazón, su alegría y su pena.

Sólo el que tiene en sus manos el corazón del loco hombre puede decir adonde desea él ir.

Como siempre que se sentía conmovido por los poetas hindúes, Ted volvió al Nuevo Testamento, en el Nuevo Testamento leyó: «Hasta que no os volváis como niños...».

Al llegar aquí oyó pasos, un doble ritmo, los suaves pasos de una muchacha calzada con sandalias y los pasos más pesados de un hombre. Los dos se detuvieron ante la cortina, y Ted oyó la voz de su hija.

—*Bapu*, ¿puedo entrar?

Livy empleó la versión usual del indostánico en Vhai. Pero Ted contestó en inglés.

—Entra, querida.

Era, en efecto, su querida hija, la más querida, y cuando levantó los ojos del libro vio que Jatin Das estaba a su lado. El corazón le dio un vuelco y dejó el Nuevo Testamento. Nada puede mantenerse secreto en un pueblo, y hasta sus oídos habían llegado ciertos chismes, unos titubeantes rumores, como si fuesen propalados contra la voluntad de los mismos propaladores, unos rumores que decían que Livy había sido vista a solas con Jatin. Ted no había prestado la menor atención a tales noticias, Livy era una muchacha norteamericana, y aunque había crecido en Vhai, no creía que su hija pudiera olvidar nunca su origen. Jatin pertenecía también a una familia hindú distinguida, habiendo sido criado en Bombay, donde los ingleses eran orgullosos, y el joven médico no aspiraría a lo que estaba más allá de sus posibilidades.

—Entra, Livy —dijo Ted con su acostumbrada amabilidad—. Y tú también, Jatin. Tomad asiento. ¿Ha cesado de llover?

—Sí, pero sigue lloviznando —repuso Livy.

La joven se sentó tranquilamente y cruzó las manos a la manera hindú, según pudo ver Ted, el cual vio también que su hija llevaba puesto un *sari*, como a menudo hacía. Pero de pronto recordó que no la había visto con otra ropa desde que regresara del colegio.

—¿Qué harás cuando vayas al colegio de los Estados Unidos y no puedas ponerte un *sari*? —preguntó con tono alegre.

—Padre, no deseo ir a Norteamérica —contestó Livy.

Ted pareció preocupado.

—Claro que irás, Livy. Tu abuelo se enfadaría mucho si no fueras. Y tu bisabuelo dejó dinero expresamente para ti, antes de que nacieras.

Livy miró a Jatin con el rabillo de sus grandes y oscuros ojos, suplicándole que hablara por ella.

—Señor —empezó a decir Jatin después de aclararse la garganta—, señor, estamos en un gran aprieto. Livy y yo... Nos queremos casar...

—Nos hemos enamorado —añadió Livy con voz clara.

—Sí, así es —se apresuró a decir Jatin, el cual, recobrando su valor después que las palabras difíciles habían sido pronunciadas, empezó a hablar rápidamente, triunfando de su desconfianza—. Ya no tiene remedio, señor MacArd. Es la lógica consecuencia de la enseñanza que hemos recibido de niños. Usted nos ha enseñado a amarnos los unos a los otros, y Livy ha aprendido al lado de usted, señor, a mirar a todos los seres humanos cómo a sus iguales, y yo, señor, estudiante en la Universidad MacArd de Poona, he tenido el valor de dejar de ser un hindú como era mi padre, convertido por Jehar, y nutrido por Darya en las ideas de independencia. No tengo miedo a amarla. Me enorgullezco de nuestro valor. Somos el fruto de todo el pasado. Somos la flor de nuestros antepasados, la prueba de nuestra fe.

Sus anhelantes miradas, sus fervientes palabras, la impetuosa gracia de sus manos extendidas, los largos dedos inclinados hacia abajo, los pulgares separados y tiesos, las blancas palmas, que contrastaban con la oscura piel, todo era hindú, y en uno de sus raros momentos de repulsión, que Ted consideraba su pecado secreto, sintió repugnancia y náuseas. ¡Cómo! ¡Su Livy, su querida hija! Ninguno de sus otros hijos poseía su belleza y su gracia, ni tampoco su brillante inteligencia. Ella era de los pies a la cabeza una MacArd. ¿Iba a abandonarlo todo por aquel extranjero? Durante un momento, su alma flotó en la oscuridad. No, y siempre no. Él había dado su vida a la India en Vhai. Pero a Livy no la daría. No le podían pedir semejante sacrificio.

—No. —Y la palabra brotó con toda energía de sus labios—. No puedo consentirlo.

Las manos de Jatin cayeron. Se volvió hacia Livy y ambos jóvenes cambiaron una larga mirada, Jatin de desesperación; Livy próxima a la ira.

—¡Livy! —gritó su padre—. ¿Se lo has dicho también a tu madre?

—Sí —repuso Livy—. Y dijo que no se atrevería a decírtelo. Pero yo sí me he atrevido.

Ted se puso en pie.

—¿Dónde está tu madre?

—En la casa de costura —contestó Livy.

Ted levantó la cortina de la puerta y salió. Entonces Livy alzó sus brazos hacia Jatin.

—Nunca te abandonaré —afirmó en voz baja—. Jatin, fe, esperanza y amor. Pero lo más grande es el amor.

Jatin desvió la cabeza.

—No nuestro amor.

—Sí, nuestro amor —insistió Livy.

Se inclinó hacia su novio, le pasó los brazos por el cuello y apretó la cabeza del joven contra su seno.

Y Jatin sintió en su mejilla el apresurado latir del corazón de Livy.

XVII

Tú ves perfectamente que es imposible —insistía Ted.

—¡Oh, sí! Claro que lo veo —replicaba Ruth. No había dejado de coser, aunque en cuanto apareció su marido, supuso que Livy debía de haberle hablado. Después de todo, tenía que saberlo más tarde o más temprano.

Ruth levantó su mirada de la costura.

—¿Qué piensas hacer?

—Querrás decir qué vamos a hacer —corrigió Ted, y sin esperar respuesta de su esposa, continuó hablando—. Voy a comprar pasajes para el primer barco que salga de Bombay. Nos vamos todos a los Estados Unidos. Pondremos a Livy en un colegio de muchachas.

—Livy no es ya una niña —repuso Ruth—. Se ha convertido en una mujer como se vuelven aquí todas las muchachas.

—Es una niña por su edad y por su espíritu —insistió Ted—. Cuando se encuentre en nuestra patria, tomará su puesto entre otras muchachas.

Ted se levantó de la silla de bambú donde se había dejado caer, anduvo de un lado para otro a lo largo de la habitación y se volvió a sentar, esperando que Ruth le diera la razón. Pero Ruth seguía cosiendo en silencio, tal como la había visto centenares de veces a lo largo de sus años de matrimonio. Ted suponía que Ruth encontraba una tranquilidad espiritual al coser. La tenía por una buena esposa y había aprendido a amarla sin estar enamorado de ella.

¿Qué era el amor? No se podía plantar una palmera en el patio en unión de otra persona sin sentir una especie de cariño, y él y Ruth lo habían hecho todo juntos: edificar la casa y criar a los hijos, enseñar, predicar y atender al hospital, siempre aislados, dos personas blancas en un mundo de personas de color. Habían creído en la bondad de lo que estaban haciendo, seguros de su fe, entregándose en cuerpo y alma a sus afanes, y Ted no se había parado jamás a preguntarse si amaba a Ruth como una vez había soñado amar a una mujer. Todos los hombres sueñan, se decía a sí mismo. Pero la realidad era mucho mejor. Porque sólo la realidad no es egoísta en amor. Exhaustos a menudo como consecuencia del terrible clima en que vivían, cansados más allá de toda resistencia, fatigados ante las desesperadas peticiones de la gente del pueblo, él y Ruth se pegaban uno al otro y se sostenían en pie mutuamente, y esto también era amor, un amor que producía visibles frutos en centenares de vidas humanas.

Sí, Ruth podía permanecer silenciosa mientras cosía.

—¿Y bien? —exclamó Ted impaciente—. ¿Tienes tú algún otro plan?

—No —repuso Ruth lentamente—. No tengo ningún plan. Lo que sucede es que no me gusta irme de Vhai. Me parece que tienes razón, Ted. Lo mejor es hacer salir a Livy de la India.

—¿Se lo dices tú, o se lo digo yo?

—Será mejor que se lo digas tú —repuso Ruth sin levantar la cabeza.

Por lo tanto, Ted se lo dijo a Livy a la tarde siguiente, con expresión a la vez suave y dura. Estaba sentado en la veranda, durante la rápida puesta de sol, observando cómo la joven jugaba a la pelota con Sara, el único de sus hijos que se encontraba aún en la niñez. Sara era como su bisabuelo, una niña vehemente y apasionada de huesos finos, que quería mucho a su hermana mayor. Ted miraba a Livy, muy linda con su *sari* de color de rosa, que se movía de un lado a otro con rápidos movimientos, para coger la pelota de trapo que Sara le enviaba hábilmente.

—¡Livy! —gritó Ted desde la oscuridad.

—Ya voy, papá —contestó la joven.

Livy parecía estar de buen humor y con una suave expresión de alegría en su dulce rostro acudió a la llamada de su padre.

La India era su ambiente ideal y no la deprimía. Parecía siempre fresca, aunque la noche fuera tan húmeda como aquélla.

—Siéntate, hija —dijo Ted.

Livy se sentó en el sofá de bambú que había cerca de su padre, y Sara, que se había quedado sola, gritó con una aguda voz infantil y acento cantarino, como hacían los hindúes:

—Pronto oscurecerá. Ven a jugar, Livy.

—También a ti te interesa esto —repuso Ted.

La niña se acercó y se colocó entre su padre y su hermana.

—¿He hecho algo malo? —preguntó.

—Nada —contestó su padre.

—Soy yo la que ha hecho algo malo —dijo Livy suavemente—. Soy yo la que he sido traviesa y ahora papá va a castigarme.

—Livy no es traviesa —replicó Sara—. Nunca ha hecho nada malo.

—Sí, a veces lo hago —insistió Livy.

Sus oscuros ojos se endurecieron, brillando intensamente cuando la joven los posó en su padre. Pero éste rehuyó el manifiesto reto que le lanzaba su hija.

—No se puede llamar castigo ir a Norteamérica, y eso es lo que vamos a hacer. La carta conteniendo los pasajes ya está echada al correo. Quizá podamos marcharnos dentro de muy pocos días.

Sara se acercó a su hermana y la abrazó. Ir a los Estados Unidos era para ella a la vez un sueño y un motivo de terror. La niña había formulado centenares de preguntas acerca de los Estados Unidos y a veces permanecía despierta parte de noche pensando en el bello e imaginario lugar. Pero ahora su padre había hablado con tanta naturalidad de que ya tenía los pasajes pedidos, que Vhai le resultaba muy difícil de abandonar a pesar de que en los Estados Unidos no había serpientes en los jardines y de que los escorpiones no se metían en los zapatos por la noche.

—¿No es una buena noticia, Sara? —preguntó el padre.

—Quizá las niñas de allí no me quieran —contestó la pequeña Sara.

—No son buenas noticias, papá —repuso por su parte Livy.

En su voz había cierta cautela y una expresión de ira se reflejó en sus oscuros ojos, que se clavaron de nuevo en el rostro de su padre.

—No son buenas noticias, papá —repitió Sara como un eco, abrazada a su hermana—. Si Livy lo cree así, yo también lo creo.

—Sin embargo, nos iremos —repuso el padre—, y todos permaneceremos allí un año, excepto Livy, que estará cuatro, pues va a ingresar en un colegio. Allí, en el colegio, aprenderá a ser una muchacha norteamericana, y quizá se case con un norteamericano y se quede en los Estados Unidos.

—¡Oh, no, no! —gritó Sara—. Porque entonces, ¿cómo va a poder vivir con nosotros en Vhai?

—Quizá entonces ya no quiera vivir en Vhai —contestó el padre—. Norteamérica es un país lujoso donde hay amplias calles, automóviles y grandes trenes, e incluso aviones que vuelan en todas direcciones. Livy tendrá vestidos muy bonitos, aprenderá a cantar y a tocar el piano, y en el verano podrá ir a Inglaterra y a Francia.

—Déjame ponerme en pie, Sara —dijo Livy retirando los brazos de la niña de su cintura.

Ted no la detuvo ni le preguntó dónde pensaba ir. Convenía dejar que su hija asimilara la noticia como pudiera.

—Ven a sentarte en mi regazo, Sara —continuó Ted sin hacer caso de Livy—. Quiero seguir contándote cosas de los Estados Unidos.

La niña dejó de apretar la cintura de su hermana y contenta por la invitación corrió hacia su padre. En la oscuridad, rasgada sólo por la luz que brotaba a través de las abiertas puertas y ventanas procedentes de las lámparas que los criados iban encendiendo dentro de la casa, Ted siguió hablando a Sara de los Estados Unidos, de las montañas sin fin y de los largos ríos, de las grandes ciudades y de la casa donde vivía su abuelo y donde antes de su abuelo había vivido su bisabuelo, a quien ella nunca vería, pues estaba muerto.

—Los Estados Unidos son tu patria, ¿sabes? —dijo Ted a la niña—. La India no es tu verdadera patria, y Vhai no es el sitio en que tienes que vivir en realidad.

—No lo sabía —exclamó Sara maravillada—. Creí que tendría que vivir aquí siempre.

Ted permaneció silencioso y afligido mientras la niña pronunciaba las últimas palabras, pues su corazón le hacía grandes reproches mientras escuchaba la melancólica música que el viento producía en las calles de Vhai ahora envueltas en sombras.

En la oscuridad, Livy caminaba con rápidos y seguros pasos, sin preocuparse de las serpientes ni de los insectos de la noche, el vuelo del *sari* cogido con una mano y sobre su cabeza la banda de tela que ocultaba su rotundo perfil. A aquella hora, Jatin

debía de hallarse en su habitación inmediata al hospital, el pequeño anexo que su padre había construido para el joven cuando éste llegó para hacerse cargo del hospital. Livy no había estado jamás en aquellas habitaciones, excepto el día en que quedaron terminadas, cuando sus padres fueron a inspeccionarlas. El anexo se componía de cuatro habitaciones, las suficientes para, albergar a su familia cuando Jatin se casara. Porque, naturalmente, Jatin se casaría, según afirmaba el padre de Livy, y cuatro habitaciones constituirían un departamento más que suficiente en Vhai. Y cuatro habitaciones constituirían también un departamento espacioso para ella. ¡Pensar que podría haber formado un hogar allí con Jatin! Había soñado en ello e incluso hablado con Jatin del asunto, aunque éste jamás la quiso escuchar.

—Nunca sucederá eso. Nunca podrá ser —contestaba Jatin una y otra vez.

—Jatin, siempre te muestras pesimista —replicaba la muchacha—. Debes ser osado, debes insistir. Cuando yo quiero algo, siempre insisto.

A esto, Jatin respondía con una mirada inundada de tristeza. Sus ojos, trágicos en su forma y en su color, grandes y líquidos, provistos de largas y espesas pestañas, llevaban entre sus sombras el recuerdo de desconocidas penas, un profundo dolor de raza heredado y que ahora yacía en su propia naturaleza. Jatin tenía el pleno convencimiento de que sucedería lo peor, y no estaba dispuesto a levantar una mano contra el destino porque no creía en la felicidad y aceptaba la desgracia antes de que ésta se presentase.

«Esta noche —se dijo Livy— tiene que comprender. Esta noche debe ver claramente que cuando un hombre tiene algo suyo, y yo soy de él, debe cogerlo». Los pies de la muchacha apenas tocaban la hierba. Corría empujada por el miedo tanto como por el amor. Miedo de la muerte y miedo de la vida. ¿Qué importaba que una serpiente le mordiera si Jatin no iba a tener el coraje necesario? Él la amaba, de esto estaba Livy plenamente segura, pues era de profundos sentimientos y apasionado. Sin embargo, el amor no le haría lo bastante fuerte. Jatin se declaraba vencido demasiado pronto. Se rendía rápidamente tanto en sus pequeños deseos como en sus grandes anhelos. Pero aquella noche ella insistiría, sí, insistiría hasta convencerle.

Livy salvó los tres escalones que conducían a la pequeña veranda. La luz brillaba en el interior, la luz amarilla de la lámpara de petróleo, y Livy llamó en la abierta puerta. El joven estaba sentado en su despacho y no podía verla, pero un rayo de luz caía en el pequeño zaguán de la entrada. Jatin oyó la llamada y salió en el acto. Estaba descalzo y vestía un cuerpo sin mangas y un *dhoti*, pues no esperaba a nadie, a no ser una llamada del hospital.

—¡Livy! —gritó con expresión de horror—. ¿Qué haces aquí?

—Déjame entrar, Jatin —masculló la joven.

La pantalla contra los insectos estaba puesta y Livy la sacudió ligeramente. Jatin la desenganchó y la joven entró en la casa.

—Debo apagar la luz —murmuró Jatin con expresión de inquietud—. Te pueden ver. Quizás alguien te haya visto ya.

—No me importa lo más mínimo —repuso Livy con su voz más natural—. Y no hables en voz baja, Jatin. ¿Qué importa que la gente lo sepa si ahora ya lo saben mis padres?

Jatin, sin embargo, se mostraba intranquilo y anhelante.

—Muy bien entonces —exclamó la joven—. Nos sentaremos entre las sombras del recibidor. No me quedaré, ya que tienes tanto miedo, pero tengo que decirte una cosa. Papá ha pedido por correo pasajes para el primer barco que salga de Bombay. Nos vamos a los Estados Unidos y no dejarán que vuelva aquí. Ellos permanecerán allí un año, pero yo tendré que estar cuatro. ¿Y cómo voy a volver a Vhai si él no me deja? Así que debes pedirme en matrimonio, Jatin. Y si no nos dejan casar abiertamente, entonces nos casaremos en secreto.

—¿Cómo nos vamos a casar en secreto? —preguntó Jatin con agitada voz—. Tendríamos que ir al Consulado norteamericano de Poona y allí tu padre y tu abuelo son muy conocidos. El cónsul se lo diría antes de concedernos el permiso. No hay manera, Livy. Debemos abandonar el proyecto.

Livy se mordió los labios y volvió la espalda a Jatin.

—Sabía que contestarías eso. Sabía que no tendrías valor. No sé por qué te amo.

—Tampoco lo sé yo —repuso Jatin humildemente.

Estaban sentados uno junto a otro en un pequeño y recto sofá de mimbre, y el rayo de luz se extendía como una cortina entre ellos y la puerta abierta. Los dos miraron hacia ella, hacia la noche envuelta en sombras, tratando de horadar la oscuridad con sus ojos en busca de ocultas figuras, de los fisgoneadores y chismosos del pueblo. Nada permanecía oculto en Vhai, nada permanecía secreto. La gente lo sabía todo. La sangre de Jatin empezó a circular con ritmo más apresurado y su corazón latió con fuerza. Livy estaba sentada muy cerca de él y mantenía su esbelto muslo pegado a su pierna, desnuda bajo el *dhoti*. La joven guardaba silencio. Era una graciosa forma inclinada junto a él, y Jatin buscó su mano y la tomó entre las suyas, acariciándola gentilmente con los dedos entrecruzados. A poco Livy se apoyó contra él y entonces Jatin pasó un brazo alrededor de su talle. El amor podría ser contrariado, pero algunas veces se mostraba indomable. Allí, en la noche, cuando todo les estaba prohibido, el amor parecía indomable. Nadie la había visto ir y nadie la vería regresar. La noche estaba bastante avanzada ya. Jatin podía apagar la luz y la casa quedaría a oscuras. Ningún criado dormía en la casa, y si llegaba un mensaje urgente del hospital, Jatin tendría que ir a la puerta. Pero estaba también la puerta trasera, la que conducía a su cuarto de baño, y Livy podría deslizarse por ella. Los dioses de Vhai la protegerían de los insectos y de las serpientes, y una vez fuera volaría de nuevo a través del césped.

Jatin se puso en pie y enganchó la puerta. Luego fue a la otra habitación y apagó la luz, y en la oscuridad retrocedió hasta donde estaba Livy y se sentó de nuevo a su lado. Entonces comenzó a acariciarle las manos, los brazos y el cuello, las mejillas y las orejas. A continuación, con el mismo desesperado silencio, le desabrochó su blusa

de manga corta.

—¿Y ahora qué, Livy? ¿Ahora qué? —murmuró.

La joven se estremeció, pasó sus brazos alrededor del cuello de Jatin y apoyó la cabeza en sus hombros, todo en silencio. Jatin interpretó aquel silencio por una respuesta. Livy murmuró algo con la cabeza apoyada contra su pecho.

—¿Qué dices, Livy?

—Digo que deseo... lo que tenga que suceder.

—Pero debemos mantenerlo secreto.

Jatin sabía desde el principio que no podrían casarse. Jamás había tenido la menor esperanza. Pero un amor sin esperanza era lo peor, lo más terrible, y aquello sería el final de él.

Sin embargo, ¿sería la falta de ella el final? Livy avanzó con paso silencioso por la oscuridad de regreso a su casa, y los picaros dioses protegieron sus pies desnudos de las serpientes y de todo mal. Pero aquello no sería el final de su amor.

La joven se sentía aterrorizada ante su perversidad. Ella, la hija de unos padres cristianos, que conocía los Mandamientos de la Ley de Dios y el significado del bien, de la pureza y de la honradez, que brillaban como soles sobre su cabeza y a cuya luz caminaba por la vida, era la que ahora volvía en la noche como una Magdalena. Ni por un momento confundía al Dios de su padre y de su abuelo, y también de su madre; con los dioses locales que había visto en el templo, no solamente allí, en Vhai, sino en los templos de Poona: Ganesh, el de la cabeza de elefante, y Kali, la depravada diosa que enardecía a las criaturas humanas con engaños para que rindieran culto a los malos deseos y al crimen. Siempre se había sentido repelida por la oscura confusión de aquel culto, en tanto que se sentía satisfecha con la clara simplicidad de su propia fe, recibida de sus padres. Sin embargo, allí estaba ella, no mejor y sin ninguna excusa que justificara su pecado.

XVIII

Mientras tanto, Ted se preocupaba por dejar en buen orden sus dominios, para que cuando regresara de nuevo a Vhai no se hubieran perdido demasiadas cosas. Le gustaba aquel trabajo, pues le mantenía atareado día y noche, y así evitaba el tener que mirarse en el espejo de su propia alma. Ahora no podía decidir lo que estaba bien y lo que estaba mal. Necesitaba tiempo para considerar, para pesar las cosas y para meditar. Lo sucedido era que Livy se había enamorado del joven que tenía más cerca, que dio la casualidad de ser Jatin. Este hecho, en apariencia vulgar para cada padre, según suponía Ted, tenía extrañas raíces dentro de él. ¿Por qué se sublevaban su carne y su espíritu al saber que Livy deseaba casarse con Jatin? No podía contestarse a esta pregunta, pero se sentía tan perplejo ante la misma, que hasta le disgustaba la vista de Livy, que se movía por la casa con suave silencio. Cuando tuviera tiempo, bien en el barco o en los Estados Unidos, buscaría el oculto espejo y se miraría en él. Pero esto no podía hacerlo allí, sobre aquel suelo. Necesitaba salir de la India y que también saliera Livy para quedar libre de la fastidiosa preocupación de saber dónde se encontraba su hija en cada momento del día. Sólo cuando el *ayah* salía de la habitación de su Livy por la noche dejándola segura en el lecho, podía descansar. Pero incluso entonces no era un descanso demasiado completo, pues allí estaba Ruth, su esposa que le observaba pensativamente sin formular la menor pregunta. Ted sabía que ella tenía preguntas que formular, pero no las hacía, y él no podía arriesgarse a pedirle que las formulase. Quedaban pendientes. Pendían de los labios de ella y Ted no se atrevía a dejarlas caer, ni tampoco deseaba saber lo que su esposa estaba pensando, si es que pensaba algo, que quizá no fuera así, ya que Ruth tenía la costumbre hindú de dejar que los problemas descansaran en su alma hasta que, en silencio, crecían y adoptaban una forma peculiar, y entonces se tornaba locuaz e insistente. Que esto sucediera en el barco o en Norteamérica, cuando tuvieran ya a Livy segura. No pedía más.

Ted no sabía —¿cómo podía saberlo?— que todos los hindúes del pueblo observaban a Livy y la protegían contra él por medio del más completo silencio. Cuando él se marchaba, hablaban sin cesar, pero siempre protegían a la muchacha a la pequeña Livy que había crecido entre ellos, y que era parte de ellos, mientras que él no lo era ni nunca lo sería. Él pertenecía al grupo de los hombres blancos. Pero ella, una solitaria y pequeña figura humana, se había vuelto hacia ellos. Cuando miraba a Jatin los miraba a ellos. Sentían deseos de extender sus brazos para atraerla hacia ellos, pero esperaban en silencio para ver si era Jatin el que se la llevaba. No hacían la menor alusión al secreto, y una parte del escudo protector fue la obediencia a Ted, una completa buena voluntad para ayudarlo a prepararlo todo.

Sin embargo, Jehar, el *sadhu*, que se dirigía allí oyó el rumor, una noticia no propalada al parecer, por nadie, pero que era transmitida de boca en boca y de pueblo en pueblo hasta que llegó a sus oídos. Entonces se dirigió rápidamente a Vhai,

imaginando lo que debía de suceder en la casa de paredes de tierra. Llegó al pueblo una tarde, cuando el sol se estaba poniendo sobre los verdes campos. Los monzones habían terminado, los campos no estaban secos aún del todo y el sol desaparecía detrás del horizonte cuando llegó ante la puerta de la casa.

Ted miró por la abierta ventana de su despacho al darse cuenta de que alguien había pasado ante ella, y al ver la conocida y bien amada figura se levantó rápidamente y fue hasta la puerta.

—¡Jehar! —exclamó—. No hay a nadie a quien vea con más gusto en este momento.

Alzó una mano y cogió la suave y larga mano de Jehar, haciendo entrar a su amigo en la casa y luego en el despacho. Una vez en su interior, Ted cerró la puerta y los dos amigos se miraron francamente. Jehar estaba más alto. Era una poderosa figura, adquiriendo mayor relieve su estatura debido al pequeño turbante que cubría su cabeza y el flotante vuelo de su túnica de color de azafrán.

—Siéntate —dijo Ted—. ¿Tienes hambre o sed?

—No. Nada —repuso Jehar.

Su voz era profunda y pausada y en sus grandes ojos, intensamente oscuros, había una mirada suave y afectuosa. La negrura de su barba y de sus cejas hacían que su tez olivácea pareciera pálida, pero no falta de color. Iba descalzo. Con los pies desnudos había andado mucho por el mundo, incluso por las nieves del Tíbet. También había estado en Europa, en el Continente y en Inglaterra, y al final en los Estados Unidos, mostrándose en todas partes el mismo.

Ted se sentó junto a él y apoyó ambas manos en las rodillas de su amigo, sin dejar de mirarle a los ojos.

—No tenía la menor idea de que te encontraras cerca de Vhai.

—No lo estaba —contestó Jehar—. He andado en el país de los *sikhs*. Mientras me encontraba allí supe que te preparabas para regresar a tu patria, y he venido para preguntarte si es verdad y cuándo volverás a reunirte con nosotros.

—Es cierto —repuso Ted.

Titubeó un momento, y de pronto sintió la necesidad de confiar a su amigo la pena que le aquejaba. No había nadie a quien pudiera hablar tan libremente como a Jehar, nadie que pudiera comprender tan bien como él que Livy no se podía casar con Jatin, aunque Jatin fuera un muchacho honrado y bueno. Contó a Jehar punto por punto todo lo que había sucedido y por qué se llevaba a Livy. Jehar escuchó haciendo movimientos de asentimiento con la cabeza de vez en cuando.

—Comprendo —dijo—. Comprendo. Quizá no hubiera comprendido de no haber visto tu casa de Norteamérica. Ted, hermano mío, nunca te he dicho que vi a tu padre en Nueva York.

—Sí, mi padre me lo escribió —replicó Ted con cierta turbación.

Su padre le había escrito bastante irritado que Jehar había procedido en Nueva York lo mismo que si estuviera en la India, habiendo producido a todos la impresión,

no de que se trataba de un cristiano, sino de que era un *swami*, un faquir, un ser extraño e incluso falso.

No le han pedido que hable en ningún púlpito importante —escribió su padre—. Resulta algo desastroso verle con el traje hindú, los pies desnudos y todo lo demás. Nos pareció lamentable a todos.

—Quizá no te haya dicho que creyó su deber rechazarme —dijo Jehar con una sonrisa—. Yo acepté su desaire porque sabía que debía hacérmelo. Pero seguí fiel a mí mismo. «Yo no soy un *swami* —le dije—, pues esa palabra significa señor, y yo no soy un señor. Yo sólo soy un *sadhu*, esto es, un hombre religioso, y siendo hindú debo emplear esa palabra, aun cuando veo a Dios a través de Jesucristo».

—¿Y no lo comprendió mi padre? —preguntó Ted.

Jehar permaneció pensativo unos momentos, y Ted, acostumbrado a tales silencios, esperó. Cuando Jehar habló de nuevo, no fue para mencionar el nombre de Livy.

—Recordarás los versos del Mahabharata, que a Gandhi le gusta tanto recitar.

Hizo una pausa, contuvo el aliento, cerró los ojos y luego empezó a recitar con profundo ritmo:

El individuo debe ser sacrificado a la familia.

La familia debe ser sacrificada al pueblo.

El pueblo debe ser sacrificado a la provincia.

La provincia debe ser sacrificada al país.

Pero por la conciencia, sin embargo, sacrifícalo todo.

Jehar abrió los ojos y miró con ansiedad a Ted, y sus oscuros y penetrantes ojos parecieron hacer correr un calor físico por la carne de Ted, o por lo menos, así se lo imaginó éste.

—¿Y qué dice tu conciencia? —inquirió Jehar.

—No lo sé —replicó Ted—. Sólo he actuado como creía que debía hacerlo.

Jehar le escuchaba con expresión afectuosa.

—Ahora estás muy atareado, pero cuando todo esté acabado tendrás tiempo de escuchar. La conciencia es distinta una de otra, y la mía no debe hablar en lugar de la tuya. ¿Qué es la conciencia? Es la parte más completamente desarrollada del ser humano, el corazón del espíritu, lo más sensible, lo más delicado. Es moldeada por la mayoría de una sociedad determinada, pero es desarrollada hacia la sabiduría a través de la experiencia individual, mantenida por la fuerza de la voluntad. Tu conciencia es distinta de la mía y la mía es distinta de cualquier otra. Yo he encontrado que era de razón vivir la vida de un *sadhu* a la manera hindú, aunque predicara sólo a Cristo.

Como dije a tu padre, amor, hogar y riqueza no eran para mí, aunque podían ser para otros, y he obtenido mi recompensa. Tú has realizado en Vhai una gran labor, y has renunciado a mucho más que todos los hombres de tu clase, obteniendo tu recompensa como yo he tenido la mía. Tu padre no puede comprender esto, lo mismo que no me puede comprender a mí. No importa. Tú tienes tu premio como yo tengo el mío. Pero ahora...

Sacudió la cabeza y Ted entrevió en los insondables ojos del hindú la antigua luz anunciadora del éxtasis.

—Pero ahora —continuó Jehar— se te ha presentado una nueva oportunidad. No soy yo el que tiene que aconsejarte. La oportunidad viene a ti de Dios, como todas las cosas vienen de Dios. ¿Qué significa esto? Debes preguntarte: ¿es que no he hecho ya bastante? Si sientes que has hecho bastante, si tu conciencia te dice que es bastante, entonces es que sí es bastante, y tendrás tu premio. Pero si cuando estés gozando de la quietud del barco tu conciencia te dice que lo que has hecho no es suficiente, y que Dios te ofrece la oportunidad de hacer más, entonces escucha a tu conciencia. La escalera que lleva al cielo está formada por escalones. En cada escalón pensamos que hemos llegado a la meta, pero queda siempre otro escalón más, y al final, alcanzamos las puertas de Dios cuando nos hemos desprendido de todo egoísmo.

Ted procuró rehuir la magia de los ojos oscuros de la poderosa y suave voz, echándose a reír.

—Jehar, soy terriblemente estadounidense. Aunque tengo confianza en ser tan buen cristiano como tú.

Jehar sonrió.

—¿Por qué voy yo a querer hacer de ti lo que no eres de nacimiento? Precisamente porque eres norteamericano me encanta llamarte mi hermano, y he podido comprobar con mis propios ojos lo mucho que abandonaste para ser un cristiano en la India. Lo que dejaste no es nada en comparación con las riquezas, los placeres y los honores que podías haber conquistado en tu propio país. Pero tú elegiste vivir aquí, en un pueblo hindú, en una casa con paredes de tierra y techo de bálago. Me siento profundamente humilde ante ti. Tú incluso has criado a tus hijos aquí, y yo no tengo hijos, No sé lo que es tener un hijo al que se me pida en sacrificio. En mi humildad veo que has vivido tan por completo la vida de un cristiano en mi país, que ahora te encuentras en el trance de tener que aceptar a un hindú como hijo y sus hijos como nietos. Ahora te es posible dar el paso de la completa hermandad, tanto en la carne como en el espíritu. Dios ha hecho posible que pudieras completarla en vida.

El mismo aire temblaba ante la intensidad del momento. La grave voz de Jehar parecía palpitar, alzó su magnífica cabeza, cerró los ojos y se sumió en una silenciosa plegaria.

También Ted fue atraído por el silencio. No podía rezar, pero permanecía inmóvil, sin pensar ni sentir, resistiendo con toda su voluntad el magnetismo que fluía de

Jehar. Se negaba a dejarse arrastrar.

Un momento después terminó todo. Jehar abrió sus ojos y dedicó a su amigo su natural y viva sonrisa. Luego se puso en pie.

—Me alegra de que te hayas confiado a mí. Otros me contarán seguramente lo ocurrido, y yo les diré entonces que conozco el asunto y que lo que haces está de acuerdo con tu conciencia. Y ahora, Ted, mi querido hermano, tengo que irme.

—Quédate con nosotros esta noche, Jehar.

Hizo la invitación, pero no insistió. Se había sentido súbitamente muy cansado y, por alguna razón deprimido. Por lo general, Jehar elevaba su espíritu. Pero aquella noche no había llegado a su corazón.

—No puedo, Ted —respondió Jehar—. Me esperan mañana a unas treinta millas al sur de Vhai y tengo que andar durante la noche.

Se estrecharon de nuevo la mano y Jehar apoyó su mano izquierda sobre las manos entrelazadas.

—Regresa —dijo—. Por lo menos, regresa a la India.

—Naturalmente —repuso Ted.

Jehar no dijo más. Dio un paso hacia atrás y mirando a Ted a los ojos juntó las palmas de su mano de acuerdo con el viejo saludo hindú.

Ted hizo una reverencia y permaneció observando con toda su atención al hombre que caminaba con los pies desnudos hacia el Sur.

Y después que Jehar se hubo marchado, Ted se preguntó: «¿Por qué se ha referido Jehar a la India y no a Vhai?».

Cuando llegó el último día de su estancia en Vhai, Ted llamó a Jatin.

—Jatin —dijo—, te dejo al frente de todo esto. Tú cuidarás del trabajo médico, y he mandado llamar a un joven de Poona para que se encargue de las escuelas. Jehar pasará por aquí de vez en cuando. No me echaréis mucho de menos.

—Le echaremos de menos —repuso Jatin.

El joven permanecía ante Ted vestido con su bata de hospital, alto y firme, con los brazos cruzados.

—Siéntate —dijo Ted.

Jatin obedeció. Cumpliendo con su deber, no diría nada de las siete noches. Éstas quedarían sepultadas en su memoria, profundas como joyas debajo del mar. La vida fluiría sobre ellas, pero nadie sabría nada jamás.

—Deseo darte las gracias —continuó Ted—. Me has sido muy fiel. Livy es joven y tú podías haber despertado en ella emociones que no pudiera dominar. En lugar de eso, has sido amable y fuerte. Le has hecho comprender que debía olvidar la infantil preferencia que sentía hacia ti. Te estoy agradecido por ello. Sin embargo, creo que en cierto modo debo disculparme, pues en todo este asunto noto un defecto en mí. Digo que Livy es demasiado joven, y ciertamente lo es. Pero si yo soy honrado

conmigo mismo, como deseo serlo, sé que... existe alguna razón más para apartarla de ti.

Hablaba aún impulsado por la huella que habían dejado en él las palabras de Jehar.

—Por favor, no continúe, señor MacArd —exclamó Jatin—. Lo comprendo. Es natural en los padres pensar que sus hijos tienen que casarse de acuerdo con la clase a que pertenecen. Así debe ser. De todos modos, no es mi deseo insistir. Hay un *karma* entre su hija y yo. El destino ha querido que nos amáramos el uno al otro. Pero por nuestro nacimiento el destino nos prohíbe que nos casemos. Sé esto y lo acepto.

—Pues yo debo añadir más —insistió Ted—. Soy cristiano, Jatin, y como cristiano tal vez no debiera sentir lo que siento. Pensé que había entregado mi vida a Dios. Pero acaso no haya sido así. No se trata de Livy, sino de mí. Yo tal vez estaría dispuesto a llevar el significado del amor a sus últimas consecuencias. La esencia del amor cristiano nos conduce siempre a las últimas consecuencias. Pero noto una falla en mí. No estoy preparado para enfrentarme con las últimas consecuencias ni para aceptarlas.

Ted parecía sorprendido ante el fervor que dejaba transparentar el rostro de Jatin.

—Querido señor —dijo el hindú impulsivamente—. Haga el favor de no sentirse poco menos que como una persona que ha fracasado. El amor de que usted habla es no sólo cristiano, sino humano, y no puede ser forzado. Livy lo puede sentir, pero es que ha nacido una generación después que usted. Yo lo siento. Pero es que yo también he nacido una generación después que mi padre. No me casaré con Livy. Se lo prometo a usted, señor MacArd. No está escrito en mi destino. Livy también lo sabe, Pero algún día, cuando Livy esté casada con un hombre de su propia raza, si la hija de Livy desea lo que nosotros hemos deseado entonces ella permitirá que se case con el elegido de su corazón. El tiempo y las generaciones trabajan al compás del destino, señor. Así es como yo siento.

—Me haces sentirme muy pequeño —repuso Ted confundido.

—Entonces he hecho mal —murmuró Jatin.

El joven se puso en pie.

—No hablemos más y no piense en ello. Lo que ha sido no puede ser cambiado, y lo que va a suceder ha sido ya decidido.

Aquella noche Livy visitó a Jatin por última vez. Hablaron largamente en voz baja, muy cerca el uno del otro, y al cabo Jatin exteriorizó su miedo.

—¿Y si tuviéramos un hijo, Livy?

—¡Oh! Confío que sí —gritó la muchacha.

—No, Livy. Yo abrigo la esperanza de que no lo tengamos. Pero si lo tenemos, no te quedas con él.

—Sí, me quedaré con él, Jatin.

—No, te lo prohíbo. Yo no podría vivir en paz si tú tuvieras la carga de un hijo y yo no pudiese compartir esa carga contigo.

—Pero ¿qué podría hacer?

—Entregárselo a alguien. Será de piel tan oscura como yo. La oscuridad de nuestro pueblo, Livy. Dáselo a la gente oscura de tu país.

—Pero nuestro hijo no será negro —gritó Livy sorprendida ante aquella orden.

—¡Chitón! —Jatin le puso la mano en la boca—. Deja que pertenezca a ellos, ya que no podría pertenecer a nosotros. Pero quizá no nazca nunca. Eso sería lo mejor, pues tú debes quedar completamente libre de mí y yo debo quedar libre de ti. Nuestro fardo no debe pesar sobre un hijo. Tal es nuestro destino, y así debe ser.

Jatin la abrazó fuertemente, pues sólo les quedaban unos minutos de estar solos. Livy le abrazó a su vez, pero se apartó suavemente y fue hacia la puerta.

—Ahora es el fin —murmuró Jatin—. Todo ha terminado. Lo hemos tenido todo, pero ahora nos lo quitan todo. Hasta la vista, Livy, hasta la vista.

Jatin cerró la puerta y permaneció inmóvil oyendo cómo sollozaba Livy contra la puerta. Él sollozó también, pero no se movió, hasta que al fin oyó; que la joven se alejaba.

XIX

El barco empezó a apartarse del muelle y Ted observó las orillas de Bombay, que se iban alejando. La última luz del sol poniente brillaba en el Oeste, tras de las grandes alturas de Malabar Point. Un alto reloj de torre cazó el último rayo y dejó ver la hora, mientras en la calle inmediata a la orilla los trajes de la gente brillaban con súbito fulgor, destacándose las túnicas de los sacerdotes parsis, que eran blancas.

Ted experimentó una sensación de perplejidad. ¿Vería de nuevo aquellas costas? ¿Dejaría la India para siempre lo mismo que su padre? ¿Había cambiado algo en él haciéndole perder alguna virtud? Lo ignoraba.

De pronto sintió que le tocaban en el brazo y al volverse vio a Ruth a su lado. De nuevo, como tantas veces le sucedía, la vio muy distinta de él, una mujer robusta, con las mejillas de manzana, siempre limpia, y ahora casi desconocida con su traje sastre de sarga azul.

—¿Dónde está Livy? —preguntó Ted contra su voluntad.

—Abajo, deshaciendo las maletas —repuso Ruth cogiéndole del brazo.

—Bien. Hemos logrado sacarla de la India sana y salva —exclamó Ted.

La franja de agua que se extendía entre el barco y la orilla aumentaba por momentos. Veinte pies, veinticinco, pronto cincuenta, y luego miles y miles de millas.

—Así lo supongo —repuso Ruth.

Ted no hizo la menor pregunta sobre las dudas que podía abrigar su mujer. Sentíase cansado y agotado. Tal vez hubiera vivido en Vhai demasiado tiempo. Durante años había vivido entregado a la gente del pueblo, y ahora se sentía vacío y débil. No había comido mucho durante las pasadas semanas, preocupado por lo de Livy y por la precipitada marcha. Sería bueno sumirse en la cómoda vida de la vieja mansión, donde su padre y Agnes los estaban esperando.

El gong de la comida sonó a lo largo de los pasillos del barco y por las cubiertas.

—Creo que tengo hambre —dijo Ted.

—Entonces, descendamos al comedor —repuso Ruth.

Pero permanecieron allí un momento más.

El sol se deslizaba por detrás del horizonte de Bombay y las sombras de la noche se enseñoreaban rápidamente de la ciudad y del mar.

—Espero que Livy no se ponga el *sari* —dijo Ted de pronto.

—Le dije que no se lo pusiera más —contestó Ruth en voz baja.

—¿Puso algún inconveniente?

—No. Dijo que había decidido no ponérselo más.

Ted pensó que a menudo las conversaciones que sostenía con su esposa resultaban de lo más vulgares, meras preguntas y respuestas. Sin embargo, de nuevo comprendió que albergaba pensamientos que guardaba para sí misma, y que detrás de sus palabras escondía otras cosas. Ted rara vez inquiría cuáles eran éstas, y ahora tampoco lo hizo. Se había levantado una súbita brisa.

—Vamos —dijo Ted—. No hacemos nada aquí. Bajemos.

En la cubierta superior Livy continuó sola, mirando la noche. Las luces del barco iluminaban la suave y aceitosa agua de la bahía y las esbeltas líneas de la proa del barco. Pero Livy no veía las cercanas aguas ni tampoco las luces de Bombay que brillaban a lo lejos. Los ojos de su imaginación; estaban fijos en Vhai, y vio a Jatin solo en su pequeña casa. Jatin estaría ocupado en alguna cosa como siempre lo estaba, leyendo sus libros o comiendo su sencilla comida. Una hora más tarde se encontraría en el hospital haciendo su última visita a los enfermos que yacían sobre jergones colocados en el suelo, o bien en bajas camas de madera con colchón de cuerdas, lo mismo que las que tenían en sus propios hogares. El padre de Livy había insistido siempre en que en Vhai todo tenía que ser hindú, y en Vhai no había nada que se pareciera a lo que había en los bellos colegios y en el hospital MacArd de Poona. Y, sin embargo, la joven jamás se sintió defraudada. Livy había pensado y creído siempre, que su padre hablaba con absoluta sinceridad cuando enseñaba a tratar con cortesía a la gente de Vhai y de toda la India; cuando les hacía aprender la lengua que se hablaba en Vhai y cuando les animaba a llevar el *sari*, al extremo de que a ella le pareciera más natural y más cómodo un *sari* que un vestido con botones. Hacer que el tejido cayera formando pliegues desde el talle, formando así una graciosa falda, y luego echarse el otro extremo sobre el hombro era mucho más cómodo que ponerse un vestido con mangas, ceñirse un cinturón y abrocharse los botones de la espalda. Su padre le había animado para que jugara con los niños de Vhai y para que considerase a éstos como hermanos y hermanas, diciéndole que Dios era el Padre de todos y que todos formaban una gran familia. La joven había creído que su padre hablaba sinceramente. Pero ahora sabía bien que no era así, pues si hubiera creído realmente en lo que predicaba, hubiese consentido e incluso se habría alegrado de que su hija se casara con Jatin, porque ésta era la última consecuencia, porque si no se aceptan las últimas consecuencias de las cosas, entonces no se acepta nada.

Livy se estremeció poseída por una infinita tristeza al pensar en Jatin. No era culpa suya, sin duda, pues Jatin jamás había sido desairado por su padre. Sobre esto giró la primera discusión que tuvieron ella y Jatin.

—Te lo digo yo, Jatin. Mi padre se sentirá muy feliz. Él te quiere y te acogerá como a un hijo.

Livy había insistido en sus palabras, pero Jatin sonrió con su triste sonrisa de siempre.

—Entonces, ¿no crees en mi padre? —preguntó la joven con acento de reproche.

—Creo en él —replicó Jatin—. Sin embargo, creo que su alma va más allá que el resto de él. Su fe se remonta hasta allí —y Jatin señaló el cénit—. Pero su carne es más prudente que su alma y permanece sobre la tierra, y su mente se mantiene

incierto. Cree en sus ideales y los considera necesarios. Pero dice que tardarán mucho en poderse realizar, mucho tiempo. Lo que él no sabe es que si los ideales no se ponen en práctica, éstos se pierden, mueren, a menos que se les traiga rápidamente a la realidad.

Mucho de lo dicho por Jatin le resultó a la joven poco menos que incomprensible debido a que la presencia de su novio la agitaba profundamente. No prestaba atención a las palabras que pronunciaba. Sus oídos estaban fascinados por sus labios. Al recordar aquellos labios, su corazón se estremecía por efecto de una dolorosa y ardiente pena. No volvería a ver ya más su rostro. Estaba segura de ello. Su padre no hubiera debido separarlos, pensó la joven con súbita rebeldía. Pero luego comprendió que el mismo Jatin la había apartado de él. Si Jatin hubiese sentido el menor deseo de desafiar a su padre, podrían haberlo conseguido. Pero no deseaba hacerlo, y no por miedo, sino porque estaba convencido de que aquél era su destino, que el mundo era así.

—Te irás a tu patria —le había dicho—, y cuando acabes de estudiar te casarás con un buen hombre.

—No lo haré —repuso Livy con acento apasionado, las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—Pues debes hacerlo —insistió Jatin con su grave voz—. Y ahora, Livy, voy a darte un consejo. No le hables de mí. Te lo digo por tu bien, pues si tu padre, que es un hombre tan bueno, no puede resistir la idea de nuestro amor, menos lo podrá resistir tu marido. Se apartaría de ti porque una vez me amaste.

—Te amaré siempre —declaró la joven—, y no me casaré con nadie.

Jatin no replicó. Lo único que hizo fue acariciar sus mejillas con sus poderosas manos. Aun en el tiempo más calmoso sus palmas estaban siempre secas y frescas y parecían poseer un poder curativo. Jamás encontraría un hombre como él, jamás vería a un hombre que pudiera comparársele. Pero como la suave piel que cubría su cuerpo era oscura, nunca podrían ser marido y mujer. Era algo muy sutil, pues si se la atravesaba con un alfiler, la carne era tan pálida como la suya y la sangre tan roja. Sin embargo, era aquello oscuro, tan fino como el papel, lo que empujaba a cada uno de ellos por caminos distintos y hacia lados opuestos del mundo.

Livy, a pesar de todo, no estaba de acuerdo con todo lo que él había dispuesto. Tenía puestas sus esperanzas. Si nacía, regresaría a la India e insistiría en que Jatin se casara con ella y reconociera a su hijo. Ella no sería como su padre. Ella predicaría con el ejemplo: «Amaos los uno a los otros», dicen las Escrituras, y ella había amado a la India, había amado a Vhai y a la gente de Vhai, y también a los niños y a las mujeres, y la carne de su *ayah* le había parecido tan real como la de su propia madre. Y, por último, había amado a Jatin.

La joven se apoyó en la borda y cerró los ojos, murmurando una fervorosa súplica: «¡Oh, Dios! Dame un hijo; que yo pueda volver junto a Jatin».

La intensidad de su acento era tan profundo que la muchacha tuvo la seguridad de

que había sido escuchada. Un suave viento nocturno sopló en aquel instante. Un momento antes, todo estaba en calma y ahora de súbito se había levantado. Un signo y una promesa. La joven abrió los ojos bajo los efectos de un éxtasis de esperanza y sintió que el barco subía y bajaba bajo sus pies. Se encontraban más allá de la bahía, en alta mar. Pero ella volvería a la India, pues Dios la habría escuchado. Durante un instante, la joven pensó que debía decírselo a su madre. Pero luego decidió guardar silencio. No, todavía no. Tendría que pasar más tiempo antes de que estuviese segura.

La joven se estremeció súbitamente al sentir el fresco aire marino. Ella no se separaría de Jatin. Vhai estaba allí y siempre estaría allí. Aunque se la llevaran a los Estados Unidos, volvería... si es que no se había equivocado al interpretar la respuesta de Dios.

Sin embargo, la muchacha era joven y hubo horas en que casi se olvidó de todo. La compañía en el barco era alegre y divertida, jóvenes y muchachas la obligaban a participar en sus juegos, y cuando la convencían, Livy cantaba canciones hindúes, las dulces y emocionantes melodías de Vhai, haciéndolo con voz aguda que avanzaba como avanza un arroyo por entre las montañas.

Los pasajeros se mostraban encantados con ella, y Livy no podía hacer otra cosa que corresponder a sus atenciones, pues era muy agradable oírles decir que era bonita, que poseía una bella voz, que era una bailarina con dotes naturales y que debía pensar en Hollywood. La joven se mostraba tímida, contestaba a los cumplidos en voz baja y casi ruborizándose, con los párpados caídos. Pero cuando oyó lo de Hollywood, alzó los párpados con inconsciente halago. No, ella no había pensado en Hollywood. No creía que a su padre le gustara la idea, y a su abuelo era seguro que le gustaría mucho menos. Sí, ellos iban derechos a Nueva York, donde se hospedarían en la casa que había pertenecido a su bisabuelo. Sí, su bisabuelo era David Hardworth MacArd. Livy suponía que cuando la gente hablaba de MacArd se referían a este último, aunque el nombre de su abuelo era también David. Era tan joven, que le gustaba observar la pequeña pausa que se producía en la conversación después de haber pronunciado aquel nombre, y cuando se ponía en pie para marcharse, añadía dignidad a su gracia. Era biznieta de MacArd.

Pese a todo, su corazón continuaba fiel, y mañana y noche decía sus oraciones y pensaba en Jatin, y muchas veces durante el día el rostro del joven hindú aparecía ante ella. La joven miraba su reloj de oro de pulsera que su padre le había regalado en las últimas Navidades, y se preguntaba qué estaría haciendo Jatin en aquel momento y dónde se encontraría, y entonces le veía trabajando solo. No se había apartado de él, no podía apartarse mientras existiera posibilidad.

Pasaron los días. El barco se encontraba ya en mitad del océano, y una mañana apareció la certidumbre. La respuesta fue concluyente. No tendría un hijo. La naturaleza lo anunciaba. La joven comprendió que su amor no daría fruto. Livy se levantó temprano aquella mañana. El viento descansaba sobre el agua y el sol brillaba en el horizonte. La joven se había despertado muy alegre, pues era demasiado joven

para persistir en su tristeza y de pronto, súbitamente, tuvo la sensación de que el día se había detenido al amanecer. Se metió de nuevo en el lecho, se echó el embozo encima y lloró silenciosamente entre las sábanas para que Sara no pudiera oír desde la otra litera. Pero Sara la oyó, y como era muy avispada dijo que tenía que ir al cuarto de baño. Pero en vez de hacerlo corrió a llamar a su madre. Ruth apareció envuelta en su bata de algodón de color de rosa y tan de improviso que Livy no tuvo tiempo de enjugarse las mejillas, por lo que le fue imposible decir que no estaba llorando.

—¿Por qué lloras, hija? —preguntó Ruth.

—Es que no me encuentro bien —murmuró la joven intentando no mirar a su madre.

Pero las fuertes manos de Ruth la cogieron por la barbilla y la obligaron a levantar los brazos.

—¿Que no te encuentras bien? ¿Qué te pasa?

—Es que...

—¡Ah! —exclamó Ruth aliviada—. Pero ¿por qué lloras? Eso no es nada.

—La gente llora a veces por nada —repuso Livy con una sonrisa triste.

—Tú no —contestó Ruth.

Ruth contempló el rostro de su hija, viendo que tenía los ojos cerrados y que sus labios temblaban. La muchacha estaba pálida. Quizá las cosas hubieran llegado mucho más lejos de lo que ellos suponían. Ruth recordó entonces que ella también lloraba siempre cuando salía de la India. Pero ahora estaba Jatin, y ella ignoraba por completo lo que podía haber sucedido. Pero, fuera lo que fuese, Livy estaba a salvo. El amor no había pasado del corazón, y la herida podía cicatrizar.

—Tápate para que entres en calor —dijo la madre—. Haré que te traigan el desayuno.

Se inclinó y depositó un beso en la frente de su hija, contenta de ignorarlo todo. De nada sirve saber cuando nada se puede remediar, y, de todos modos, el asunto había terminado.



PEARL SYDENSTRICKER BUCK (Hillsboro, 1892 - Danby, 1973). Novelista estadounidense y Premio Nobel de Literatura en 1938, que pasó la mayor parte de su vida en China y cuya obra, influida por las sagas y la cultura oriental, buscaba educar a sus lectores. Recibió el premio Nobel en 1938. Hija de unos misioneros presbiterianos, vivió en Asia hasta 1933.

Su primera novela fue *Viento del este, viento del oeste* (1930), a la que siguió *La buena tierra* (1931), ambientada en la China de la década de 1920 y que tuvo gran éxito de crítica, recibiendo por ella el premio Pulitzer. Es un relato epopéyico de grandes relieves y detalles vívidos acerca de las costumbres chinas; está considerada, en esa vertiente, como una de las obras maestras del siglo.

La buena tierra forma la primera parte de una trilogía completada con *Hijos* (1932) y *Una casa dividida* (1935), que desarrollarían el tema costumbrista chino a través de sus tres arquetipos sociales: el campesino, el guerrero y el estudiante. Por la trilogía desfilan comerciantes, revolucionarios, cortesanas y campesinos, que configuran un ambiente variopinto alrededor de la familia Wang Lung. Se narra la laboriosa ascensión de la familia hasta su declive final, desde los problemas del ahorro económico y las tierras hasta la aparición de la riqueza y de conductas y sentimientos burgueses.

En 1934 publicó *La madre*, y en 1942 *La estirpe del dragón*, otra epopeya al estilo de *La buena tierra* donde apoyó la lucha de los chinos contra el imperialismo japonés, en un relato que parte de una familia campesina que vive cerca de Nankín. También

escribió numerosos cuentos, reunidos bajo el título *La primera esposa*, que describen las grandes transformaciones en la vida de su país de residencia. Los temas fundamentales de los cuentos fueron la contradicción entre la China tradicional y la nueva generación, y el mundo enérgico de los jóvenes revolucionarios comunistas.

En 1938 publicó su primera novela ambientada en Estados Unidos, *Este altivo corazón*, a la que le siguió *Otros dioses* (1940), también con escenario norteamericano, donde trata el tema del culto de los héroes y el papel de las masas en este sentido: el personaje central es un individuo vulgar que por azar del destino comienza a encarnar los valores americanos hasta llegar a la cima.

A través de su libro de ensayos *Of Men and Women* (1941) continuó explorando la vida norteamericana. El estilo narrativo de Pearl S. Buck, al contrario de la corriente experimentalista de la época, encarnada en James Joyce o Virginia Wolf, es directo, sencillo, pero a la vez con resonancias bíblicas y épicas por la mirada universal que tiende hacia sus temas y personajes, así como por la compasión y el deseo de instruir que subyace a un relato lineal de los acontecimientos.

Entre sus obras posteriores cabe mencionar *Los Kennedy* (1970) y *China tal y como yo la veo*, de ese mismo año. Escribió más de 85 libros, que incluyen también teatro, poesía, guiones cinematográficos y literatura para niños.

Notas

[1] Abanico colgante. <<

[2] Partidarios del papel moneda. <<

[3] Partidarios de la sustitución del oro por plata. <<

[4] Crema helada. <<